
KOSLOV BRATVA
BOOK 1
Sinful
OATH
KIRA COLE
CALLIE STEVENS

SINFUL OATH

KIRA COLE

Copyright © 2025 de Kira Cole

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

ÍNDICE

1. Bianca
2. Alexei
3. Bianca
4. Alexei
5. Bianca
6. Bianca
7. Alexei
8. Bianca
9. Alexei
10. Bianca
11. Alexei
12. Alexei
13. Bianca
14. Bianca
15. Alexei
16. Bianca
17. Alexei
18. Bianca
19. Alexei
20. Bianca
21. Alexei
22. Bianca
23. Alexei
24. Bianca
25. Alexei
26. Bianca
27. Alexei
28. Bianca
29. Alexei
30. Bianca
31. Alexei
32. Bianca
33. Bianca

34. Alexei
Epílogo

Capítulo Uno

BIANCA

—¡Joder, joder y *rejoder*! —gimo mientras me doy tirones en el pelo enmarañado con el cepillo.

Se supone que el día de una boda es motivo de celebración. Pero, por ahora, lo único que este día ha conseguido es que me entren ganas de encerrarme en el baño con una botella de tequila.

La culpa es toda mía, por estúpida, por no haber comprobado la alarma anoche antes de caer rendida.

Ojalá alguien me hubiera advertido de todo el trabajo que conlleva ser dama de honor. Pensaba que lo único que tenía que hacer era ponerme el vestido que había elegido mi prima Rosanna, caminar hacia el altar y sanseacabó.

Ay, qué equivocada estaba.

Era más de medianoche cuando terminé de revisar la lista de confirmaciones de los doscientos invitados y de cotejarla con la distribución de las mesas y las opciones del catering.

No creo que Rosanna conozca ni siquiera a doscientas personas, pero somos de una gran familia italiana, así que todo el que sea pariente nuestro, por lejano que sea, tiene automáticamente un sitio en la lista de invitados.

Lo último que recuerdo antes de que mi cabeza se estrellara contra la almohada fue prometerme en silencio que me levantaría

temprano para planchar mi vestido al vapor y lavarme el pelo antes de ir al Waldorf para la ceremonia.

Si la Bianca del futuro tuviera una máquina del tiempo...

Me fulmino con la mirada en el espejo del baño y reparo en las oscuras ojeras que tengo. Debería ir saliendo hacia el lugar de la celebración en treinta minutos, pero, viendo el estado de mi pelo y de mi cara, va a hacer falta un milagro para convertirme en un ser humano medianamente presentable en tan poco tiempo.

Estoy tan *jodida*.

Afortunadamente, Rosanna es bastante relajada en cuanto al pelo y al maquillaje de las damas de honor, así que me recojo mi larga melena castaña en un moño repeinado, esperando que parezca más elegante que sucio, y me aplico un maquillaje más natural que resalta el azul de mis ojos, ya que es para lo único que tengo tiempo.

Tras ponerme un poco de rímel y darlo por visto para sentencia, vuelvo al salón principal de mi estudio de Manhattan, maldiciendo el estado de la habitación.

No es un espacio muy grande, así que no hace falta mucho para que se descontrole, pero las cajas de pizza vacías esparcidas por la mesa de centro, junto con las distribuciones de mesas desechadas y la ropa por todas las superficies, hacen que me estremezca.

Yo soy mejor que esto, pero lo achaco al estrés de la boda.

—Cuando me llegue la hora, me fugaré para casarme —murmuro mientras atravieso las innumerables listas de invitados y de regalos de boda, buscando mi vestido, que finalmente encuentro colgado del respaldo del sofá.

—Mierda, se me olvidó por completo plancharlo con vapor —gimo.

La tela es bastante benévola, pero quedaría mejor si pudiera quitarle la enorme arruga que tiene en el centro antes de caminar hacia el altar.

—Voy a asesinar a la Bianca del pasado —mascullo mientras me echo el vestido al brazo.

Para cuando he cogido los tacones, he metido el vestido en un portatrajes y he preparado otra bolsa con cosas para pasar la noche,

el maquillaje y mi fiel par de Converse para cambiarme más tarde, solo me quedan dos minutos para meterme en el coche y empezar a conducir hasta el lugar de la ceremonia.

Murmurando aún más palabrotas en una mezcla de inglés e italiano mientras busco las llaves, que finalmente encuentro debajo de un viejo recipiente de comida china en la encimera, salgo a toda prisa de mi apartamento y empiezo a bajar las escaleras de dos en dos escalones.

Ya noto una fina capa de sudor formándose en el labio superior y en la nuca cuando abro de golpe la puerta principal del edificio y corro hacia el lateral, donde está aparcado mi Mercedes.

Lanzo la bolsa en el asiento del copiloto, me deslizo al volante y pulso el botón de *arranque*.

No pasa nada.

—Oh, por favor. No me hagas esto —gimo, pulsándolo de nuevo.

El salpicadero permanece apagado y el motor aún no ha cobrado vida mientras sigo pulsando el contacto.

—¡No, no, no! —grito, golpeando el volante con las manos.

Saco el móvil del bolsillo trasero y miro la hora.

Voy oficialmente con retraso y, para cuando pida un Uber y llegue al Waldorf, Rosanna ya estará caminando hacia el altar y yo iré de camino a las calderas del infierno por ser tan desorganizada en el día más importante de la vida de mi prima.

Abro la aplicación de Uber y pido rápidamente un coche mientras rezo para que a mi prima le haya dado por no ser puntual precisamente hoy.

—Voy a tener que cambiarme en el asiento de atrás. —Suspiro, mirando el portatrajes verde.

La aplicación dice que el coche está a seis minutos, así que me bajo de mi Mercedes, cojo mis cosas y doblo la esquina para esperar a que me recojan.

La visión del Prius plateado deteniéndose junto a la acera me hace suspirar de alivio. Me meto rápidamente en la parte de atrás y pongo un puñado de billetes de veinte en la consola central.

El conductor intenta cogerlos para devolvérmelos. —Señora, ya ha paga...

—Llego tarde a una boda y tengo que cambiarme. Esto es para asegurarme de que no me espía por el retrovisor, ¿entendido? —Miro por el espejo retrovisor, dejando que aflore mi lado fogoso italiano, ese que a menudo hace que los hombres salgan por piernas.

Los ojos del conductor se abren como platos, pero asiente.

—Los ojos en la carretera y no tendremos ningún problema. —Abro mi portatrajes y me pongo manos a la obra.

Mientras nos detenemos frente al Waldorf, yo me estoy poniendo las sandalias doradas y me apresuro a salir del Uber antes incluso de que se haya detenido por completo.

—¡Gracias por no ser un salido! —le grito por encima del hombro mientras cruzo la acera a toda prisa y me dirijo al interior del hotel.

La boda se celebra en la azotea privada, así que atravieso el bullicioso vestíbulo hacia los ascensores del fondo.

Me echo la bolsa al hombro y levanto la vista para darme cuenta de que las puertas del ascensor de la izquierda están abiertas.

—¡Espera! —grito al ver que un hombre alto con un traje negro entra en el ascensor. Me agacho y me quito los tacones dorados, los cojo con la mano derecha y echo a correr—. ¡Sujete las puertas!

La moqueta raspa bajo mis pies descalzos, y de repente soy consciente de que llevo un vestido con la espalda al aire y sin sujetador, lo que significa que mis tetas amenazan con asomar, pero me da igual. Tengo que subir a ese ascensor.

Estiro la mano y consigo evitar que las puertas se cierren del todo.

Se abren de golpe y entro, echando humo mientras miro al desconocido de pelo oscuro que está apoyado en la pared del fondo.

—¿Pero qué coño? —Mi respiración es un jadeo agitado mientras me agacho para volver a ponerme los zapatos.

Incluso con los tacones puestos, él todavía me saca una cabeza y es igual de corpulento; sus brazos prácticamente están a punto de reventar las mangas de la chaqueta.

Si no estuviera tan agotada y cabreada, podría haberme tomado un segundo para admirarlo.

—Lo siento, tengo prisa —dice, encogiéndose de esos hombros deliciosos.

Su voz es áspera como el papel de lija, y un escalofrío me recorre la espalda cuando por fin me mira desde arriba con una ceja arqueada. Su pelo perfectamente peinado es de un castaño oscuro y profundo, el reflejo perfecto de los ojos que me clavan con tal intensidad que, por un momento, se me olvida por qué estaba enfadada.

—Obviamente, yo también —resoplo, cruzándome de brazos y apartando la vista antes de que mis mejillas tengan la oportunidad de ponerse como un tomate.

Me inclino y pulso el botón de la terraza de la azotea, a pesar de que ya está iluminado.

—Supongo que vienes a la boda, ¿no?

Asiento con la cabeza, manteniendo la vista al frente, aunque siento su mirada clavada en mi piel.

—¿De parte de la novia o del novio?

—De la novia —mascullo, todavía molesta—. ¿Y tú?

—Del novio. —No puedo evitar volver a mirarlo, y él sonríe; un hoyuelo aparece en su mejilla derecha, suavizando sus rasgos duros como la piedra.

Se apoya en la pared del ascensor y me mira con una sonrisa socarrona. —¿Quizá luego me dejes invitarte a una copa?

—Hay barra libre.

Él se ríe entre dientes. —Ay.

—Además, seguramente estaré ocupada con mis obligaciones de dama de honor.

Vuelve a levantar las cejas mientras me mira el vestido.

Esta vez, no puedo evitar que me ardan las mejillas mientras él recorre con la mirada el vestido de seda dorada que se ciñe a cada curva de mi cuerpo y que favorece mi piel bronceada y mi pelo caoba.

—¿Eres dama de honor?

—La novia es mi prima.

—Ah, ¿sí...? —Se muerde el labio inferior.

Mis ojos se posan en sus labios carnosos, y se me corta la respiración al ver cómo saca la lengua para humedecerlos.

Trago saliva, con un nudo en la garganta.

—¿Eres familia o...? —Dejo la pregunta en el aire, en parte porque mi cerebro parece no funcionar bien al estar tan cerca de un hombre de su tamaño y aspecto.

—Sí. El novio y yo somos muy… *íntimos*. —Hay un cierto matiz de diversión en sus ojos mientras habla.

Debe de ser una broma que no pillo, quizás de viejos tiempos universitarios en alguna fraternidad.

Cuando las puertas se abren y revelan la terraza abarrotada de la azotea donde se celebra la ceremonia, me dedica un último guiño antes de salir. —Bueno, que disfrutes de la boda.

Mientras desaparece entre la multitud de invitados, pongo los ojos en blanco, pero pronto me distrae la vista de la terraza.

Es casi mediodía y el sol ilumina a los invitados, bañando el espacio con un cálido resplandor. Arcos de peonías de color rosa pálido y rosas blancas bordean el pasillo, con filas de sillas blancas a cada lado y lazos dorados atados al respaldo.

Me tomo un momento para observar a todos los invitados, muchos de los cuales ya sostienen copas de champán que los camareros reparten en bandejas.

—Es impresionante, ¿verdad?

Doy un respingo al oír la voz de mi padre, que aparece a mi lado y me rodea los hombros con un brazo reconfortante.

—Ah, *papino* —suspiro, alzando la vista hacia mi padre.

Su pelo canoso está cuidadosamente peinado y lleva un impecable traje de lino que yo le había elegido. —Estás muy elegante —bromeo—. ¡Me alegro de no haberme perdido nada! Me ha pasado de todo: primero no me ha sonado el despertador, luego el coche no arrancaba...

—*Bambina*… —Mi padre me coge la mano, apretándomela con fuerza.

Me vuelvo hacia él. Una profunda arruga se forma en su entrecejo y su boca se tuerce en un gesto de disgusto.

—Algo te preocupa. —Le escudriño el rostro en busca de algún indicio de lo que va mal.

Emilio Bellucci no es un hombre que muestre muchos sentimientos, pero sus ojos azules no expresan más que tristeza

mientras mira la bulliciosa terraza.

—Sí. —Evita mi mirada.

—¿Qué pasa, *papino*? ¿Es Rosanna? ¿Está bien? —Miro a mi alrededor, con el corazón encogido.

¿Se lo ha pensado mejor? ¿Y el novio?

—No, no tiene nada que ver con Rosanna.

Suelto un suspiro, relajándome un poco. Si los novios siguen adelante con la boda, cualquier otro problema será trivial.

—Entonces, ¿qué es? Tengo que ir a ver a Rosanna antes de que empiece la ceremonia. Ya llegamos con unos minutos de retraso.

—Ven conmigo, no deberíamos hablar de esto en público.

Cogiéndome del brazo, me conduce por el borde de la terraza y a través de una puerta que da a una sala privada que, por lo que parece, los invitados a la boda están usando como guardarropa.

Mi padre me quita el bolso y lo deja en el suelo, junto a un perchero lleno de abrigos.

—No he sido del todo sincero contigo, *bambina*.

La forma en que mi padre evita mirarme a los ojos hace que se me revuelva el estómago de los nervios.

No es un hombre de muchas palabras y no tenemos una relación especialmente estrecha, pero siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, pasara lo que pasara.

Por eso, el hecho de que esté tan angustiado por lo que sea que no me ha contado hace que se me forme un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa, *papino*? —insisto, casi en un susurro.

Observo cómo se le hunden los hombros, cómo abre y cierra la boca una, dos veces, antes de alzar la mirada hacia mí.

—Esta no es la boda de Rosanna.

—Vale… —Una risa amenaza con escapárseme de los labios.

¿Acaso mi padre está gastando algún tipo de broma?

He pasado semanas repasando listas de invitados y opciones de catering con Rosanna. —¿De quién es la boda?

Pero la forma en que la expresión de mi padre pasa de la culpabilidad a la compasión hace que casi se me doblen las rodillas.

—Es la tuya.

Capítulo Dos

ALEXEI

Se suponía que la primera vez que le pusiera los ojos encima a mi sonrojada novia sería en el altar, antes de intercambiar los votos, no en el pequeño y reducido espacio de un ascensor.

Novia o novio... Sacudo la cabeza, riéndome por lo bajo, al recordar su pregunta.

Está claro que no tenía ni idea de quién soy ni para quién es realmente el día de hoy.

Pero me alegro de haber tenido un momento a solas con ella antes de que tenga la oportunidad de odiarme cuando descubra la verdad.

No esperaba que fuera tan guapa como es, con el pelo castaño más exuberante y suntuoso y los ojos azules más brillantes. Tampoco ayudaba que el ceñido vestido dorado que llevaba resaltara los tonos cálidos de su piel y se ajustara a cada centímetro de su cuerpo.

Solo pensar en sus suaves curvas hace que tenga que recolocarme mientras recorro la terraza con la mirada en su busca. Al final, aparece por una puerta lateral detrás de su padre, con una rabia que casi emana de su cuerpo como una ola.

—Esto va a estar bien.

Nuestras miradas se cruzan en la abarrotada terraza y observo con diversión cómo me fulmina con la mirada.

Es evidente que está en mitad de una discusión con su padre. A juzgar por el ceño fruncido que tiene grabado en la cara, supongo que la han puesto al día sobre el plan de hoy.

Casarme con una mujer que no solo es una desconocida para mí, sino que además es la hija de un jefe de la mafia rival, debería helarme la sangre. Atarme legalmente a la familia Bellucci no solo me pone en peligro a mí, sino también a mis hermanos.

Pero tengo una deuda con Emilio Bellucci.

Tenía información valiosa sobre la familia Gilanto. Ellos destruyeron a mi familia.

Y por fin había encontrado la última pieza de información para destruirlos de una vez por todas.

Así que acepté el trato. La información que tenía Emilio a cambio de protección para su familia. Para su *hija*.

Usé lo que me dio para ejecutar mi venganza. Intenté aniquilarlos a todos. Fracasé.

Necesito que desaparezcan. Todos ellos.

Bianca avanza hacia mí con paso decidido.

Dejo que mis ojos la devoren: la forma en que el vestido se ciñe a sus torneadas piernas y cómo sus pechos generosos se balancean con cada paso que da para acortar la distancia entre nosotros.

El hecho de que en menos de una hora vaya a estar legalmente atada a mí hace que tenga que recolocarme *otra vez*.

Supongo que voy a disfrutar del matrimonio más de lo que había pensado en un principio.

—Allá vamos —me río por lo bajo mientras vuelvo a levantar la vista hacia los ojos de Bianca.

—¡Lo sabías! —escupe, con sus ojos azules centelleando mientras me golpea el pecho con los puños.

Le agarro sus pequeñas muñecas, sujetándola en el sitio mientras la miro desde arriba. No se me escapa cómo se le eriza la piel de los brazos al tocarla, ni cómo abre la boca sorprendida al parpadear mientras me mira.

No puedo evitar que una sonrisa de superioridad se dibuje en mis labios mientras la observo.

—Créeme, *kisa*, esto no formaba parte de mi plan —murmuro, acariciándole las muñecas con los pulgares.

—¿Cómo me has llamado? —Me enseña los dientes.

Joder, es salvaje, y estoy disfrutando cada segundo. —*Kisa*. Significa «gatita».

—¿*Gatita*?

—Estás bufando como una, pero tus garras no están lo bastante afiladas para hacer daño de verdad.

Se zafa de mi agarre con un tirón y se pone las manos en jarras, atrayendo mi atención una vez más hacia su cuerpo.

—Y a mí no me mires así.

—¿Así cómo? —Me cruzo de brazos. Veo que su mirada se desvía hacia mis bíceps y, esta vez, dejo que una amplia sonrisa se plasme en mi cara.

—Pues *así*.

—¿Es que un hombre no puede admirar a su esposa?

Bianca cierra los ojos un momento, como si intentara serenarse, lo que no hace más que aumentar mi diversión.

No estoy acostumbrado a que las mujeres me planten cara, y debo decir que estoy disfrutando mucho sacándola de sus casillas.

—No. Soy. Tu. Esposa.

—Todavía no, pero te guste o no, dentro de una media hora lo serás —sonrío con suficiencia—. Me gusta bastante cómo suena Bianca *Koslov*.

—No voy a casarme contigo. Y ni de broma pienso cambiarme el apellido.

—No tienes elección.

Bianca abre la boca como si fuera a replicarme con brusquedad una vez más, pero entonces sus ojos se humedecen y su labio inferior tiembla, y sé que la realidad está empezando a calar en ella.

Reprimo el impulso de acercarme a ella, de consolarla, cuando sé que, en última instancia, este matrimonio no es más que un negocio.

Ninguno de los dos quiere realmente casarse aquí y ahora, pero es algo que tiene que suceder.

Y no puedo permitirme que los sentimientos se interpongan, así que mantengo las manos quietas y pongo cara de indiferencia.

—Si quieres respuestas, *kisa*, habla con tu padre. Él es quien aceptó este trato.

—Oh, créeme, voy a tener unas palabras con mi padre. Así que puedes aparcar esa ridícula idea de que hoy habrá una boda hasta que me explique qué demonios está pasando.

—No tardes mucho, el banquete de bodas se sirve en una hora.

Bianca me dedica una última mirada de desprecio antes de pasar a mi lado con rabia, rozándome con su hombro.

Se me corta la respiración cuando un dulce aroma a jazmín me llega a la nariz, y tengo que reprimir un gemido al pensar en enterrar la cara en su pelo, inhalando ese aroma mientras me hundo profundamente en ella...

Mi hermano Dimitri se ríe, dándome una palmada en el hombro y sacándome de mi ensoñación. —¿Tiene tela, eh? ¿Seguro que sabes lo que haces?

Me aclaro la garganta, cambiando el peso de un pie a otro mientras observo a Bianca volver furiosa hacia Emilio, agitando sus esbeltos brazos mientras arremete contra él.

—Sé perfectamente lo que hago.

Mi hermano pequeño, Danil, sonríe con suficiencia. —Creo que nunca he conocido a una mujer que *no* se te lanzara a los brazos, Alexei. ¿Qué se siente al saber que tu futura esposa te ha rechazado de buenas a primeras?

—Me gustan los retos.

Mikhail se ríe. —Se está muriendo por dentro.

Pongo los ojos en blanco y me giro para encararme a mis tres hermanos, fulminando a Mikhail con la mirada.

—¿No podéis iros a molestar a otra persona?

Mis hermanos se miran entre ellos y sonríen con complicidad.

A veces, odio ser el mayor. Significó que tuve que madurar de golpe, ponerme al frente de la familia mientras ellos podían aferrarse a los últimos vestigios de su inocencia infantil durante un tiempo más.

No les guardo rencor por ello. No fue culpa suya que nos arrebataran a nuestros padres. Pero tengo una responsabilidad para con ellos, para con esta familia, y es algo que tengo que recordarme constantemente.

La única razón por la que estoy a punto de entregarle mi vida a la hija del jefe de una banda rival es porque así conseguí la información que necesito para, por fin, cobrarme mi venganza. Por mí y por mis hermanos.

Tengo un deber para con mi familia, por muy irritantes que sean.

Mikhail echa un vistazo por la concurrida terraza.

—Quienquiera que haya organizado esta pequeña reunión ha hecho un buen trabajo. Estoy disfrutando de lo lindo de la barra libre. —Levanta un vaso de whisky medio vacío que no me había dado cuenta de que sostenía, y la manga de su camisa se le remanga ligeramente, dejando al descubierto su brazo tatuado.

—Ni siquiera es mediodía. —Intento cogerle la bebida.

Mikhail resopla y pone los ojos en blanco mientras se aparta para que no lo alcance. —Estamos de celebración, hermano.

Busco el apoyo de Dimitri, por ser el segundo mayor, pero se limita a encogerse de hombros.

Mientras observo a mis hermanos, es evidente que nos parecemos mucho con nuestros trajes oscuros.

Muchos de los invitados que hay hoy aquí mantienen las distancias, no porque sepan quiénes somos en realidad, sino por la presencia intimidante que desprendemos mis hermanos y yo. Si supieran la de armas que llevamos escondidas encima cada uno, por si a algún invitado inesperado se le ocurre armar jaleo...

En nuestro negocio, nunca se es demasiado precavido.

Niego con la cabeza, mirando a mis hermanos. —Intentad no meteros en líos.

Mikhail y Danil se limitan a sonreírse el uno al otro antes de alejarse con paso decidido en dirección a la barra, dejándome a solas con Dimitri.

—Papá y mamá habrían estado orgullosos —dice Dimitri en voz baja.

Miro de reojo a mi hermano, con un nudo en la garganta al pensar en nuestros padres.

—No solo por cumplir tu promesa a Emilio, sino por cómo has mantenido todo a flote desde...

Bajo la cabeza, odiando la sombra que se cierne al mencionar a mis padres.

Deberían estar aquí, y aunque ha pasado casi una década desde que los perdimos, todavía siento como si hubiera sido ayer.

Las pesadillas aún no han desaparecido. El dolor todavía me paraliza a veces. Igual que ahora.

—Gracias.

—¿No te gustaría que fuera diferente?

Me vuelvo hacia mi hermano. —¿Qué quieres decir?

Señala con un gesto la azotea decorada. —Que te casaras con alguien a quien...

—¿Alguien a quien ame?

Se encoge de hombros, cruzándose de brazos sobre su ancho pecho.

—Quizá. Pero este trato con Emilio es más importante. Tengo que cumplirlo. Además, tú sabes tan bien como yo que cualquiera que entre en nuestras vidas debe ser consciente de los riesgos. ¿Y de verdad quiero arriesgar a otra persona que amo?

—Cierto. Sobre todo porque, incluso con la información que nos ofreció Emilio, todavía no hemos acabado con Mario.

Flexiono los dedos al oír el nombre del capo de la familia Gilanto. El último que queda en pie. El hombre al que más deseo ver muerto. —La información fue útil, aunque Mario escapara.

—A mí me parece que Emilio se lleva la mejor parte del trato. Nuestra protección y seguridad para su hija, mientras el único responsable de destruir a nuestra familia sigue campando a sus anchas.

—Un trato es un trato. Él cumplió, nosotros no supimos aprovecharlo.

—Quizá deberíamos haber pedido la cabeza de Mario en una bandeja de plata —murmura Dimitri, tensando la mandíbula.

—Si alguien va a matar a Mario, seré yo.

Dimitri levanta las manos en señal de rendición.

Le doy una palmada en el hombro, agradeciendo su preocupación.

Dimitri inclina la barbilla hacia algún punto a mi espalda. —Parece que tenemos que ir subiendo de nivel. Si no tenemos cuidado, puede que al que maten hoy sea a Emilio.

Frunzo el ceño y mi mano vuela a la funda de la pistola mientras sigo su mirada. Se me escapa una risa ahogada al ver a Emilio acorralado por su hija.

—Creo que voy a tener que ir a rescatar a mi futuro suegro de mi futura esposa antes de que lo asesine.

Dimitri se ríe. —No sería una auténtica boda Koslov sin un asesinato.

Capítulo Tres

BIANCA

ESTOY VIVIENDO UNA PESADILLA.

Esto no puede estar pasando de verdad. No puedo estar a punto de casarme con el don de una de las familias criminales más poderosas de Nueva York.

¿Se le puede llamar don si es de la Bratva, en lugar de la mafia italiana?

Da igual. Alexei Koslov no puede ser mi futuro marido. No puede ser mi futuro *nada*.

—Papino, ¿cómo has podido hacer esto? —trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

Estoy a punto de ser casada con un completo y absoluto desconocido.

—Deberías haberme avisado —contengo las lágrimas.

—Necesitábamos una alianza con los Koslov, *bambina*. Para protegernos de los Gilanto.

Se me escapa un sollozo histérico.

Por supuesto, todo se reduce a los negocios. Con mi padre siempre es así. Cada vez que pienso que podría ser su máxima prioridad, siempre me demuestra que estoy equivocada...

¿Cuándo aprenderé?

—¿Y no había otra manera? —se me quiebra la voz—. ¿Tiene que ser a través del matrimonio? Yo..., yo podría ir a trabajar para ellos como hago contigo. Podría..., ¡podría hacer cualquier otra cosa! *Papino*, *por favor*.

Siento el escozor de las lágrimas en los ojos mientras miro a mi padre.

Parte de mí se alegra de ver la culpa grabada en su rostro, pero saber que no ha tomado esa decisión a la ligera no me hace sentir mejor.

En todo caso, solo consigue que me sienta peor.

¿En qué se ha metido mi padre para tener que vender mi vida a los Koslov?

Solo tengo veintitrés años y no estoy ni de lejos preparada para el matrimonio. Joder, mi última relación, durante mi último año de universidad, resultó ser un auténtico desastre, y juré tomarme un descanso de los hombres en un futuro próximo.

—No, no había otra manera, *tesorino* —suspira mi padre—. Eres mi única hija. Tenía que ofrecerles algo de gran valor para mí.

Siento una opresión en el pecho por sus palabras, por el significado oculto tras ellas.

Única hija.

Mi madre murió al dar a luz y mi padre nunca ha vuelto a casarse. Perdió al amor de su vida el día que yo llegué al mundo, y aunque nunca me ha culpado de la muerte de *mamma*, cargo con el pesado manto de la culpa sobre mis hombros.

Quizá esta sea mi forma de compensárselo por fin.

—Tienes que saber que no ha sido una decisión fácil para mí, Bianca —me coge la mano—. Espero que sepas que no te entrego a los Koslov a la ligera. Eres mi mundo, y haré lo que sea para mantenerte a salvo.

—Esto no me parece mantenerme a salvo, *Papino* —bajo la vista al suelo—. Siento que me están arrojando a los lobos.

Mi padre se estremece y el pecho se me oprime.

Pero debería sentirme dolida por un minuto o dos. Me lo merezco, ¿no? Me han obligado durante meses a organizar una boda que no sabía que era la mía hasta que he llegado aquí.

Toda mi familia me ha traicionado. Y ahora me entregan, o me venden, por algo que no tiene nada que ver conmigo.

¿A nadie le importa?

—No te harán daño. Les he dejado muy claro que no lo toleraría.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

Mi padre mira por encima del hombro a la multitud de invitados, que no tardarán en preguntarse dónde demonios está la novia. Lo que no saben es que está en un rincón a punto de cometer un delito contra su propio padre si no empieza a desembuchar.

O a lo mejor todos lo saben y evitan mirarme porque se compadecen de mí.

—Ven conmigo, *stellina* —me guía mi padre de vuelta al guardarropa improvisado, lejos de miradas indiscretas.

—¿Saben todos los invitados a la boda de quién han venido? ¿Soy la única que no está al tanto de la verdad? —niego con la cabeza—. ¿Y Rosanna? ¿Estuvo metida en esto todo el tiempo?

—Lo saben.

Estoy a punto de vomitar.

Las horas que me pasé estudiando los planos de las mesas y las opciones del menú para la boda de mi prima, y no será Rosanna la que camine hacia el altar para encontrarse con el amor de su vida.

Seré yo la que camine hacia una cadena perpetua, porque no hay otra forma de describirlo.

Me tiembla tanto todo el cuerpo que tengo que agarrarme a uno de los percheros para mantenerme firme.

La humillación y la traición casi me aplastan. Y no ayuda que la sonrisita de Alexei Koslov cuando se dio cuenta de que yo había descubierto la verdad se repita una y otra vez en mi cabeza.

Gilipollas.

—Podrías haber sido sincero conmigo desde el principio, *Papino*. Hacerme creer que soy una invitada cuando en realidad soy la que se casa es bajo, incluso para ti.

—No podía arriesgarme a que no aparecieras —inclina la cabeza —. Le das demasiadas vueltas a las cosas, *bambina*.

—Con razón. ¿Por qué no pudiste confiar en mí lo suficiente como para decírmelo? No soy una persona irrazonable. Si tienes una

buena razón para este matrimonio, entonces merecía saberla. Merecía tener tiempo para entenderlo, para asumirlo.

Miro al suelo, intentando evitar que se me forme un nudo en la garganta. —¿Después de todo este tiempo, no he demostrado que me preocupo por esta familia? Sé lo que se espera de mí, *Papino*. Al fin y al cabo, soy tu única heredera.

—Tienes razón —suspira mi padre, frotándose la mandíbula mientras me mira con lástima—. Debería haber hecho esto de otra manera, y te pido disculpas por ello.

—¿Qué se me pide exactamente aquí, *Papino*? ¿Solo necesito firmar el certificado de matrimonio y ya está?

Él niega con la cabeza.

Yo niego a mi vez. —Claro que no... No es suficiente con que tenga que vincularme legalmente a un desconocido, ¿sino que además tengo que renunciar a mi libertad? Me estás haciendo renunciar a toda mi vida, *Papino*. A todo lo que tanto me ha costado construir por mí misma...

Nos miramos un momento, y mis hombros se hunden por el peso de lo que está por venir.

Me están arrancando la vida de cuajo y no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Ni siquiera tengo a Zara conmigo.

—*Bambina*...

—No. Es el puto día de mi boda, ¡y mi mejor amiga ni siquiera está aquí! ¿No es de locos? —Ahora gesticulo sin parar—. ¿Y cómo crees que se va a sentir cuando se entere de que me he casado sin que ella lo *supiera*?

Me río.

—Claro, ¿cómo iba a saberlo si ni siquiera lo sabía *yo*? ¿Se puede ser más patética?

—No podía arriesgarme a que te enteraras. Tenía que fingir que era un asunto exclusivamente familiar para evitar que supieras la verdad y salieras por patas.

Miro fijamente los ojos azules de mi padre, tan parecidos a los míos.

Pero no se parece en nada a mí. A él no le importa. ¿Le ha importado alguna vez?

Es imposible que hoy no acabe con un anillo en el dedo. Emilio Bellucci siempre se sale con la suya, pase lo que pase.

—Espero que sepas lo que haces, *papino*. Y espero que esto valga la pena como para perder a tu hija.

Mi padre suelta un largo suspiro.

—Lo siento, *bambina* —se inclina para darme un suave beso en la mejilla—. Pero es la única manera.

—Pues acabemos con esto de una vez —contengo las lágrimas que amenazan con rodar por mis mejillas.

Lo último que quiero es que Alexei me vea llorar. No puedo mostrarle ninguna debilidad a este hombre y arriesgarme a que la utilice en mi contra.

Mi padre me guía de vuelta al ascensor y pulsa el botón de la suite del ático, donde mi prima Rosanna, la falsa novia, me espera para vestirme. Sus ojos azules brillan con lágrimas mientras corre hacia mí y me coge de la mano.

—Lo siento muchísimo, Bianca —masculla Rosanna mientras me conduce al lujoso dormitorio.

Mis ojos vuelan hacia el portatrajes blanco que cuelga del reverso de la puerta del baño y casi se me doblan las rodillas.

—Quería contártelo todo este tiempo, pero tu padre me hizo prometer... Lo siento mucho.

Apenas escucho a Rosanna mientras cruzo el dormitorio y paso las yemas de los dedos por el portatrajes. Tengo un nudo en el estómago a medida que la realidad empieza a calar, y lucho contra el impulso de correr al baño y vomitar hasta la primera papilla.

Solo puedo pensar en todo lo que me he perdido.

Esta no es *mi* boda. Es la boda de otra persona que yo organicé y que ahora voy a usurpar.

Nada de esto se ha hecho pensando en mí. Nada de esto es elección mía. Desde el vestido hasta mi puto marido. No se suponía que fuera así.

El día de mi boda debía estar lleno de felicidad y *amor*, pero ahora mismo esas cosas me parecen muy lejanas.

Cierro los ojos un instante e imagino el rostro de Alexei cerniéndose sobre mí en el ascensor, sus ojos oscuros devorándome mientras una sonrisita burlona asomaba a sus labios carnosos.

Siento un aleteo en el estómago y abro los ojos de golpe mientras se me pone la piel de gallina.

Alexei Koslov es peligroso, y haría bien en recordarlo.

En el momento en que me ponga el vestido de novia, no seré más que otro peón en su retorcido juego. Y desempeñaré bien mi papel.

—Tu padre es un hombre que intimida. No supe cómo decirle que no —Rosanna sigue parloteando, llenando el silencio con disculpas vacías mientras yo no aparto la vista del portatrajes—. El vestido te quedará igual de bonito...

Sé que solo intenta aliviar su propia culpa por el papel que ha desempeñado en todo esto, pero estoy demasiado cansada para que me importe. Demasiado dolida.

La verdad es que me encantaba este vestido, para Rosanna. Se ajustaba perfectamente a su figura curvilínea, y el detalle palabra de honor con su pelo rojo fuego cayéndole sobre los hombros habría sido impresionante.

Ni por un segundo me imaginé poniéndomelo y caminando hacia el altar. El matrimonio era algo muy lejano para mí, algo que pensaba que sucedería cuando me sintiera preparada para comprometerme plenamente con alguien a quien amara, alguien con quien quisiera construir una vida.

En cambio, está a punto de suceder, y el hombre que me espera en el altar es uno de los más poderosos de la ciudad y un completo desconocido.

—Supongo que será mejor que me vista —alcanzo la cremallera con manos temblorosas.

Dejo que Rosanna me arregle el pelo, manteniendo el recogido pulido, y que me retoque el maquillaje. Apenas puedo mirarme en el espejo mientras trabaja, no quiero ver la expresión atormentada de mis ojos.

En el momento en que me pongo el vestido de novia y Rosanna me sube la cremallera, siento como si me hubieran arrancado hasta

la última gota de aire de los pulmones y que nunca más podré volver a respirar hondo.

Me agarro el estómago; el corazón me late tan deprisa que podría desmayarme en cualquier momento.

—Estás preciosa, Bianca —termina Rosanna de ajustarme el vestido.

No digo nada, con un nudo de lágrimas en la garganta, mientras espero a que se ponga el vestido dorado y sedoso con el que llegué.

Pierdo la cuenta de las veces que se disculpa por el papel que ha desempeñado. No debería ser ella quien me acompañe hasta el ascensor donde espera *papino*, ni quien se quede a mi lado en el altar para coger mis flores mientras pronuncio los votos.

Ese siempre fue el papel de Zara, mi mejor amiga desde el primer año de universidad. Es mi pilar, mi persona, y no está aquí.

¿Cómo puedo explicarle todo esto sin arriesgar su seguridad?

Me muerdo el interior de la mejilla mientras cojo el brazo de mi padre y salgo del ascensor, con las piernas amenazando con fallarme a cada paso.

Al doblar la esquina, se me escapa un gemido al ver que ahora todos los asientos están ocupados y yo me encuentro al principio de un pasillo que conduce a mi futuro marido.

Levanto la vista y encuentro a Alexei mirándome, con una sonrisita burlona en los labios mientras sus ojos me recorren.

Siento que me arden las mejillas mientras él examina mi vestido palabra de honor que se ciñe a mi cintura antes de abrirse en una larga cola.

No puedo negar que es un hombre extremadamente atractivo, con su complexión ancha y su mandíbula cincelada. Pero también emana un aire de peligro subyacente. Está ahí, detrás de cada sonrisita, de cada mirada furtiva.

¿Por qué tengo la sensación de que este hombre me va a traer más problemas de los que vale?

Capítulo Cuatro

ALEXEI

Intento ignorar la sensación de cientos de ojos clavados en mí mientras estoy en el altar con mis tres hermanos a mi lado. Normalmente no soy de los que disfrutan siendo el centro de atención, sobre todo cuando estoy a punto de recitar mis votos a una mujer con la que apenas he cruzado un puñado de palabras.

Pero hice una promesa.

Y yo *nunca* rompo mis promesas.

Así que espero pacientemente a que aparezca Bianca.

Dimitri se inclina hacia mi oído. —¿No creerás que se ha fugado, verdad?

Le lanzo una mirada fulminante.

—¿Quizá me ha echado un vistazo y se ha dado cuenta de que se casa con el hermano equivocado?

—Créeme, no tendrías ni idea de cómo manejar a una mujer como Bianca —mascullo entre dientes.

—No estoy seguro de que tú sí la tengas, hermano.

Pongo los ojos en blanco, aunque una parte de mí cree que podría tener razón.

Bianca es todo curvas suaves y ojos grandes, pero en el momento en que abre la boca… Joder, haría que cualquier hombre normal saliera huyendo despavorido.

Pero a mí no.

La mayoría de las mujeres que he conocido no suelen tener ni idea de quién o qué soy en realidad, y prefiero que siga siendo así por el bien de todos. Pero incluso sin que sepan la verdad que se esconde tras mi apellido, muchas optan por no buscarme las cosquillas. Por hacer exactamente lo que digo para tenerme contento.

No soy ajeno al hecho de que irradio poder y riqueza, dos cosas que muchos anhelan. Pero en mi caso, conllevan consecuencias. Y no son unas con las que puedan lidiar.

Así que, cuando Bianca hizo lo contrario, desafió mis intenciones y me habló como si fuéramos iguales, sentí una emoción que me recorrió todo el cuerpo.

Todavía me cuesta quitarme de encima la excitación al imaginarme sus labios carnosos contraídos en una mueca de desprecio mientras me despelleja vivo.

No puedo reprimir la sonrisa ladina que se dibuja en mis labios al imaginarnos más tarde en la suite nupcial.

Desde luego, me las hará pasar canutas.

El brazo de Dimitri se posa en mi hombro. —Ahí viene.

Me giro y miro por el pasillo al mismo tiempo que un cuarteto de cuerda empieza a tocar la marcha nupcial.

Se me corta la respiración cuando mis ojos se posan en Bianca, aferrada al brazo de su padre, mientras me mira fijamente.

Dejo que mi mirada recorra sus hombros desnudos, observando el vestido de seda palabra de honor que apenas contiene sus pechos generosos antes de ceñirse a su cintura y abrirse en una falda amplia.

Es arrebatadora.

Y es *mía*.

Sus mejillas adquieren un hermoso tono rosado bajo el peso de mi mirada, lo que añade una cierta inocencia a su semblante.

Soy muy consciente de que le saco diez años y de que le estoy robando un momento con el que la mayoría de las chicas sueñan desde la infancia. Pero para sobrevivir en mi mundo, hay que hacer sacrificios.

Nuestras miradas permanecen fijas mientras Bianca avanza por el pasillo, que ha sido cubierto con una alfombra de color rosa pálido a juego con las flores. Sus labios carnosos están entreabiertos, y sé que en cuanto se ponga a mi lado va a hacer otro comentario sarcástico.

Y me muero de ganas.

—Allá vamos. —Dimitri se ríe entre dientes cuando Bianca y Emilio llegan finalmente al final del pasillo.

Miro a Emilio, que asiente una vez antes de coger la mano de su hija y ofrecérmela.

Cuando voy a coger la mano de Bianca, ella la retira de un manotazo, optando por recoger la pesada falda de su vestido y colocarse frente a mí.

—Perdón, no he tenido ocasión de escribir mis propios votos. —Me lanza una mirada fulminante.

Las risas recorren al pequeño grupo de invitados, lo que solo acentúa su ceño fruncido.

—Yo me he tomado la libertad de escribirte unos. —Sonrío, saco una hoja de papel del bolsillo interior de mi chaqueta—. Creo que te parecerán satisfactorios.

Frunce el ceño mientras desdobla el papel y lee los votos que le he garabateado mientras se cambiaba.

—¿Es una broma? —resopla—. ¿Qué es esto, los años cincuenta? Ni de coña voy a decir nada de esto.

—Puedes hacer algunos cambios, pero te sugiero que te ciñas a la esencia de lo que he escrito. —Le sonrío, pero sé que sabe leer entre líneas.

Los ojos azules de Bianca se encuentran con los míos por un momento y sus mejillas enrojecen al instante; sé que se está imaginando lo que he mencionado ahí.

Como si pudiera sentir mis propios pensamientos, se aclara la garganta y vuelve a bajar la vista hacia los votos.

—¿Qué tal si acepto escucharte de vez en cuando y que nos tengamos un respeto mutuo?

—Supongo que servirá. Por ahora. —Enarco una ceja—. Pero ese segundo párrafo…

—No va a suceder.

Dimitri reprime una carcajada a mi lado.

Me inclino hasta que mis labios casi le rozan la oreja.

—Lo mismo se aplicaría a ti también, *solnyshka*. Estaré más que encantado de atender todas tus necesidades y deseos…

El sonido de su respiración entrecortada me hace sonreír.

Me enderezo y bajo la mirada hacia sus pechos, que suben y bajan rápidamente mientras intenta calmarse.

—Ni se te ocurra pensar que voy a llevar un anillo.

—No pasa nada, *kisa*. Todo el mundo sabrá a quién perteneces.

Me lanza una mirada fulminante que me obliga a morderme el interior de la mejilla para no sonreír.

Me gusta lo fácil que es picarla.

—Acabemos con esto de una vez. —Se vuelve hacia el paciente sacerdote, que parece bastante preocupado por la naturaleza de esta boda.

Primer asalto para mí.

El momento en que Bianca Bellucci firma el certificado de matrimonio ante los doscientos invitados y es declarada oficialmente mi esposa es un instante que se me ha quedado grabado a fuego en la memoria. No por lo romántico o conmovedor que fue, sino porque en el momento en que golpea la mesa con el bolígrafo, se pone en pie, recorre el pasillo enfurecida, coge una botella de champán de una cubitera por el camino y desaparece en el ascensor sin mirar atrás.

Me pongo de pie, esforzándome por ocultar mi diversión ante la actitud de Bianca, y me dirijo a los invitados.

—¡Es hora de celebrarlo! —exclamo, dando una palmada—. Si queréis, podéis ir bajando al salón de baile.

Dibujo una sonrisa forzada en la cara mientras observo a los invitados ponerse en pie y empezar a salir de las filas de sillas.

Muchas de las caras no me resultan familiares, aunque sé que Emilio habrá pedido su asistencia por alguna razón.

Mi matrimonio con Bianca envía un mensaje. Dos de las familias más poderosas de Nueva York están unidas legalmente. Si te metes con una, te metes con las dos.

Dimitri me abraza. —Me pregunto cuánto tardará Mario en enterarse de tus maravillosas noticias.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—Ten la boca cerrada, Dimitri. No sabes quién podría estar escuchando.

Repaso las caras de los invitados que pasan a mi lado mientras avanzo por el pasillo, con mis hermanos pegados a mi espalda.

Al mirar hacia las esquinas de la azotea, mi vista se cruza con la de las únicas otras personas a las que he invitado para compartir mi día especial: Feliks, Micha y mi primo Anton. Me asienten con la cabeza uno a uno y me relajo un poco, sabiendo que me cubren las espaldas.

Esto podrá ser una boda, pero eso nunca ha sido suficiente para detener los tejemanejes de la mafia.

Cuando nos acercamos al ascensor, me vuelvo hacia Dimitri. —No le quites ojo a Bianca.

Ha desaparecido sin rastro del equipo de seguridad, y no me gusta nada.

Me hago la promesa silenciosa de no volver a ser tan descuidado.

Puede que a ella no le guste estar casada conmigo, puede que no haya nada entre nosotros salvo un trozo de papel, pero eso no impedirá que me asegure de que esté protegida a toda costa. Tengo una promesa que cumplir.

Me frunce el ceño. —¿No es ese tu trabajo, hermano?

—Haz lo que te pido, sin más. —Entro en el ascensor.

Dimitri se ríe entre dientes y entra a mi lado, junto con Mikhail y Danil, que pulsa el botón del salón de baile.

—Enhorabuena, hermano. —Mikhail me da una palmada en el hombro.

Danil me mira. —¿Y ahora cuál es el plan? ¿Cuándo se muda a la casa familiar?

—Mañana.

Danil se atraganta y Mikhail tiene que darle una palmada en la espalda.

—Era broma.

—Es mi mujer, Danil. —Tamborileo con los dedos en los muslos mientras el ascensor baja los diez pisos.

—Sobre el papel —me recuerda Mikhail.

—Ahora que está ligada a mí, tiene una diana aún más grande en la espalda. —Me cruzo de brazos—. No creía que tuviera que explicaros esto, pero que así sea. Ahora es parte de esta familia, y la protegeréis como si fuera una de los nuestros, ¿entendido?

Miro a cada uno de mis hermanos a los ojos. —¿Entendido?

—*Da, brat*.

—Y mientras viva bajo nuestro techo, la trataréis con el máximo respeto. A pesar de todo, sigue siendo mi mujer. ¿He sido claro?

—*Da, brat*.

—Bien, ahora vamos a disfrutar de mi boda —declaro mientras las puertas del ascensor se abren.

Dimitri se mantiene a mi lado mientras recorremos el salón con la mirada.

Parece que ha explotado una floristería aquí dentro. Quizá sea un poco recargado para mi gusto.

Mis ojos se posan en Bianca y no puedo evitar sonreír.

Sujeta una copa de champán, ya no la botella, mientras se balancea suavemente al ritmo de la música con una pelirroja despampanante que lleva el vestido dorado que Bianca llevaba hace solo unas horas.

—Esa debe de ser la prima —le susurro a Dimitri.

—¿No podrías haberte casado con ella? —sonríe con aire de suficiencia—. Parece más... dócil.

—No soy muy de pelirrojas. —Sonrío, decidiendo acercarme por fin a mi mujer, con la esperanza de que el champán la haya calmado un poco. Aunque, por la forma en que me fulmina con la mirada al acercarme, puede que me equivoque.

—¿Qué quieres?

Miro a la aterrorizada pelirroja y le ofrezco la sonrisa más cálida que puedo esbozar.

—¿Me permite un momento a solas con mi mujer?

Asiente y se escabulle, dejándome a solas con Bianca en medio de la pista de baile.

—¿Bailamos? —Le ofrezco la mano.

Bianca la mira y arruga la nariz.

—Realmente haces maravillas con el ego de un hombre. —Me río entre dientes y me guardo las manos en los bolsillos.

—Boda sorpresa o no, hace falta algo más que una sonrisa para ganarme, *gattino*. —Sonríe—. Necesito otra copa.

—¿Gatita, eh? Me vale, *kisa*. —Le guiño un ojo—. Ahora, permíteme.

Ella pone los ojos en blanco, pero me sigue el paso mientras nos abrimos paso entre los invitados hacia la barra del otro extremo del salón.

Levanto un dedo hacia el camarero. —Champán, por favor.

Bianca me frunce el ceño. —¿Tú no tomas?

—Esta noche no. Creo que es mejor que uno de los dos se mantenga sobrio.

—Si tú lo dices. —Coge la copa del camarero y se bebe la mitad de un trago.

Me quedo hipnotizado viendo cómo se mueve su garganta, y no puedo evitar imaginarme pasándole la lengua por la suave columna de su cuello.

Esta mujer es *embriagadora.*

—En realidad no soy tan malo. —Inclino la cabeza para poder susurrarle al oído.

Bianca pone los ojos en blanco mientras me mira de reojo.

—Algunas mujeres me considerarían un buen partido, ¿sabes...?

—Quizá si tuvieran el listón por los suelos... —Le da otro sorbo a su copa.

—Yo no soy el villano aquí, *ptichka*.

Frunce el ceño, y yo sonrío al ver que pierde por un momento su compostura de piedra.

—¿Ah, sí? —Sus ojos escudriñan mi rostro—. ¿Cuántas armas llevas escondidas encima ahora mismo? —Enarca una ceja mientras espera mi respuesta.

Le respondo con mi tono más seductor. —Solo una, *solnyshka*...

Me da una palmada en el brazo mientras un suave tinte rosado le aparece en el pecho.

Joder, está pensando en mi polla, y eso hace que se me mueva.

Ella mira a cualquier parte menos a mi cara. —Hablo en serio.

Meto la mano en mi chaqueta y la abro para dejar al descubierto el bolsillo interior, donde se ve claramente la silueta de una pistola.

—Una. —Abro el otro lado—. Dos.

Bianca traga saliva mientras me agacho para subirme la pernera del pantalón, donde llevo un cuchillo atado a la pantorrilla, cuya punta se perfila bajo el calcetín.

—Tres.

—¿Pensabas usar alguna si te decía que no? —No aparta la vista de mi chaqueta, como si intentara imaginarme sacando una pistola para apuntarla.

—¿En serio me estás preguntando eso?

¿De verdad me considera tan monstruo?

Intento ignorar la opresión que siento en el pecho al pensarlo y mantengo una expresión neutra mientras ella busca a tientas una respuesta.

Se encoge de sus delgados hombros.

—Para mí eres un desconocido, Alexei. No sé de qué eres capaz.

Suelto el aire y me paso las manos por el pelo mientras contemplo la fría expresión de Bianca.

—Hice el juramento de protegerte y pienso cumplirlo con mi vida.

—Mmm... —frunce los labios en una fina línea.

Quiero saber qué está pensando. —Muchos considerarían que una declaración así es muy romántica.

—Quizá si el hombre que la pronuncia no fuera un sádico.

No puedo evitar reírme mientras me fulmina con la mirada una vez más.

—Hablando en serio, *ptichka*, te guste o no, estamos casados. Y de ti depende cómo vaya este matrimonio. He puesto mis cartas

sobre la mesa, juégalas como quieras.

—Me has llamado así antes. ¿Qué significa?

—¿*Ptichka*?

Ella asiente.

—Significa «pajarito».

Bianca pone los ojos en blanco.

—Lo decía en serio cuando te he dicho que quiero protegerte. Pero, en cuanto a cómo puede ir esto del matrimonio entre nosotros, dale una vuelta.

Ladea la cabeza, casi como si me estuviera evaluando, antes de asentir una vez y pasar furiosa a mi lado, claramente molesta.

Quiero seguirla, decirle... ¿Qué?

No importa, porque Dimitri se acerca con expresión sombría.

Frunzo el ceño. —¿Qué pasa?

—Gilanto está cabreado. —Mi hermano echa un vistazo a su alrededor por si hay oídos indiscretos escuchando.

—Feliks se ha enterado. Tenía a un tipo siguiendo al nuevo segundo de Mario. Sabe perfectamente quién filtró la información sobre el paradero de su familia. Más le vale a Emilio largarse de la ciudad mientras pueda. De lo contrario, podría acabar con una bala alojada en el cráneo.

—Yo me encargo de Emilio. Asegúrese de que Feliks y los demás estén alerta. No quiero que esto llegue a oídos de Bianca.

—Por supuesto. —Dimitri asiente antes de desaparecer entre la multitud.

Respiro hondo y me doy la vuelta, apoyándome en la barra mientras recorro el salón con la mirada en busca de mi nuevo suegro. Pensaba que quizá tendríamos unas semanas antes de que se produjera alguna amenaza contra la vida de Emilio, pero resulta que los Gilanto no esperan a nadie.

Encuentro a Emilio apurando un vaso de whisky en una de las mesas, con los ojos fijos en Bianca, que ha vuelto a bailar con su primo, quien parece a punto de echarse a llorar.

Deslizándome en el asiento vacío junto a mi suegro, le pongo una mano en el hombro. —Es la hora, Emilio.

No dice nada, se lleva el vaso a los labios mientras mira a Bianca.

Me mata, por los dos, pero es necesario. Y cuanto antes, mejor. Por el bien de todos. —Mario lo sabe.

Después de que apure su vaso, ambos nos ponemos en pie.

No hay más que agonía en los ojos azules de Emilio cuando echa un último vistazo a Bianca antes de mirarme.

—Cuide bien de mi hija. —Su mirada es suplicante—. Júreme por su vida que no permitirá que le pase nada malo.

Me llevo la mano derecha al corazón. —*Klyanus' svoyey chest'yu*.

Me mira con el ceño fruncido.

—Lo juro por mi honor. O debería decir: *lo giuro sul mio onore*.

Sonrío un poco mientras le tiendo la mano. Emilio la estrecha y asiente, con los hombros caídos.

—Es todo lo que tengo —dice con voz ahogada.

—La protegeré con mi vida.

Capítulo Cinco

BIANCA

—*Bambina*.

Me doy la vuelta de golpe, casi derramando mi copa de champán recién servida sobre mi padre.

—¿*Papino*?

—Tengo que irme.

Frunzo el ceño al ver que a mi padre le empiezan a brillar los ojos. Me quedo paralizada un instante, preguntándome si el alcohol me está haciendo alucinar.

¿Está Emilio Bellucci a punto de llorar?

—No estés triste, *papino* —suspiro y le cojo la mano—. Sé que no tenías otra opción, y aunque puede que tarde un tiempo en asimilar esta… situación, te sigo queriendo.

Mi padre asiente, me coge la mano con las suyas y la aprieta con fuerza. —Siento que haya tenido que ser así.

—Te lo agradezco.

La desolación sigue grabada en su rostro.

Me sorprende el nivel de emoción en la cara de mi padre.

Él no suele ser de los que muestran tales sentimientos, y verlo así hace que se me encoja el estómago.

—Al final todo saldrá bien, *papino*.

—Te quiero mucho, *mia stellina*. —Su sonrisa no le llega a los ojos.

No sé qué está pasando. Quiero reírme, pero también quiero llorar.

Por cómo actúa, parece que no va a volver a verme nunca más. Pero no es que me vaya a mudar a otro país. Podemos seguir viéndonos todo el tiempo.

—Te veo pronto, *papino*. —Me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla.

Él inclina la cabeza y se da la vuelta, alejándose sin decir una palabra más.

Antes de que pueda darle demasiadas vueltas a la repentina expresión de emoción de mi padre, vuelvo directa a la barra, decidida a ahogar mis penas en champán ilimitado.

Debo de llevar casi dos botellas encima cuando una mano fuerte se posa en mi cintura y un aliento cálido me hace cosquillas en la mejilla.

—Creo que es hora de dar por terminada la noche, *esposa* —murmura Alexei.

Dejo que mis ojos se cierren por un momento, disfrutando del calor que irradia su enorme cuerpo.

Quizás sea el alcohol lo que hace que mi cuerpo se arquee hacia atrás contra él, que deje escapar un suspiro de satisfacción cuando sus dos manos encuentran mis caderas, sus dedos hundiéndose en la carne blanda.

—Bianca…

—Hora de ir a la cama. —Me doy la vuelta para mirar a Alexei.

Mi mirada recorre su ancho pecho hasta que se fija en la suya; el cálido chocolate de sus ojos me devora por completo.

La verdad es que es extremadamente atractivo, y según el estado de Nueva York, mío para cogerlo.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—¿Qué? —pregunta él, frunciendo el ceño.

—Es nuestra noche de bodas —susurro.

Un sonido ahogado escapa de sus labios y yo me río.

—Esa es tu señal para irte a la cama. —Alexei aparta las manos de mi cintura y me coge del brazo, sacándome del salón de baile que se va vaciando poco a poco.

Apresuro el paso a su lado, hipidos mezclados con risitas escapándose de mí mientras me imagino follando con *Alexei Koslov*.

El corazón me martillea en el pecho mientras me arrastra al ascensor y pulsa el botón de la suite del ático.

Miro de reojo a Alexei mientras subimos los nueve pisos hasta la última planta del Waldorf.

Su cuerpo está rígido, sus hombros rectos mientras se sitúa ligeramente delante de mí. Dejo que mi mirada recorra su espalda y me detengo en su culo, que se ve increíble en los pantalones de su traje.

—Para —me advierte sin mirarme.

—¿Parar el qué? —Una retahíla de hipidos me provoca una risita.

—De desnudarme con la mirada por la espalda.

—Tú me has estado desnudando con la mirada casi todo el día. Creo que es justo que yo tenga mi parte, *marido*. —Me muerdo el interior de la mejilla mientras el cuerpo de Alexei se tensa ante mis palabras.

Si se da la vuelta, ¿habrá alguna prueba que sugiera que le ha gustado lo que ha visto?

Pero permanece inmóvil, estirando el brazo hacia atrás para cogerme del brazo cuando el ascensor se abre, y tira de mí mientras entramos en la suite del ático.

No puedo evitar que las risitas provocadas por el alcohol se me escapen de la boca mientras me conduce a través del espacioso salón hasta el dormitorio del fondo.

Una mirada a la cama gigante y al gigante que tengo al lado me hace apretar los muslos.

—A dormir. —Me suelta.

—Sé que debería estar furiosa por esta situación en la que me encuentro. —Me lamo los labios mientras paso las yemas de los

dedos por las suaves sábanas—. Pero cuando pienso en lo que podríamos hacer en esta cama, me cuesta seguir enfadada —suspiro, mirando a Alexei.

Su rostro parece dolido mientras contempla la enorme cama que tenemos delante.

—Creo que deberíamos dormir un poco. Mañana tenemos un día largo. —Alexei se aleja de la cama, de *mí*.

Hago un puchero. —No quiero dormir.

Alcanzo la cremallera del costado de mi vestido.

Los ojos de Alexei siguen mis movimientos, y su mirada se vuelve ardiente mientras me observa bajar lentamente la cremallera.

—Estaba pensando que quizá podríamos hacer otro tipo de actividad de dormitorio.

—Bianca. —A Alexei le tiembla la garganta.

Sonrío mientras suelto la cremallera, y mi vestido cae al suelo, dejándome solo con unas bragas de encaje rosa.

—Vaya —me río, bajando la mirada hacia mis pechos desnudos —. Se me olvidó que no llevaba sujetador.

Levanto las manos y me ahueco los pechos llenos.

Miro a Alexei por debajo de las pestañas y su expresión es vidriosa mientras me ve amasarme los pechos. Suspirando, paso los pulgares por mis pezones, que se están endureciendo.

Atrapo mi labio inferior entre los dientes mientras Alexei examina mi cuerpo.

Mis ojos bajan por su pecho, deteniéndose al notar el impresionante bulto en sus pantalones.

Se me escapa un gemido ahogado al verlo, y no deseo otra cosa que ponerme de rodillas y tomármelo en la boca.

—Alexei. —Me quito el vestido y doy un paso hacia él.

Lo necesito. Este sentimiento me consume por completo.

Mantiene los brazos pegados a los costados, claramente haciendo todo lo posible por contenerse mientras acorto la distancia entre nosotros.

—Bésame..., *marido* —murmuro mientras hundo los dedos en la camisa de Alexei y acerco su boca a la mía.

En el momento en que sus labios tocan los míos, mi cuerpo se derrite.

Me aferro a su camisa, intentando desesperadamente acercarme más a él, sentir el suave tejido de su camisa contra mis doloridos pezones.

Mi lengua se desliza para recorrer su labio inferior, instándole a que abra la boca para mí.

Sus manos me agarran los hombros y me aparta, dejándome confundida.

—Estás claramente borracha, *solnyshka* —murmura Alexei—. No voy a aprovecharme de ti así.

—Estamos casados. —Siento que me arden las mejillas mientras miro mi cuerpo casi desnudo, moviendo las caderas para intentar tentar a mi nuevo marido a la cama—. Juraste satisfacer todas y cada una de mis necesidades sexuales.

Alexei bufa una risa, y el sonido me provoca un escalofrío por la espalda.

Mis pezones se endurecen al instante cuando da un paso hacia mí; sus ojos me queman mientras examina mis curvas.

—Lo hice —gruñe, moviendo las manos para colocarse el bulto.

Dejo que mis ojos sigan su mano y me quedo sin aliento ante la visión.

—¿Y bien? —presiono, con la voz entrecortada mientras me froto los muslos.

—Aunque no desearía nada más, *ptichka*, tienes algunos asuntos que resolver antes de que llevemos las cosas más lejos. Así que sugiero que durmamos un poco.

Los apodos con los que me llama me provocan algo, y quiero más de él.

—No lo dices en serio. —Me cruzo de brazos sobre el pecho para intentar protegerme.

—Lo digo muy en serio.

—¿Hay una mujer desnuda que prácticamente se te está echando encima y dices que *no*?

Alexei cierra los ojos por un momento, como si le costara todo su ser mantener la compostura.

Intento ignorar el dolor sordo que se está acumulando entre mis muslos mientras contemplo su enorme estatura.

La forma en que se ha arremangado la camisa blanca hasta los codos, dejando al descubierto sus musculosos antebrazos. Cómo se ha desabrochado un botón de más para revelar un atisbo de vello oscuro en el pecho que hace que se me haga la boca agua.

Abre los ojos, da otro paso hacia mí y se inclina para que su aliento me haga cosquillas en la oreja.

Mi espalda se arquea al instante, mis pezones anhelan cualquier forma de fricción que pueda ofrecerme.

—No soy ajeno a ese hecho, *ptichka*, pero ahora eres mi *esposa* —murmura—. Y me niego a usarte cuando estás en un estado vulnerable, especialmente para satisfacer mi propia necesidad de desahogarme.

Se me escapa un sonido ahogado ante sus palabras, llenando mi mente de todo tipo de pensamientos *sucios*.

No soy virgen, ni mucho menos, pero mi experiencia consiste en unos cuantos polvos de una noche chapuceros en varios baños de discotecas de Manhattan, un rollo de verano durante mi segundo año de universidad y una relación de un año con un chico que acabó engañándome con una de mis amigas.

Los chicos con los que he estado apenas saben ponerse un condón correctamente, y mucho menos hacer que una mujer se corra. Necesito un hombre.

Necesito a Alexei.

Él rezuma experiencia, y sé que no necesitaría ninguna guía para hacerme correr.

—Ahora, no hagas que te lo vuelva a decir, vete a dormir.

Me arden las mejillas por su rechazo.

Supongo que, en parte, quería tener una pizca de control sobre cómo terminaba este día, ya que el resto se había escapado por completo a mi control. Pero a medida que el alcohol empieza a desvanecerse y me doy cuenta de que no llevo nada más que unas bragas delante de un hombre que conocí hace apenas unas horas y que además es mi marido, no siento más que vergüenza.

—Yo dormiré en el sofá —mascullo, pasando junto a Alexei para entrar en el dormitorio.

Siento el peso de sus ojos sobre mí mientras cojo mi bolso, que han dejado en el sillón, y empiezo a rebuscar en él algo que ponerme antes de irme a la cama.

—No es necesario que duermas en el sofá.

Me mantengo de espaldas a Alexei mientras me pongo una vieja camiseta de la universidad por la cabeza y me subo unos pantalones cortos de algodón por los muslos, solo porque no quiero que me mire como si fuera una niñata digna de lástima.

—Bueno, es más que obvio que no vamos a compartir cama. —Me ajusto la camiseta antes de girarme para mirarlo.

Está apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, con un profundo ceño fruncido mientras me observa.

—Y deja de mirarme *así*.

—¿Así cómo?

—Como si estuviera a punto de hacerme añicos.

—Bianca...

Me quedo helada al oír mi nombre en sus labios.

—No eres frágil, ni mucho menos.

—Entonces, ¿por qué no quieres tocarme?

—Porque la primera vez que me folle a mi mujer, quiero que esté sobria. Quiero saber que es ella la que me desea, no el alcohol.

Alzo la vista para encontrarme con la de Alexei y está claro cómo me tomaría.

No habría nada de delicadeza en ello.

Reprimo un gemido mientras lo imagino inclinándome sobre el borde de esta cama y hundiéndose tan dentro de mí que podría partirme en dos.

—No te lo pediré una tercera vez, *solnyshka*. Vete a la *cama*.

Frunzo el ceño mientras sus palabras irrumpen en mi fantasía llena de lujuria.

Para mostrar mi fastidio, cojo el edredón de la cama y me meto una almohada bajo el brazo, con la intención de dormir lo más lejos posible de mi marido.

Aunque no llego muy lejos.

Alexei me agarra del brazo cuando paso por la puerta.

—A la cama. Ahora.

Levanto la vista hacia él y entrecierro los ojos ante su tono autoritario.

—No.

Él deja escapar un largo suspiro; la diversión que le causaba mi desobediencia ha sido reemplazada por la irritación.

—Si te empeñas tanto en no compartir la cama conmigo esta noche, de acuerdo. Pero seré yo quien duerma en el sofá. —Alarga la mano para coger la almohada que tengo debajo del brazo.

Parpadeo, demasiado atónita para oponer resistencia mientras él estira el brazo para coger el edredón.

—Buenas noches, *esposa* —murmura antes de alejarse con paso resuelto hacia el sofá.

Capítulo Seis

BIANCA

A PESAR DE la lujosa cama y las sábanas de seda, el sueño apenas consigue calmar mis pensamientos acelerados. Me despierto varias veces, confundida sobre dónde estoy. Entonces, cuando me doy cuenta, los acontecimientos del día anterior vuelven a inundarme y me quedo con una sensación de vacío y soledad, a pesar de que Alexei está en la habitación de al lado.

Es probable que no se molestara en coger una habitación separada por miedo a que intentara escaparme en mitad de la noche. Pero, siendo realista, ¿a dónde podría ir? ¿A mi estudio? ¿Al piso de Zara?

Casi me río al pensar en plantarme en casa de Zara en mitad de la noche para informarle de que estoy huyendo de mi nuevo marido, que, además, resulta ser el cabeza de una de las familias mafiosas más poderosas de la ciudad.

Pensaría que me he bebido una botella de tequila y, a juzgar por el martilleo en mi cabeza, yo también lo pensaría.

Al final, debo de quedarme dormida, porque me despierto con el sol empezando a asomar por las cortinas y una enorme sombra proyectada sobre mi cama.

—Buenos días, *solnyshka* —se ríe Alexei entre dientes.

Gimo, tapándome la cabeza con las sábanas. —Tienes una hora para desayunar y ducharte antes de que nos vayamos a nuestro nuevo hogar conyugal.

—Qué ganas —mascullo, haciendo una mueca de dolor por el martilleo en mi cabeza.

—Me he tomado la libertad de pedirte algo de comer. Debería llegar para cuando hayas terminado de ducharte.

—No necesito que me digas lo que tengo que hacer —dejo caer las sábanas y fulmino con la mirada a un Alexei de aspecto muy lozano.

Lleva una camisa blanca limpia y unos chinos oscuros, y una bocanada de su colonia almizclada me llega a la nariz cuando me siento.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—Ni de coña —gimo, dejándome caer de nuevo sobre las sábanas.

—Bienvenida a la vida de los Koslov —se ríe Alexei—. Que disfrutes de la ducha.

—Capullo —mascullo.

Bajo la ducha de efecto cascada, mis pensamientos se ven asaltados por los recuerdos de anoche. Cómo prácticamente le rogué a Alexei Koslov que me follara y cómo me rechazó.

Me paso las manos por la cara, horrorizada por cómo me comporté.

¿Y ahora se supone que tengo que vivir con este tío?

A quienquiera que cabreara en una vida anterior debe de estar partiéndose de risa a mi costa.

La ducha no consigue despejarme la niebla mental y, cuando por fin me miro en el espejo para cepillarme el pelo y los dientes, me estremezco al ver el ligero tono grisáceo de mi piel.

Beberse casi dos botellas de champán con el estómago vacío es lo que tiene. Es un milagro que no pasara mi noche de bodas con la cabeza metida en la taza del váter.

Hago lo que puedo para tener un aspecto medianamente presentable antes de salir del dormitorio, vestida con unos

pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes junto con mis Converse rojas.

Mientras cruzo el salón hacia donde Alexei está sentado en el sofá, el corazón empieza a latirme más deprisa y las manos me empiezan a sudar.

Lo de ayer pareció un juego, una simulación, pero ahora la realidad empieza a calar.

Estoy casada con Alexei Koslov.

Las rodillas amenazan con doblárseme y consigo agarrarme al respaldo del sofá para estabilizarme.

Alexei mira por encima del hombro y se pone de pie al observar la expresión de mi cara.

—¿Bianca?

Unos golpes en la puerta hacen que Alexei maldiga por lo bajo.

—Estoy bien —cierro los ojos un momento mientras lucho contra la repentina sensación de náuseas provocada por el alcohol y el miedo.

Alexei duda un instante antes de ir a la puerta a recoger el servicio de habitaciones. El olor a tortitas y beicon invade la habitación mientras el personal del hotel entra el carrito y yo gimo.

—Quizá deberíamos saltarnos el desayuno y ponernos en marcha —despide al personal y cierra la puerta.

—A no ser que quieras que el interior de tu coche parezca una taza de váter, creo que es lo más sensato.

Se ríe suavemente por lo bajo. —Puedes dormir durante el trayecto a casa, te lo prometo.

Levanta una de las tapas de la bandeja para robar un trozo de beicon.

—¿Y dónde está exactamente mi nueva casa? —maniobro para sentarme en el borde del brazo del sofá.

—En Forest Hills.

—¿Dónde?

—En Queens.

Se me escapa una risa ahogada.

—Claro que sí.

Los latidos de mi corazón me retumban en los oídos y tengo el pecho tan oprimido que me duele respirar hondo.

Trago saliva, con la garganta áspera y en carne viva, pero lo ignoro. Ignoro todas las sensaciones que recorren mi cuerpo, todas las necesidades que estoy descuidando. *Sobre todo* la que tanto deseaba que Alexei satisficiera anoche.

Eso no puede volver a pasar. No puedo permitirme bajar la guardia ni un segundo con este hombre, por muchas veces que diga que va a protegerme a toda costa.

Me quedo dormida en el asiento trasero del Range Rover de Alexei, aunque solo sea para evitar decir algo más de lo que pueda arrepentirme.

Me informa de que el trayecto solo durará media hora si no pillamos atasco.

Entonces, ¿para qué demonios me ha despertado tan pronto?

Pero la siesta corta me rejuvenece un poco, de modo que, para cuando llegamos a su mansión ridículamente enorme, que da al parque de Forest Hills, estoy de mejor humor para apreciar mi nuevo hogar.

—¿Solo vives tú aquí? —salgo del coche, decidiendo ignorar el hecho de que Alexei me haya abierto la puerta. Estiro el cuello mientras contemplo la casa.

La propiedad es impresionante, con ventanales que abarcan las tres plantas, gruesos pilares a cada lado de la doble puerta principal que deben de medir casi el doble que Alexei, así como unos terrenos extensos que rodean la casa.

—Es la residencia principal de mi familia en Nueva York, pero mis tres hermanos suelen preferir quedarse en nuestro ático del Upper East Side. Les he dicho que se mantengan alejados de aquí durante unos días, al menos, para no… *agobiarte*.

—Ah, sí, porque conocer a nuevos cuñados puede llevar a una chica al límite.

Alexei ignora mi comentario y frunzo el ceño mientras me guía por los escalones de la entrada de la casa. Parece menos juguetón que ayer, ¿o esa faceta suya era simplemente una artimaña para ayudarme a hacerme a la idea de casarme con él?

Me cruzo de brazos, conteniendo el nudo en la garganta mientras observo al hombre con el que me vi obligada a casarme abrir la puerta principal de nuestro nuevo hogar.

Se hace a un lado y me sujeta la puerta mientras cruzo el umbral. Su intenso aroma almizclado me golpea al pasar rozándolo.

Se me corta la respiración, pero me distraigo rápidamente contemplando el espacioso vestíbulo de mi nueva casa.

—Es... Es... —Me quedo sin palabras mientras echo un vistazo a mi alrededor, admirando los ricos detalles de caoba, los oscuros colores en tonos joya de las paredes.

La riqueza no me es ajena, a mi padre no le falta el dinero precisamente, pero los Koslov están a otro nivel.

Me quedo con la boca abierta.

Este es mi nuevo hogar.

—Tengo un gusto más bien clásico en lo que a diseño de interiores se refiere —dice Alexei, poniéndose a mi lado.

Intento ignorar que está muy cerca, el intenso aroma a sándalo que me inunda las fosas nasales cuando inspiro.

—La cocina y los baños son bastante modernos, pero prefiero una sensación más acogedora en las zonas de estar principales.

—Ah, sí. Una mansión de tres plantas rebosa calidez por los cuatro costados.

Alexei se ríe entre dientes, y el sonido me provoca un escalofrío que me recorre la espina dorsal y un calor que se extiende por mi interior.

Toso para salir de mi trance inducido por su aroma.

—Quiero dejar claras algunas reglas antes de seguir. —Me cruzo de brazos y me giro para mirar a mi marido.

A Alexei le brillan los ojos, pero me hace un gesto para que continúe.

—Quiero mi propia habitación.

—Hecho.

—Y quiero libertad para moverme por toda la casa.

Alexei entorna los ojos un instante, pero al final asiente.

—No eres una prisionera aquí, *ptichka*. Este es tu hogar ahora, pero voy a añadir algo a esa regla.

—Adelante.

—No saldrás de la propiedad sin que yo lo sepa y sin seguridad.

—No hablarás en serio... —resoplo.

—Por si aún no te has dado cuenta, no me tomo tu seguridad a la ligera. Así que si eso me convierte en el malo de la película, que así sea. Haré lo que haga falta para mantenerte a salvo.

—De acuerdo. —Sé que no tiene sentido discutir con él.

La verdad es que Alexei empieza a recordarme mucho a mi padre. Parece que los hombres de mi vida tienen en común ser machos alfa sobreprotectores.

—¿Algo más? —pregunta Alexei.

—Sí. —Tomo aire—. Quiero un lugar para trabajar en mi arte.

Alexei enarca las cejas.

—¿Pintas?

—Entre otras cosas —me encojo de hombros.

—Tendrás que enseñarme alguna de tus obras.

Niego con la cabeza, conteniendo una sonrisa. —Solo mi familia y mis amigos *más cercanos* pueden ver mi obra. «Desconocido con el que me han obligado a casarme» no entra en ninguna de esas dos categorías.

—Quizá entre en la categoría de muso. —Me guiña un ojo, y lucho contra el impulso de imaginármelo posando desnudo para mí. Solo músculos marcados y líneas duras.

Trago saliva y aparto la mirada.

—Eres demasiado creído para mi gusto. —Contengo una sonrisa.

—¿De verdad? —Enarca las cejas y sus ojos oscuros brillan—. Anoche no me dio esa impresión.

Mis mejillas se acaloran con el recuerdo. De los labios de Alexei sobre los míos, de la dureza de su cuerpo tan cerca mientras sus dedos se clavaban en mis caderas.

—¿P-por qué no me enseñas la casa?

La sonrisita que me dedica Alexei me dice que sabe exactamente el tipo de pensamientos que me atormentan, pero aun así me sigue la corriente.

Intento no parecer pasmada ni deslumbrada mientras me guía por la espaciosa cocina, el comedor, los múltiples despachos y salones, y muchos de los dormitorios que sus hermanos suelen ocupar cuando vienen de visita.

Es una propiedad inmensa. Incluso tiene piscina, pista de tenis, un sótano con su propio gimnasio, garaje privado y hectáreas de terreno.

—¿Qué hay en la tercera planta? —pregunto mirando hacia las escaleras.

—Mi despacho, la biblioteca...

—¿Tienes una biblioteca?

Alexei asiente, con esa exasperante sonrisita adornando sus labios.

—¿Ya estás impresionada, *solnyshka*?

—No está mal. —Me encojo de hombros, sin querer que sepa la verdad.

Alexei se ríe entre dientes mientras entramos en el ascensor que hay junto a las escaleras.

—Quizá esto te haga cambiar de opinión.

Cuando llegamos a la última planta y abrimos la primera puerta a la derecha, no puedo evitar que se me escape un grito ahogado al contemplar las altísimas estanterías y los lujosos sillones de cuero.

Incluso hay una chimenea, y de repente puedo visualizarlo: tardes acurrucada en uno de esos sillones, bebiendo chocolate caliente y perdiéndome en un libro.

—¿Y ahora? ¿Impresionada?

Levanto un hombro.

—¿Puedo ver mi habitación? —Miro a Alexei por encima del hombro.

—Está al fondo del pasillo.

Me doy la vuelta y paso junto a él, pero me detengo al ver las otras tres puertas de esta planta. —¿Qué más hay en esta planta?

—Esta puerta... —Alexei se dirige a la que está frente a la biblioteca— es mi despacho.

—¿Otro?

Alexei ignora mi comentario y avanza por el pasillo, con sus pasos casi silenciados por la alfombra azul oscuro que lo recorre.

—Esta... —Se detiene ante la puerta del fondo a la izquierda— es mi habitación.

Frunzo el ceño, mirando primero la puerta y luego posando los ojos en la de enfrente.

—A ver si adivino... ¿La última es mi habitación?

Alexei sonríe y yo lucho contra el impulso de darle un puñetazo en el pecho.

—¿Tantos dormitorios y tenías que darme la habitación de enfrente de la tuya?

—Como no paro de repetir, *ptichka*, me tomo tu seguridad muy en serio. —Cruza el pasillo y abre la puerta de mi habitación.

—Y como no paro de repetir yo, eres un *gilipollas*. —No oculto mi gemido de frustración mientras paso furiosa junto a Alexei y entro en mi habitación.

Me detengo, sorprendida por las paredes de color crema pálido y los detalles en tono rosa. Parpadeo y miro la enorme cama, que parece hecha de nubes de azúcar por la gama de colores de la ropa de cama y los mullidos cojines. Hay un gran tocador lleno de productos, una chaise longue y una gran estantería a rebosar de libros. Una alfombra mullida de color crema cubre la mayor parte del suelo y siento un deseo irrefrenable de quitarme los zapatos y hundir los dedos de los pies en el suave tejido.

—La puerta de la derecha conduce a tu cuarto de baño privado, que tiene una bañera de hidromasaje y una ducha con efecto cascada, y la de la izquierda lleva a tu vestidor, que me he tomado la libertad de abastecer para ti.

—¿Los colores también los has elegido tú? —Me acerco a la cama y paso los dedos por el edredón.

—Sí, pero puedes decorarla como quieras si no te gusta.

Es exactamente de mi gusto.

—Está bien, gracias —mascullo—. Ahora, si no te importa, me gustaría estar un rato a solas.

—Por supuesto.

Miro por encima del hombro y me encuentro con sus ojos, que escrutan los míos.

Parece dudar si irse, pero algo en mi cara toma la decisión por él, porque me dedica un seco asentimiento con la cabeza antes de cerrar la puerta y dejarme a solas en mi nueva habitación.

Me siento en el borde de la cama y repaso la habitación con la mirada, con una creciente sensación de angustia en la boca del estómago por toda compañía.

—¿Cómo coño he acabado aquí?

Capítulo Siete

ALEXEI

LLEVO CINCO MAÑANAS seguidas bajando a la cocina y encontrándome a Bianca preparando café, vestida con cualquier cosa, desde una camiseta larga que apenas le tapa el culo hasta unos pantalones ultracortos y una camiseta de tirantes. Su larga melena castaña suele estar recogida en un moño desordenado en lo alto de la cabeza, y me muero de ganas por soltárselo y pasar los dedos por los sedosos mechones.

Está intentando volverme loco.

Sé que es en parte por mi rechazo en nuestra noche de bodas. En realidad, no deseaba otra cosa que follármela hasta dejarla sin sentido, pero estaba borracha y era vulnerable. Y a pesar de lo que ella pueda pensar, *no* soy un gilipollas.

Así que, en lugar de eso, me toca admirar el espectáculo de Bianca cada mañana, dejándome con un semiempalme constante al pensar en esos pantalones ridículamente cortos y en las camisetas de tirantes que dejan muy poco a la imaginación.

No ayuda el hecho de que sé exactamente qué hay debajo de dichas camisetas de tirantes, y es suficiente para que tenga que meterme en una ducha fría cada día para intentar calmarme de una puta vez.

—Buenos días. —Me acomodo en un taburete de la barra de desayuno.

Apenas son las siete, pero parece que esta es nuestra nueva rutina por ahora. De las ojeras que han empezado a aparecer bajo esos preciosos ojos azules se deduce que a Bianca no le resulta fácil dormir, pero voy a darle una semana. Una semana para que se adapte a la casa, al matrimonio, a *mí*.

Luego, si no hay mejoría en su humor, tomaré cartas en el asunto.

Pongo las manos en la encimera. —¿Qué tal has dormido?

Bianca me ignora mientras carga el filtro en la cafetera y la enciende.

Sonrío con suficiencia mientras la observo, y mi mirada desciende para contemplar sus deliciosas curvas.

No entiendo de dónde saqué fuerzas para rechazarla.

—He dado vueltas en la cama toda la noche. —Me levanto del taburete para echarle una mano.

Cojo dos tazas de cristal de uno de los armarios superiores, sin dejar de mirar de reojo a Bianca para calibrar sus reacciones. Pero ella permanece en silencio mientras se acerca a la nevera a por la crema para el café. —Quizá sea porque sé que estás al otro lado del pasillo con esos pantaloncitos minúsculos…

Se queda helada, agarrando el tirador de la nevera con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

Ahí está.

—¿Quieres que te imagine con esos pantalones, Bianca? ¿Es por eso que te paseas por aquí con el culo prácticamente al aire?

—Me los pongo… —abre la nevera de un tirón y saca la crema— porque mi cerdo de marido me ha llenado el armario de ropa que apenas me tapa el culo.

Suelto una carcajada, disfrutando de nuevo de esa mala cara suya. Es mejor que la mirada perdida que a veces le pillo en los ojos cuando cree que no la estoy mirando.

Soy muy consciente de que está en mi casa en contra de su voluntad. Que, si pudiera elegir, se iría en un instante, sin importar si

hay un atisbo de chispa entre nosotros que estoy tan desesperado por explorar.

Le quité su capacidad de elección, pero es por su propio bien. Le pusieron una diana en la cabeza en el momento en que su padre se pronunció en contra de Mario Gilanto. Y cuando no conseguí acabar con él, no hice más que aumentar su sed de sangre.

No arriesgaré su vida. Así que aguantaré su mal humor y sus comentarios sarcásticos todo el tiempo que me lleve meterle una bala en el cráneo a Mario Gilanto.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Cojo la cafetera recién hecha y nos sirvo una taza a cada uno.

Bianca permanece a un metro de distancia, apoyada en la encimera de mármol y lanzándome dagas con la mirada mientras me observa.

—A ver… —Deja la crema sobre la encimera y levanta la mano derecha—. Ver a mis amigas. Hecho. Tener una cita con un chico que conocí en un bar. Hecho.

Aprieto los dientes al oírla mencionar que tiene una cita cuando está legalmente unida a *mí*.

No debería estar celoso. No tengo derecho a estarlo. Este matrimonio no es más que un negocio. Pero eso no impide que mis instintos me griten que marque mi territorio.

—Entiendo lo que quieres decir.

—¿De verdad, Alexei? Porque mi vida se ha puesto completamente patas arriba y no veo que vaya a volver a la normalidad.

Me apoyo en la encimera, clavo los dedos en el frío mármol y suelto un largo suspiro para intentar mantener la calma.

Está sufriendo. Ten paciencia.

—Entiendo que estés frustrada…

—Estoy harta de tener las mismas conversaciones condescendientes contigo. —Coge su taza de café y el bote de crema de la encimera y sale furiosa de la cocina.

No veo a Bianca en todo el día. Me mantengo ocupado en el despacho de la planta baja, para no parecer demasiado autoritario si me instalo en mi verdadero despacho de la planta de arriba.

Hablo con Dimitri y Anton, pero ninguno tiene novedades importantes, aparte de que Emilio está escondido y a salvo. Por ahora. Me guardo esa información para dársela a Bianca cuando llegue el momento. Ella está bajo la impresión de que lo visitará pronto, y no tengo el valor de quitarle eso también.

Cuando sirven la cena esa noche, Bianca se sienta a la mesa frente a mí, pero apenas come o habla. Es como si compartiera habitación con un zombi.

Algo tiene que cambiar, porque no soporto ser la causa de la mirada atormentada en sus ojos cada vez que se digna a mirarme.

—Prefiero cenar en mi habitación —afirma Bianca tras diez minutos de silencio incómodo—. Cenar en la mesa contigo cada noche me hace sentir como un caso de caridad.

—En esta casa se cena en la mesa. —Me sirvo un poco de agua de la jarra que hay entre nosotros.

La mesa es grande, con capacidad para diez personas, pero le he dicho a la criada que ponga dos servicios uno frente al otro para intentar que la cena parezca más íntima. No es que parezca estar sirviendo de algo.

—Y desde luego no eres un caso de caridad, *solnyshka*.

—Entonces, ¿no hay ninguna otra chica a la que preferirías estar agasajando?

—Solo a ti. —Asiento con la cabeza.

Espero a que se le sonrojen las mejillas, a que se le entrecorte la respiración, pero ella se limita a bajar la mirada a su plato.

Tras otros diez minutos de silencio, Bianca se disculpa después de apenas haber probado la comida. La veo marcharse con un doloroso nudo en el pecho.

Tengo que hacer algo para animarla.

Dos días después, llamo suavemente a la puerta de Bianca. Es poco después de mediodía y no la he visto desde que tomamos el café en la cocina por la mañana. Intento ocultar la sonrisa al pensar en la

sorpresa que le he preparado, con la esperanza de que la haga sentirse más a gusto en esta casa.

—¿Bianca?

—Vete.

Respiro hondo antes de volver a llamar.

—Tengo algo que enseñarte.

Oigo un arrastrar de pies sobre la alfombra al otro lado y, de repente, la puerta se abre de par en par para revelar a una Bianca que lleva un vestido de verano azul pálido con tirantes finos que dejan al descubierto sus delicados hombros y el pelo recogido en lo alto de la cabeza. Unos cuantos mechones sueltos le enmarcan el rostro y casi estiro la mano para colocárselos detrás de la oreja.

—¿Qué?

—Ven conmigo —le guiño un ojo.

Por un momento, creo que va a cerrarme la puerta en las narices, pero sale de su habitación y me sigue escaleras abajo hasta el rellano inferior.

Me detengo frente a lo que era el antiguo dormitorio de Danil, con la mano suspendida sobre el pomo de la puerta.

—¿Lista?

Bianca me mira con expresión confusa.

—Supongo.

Me muerdo el interior de la mejilla para ocultar la sonrisa mientras abro la puerta y la hago pasar. Se queda helada un instante, asimilando lo que he hecho con la habitación.

—¿Tú..., has hecho esto por mí? —susurra mientras camina hacia el centro de la estancia.

Asiento.

—Este es tu hogar ahora, *solnyshka*. Quería que lo sintieras como tal.

Ella mira a su alrededor, al improvisado estudio de arte que he creado. Esta habitación tiene las mejores vistas, a la piscina, y dispone de un balcón propio donde he colocado una mesa y sillas para que pueda trabajar al aire libre si lo desea. He puesto una enorme cajonera llena de todo tipo de material de arte que se me ha ocurrido —tizas, pintura, carboncillo, lápices—, así como estanterías

repletas hasta los topes de lienzos y papel. También he instalado un gran caballete y un taburete de trabajo frente a las grandes puertas de cristal, así como un sofá de dos plazas pegado a la pared derecha como opción más cómoda.

Por un momento veo un destello de felicidad en sus ojos mientras observa la habitación.

Debería haber sabido que un dormitorio no sería suficiente. Necesita una forma de llenar su tiempo, de tener una salida creativa para todas las emociones que ha estado experimentando.

Pero entonces es como si se sorprendiera a sí misma empezando a ser feliz y recupera una expresión de gélida indiferencia.

Frunzo el ceño cuando se vuelve hacia mí con las manos en las caderas y me lanza una mirada fulminante.

—No necesito que todo sea de última generación —afirma.

Parpadeo. ¿Lo dice en serio?

—¿De verdad estás enfadada ahora mismo?

—No puedes comprar mi afecto, Alexei.

—¿Para qué iba a hacerlo si estabas tan dispuesta a regalarlo en nuestra noche de bodas? —Sé que es un golpe bajo, pero necesito que ponga un poco de su parte.

¿De verdad cree que disfruto con este acuerdo? A mí tampoco me hace ninguna gracia estar casado con una desconocida, pero al menos intentaba tener un detalle.

—¿En serio vas a sacar el tema cada puñetera vez que hablamos? —pregunta, alzando las manos.

—No puedo evitarlo, *kisa*. Me lo pones muy fácil —me cruzo de brazos.

La ira destella en sus ojos y me sorprendo retrocediendo unos pasos hasta quedar en el umbral, observando cómo avanza hacia mí como una tormenta.

Una intensa emoción me recorre el cuerpo al verla con ese vestido, con ese fuego en la mirada y una sonrisa maliciosa en los labios.

Ahí estás, solnyshka.

Pero entonces se acerca a la puerta y me la cierra en las narices.

Creía que organizar un espacio de arte privado para Bianca haría que se ablandara conmigo, pero parece haber conseguido lo contrario.

Pasándome los dedos por el pelo, suelto una bocanada de aire para calmarme mientras me alejo de la puerta, y echo un vistazo por una de las ventanas al bajar las escaleras. Me detengo al ver a mi hermano pequeño en el jardín.

—¿Qué hace él aquí?

Mis hermanos tenían órdenes estrictas de mantenerse alejados de la casa hasta nuevo aviso, pero no debería sorprenderme. A Danil nunca le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Es el típico hermano pequeño, y no ayuda que me tuviera a mí como figura paterna durante su adolescencia.

—No me había dado cuenta de que estabas aquí —digo mientras cruzo el césped recién cortado.

Está sentado con las piernas cruzadas bajo un cerezo en flor al borde del jardín, con la mirada perdida en la casa y una expresión que me dice que está absorto en sus pensamientos.

—Te dije que no vinieras hasta que yo te avisara —le recuerdo, pero entonces me detengo en seco, mirando las flores en ciernes.

—Es hoy, ¿verdad? —Le echo un vistazo a Danil.

Él alza la vista hacia mí y asiente una vez.

Mis párpados se cierran por un momento cuando una oleada de pena me golpea con tanta fuerza que las piernas amenazan con fallarme.

—Los echo de menos —su voz me trae de vuelta, recordándome que tengo que ser el fuerte aquí.

Me siento al lado de mi hermano, levanto las rodillas y apoyo los antebrazos sobre ellas mientras miramos hacia la casa.

Mi vista se desvía hacia la ventana del estudio de Bianca, preguntándome si nos estará mirando desde allí.

Una parte de mí espera que sí.

—¿Tú los echas de menos? —pregunta Danil.

—Cada día —trago el nudo que tengo en la garganta.

—Yo también.

Cierro las manos en puños, clavándome las uñas en las palmas.

A veces odio que mis hermanos fueran lo bastante mayores para acordarse de mis padres, para recordar la noche en que nos los arrebataron.

¿Habría sido mejor si hubieran sido unos niños casi sin recuerdos a los que aferrarse?

Danil tenía quince años cuando asesinaron a nuestros padres, y sé que lo recuerda como si fuera ayer.

Y vaya si me acuerdo yo.

—A mamá le encantaba esta casa —suspira Danil—. Recuerdo que decía que estaba deseando que nos casáramos todos y llenáramos la casa de nietos para malcriar.

Se me escapa una risa, aunque no tiene nada de alegre.

¿Qué pensaría si estuviera aquí ahora? ¿Al saber que tengo una mujer por puras obligaciones de negocios, y no por amor?

Sé que no es lo que ella habría querido para su hijo, pero se convirtió en mi responsabilidad en el momento en que asumí el papel de cabeza de familia.

—Sé que nos dijiste a todos que nos mantuviéramos alejados —masculla Danil—. Pero este es el único lugar donde me siento cerca de ellos.

—No pasa nada. —Ignoro la culpa por no haberme dado cuenta de qué día era—. Vamos a tomar una copa para honrar su memoria.

—Como papá habría querido.

—Exacto. —Suspiro, y mis ojos se desvían hacia la ventana de Bianca mientras pienso en mi familia.

Capítulo Ocho

BIANCA

El reloj de mi mesilla de noche marca la una de la madrugada y estoy completamente despierta. Llevo horas dando vueltas en la cama, con la mente a mil por hora mientras miro fijamente al techo.

Llevo más de dos semanas encerrada en esta casa y estoy perdiendo la cabeza, a pesar de mi nuevo y elegantísimo estudio de arte, cortesía de mi marido.

Me estremezco solo de pensarlo.

Sé que no debería haber estallado con Alexei como lo hice cuando me enseñó el espacio que había preparado para mí, pero la rabia que bulle constantemente bajo la superficie empieza a asustarme.

Todo está fuera de mi control, desde lo que me pongo hasta lo que como.

He pasado de vivir en un estudio en el centro de Nueva York, ver a mis amigos varias veces por semana, ir a museos y cafeterías, a estar atrapada en una casa con uno de los hombres más peligrosos de Nueva York.

Que, además, resulta ser uno de los hombres más atractivos que he visto en mi vida.

Creía que había escapado de toda una vida de control. Mi padre era exactamente igual: siempre quería saber dónde estaba en todo

momento, con quién salía. Es un milagro que llegara a tener amigos antes de cumplir los dieciocho y marcharme a la universidad.

Pero parece que lo único que he hecho es cambiar un hombre controlador por otro.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando Alexei invade mis pensamientos.

Mis dedos viajan automáticamente hacia mis labios; la sensación fantasma de su boca aún persiste allí incluso dos semanas después. Así de increíble fue el beso.

Su forma de besarme fue posesiva, y odio haber pensado en ello cada noche desde entonces.

Su rechazo a mis insinuaciones todavía escuece, y no ayuda que a él le guste sacarlo a relucir a la menor oportunidad. Creo que el gilipollas disfruta del hecho de haberme rechazado y de haberle dado un golpe a mi ego. Aunque sé que probablemente sea lo mejor.

Este matrimonio es puramente por negocios y no puedo permitirme entregarle el corazón a un hombre que probablemente lo hará pedazos.

Alexei Koslov no encaja precisamente en el perfil de hombre con el que tener una relación.

Ignorando el calor que se acumula en mi bajo vientre, cierro los ojos con fuerza e intento pensar en cualquier cosa que no sea Alexei. No le daré la satisfacción de que fantasee con él.

No se merece mi orgasmo cuando me ha arrebatado la libertad.

Así que intento dormir.

Cuando el reloj marca las dos, decido que ya es suficiente. Está claro que necesito darle a mi cerebro otra cosa en la que pensar.

Aparto las sábanas, me pongo el batín de seda rosa que cuelga del respaldo de la puerta y salgo sigilosamente de mi habitación. Dudo en el pasillo, con la mirada clavada en la puerta de Alexei.

No se ve luz por debajo de la rendija, así que supongo que está dormido, aunque sé que le gusta trabajar hasta altas horas de la noche.

Algunas veces lo he oído pasar de puntillas a cualquier hora de la madrugada; el sonido de sus pasos hacía que contuviera la respiración.

En un par de ocasiones, juraría que se detuvo frente a mi puerta, y deseé en silencio que la abriera y se metiera en la cama a mi lado.

Soñé que se subía encima de mí, envolviéndome en sus fuertes brazos mientras hundía su polla profundamente en mi palpitante centro.

Mis muslos se frotan automáticamente entre sí, devolviéndome a la realidad.

—Contrólate, Bianca —murmuro para mis adentros mientras le doy la espalda a la habitación de Alexei y bajo las escaleras hacia mi estudio.

Abro la puerta en silencio y enciendo la luz, que ilumina el espacio con un cálido resplandor.

Unos cuantos lienzos acabados ya cubren la pared de la izquierda, aunque todavía estoy esperando que se seque la pintura al óleo de un cuadro con la vista desde la ventana. Sé que Alexei eligió esta habitación específicamente para mi estudio por las vistas, y he pasado muchas tardes de esta última semana sentada en el balcón con un cuaderno de dibujo en el regazo, contemplando la vasta extensión de vegetación que rodea mi nuevo hogar, en particular, el cerezo en flor.

Es impresionante, y sé que debe de significar algo para Alexei.

Solo hay uno, y el otro día lo sorprendí a él y a uno de sus hermanos sentados debajo.

Incluso desde aquí arriba, la tristeza de sus rostros era evidente mientras hablaban. Al final, desaparecieron dentro de la casa y no volví a ver a Alexei hasta el desayuno de la mañana siguiente, ya que decidió saltarse la cena.

Cruzo la habitación para sentarme en mi caballete, donde mi obra en curso me espera.

Es un retrato que empecé hace unos días y que ya está empezando a tomar forma.

Cojo los tubos de pintura que necesitaré, preparo mi paleta y, después, me siento en el taburete de madera y me pongo a trabajar.

No debía de llevar trabajando más de media hora cuando siento un cosquilleo en la nuca. Suspiro y dejo el pincel.

—¿Qué haces aquí? —Miro por encima del hombro hacia donde Alexei está apoyado en el umbral de la puerta.

Lleva su habitual camisa blanca y pantalones negros, a pesar de la hora que es.

Quizá me equivocaba y no estaba en su habitación.

—He visto que la luz estaba encendida. —Se despega del marco de la puerta.

Me giro rápidamente para evitar su mirada, cojo el pincel y lo mojo en el acrílico blanco.

—¿Te he despertado?

—No. Estaba en mi despacho.

—¿Es que no duermes nunca?

—¿Y tú?

—Antes sí… —murmuro.

Alexei se queda callado un momento, así que sigo trabajando en silencio, añadiendo algunos detalles blancos a mi retrato.

—Es realmente increíble. Es preciosa.

—Gracias.

—Se parece a ti. —El pecho se me oprime mientras añado un poco de blanco a los ojos.

—Es mi madre —un nudo se me forma en la garganta—. Todo el mundo dice siempre que mi padre me dio sus ojos, pero que el resto es todo de ella. Tenía esta foto suya junto a mi cama y quería recrearla. No quiero olvidarla nunca, aunque las fotos sean los únicos recuerdos que tengo. —No sé por qué lo digo, pero el nudo en mi pecho se afloja un poco al hablar.

—Nunca la conociste. —No es una pregunta.

Niego con la cabeza, tragando saliva para deshacer el nudo de mi garganta.

—Murió al darme a luz. —La voz se me quiebra visiblemente al decir las palabras en voz alta, pero no quiero parar—. Así que no, nunca la conocí.

—¿Y tu padre no se volvió a casar? —Alexei se coloca a mi lado y el calor que irradia de su cuerpo me envuelve mientras se yergue sobre mí.

Casi me apoyo en él, anhelando alguna conexión mientras pienso en la mayor pérdida de mi vida.

—Era el amor de su vida. —Cierro los ojos un segundo—. Y yo se la arrebaté.

Las palabras se me escapan de la boca antes de tener ocasión de detenerlas.

—Bianca…

—No pasa nada. —Niego con la cabeza—. Sé que mi padre me quiere, pero también sé que lo entristezco, porque cada vez que me mira, la ve a ella.

—Tú no eres la responsable.

—Es difícil no sentirse así.

—*No* eres la responsable. Lo que eres es extremadamente talentosa.

Una mano cálida se posa en mi hombro y lo aprieta con suavidad. Cierro los ojos como un aleteo ante el contacto, ante el calor de sus dedos que se filtra a través de la fina tela de mi bata.

Intento no retorcerme en el asiento, de repente demasiado consciente de que no llevo nada debajo de la bata.

—Gracias. —Se me calientan las mejillas por el cumplido.

Vaya manera de intentar vaciar la mente de pensamientos sobre Alexei cuando lo único que hace él es volver a llenármela.

—No deberías desperdiciar un talento como este.

—Menos mal que tengo un marido extremadamente rico que puede financiar mi afición. —Es un intento flojo de aligerar el ambiente.

Me alegro de que Alexei sepa lo de mi madre. Sé que es importante hablar de ella para intentar mantener vivo su recuerdo, y espero que con el tiempo pueda pensar en ella sin ningún rastro de culpa.

Pero todavía no he llegado a ese punto.

—Es una buena inversión —se ríe Alexei—. Entonces, ¿prefieres pintar retratos?

Me muerdo el interior de la mejilla mientras echo un vistazo a la pared donde se secan mis otros cuadros, deteniéndome en particular en el del cerezo en flor.

—Me gusta una mezcla de todo. Aunque sí que disfruto con los retratos. Me gusta dar vida a alguien, concentrarme en todos los detalles que lo hacen único. —Me encojo ante mi propia cháchara.

¿Por qué estoy tan nerviosa?

Porque Alexei aún no ha quitado la mano de mi hombro y la piel me empieza a arder por el calor de su contacto.

Me muevo en el taburete, consciente del calor que se acumula entre mis muslos. Me alegro de que no pueda verme la cara, el rubor que me sube por el cuello.

—Nunca nadie me ha pintado un retrato. —Quita la mano de mi hombro y se acerca al sofá de dos plazas color crema. Se gira y me mira divertido, con las manos metidas en los bolsillos.

Se me corta la respiración al imaginarlo posando mientras lo pinto, tumbado en el sofá, con sus poderosos muslos abiertos mientras se pasa las manos por el pelo oscuro…

—Siempre podría pintarte… desnudo. —Me muerdo el interior de la mejilla. Los ojos de Alexei se abren una pizca ante mis palabras, y creo que de verdad lo he pillado por sorpresa—. A menos, claro, que te dé demasiada vergüenza…

Alexei suelta una risa grave y entrecortada.

El sonido me provoca un escalofrío mientras me permito imaginar pintándolo desnudo.

Pero entonces se lleva la mano a los botones de la camisa, con los ojos clavados en mis labios mientras se desviste lentamente.

—Ya te lo dije antes, *ptichka*. —Una sonrisa tira de sus labios carnosos—. Estaré más que encantado de ser tu musa.

Se quita la camisa blanca de los hombros, revelando el pecho bronceado, increíblemente ancho, y el abdomen cincelado más deliciosos que he visto jamás. Incluso tiene esa uve que desaparece en la cinturilla del pantalón que me hace lamerme los labios involuntariamente.

Como si hubiera seguido mi mirada, se lleva la mano al cinturón y empieza a desabrochárselo.

Juro que no respiro en todo el tiempo que se desviste, y el cabrón parece saberlo por la sonrisita de su cara.

—¿Te gusta lo que ves? —Sale de los pantalones.

Mis ojos se posan en su polla y un sonido ahogado se me escapa de los labios al contemplar su enorme longitud.

Él se ríe.

—Me lo tomaré como un sí.

El calor se acumula al instante en mi vientre mientras pienso en cómo sería subirme encima de él y hundirme en su polla, acogiéndola más profundo de lo que jamás creí posible.

—Necesito más pintura —digo con la voz ahogada, poniéndome de pie.

Siento sus ojos sobre mí mientras cojo una paleta y un lienzo nuevos y los cargo de tonos carne; la boca se me llena de saliva al pensar en los colores de su piel, de su pelo.

Se me pone la piel de gallina y los pezones se endurecen contra la suave seda de mi bata, desesperados por algo de fricción.

¿Por qué demonios he sugerido pintar a Alexei desnudo? ¿Acaso intento torturarme?

Al menos me da otra cosa en la que pensar por la noche que no sea nuestro único beso de borrachos…

—¿Estás cómodo? —pregunto mientras elijo algunos pinceles.

—Oh, estoy muy cómodo. —Lo miro y veo su sonrisa característica tirando de sus labios carnosos.

Alexei está tumbado en el sofá de dos plazas, su cuerpo no es más que músculos ondulantes, y me cuesta todo mi ser no quedarme mirándolo.

No puedo darle esa satisfacción.

Así que, en lugar de eso, me siento ante mi caballete y cambio el retrato de mi madre por un lienzo nuevo.

—Esto podría llevar un rato —le advierto, volviendo a centrar mi atención en el lienzo en blanco.

—Tengo una resistencia increíble, *solnyshka*, no te preocupes.

Oh, Dios mío.

Capítulo Nueve

ALEXEI

No se me escapa el rubor que le sube a Bianca por el pecho y el cuello mientras estoy tumbado en el sofá. También siento una inmensa satisfacción cada vez que su sonrojo se intensifica al desviar la mirada hacia mi polla. Cambio de postura y hago todo lo posible por no excitarme mientras ella prepara un lienzo nuevo.

—¿Puedes recostarte un poco más? —pregunta desde detrás del caballete.

Sonrío al pillarla mirándome de reojo los abdominales, que me aseguro de tensar aún más.

—Por supuesto. —Me extiendo todavía más, apoyando los brazos en el respaldo del sofá mientras separo los muslos para darle una vista privilegiada de mi polla—. ¿Así mejor?

—S-sí. —Se esconde detrás del lienzo.

Suelto una risita, disfrutando del giro que está dando mi noche.

Había estado encerrado en mi despacho durante horas, sin querer rendirme e irme a la cama porque sabía que no conseguiría dormir. Los sueños y los *flashbacks* nunca dejan de atormentarme, pero son especialmente duros en los días cercanos al aniversario del asesinato de mis padres.

He descubierto que si me agoto hasta la extenuación, ya sea en el despacho o en el gimnasio, consigo arañar unas cuantas horas de

paz antes de que las pesadillas acaben despertándome.

Esta noche espero que mis sueños estén plagados de otra cosa.

Ambos guardamos silencio mientras ella trabaja.

Ha cambiado ligeramente de posición para ver mejor, lo que significa que ya no está completamente oculta tras el lienzo, ofreciéndome la vista más deliciosa. Está sentada en su taburete con una pierna cruzada sobre la otra, y la bata de seda se le ha subido, dejando al descubierto la mayor parte de la cara interna del muslo.

Trago saliva al ver su piel tersa, desesperado por levantar más esa bata.

¿Lleva algo debajo?

Mis ojos ascienden y tengo que reprimir un gemido al notar el contorno de sus pezones erectos.

Creo que esa es mi respuesta.

Me quedo en blanco al volver a mirarle los muslos, con los dedos ardiendo en deseos de recorrerle la piel.

Saco la lengua para humedecerme el labio inferior al darme cuenta de que solo una fina tela me oculta su coño.

Trago saliva; siento el cuerpo en llamas por la necesidad de tomarla.

Ya fue una tortura tener que rechazar a Bianca en nuestra noche de bodas, y el recuerdo de sus pechos turgentes, la sensación de su boca sobre la mía mientras se apretaba contra mí, ha hecho que me masturbe todas las noches desde entonces.

Pero no es suficiente.

No estoy seguro de poder mostrar la misma contención si se levantara y se quitara esa bata para revelarme su cuerpo exuberante.

Una suave risita me saca de mi ensimismamiento.

—¿Hay algo gracioso?

—Perdona. Es que parece que estamos desdibujando la línea entre el arte y el erotismo.

Miro hacia abajo y veo que mi polla está completamente erecta.

Reprimo un gemido mientras me late dolorosamente, desesperada por correrse.

Mi mente se llena de imágenes de los pechos de Bianca, y no puedo evitar cogerme la polla y apretarla con fuerza.

—Quizá necesites acercarte para que pueda aclararte las cosas. —Una sonrisa tira de mis labios.

Bianca me mira con los ojos como platos mientras observa cómo me la meneo; su boca se abre cuando recorro el glande con la mano y suelto un gemido grave y gutural.

La observo atentamente mientras su mirada se nubla, y sé que lo desea tanto como yo. Que se está imaginando lo que sería tenerme metiéndole la polla en la boca y corriéndome en su garganta.

Por su forma de dudar, creo que quizá se marche. Pero cuando paso la mano una vez más por la punta y contengo el aliento, deja el pincel y se acerca a mí.

Sin dejar de meneármela, admiro esas piernas bien formadas.

—Ven aquí. —Suelto mi polla para hundir los dedos en la suave seda de su bata y tiro de ella para que se coloque entre mis muslos.

Sus manos se apoyan en mis hombros para estabilizarse, y me estremezco ante la calidez de su contacto. Mi polla se contrae al pensar en lo que podría encontrar bajo esa bata.

Tiro del lazo, dejando que la bata se abra para revelar una piel tersa y unas curvas suaves que piden a gritos ser exploradas con mi lengua.

—Quítate el albornoz. —Mi voz suena cascada mientras intento contenerme.

Mi polla me pide a gritos que siente a Bianca en mi regazo y la deje cabalgarme hasta que ambos nos liberemos entre jadeos, pero necesito tomármelo con calma.

Bianca mantiene los ojos clavados en los míos mientras se quita el albornoz, y la pálida seda cae a sus pies.

Reprimo un gemido al contemplar su cuerpo desnudo. Mis ojos recorren la suave turgencia de sus pechos, esos pezones duros y perfectos que estoy desesperado por chupar. Bajo la mirada, admiro la curva de su cintura antes de posarla en la unión de sus muslos.

—Qué jodidamente preciosa.

Me inclino y le deposito un suave beso en el vientre.

Ella suelta un respingo y clava los dedos en mis hombros cuando saco la lengua para lamerle la piel.

Suelto una risita cuando empieza a frotarse los muslos. Solo puedo imaginar lo húmeda que debe de estar por mí.

Se me hace la boca agua.

Llevo los dedos a sus caderas y se las aprieto con suavidad. —Creo que ahora me toca a mí enseñarte mi talento.

Le doy otro beso en el vientre mientras le subo las manos hasta los pechos, trazando la suave curva inferior con las yemas de los dedos antes de rozarle los sensibles picos con el pulgar.

Ella jadea y arquea la espalda hacia mi caricia mientras sigo dándole besos en el vientre y empiezo a trabajarle los pechos.

—Quería hacer esto en nuestra noche de bodas —murmuro contra su piel.

Ella suspira mientras le amaso la suave carne.

—También quería hacer esto. —Le bajo la mano derecha a la cadera, se la aprieto una vez y luego la deslizo entre sus muslos.

Ambos contenemos el aliento cuando paso dos dedos por su centro empapado.

—*Ptichka moya* —gimo, con la polla palpitante por la necesidad de hundirme en su humedad.

Le llevo los dedos al clítoris hinchado y empiezo a dibujar círculos lentos a su alrededor, deleitándome con la forma en que hace que Bianca se retuerza. Sé que está desesperada por que la llene por la forma en que se frota los muslos, pero todavía no. Estoy disfrutando demasiado de provocarla.

—Por favor.

Levanto la vista y casi me corro al ver la expresión de sus ojos.

—¿Qué quieres, Bianca? —Me inclino para recorrerle el abdomen con la lengua mientras sigo amasándole el pecho derecho, pellizcando con fuerza el pezón entre el pulgar y el índice.

—Más —gime.

—Qué avariciosa. —Suelto una risita contra su piel mientras dejo que mi dedo índice le rodee la entrada antes de penetrarla.

Ella gime, aferrándose a mí mientras hundo el dedo, hasta el nudillo.

Su coño se contrae a mi alrededor y mis ojos se cierran mientras hago todo lo posible por mantener la calma.

Quiero tomarme mi tiempo explorando su cuerpo, hacer que se corra antes de que mi polla se acerque a ella.

—¿Puedes con otro? —Le froto el clítoris un poco más fuerte.

—Sí —jadea.

—Buena chica. —Hundo otro dedo en su coño mientras sigo trabajándole el clítoris.

Suelta un gemido cuando encojo los dedos, rozando esas sensibles paredes interiores.

—¡Oh, joder! —Sus caderas se muelen contra mi mano mientras su orgasmo empieza a crecer.

Está tan húmeda, y el sonido de mis dedos entrando y saliendo de su coño está haciendo que mi polla empiece a gotear.

No deseo nada más que cogerme el miembro con la mano, pero esto no va de mí.

Ella es lo primero. Siempre.

—Eso es, *ptichka*.

Retiro la mano de su pecho y se la pongo en la cintura para intentar mantenerla estable.

Sus movimientos se vuelven más apresurados a medida que acelero el ritmo, metiendo un tercer dedo mientras le froto el clítoris, y sé que solo tendré que encoger los dedos una vez más y alcanzará el placer.

—¿Estás lista para correrte para mí, *solnyshka*?

—*Sí* —gime, mientras sus uñas se clavan dolorosamente en mis hombros.

Suelto una risita. Me encanta lo sensible que es su cuerpo a mi tacto.

Si se pone así solo con mis dedos…

—Córrete para mí, Bianca. —Encojo los dedos, presionando con fuerza el pulgar contra su clítoris.

Grita y se aferra a mis hombros mientras sus caderas se arquean, dejándose llevar por el orgasmo mientras sigo penetrándola con los dedos.

Tengo la mano empapada de su excitación, lo que hace que me lata la polla con tanto dolor que tengo que mover las caderas para rozar la punta contra su muslo e intentar aliviar la punzada.

Jadea, intentando recuperar el aliento mientras el placer remite, y le tiemblan las piernas mientras saco los dedos lentamente.

La miro, clavo mis ojos en los suyos, me llevo los dedos a la boca y los chupo.

—Mmm... —gimo, con los ojos casi en blanco ante el dulce sabor de su excitación—. Joder, *ptichka*, sabes *increíble*.

Se le escapa un gemido suave mientras me lamo los dedos hasta dejarlos limpios.

—¿Puedo probar? —susurra, y sus ojos brillan de deseo.

—Ven aquí. —La cojo por las caderas y la atraigo hacia mí.

Bianca me rodea el cuello con los brazos mientras se sienta a horcajadas en mi regazo, suspendida justo encima de mi polla.

Se inclina para presionar sus labios contra los míos y desliza la lengua para recorrer mi labio inferior.

Los entreabro al instante para que nuestras lenguas se enreden, y ambos gemimos al saborear su excitación.

—¿Te gusta saborearte en mi lengua? —le susurro contra los labios.

—Es... dulce. —Se le sonrojan las mejillas.

—Estoy deseando probarte directamente de la fuente.

Le recorro la mandíbula y el cuello con la lengua.

Se arquea contra mí, dándome más acceso, así que presiono mis labios en la curva entre su cuello y su hombro y succiono.

Su piel tiene un ligero brillo por el orgasmo, que mezcla su dulce aroma a vainilla con un sabor salado. Es embriagador.

—¿Vas a cabalgarme, *ptichka*?

—Sí. —Apoya la frente en la mía.

Sonrío satisfecho, apretándole las caderas mientras la bajo lo justo para que mi punta roce su entrada.

—Mmm… —Menea las caderas.

—Antes de seguir, *solnyshka*, necesito oírte decir que quieres esto. —Miro profundamente sus pozos azules—. Dime que quieres que te folle, Bianca.

Sus ojos se velan de placer mientras asiente.

—Dilo.

—Fóllame, Alexei.

—Menos mal, joder —gimo mientras la agarro con más fuerza por las caderas y la bajo sobre mi polla con una sola embestida contundente.

Suelta un grito y echa la cabeza hacia atrás mientras la lleno hasta el fondo.

Joder, qué estrecha.

Aprieto los dientes para intentar no correrme en ese mismo instante, sobre todo cuando sus caderas empiezan a moverse.

Pero la detengo, frotándole las caderas con los pulgares en círculos tranquilizadores. —Deja que tu cuerpo se acostumbre, *ptichka*.

—Estoy tan *llena* —gime, cerrando los ojos con un aleteo.

—Lo sé. Me estás recibiendo muy bien.

—Ne-necesito más. —Abre los ojos para mirarme; sus ojos azules están velados por el placer.

—Cabálgame, *solnyshka*.

Su cuerpo se estremece, pero sus caderas empiezan a moverse mientras comienza a restregarse lentamente contra mi polla.

Miro hacia abajo, a donde estamos unidos, mientras se eleva hasta que mi glande apenas está dentro de ella antes de dejarse caer de nuevo.

Ambos soltamos un gemido mientras la lleno una vez más, y entonces empieza a mecer las caderas, encontrando su propio ritmo.

—Qu-qué bueno.

—Eres como la seda —gimo, embistiendo con las caderas para poder penetrarla más profundamente.

Pone los ojos en blanco ante la sensación, así que lo hago de nuevo, observando con asombro cómo sus pechos rebotan con cada movimiento.

Muevo la mano derecha para rodearle el clítoris con el pulgar, mientras mi otro brazo le rodea la cintura mientras embisto hacia arriba.

Bianca iguala mis embestidas, dejándose caer sobre mi polla a la perfección, las paredes internas de su coño apretándome con tanta fuerza que sé que no aguantaré mucho más.Y por los dulces gemidos que se escapan de sus labios, sé que ella está cerca.

—Alexei —gime, clavándome las uñas en los hombros.

Hundo el rostro en sus pechos, succionándolos y lamiéndolos mientras ella sube y baja sobre mi miembro.

Oírla decir mi nombre mientras busca su orgasmo es mi perdición.

—Joder —gimo—. Estoy a punto.

—*¡Sí!*

Le froto el clítoris con más fuerza, más rápido, sintiendo cómo se aprieta aún más a mi alrededor.

Nuestros movimientos se vuelven torpes y tengo que apretar el brazo alrededor de la cintura de Bianca para estabilizarla mientras la embisto con mi polla.

—Eso es, *ptichka*, córrete en mi polla —gruño, llevándome su pezón a la boca y succionando con fuerza.

—*¡Alexei!*

Que grite mi nombre mientras su coño palpita alrededor de mi polla es la gloria, y solo me hace falta una embestida más fuerte para correrme dentro de ella.

—Joder, sí —gimo, apretando a Bianca con fuerza contra mí mientras su coño recibe hasta mi última gota.

—Oh, Dios mío —gime ella, hundiendo la cara en mi cuello.

Le recorro la espalda con los dedos mientras recuperamos el aliento. Me encanta lo sonrojada que tiene la piel por el orgasmo.

—Increíble. —Le beso el hombro.

Ella se ríe por lo bajo. —Pensaba que el sexo se volvía una mierda una vez que te casabas.

—Quizá tengamos que seguir poniendo a prueba la teoría, solo para asegurarnos. —Muevo las caderas ligeramente, con mi polla aún enterrada en su calor.

—Mmm…

Me encanta cómo se aferra a mí, como si no quisiera soltarme nunca. Y sé que, en este momento, yo tampoco quiero.

—Deberíamos dormir un poco, *solnyshka*.

Ella levanta la cabeza y me da un último beso en los labios, un gesto tan suave que me pilla por sorpresa.

En el momento en que se levanta de encima de mí, ya estoy deseando más. Pero me quedo quieto, observando cómo Bianca se agacha para coger la bata. Tiene la piel tan sonrojada y resplandeciente que no puedo apartar los ojos de ella.

—¿Qué? —Se ata la bata—. Sé que debo de tener el pelo hecho un desastre.

Se alisa con las manos los mechones castaños alborotados.

Joder, qué guapa es. Quiero despertarme con ella en mi cama todos los días.

¿Qué? ¿De dónde ha salido eso?

Niego con la cabeza, intentando despejar la neblina postcoital que me nubla la mente.

—Tengo más trabajo que hacer. —Me pongo de pie y me visto rápidamente.

—¿A estas horas?

No se me pasa por alto el dolor en su voz mientras me apresuro a vestirme, pero no puedo decirle la verdad.

—Sí.

Tengo que alejarme de ella antes de perderme por completo. Así que mantengo la vista baja, concentrándome en abrocharme de nuevo la camisa y subirme la cremallera del pantalón para evitar su mirada, antes de dirigirme a la puerta.

—Duerme un poco, *solnyshka*. Te veré en el desayuno.

Miro por encima del hombro para encontrarme con sus ojos.

Toda evidencia de la dicha que sentía momentos antes ha desaparecido, reemplazada por una gélida indiferencia al mirarme.

Bien. Esto es solo un acuerdo, tengo que recordarlo.

Capítulo Diez

BIANCA

—Quiero pedirte algo.

Alexei está en su sitio de siempre, en la barra, observándome por encima de su taza de café mientras trasteo por la cocina.

Me ha observado en silencio mientras preparaba el café, lo que me ha puesto nerviosa. Esperaba que me picara un poco sobre lo que hicimos anoche, pero de momento no ha dicho nada.

Su mirada ha sido casi indiferente.

¿Se arrepiente de lo que hicimos? ¿Fue por eso por lo que se marchó de forma tan repentina después?

Me quedé en mi estudio y trabajé en su retrato para intentar aclarar mis sentimientos.

No deberíamos habernos acostado, hemos cruzado demasiados límites. Pero su forma de mirarme, como si quisiera devorarme, me hizo perder por completo la moral.

Hacía tanto tiempo que nadie me miraba *así.*

—¿Una petición? —pregunta Alexei, enarcando una ceja.

—Sí. —Me apoyo en la encimera, aferrada a mi taza de café para mantener las manos ocupadas. Para evitar cruzar el espacio que nos separa y hundir los dedos en el suave tejido de su camisa.

Sus manos irán a mis caderas, me subirán a la encimera, donde me bajará los pantalones cortos y hundirá la cara entre mis muslos,

metiendo su lengua profundamente en mi coño...

—¿Bianca?

—¿Eh?

—¿Que querías pedirme algo? —ríe Alexei, como si pudiera leerme cada pensamiento en la cara; y por la forma en que se le oscurece la mirada, sé que está pensando lo mismo que yo.

—Eh, sí. Así es. —Me aclaro la garganta—. Quiero ver a Zara.

—¿Zara?

—Mi mejor amiga.

Alexei frunce el ceño, deja la taza y se cruza de brazos.

—Llevo semanas sin verla y ni siquiera sabe que estoy casada.

—Bianca...

—Sé lo que vas a decir, pero se puede confiar en Zara. La conozco de casi toda la vida y pasar por un cambio tan grande sin ella ha sido duro. Solo... quiero recuperar mi antigua vida, o al menos parte de ella. Ni siquiera he podido llamarla. ¡Me quitaste el móvil, el coche, todo! Si al menos puedo ir a visitarla, te prometo que no le contaré la verdad sobre nuestro matrimonio, e incluso llevaré seguridad conmigo si es lo que de verdad quieres.

Alexei me contempla un momento, sus ojos escrutando mi rostro.

Me cuesta un triunfo no apartar la mirada.

—Esto es importante para ti.

—Mucho.

Sus hombros se mueven al soltar un largo suspiro.

—Tengo condiciones.

Siento un aleteo en el estómago al darme cuenta de que ver a Zara podría ser de verdad una posibilidad.

—Vendrá a la casa, y haré que alguien la recoja en un coche para traerla aquí.

Abro la boca para oponerme, para exigir que no sea tan controlador, pero también quiero reconocer que está haciendo concesiones.

—Te lo agradezco.

—Y espero que no haga falta decir esto, pero no puedes, bajo ninguna circunstancia, contarle la verdadera razón de nuestro matrimonio, *ptichka.*

—No estoy segura de saber siquiera cuál es la verdadera razón.

TENGO UN NUDO de nervios en el estómago mientras me maquillo en el tocador para intentar ocultar las ojeras.

Zara llegará de un momento a otro, y no tengo ni idea de cómo voy a explicarle que me he casado y me he mudado de la ciudad sin decirle ni una palabra.

Se va a cabrear como una mona.

Me paso rápidamente el cepillo por el pelo y me lo recojo en una coleta antes de bajar a toda prisa los dos tramos de escaleras al oír el crujido de los neumáticos de un coche sobre la gravilla.

—Ya está aquí. —Casi estoy vibrando.

Zara es más que una mejor amiga para mí. Es mi ancla. Mi compañera de fatigas.

Crecer como hija única y con un padre tan autoritario como el mío significó que me sentí sola la mayor parte del tiempo.

Pero cuando fui a la universidad y conocí a Zara cuando compartíamos habitación en el primer año, fue como si hubiera encontrado a la hermana que siempre había querido.

Así que, haberme casado sin que ella lo supiera...

Me trago el nudo que tengo en la garganta mientras abro la puerta principal y esbozo una sonrisa en la cara cuando Zara sale del Hummer negro, ridículamente ostentoso, y avanza hacia mí.

Sus ojos verdes me miran con el ceño fruncido mientras sube los pocos escalones hasta la puerta principal, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras me examina de arriba abajo.

—Creo que alguien tiene que dar unas cuantas explicaciones. —Enarca las cejas.

Donde yo soy menuda, de pelo oscuro y piel morena, Zara es todo lo contrario. De piel pálida, pelo rubio y unas piernas de infarto, es como una modelo de Victoria’s Secret andante.

Suelto una risa nerviosa y abro más la puerta.

—¿Un café?

Zara me sigue, en un silencio sepulcral, mientras la llevo a la cocina y me pongo a preparar una cafetera nueva.

Se sienta en la barra, en el mismo sitio que Alexei hace solo unas horas, y la pongo brevemente al día, manteniendo los detalles al mínimo.

—¿Casada?

Me encojo ante el tono de su voz, pero asiento.

—Sí.

—Te has casado.

—Fue una cosa de última hora...

—¿Te has *casado*?

—Zara, tienes que entender...

—Ni siquiera sabía que estuvieras saliendo con nadie.

Siento como si el pecho se me partiera ante el dolor en sus ojos.

—Bueno, no lo estaba, en realidad...

—Pero te has casado.

—No dejas de repetirlo.

—¡Porque no tiene ningún sentido! —bufa Zara—. No estabais saliendo, ¿y te casas con un tío? ¡Un tío que, por lo que parece, está forrado de puta madre y que exige que vaya con un guardaespaldas solo para tomar un café contigo! Llevas semanas sin responder a mis mensajes ni a mis llamadas. Sinceramente, si no fuera porque tu padre me dijo que habías perdido el móvil, habría llamado a la policía. En serio, B, ¿qué coño está pasando? Porque esto empieza a asustarme.

Abro la boca para responder, pero no encuentro las palabras para explicarlo. No de una forma que hiciera que Zara no se sintiera tan traicionada.

—¿Por qué al menos no me invitaste? —le tiembla la voz—. ¿No querías que estuviera?

—Zara —suspiro mientras cruzo hacia la isla y me siento en el taburete a su lado.

Le cojo la mano y la aprieto con fuerza, esperando que pueda oír la sinceridad en mi voz. —Ojalá hubieras estado allí. Pero la verdad es que ni siquiera fue una boda de verdad. Firmamos los papeles y

ya está. Fue todo tan precipitado que apenas tuve un momento para hacerme a la idea.

—¿Te ha obligado a hacer esto? —mira por encima del hombro, como si le preocupara que pudieran oírnos.

Conociendo a Alexei, hay cámaras en todas las habitaciones de esta casa, así que daría igual. No me extrañaría que estuviera en su despacho viendo esta conversación ahora mismo.

—N-no, nada de eso —fuerzo una sonrisa que espero que refleje más «felicidad conyugal» que «matrimonio concertado con un capo de la mafia»—. Créeme, eres la única persona que habría querido que estuviera.

—Es mucho que asimilar —se muerde el labio inferior—. Ni siquiera conozco al tío.

Yo tampoco.

—Lo sé, Zara. Lo siento mucho. Espero que puedas perdonarme —se me quiebra la voz al pensar que Zara no sea capaz de olvidarlo.

¿Y si no podemos superar esto?

—Somos mejores amigas. Por supuesto que te perdono.

—¿En serio?

Me rodea con los brazos por los hombros y me abraza con fuerza.

Cierro los ojos con fuerza para intentar que no se me caigan las lágrimas.

—Claro. O sea, puede que me cueste un poco acostumbrarme a todo esto... —hace un gesto hacia la enorme cocina—. ..., pero no merece la pena perderte por ello. Estoy segura de que tenías una buena razón para mantenerlo en secreto.

—No te merezco —murmullo contra su hombro, aferrándome a ella con fuerza.

—El matrimonio te ha convertido en una llorona, B —se ríe suavemente, y el sonido es música para mis oídos—. Bueno, ¿qué tal una visita por la nueva casa?

Recorremos la planta baja de la casa y, con cada habitación, los ojos de Zara se abren más y más, hasta el punto de que me preocupa que se le salgan de las órbitas.

—¿A qué se dedica tu marido, decías?

—Es, eh... Es empresario —intento no hacer una mueca visible.

Antes de que Zara tenga la oportunidad de hacer más preguntas para las que no tengo respuesta, llegamos a mi nuevo estudio.

Abro la puerta y entro. La sangre se me calienta cuando mis ojos se posan en el sofá de dos plazas de color crema pegado a la pared.

—Joder.

—Ya lo sé —sonrío, mirando la habitación.

—¿Qué es *eso*? —Zara señala el lienzo que descansa en mi caballete.

Me arden las mejillas mientras las imágenes de anoche inundan mi mente.

—Eh... Eso...

—¡Eso es un hombre muy desnudo! —se ríe Zara, corriendo hacia el caballete para admirar el retrato.

Después de que Alexei se fuera anoche para volver a su despacho, me quedé trabajando en su retrato hasta que mis ojos pesaban tanto por el cansancio que finalmente me metí en la cama casi a las seis de la mañana. Aunque mi reloj biológico me despertó menos de una hora después.

—Sí, lo es —me arden las mejillas.

—No sabía que pintaras cosas tan... *eróticas*.

—No es erótico —aunque lo que vino después, desde luego que lo fue.

—Espera un momento... —los ojos de Zara se entrecierran mientras estudia el cuadro—. ¿Es tu marido?

Me mira por encima del hombro.

Asiento con la cabeza, tímida, y sus ojos se iluminan.

—Es... Vaya, ¿está a escala?

—¡Zara!

—¿Qué? —se ríe Zara—. Necesito saber si el hombre con el que se ha casado mi mejor amiga la satisface.

—Oh, Dios mío —gimo, escondiendo la cara entre las manos—. Empiezo a arrepentirme de haberte invitado a venir.

—Yo no me arrepiento de nada. —Zara se pone las manos en las caderas, ladeando la cabeza mientras admira mi obra—. Con una polla así, ya veo por qué te casaste con él en el acto.

—¡*Zara*!

—Quizá debería empezar a pintar —se ríe.

—De ninguna manera serías capaz de mirar a un hombre desnudo durante horas sin follártelo.

—Cierto... Pero seguro que sería un juego previo increíble —me mira con complicidad.

—No sabría qué decirte… —digo con un hilo de voz.

—Necesito detalles, *ya*.

TENGO LAS MEJILLAS ardiendo cuando Zara y yo volvemos a la cocina después de nuestra detalladísima conversación sobre la polla de Alexei. Se intensifica cuando entramos en la cocina y encontramos a Alexei apoyado en la encimera, sorbiendo un expreso doble.

Esperaba que una noche con Alexei fuera suficiente para quitármelo de la cabeza. Que lo que me embriagaba era su misterio.

Qué equivocada estaba...

Saber lo que es sentir su piel cálida bajo las yemas de mis dedos, tener el sonido de sus gruñidos roncos mientras me folla resonando en mis oídos, hace que me ponga tan húmeda y caliente entre los muslos que tengo que reprimir un gemido.

Los ojos de Alexei se oscurecen al mirarme, y sé que está pensando exactamente lo mismo.

—Hola, soy Zara.

Alexei parpadea y se vuelve hacia mi amiga, con total naturalidad, mientras deja la taza y se acerca a nosotras.

—Un placer conocerla, Zara, soy Alexei —le tiende una mano para que se la estreche—. Confío en que haya llegado bien.

Miro a Zara y noto un tinte rosado en sus mejillas mientras mira a Alexei.

—Me he sentido como una famosa —se ríe ella.

La diversión brilla en los ojos de Alexei mientras observa a Zara.

—Y esta casa es *increíble*.

—Gracias —Alexei inclina la barbilla—. Es usted bienvenida cuando quiera.

Sus ojos se clavan en los míos y se me corta la respiración ante la calidez de su expresión.

—Gracias —articulo sin voz, y él me guiña un ojo.

Pero entonces su mirada se desvía hacia algo a nuestra espalda y aprieta la mandíbula al instante.

—¿No vas a presentarme? —dice una profunda voz masculina a nuestra espalda.

Me doy la vuelta de golpe, llevándome la mano al pecho al contemplar la imponente presencia de quien solo puedo suponer que es uno de los hermanos de Alexei, dado su pelo oscuro y su impresionante complexión.

—¿Y este quién es? —enarca las cejas Zara.

—Soy Dimitri —cruza la habitación en un par de zancadas y le tiende la mano a Zara para que se la estreche—. El hermano de Alexei.

Intento ocultar mi sorpresa mientras Zara le da la mano a Dimitri.

Cruzo una mirada con Alexei y él frunce el ceño mientras se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me alegro de verte de nuevo, Bianca —me dedica Dimitri una sonrisa.

Fuerzo una sonrisa, tratando de ocultar que esta es la primera conversación que tengo con mi ahora cuñado.

No tengo ni idea de cómo me las apañaría para explicarle *eso* a Zara.

Alexei se cruza de brazos. —Dimitri ya se iba.

—¿Ah, sí? —los ojos de Dimitri se clavan de nuevo en Zara.

No se me escapa la forma en que la recorre con la mirada de arriba abajo, y al instante le cojo el brazo para apartarla. Lo último que quiero es que Zara se vea envuelta en la retorcida telaraña que es la familia Koslov.

—Sí, te ibas —advierte Alexei.

—Una pena —la lengua de Dimitri se desliza para humedecerse los labios—. Tienes pinta de saber cómo divertirte.

Zara lo mira de arriba abajo. —Y usted tiene pinta de divertirse demasiado.

Me quedo helada, pero entonces Dimitri echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Vaya, me gusta —sonríe—. Puede venir de visita más a menudo.

—Quizá cuando tú no estés —masculla Alexei.

—Bueno, siempre puedo darte mi número, *pcholka*, y demostrarte lo divertido que soy.

—Dimitri… —gime Alexei, pero su hermano se limita a sonreír.

—Gracias por tan increíble oferta, pero creo que voy a pasar —Zara se encoge de hombros—. Distingo a un ligón a la legua. Además, prefiero a los hombres que no están plagados de enfermedades de transmisión sexual.

Miro a Alexei, que intenta reprimir una sonrisa mientras Dimitri se queda mudo de la impresión.

Seguro que no le rechazan muy a menudo, con la pinta que tiene. Quizá le venga bien que Zara le baje los humos un poco.

—Te acompaño a la puerta —Alexei le pone una mano en el hombro a su hermano y lo saca de la cocina.

—Bueno, creo que te has ganado a Alexei oficialmente —me río mientras Zara ve cómo escoltan a Dimitri fuera de la cocina.

Ella frunce el ceño. —Y al hermano, por lo que parece.

Zara se queda casi toda la tarde y me pone al día de su vida en la ciudad.

Intento parecer feliz mientras la escucho hablar sin parar de nuestras cafeterías favoritas junto a Central Park y de las nuevas clases de gimnasia que ha probado, pero solo consigo sentirme resentida.

¿Cómo ha podido mi padre arrancarme la vida de esta manera?

Lo que más duele es que no se ha molestado en ponerse en contacto conmigo desde la boda, lo cual me hiere más de lo que

quiero admitir. Puede que no seamos los más unidos, pero al menos habría pensado que querría asegurarse de que estaba bien.

Así que decido tomar cartas en el asunto.

Ya no tengo móvil desde que Alexei me lo confiscó la noche de nuestra boda, pero eso no significa que no haya otras opciones.

Zara está a punto de irse, pero antes de que lo haga, aprovecho la oportunidad.

—Zara, como perdí el móvil, ¿te importa que use el tuyo para llamar a mi padre? Hace una eternidad que no hablo con él.

Ella sonríe. —Claro —buscando en su bolso, lo saca y me lo entrega—. Toma.

Marco el número del móvil de mi padre y me alejo de mi amiga para intentar tener algo de intimidad.

Se me empieza a hacer un nudo en el estómago cuando el teléfono empieza a sonar, ansiosa por lo que podría decirle.

Sé que la noche de mi boda nos despedimos de forma amistosa, pero sigo sin poder quitarme de encima la traición que siento por haberme entregado a un desconocido con tanta facilidad. El hecho de que además me haya acostado con Alexei Koslov complica un poco las cosas, pero no es necesario que mi padre se entere de esa información.

Después de un minuto, mi padre sigue sin cogerlo y me doy cuenta de que quizá me esté evitando.

Cuando salta el buzón de voz, cuelgo el teléfono. —No puedes esconderte para siempre, *papino*.

Capítulo Once

ALEXEI

—Creo que a mi hermano le gusta tu amiga. —Me apoyo en el quicio de la puerta de la cocina esa noche.

Bianca pone los ojos en blanco mientras sigue devorando un bol de helado de chocolate. Lleva un vestido de verano de flores que se le ha subido por los muslos y me deja a la vista su piel bronceada.

No puedo evitar que la sangre me acuda a la polla mientras la veo lamer lentamente la cuchara, muerto de ganas por lamer el chocolate que tiene untado alrededor de sus carnosos labios.

—No quiero que se le acerque. —Levanta la vista hacia mí—. Lo digo en serio, Alexei.

—No podría estar más de acuerdo. Zara ha calado a mi hermano en cuestión de segundos. —Me río entre dientes—. Dimitri no es de los que se comprometen y sientan la cabeza.

—¿Y tú sí?

—Ahora sí.

Bianca pone los ojos en blanco y aparta la mirada.

—Pensaba que querías que tus hermanos se mantuvieran alejados mientras yo estuviera aquí. —Vuelve a meter la cuchara en el helado y se la lleva a la boca.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos mientras la observo.

—Así es, pero a mis hermanos no les gusta seguir las reglas. Siento si su presencia te ha incomodado. Le recordaré amablemente dicha petición. Se ha pasado para dejarme unos papeles y pensaba que se había ido, pero está claro que tenía otros planes.

Se encoge de hombros, manteniendo la vista baja.

—Es su casa.

—Es *tu* casa.

Guarda silencio un momento, golpeándose los labios con la cuchara. Sus delicados hombros están encorvados y esa luz que vi en sus ojos hace tan solo unas horas se ha atenuado una vez más.

—¿Te alegras de que Zara haya venido de visita?

—Sí y no. —Deja el bol a su lado—. Ha sido duro mentirle.

—Siento que hayas tenido que mentir.

—Es mi familia, Alexei. Ella y mi padre. Son todo lo que tengo. —Se le quiebra la voz y deja la cuchara en la encimera antes de esconder la cara entre las manos, con su pelo oscuro cayéndole sobre el rostro—. No sabes la suerte que tienes de tener hermanos.

Me aparto del marco de la puerta y acorto la distancia entre nosotros. Sé que es egoísta por mi parte querer estar cerca de ella cuando se siente tan vulnerable, pero odio ser yo la causa de ello. El que casarse conmigo le haya arrebatado a las personas que más quiere en este mundo.

—Ahora que te has casado conmigo, tienes tres hermanos por defecto.

Le aparto el pelo de detrás de la oreja y ella se inclina ligeramente hacia mi caricia, bajando las manos a su regazo y mirándome bajo sus oscuras pestañas.

Sonrío. —Ten cuidado con lo que deseas.

—Supongo que tienes razón.

—¿Te resultó difícil crecer como hija única?

Bianca asiente. —Me sentía muy sola. Mi padre no es el hombre más cariñoso del mundo, y al perder a mi madre como la perdí… siempre me sentí responsable, como si la hubiera matado.

—Lo que le pasó a tu madre no fue culpa tuya en absoluto. —Le cojo la mano, sabiendo de primera mano lo difícil que puede ser

perder a alguien a quien quieres—. El duelo puede hacernos sentir y hacer locuras.

—¿Como casarse con un completo desconocido? —bromea Bianca.

Me río entre dientes y me acerco más a ella. —Admítelo, te estás encariñando conmigo.

Frunce el ceño y me mira con esos preciosos ojos azules.

—¿Por qué te fuiste tan rápido anoche?

Me duele el pecho por el despecho en la voz de Bianca, pero sé que se merece una respuesta.

—Me sentí culpable…

—¿Por qué?

—Porque me aproveché. —Me maldigo por ser tan egoísta—. Eras vulnerable y…

—Para. —Pone una mano en mi pecho—. No te aprovechaste. Yo también lo quería.

—¿Te arrepientes?

Sus ojos escudriñan mi rostro por un momento, deteniéndose un poco más en mis labios. —No. ¿Y tú?

—Lo único que lamento es no haber tenido la oportunidad de saborearte más. —Mi voz se vuelve ronca al imaginarme pasando la lengua por su coño húmedo.

La mirada de Bianca se pierde y una sonrisa salvaje asoma a mis labios.

—¿Quieres eso, Bianca? ¿Quieres que entierre mi cara entre tus muslos?

Bianca deja escapar un suave jadeo y un ligero rubor se extiende por su piel.

—Alexei… Esto complica las cosas.

—Quizá, pero estoy dispuesto a arriesgarme a las consecuencias si tú lo estás.

Duda un momento.

Lo de anoche fue diferente. Estaba claro que ambos queríamos quitárnoslo de encima, que fuera cosa de una sola vez.

Pero supe en el momento en que salí de su estudio anoche que no sería capaz de resistirme a ella ahora que sé lo que es que se

corra alrededor de mi polla.

—Quiero esto, Alexei.

—Túmbate en la encimera, *solnyshka*.

Mi polla ya está dura y palpitante, desesperada por enterrarse en su coño apretado, pero necesito saborearla primero. De la fuente, esta vez.

A Bianca se le escapa un gemido suave y entrecortado, pero hace lo que le pido. Descruza las piernas y se tumba sobre el mármol frío. Le rodeo las corvas con las manos y se las abro de par en par.

—No he podido pensar en otra cosa que no sea tu coño en todo el día. —Inclino la cabeza para besarle la cara interna del muslo.

Jadea, arqueando la espalda ante mi caricia.

—¿Has pensado en mi polla, Bianca?

—Sí.

Le rozo la piel con los dientes mientras le recorro los muslos con las manos, subiéndole el vestido hasta dejar al descubierto unas diminutas braguitas de encaje morado.

—Ya lo veo. —Le paso un dedo por la costura húmeda.

Gimo cuando mi polla presiona contra la cremallera del pantalón, ansiosa por liberarse, pero sé que en el momento en que lo haga, no podré contenerme y la follaré aquí mismo, sobre esta encimera.

—He… he estado excitadísima todo el día.

Le rozo el clítoris con el dedo a través de la fina tela.

—Estabas tan *enorme*.

—Mmm, me aceptaste tan bien, *solnyshka*. —Le beso el interior del muslo—. Cuando te hayas corrido en mi lengua, te llevaré arriba, a mi cama, y te follaré. ¿Quieres eso, Bianca?

Gime, sus caderas rotando mientras le lamo la cara interna del muslo.

Al llegar a su coño cubierto, inclino la cabeza y rodeo su clítoris con los labios a través de la tela para succionar con fuerza.

Lanza un grito y se lleva las manos a mi pelo mientras le paso la lengua por el capullo hinchado.

—Alexei, por favor.

Tengo que apretar los dientes mientras mi polla late dolorosamente. Estoy desesperado por cogerla con la mano mientras devoro el coño de Bianca, pero quiero que toda mi atención se centre en su placer.

Le doy un suave beso en la entrepierna; el dulce sabor de su excitación en las braguitas me arranca un gemido.

—Estás tan mojada, *solnyshka*. ¿Es hora de quitarte estas braguitas?

—Dios, sí.

Mantengo los ojos fijos en su coño mientras le meto los dedos en la cinturilla y le bajo las bragas por los muslos.

—Joder, *ptichka*, mírate —gimo al ver su sexo reluciente.

Me guardo las bragas en el bolsillo y me inclino hacia delante, echándole las piernas sobre mis hombros mientras le recorro el centro con la lengua.

Gemimos los dos a la vez, su dulce sabor hace que mi polla empiece a gotear en mis pantalones.

Bajo la mano para agarrarme la polla palpitante a través de la tela del pantalón para intentar aliviar el dolor mientras sigo devorando a Bianca con lentas y largas lametadas.

—Oh, Dios. —Sus dedos se enredan en mi pelo mientras empieza a restregarse lentamente contra mi cara.

Le agarro el culo con las manos, acercándola más a mí mientras hundo la lengua en su coño. Los ojos se me ponen en blanco cuando su excitación empieza a correrme por la barbilla.

A la mierda lo de subir. En cuanto termine de hacer que se corra en mi lengua, la voy a poner a cuatro patas sobre esta encimera y la voy a follar por detrás.

Solo la idea de hundirme en ella hace que le trabaje el clítoris más rápido.

Hundo la lengua en su interior antes de recorrerle el centro y pasarla por su hinchado haz de nervios.

La respiración de Bianca es entrecortada y, al levantar la vista, la encuentro bajándose el vestido para dejar al descubierto esos pechos perfectos.

—*Solnyshka* —gimo, casi corriéndome ante la visión.

Suelta un gemido mientras se amasa los pechos hinchados, frotándose los pulgares sobre los pezones erectos.

—Estoy cerca —jadea mientras arquea la espalda.

—Quizá esto ayude. —Con la mano derecha, le meto dos dedos mientras le cojo el clítoris entre los dientes.

—¡Sí! —grita, su coño se contrae alrededor de mis dedos cuando empiezo a bombearlos dentro de ella.

Los muslos empiezan a temblarle, así que acelero el ritmo, succionando y lamiéndole el clítoris mientras sigo hundiéndole los dedos profundamente.

—Córrete para mí, *ptichka*. —Encorvo los dedos dentro de ella, rozando esas delicadas paredes internas que sé que la llevan al límite.

Bianca se arquea sobre la encimera, agarrándome el pelo con tanta fuerza que su orgasmo la golpea.

Nunca tengo suficiente.

La forma en que se restriega contra mi cara y gime mi nombre mientras la ayudo a superar el clímax me vuelve casi salvaje con la necesidad de estar dentro de ella.

Cuando se desploma de nuevo contra la encimera, con la respiración entrecortada, le saco los dedos del coño y le beso la cara interna de cada muslo.

—Ven aquí, *solnyshka*. —Le ciño las piernas temblorosas a la cintura y la rodeo con los brazos para levantarla de la encimera.

Me rodea el cuello con los brazos y me besa profundamente, gimiendo al saborear su excitación en mi lengua.

Sus caderas se mueven al instante contra mí cuando mi polla roza su coño desnudo y, cuando siente lo preparado que estoy para ella, gime aún más fuerte.

—¿Te gusta saborearte en mi lengua? —Le hundo los dedos en el pelo e inclino su cabeza para poder profundizar el beso.

—Mmm… —suspira mientras nuestras lenguas se entrelazan—. Quiero saborearte a ti.

Mis caderas se arquean bruscamente solo de pensar en Bianca poniéndose de rodillas, metiéndose mi polla en su delicada boca y trabajándomela con la lengua.

Noto su humedad a través de los pantalones, y se me escapa un sonido gutural y profundo mientras intento calmarme lo suficiente como para poder subirla y tumbarla en la cama.

—Todavía no —digo con voz ahogada.

Se ríe entre dientes contra mis labios mientras restriega su coño contra mí de nuevo.

—Si sigues haciendo eso, me voy a correr antes siquiera de estar dentro de ti —gruño.

Los ojos de Bianca se oscurecen y se muerde el labio inferior.

—¿Es eso lo que quieres, *ptichka*? ¿Que me corra dentro de ti? —gruño.

—Quiero que… —se inclina para besarme con suavidad—. Te corras en mis pechos.

—Joder —siseo, cerrando los ojos con fuerza mientras intento ignorar mi polla dolorida.

—Y luego… —vuelve a besarme—. Quiero que te corras en mi boca.

—*Bianca.*

Me besa una vez más, y una risa se escapa de sus labios mientras se arquea contra mí para que sus pezones rocen la tela de mi camisa.

—Y luego… quiero que te corras dentro de mí.

Capítulo Doce

ALEXEI

APENAS SOY CONSCIENTE de que mis pies se mueven.

Bianca me deja un rastro de suaves besos en la mandíbula y el cuello mientras la subo por las escaleras; los delicados suspiros que se escapan de sus labios son música para mis oídos.

Es adictiva, y eso debería acojonarme de mala manera, pero ahora mismo, mientras enrosca las piernas en mi cintura, lo único que me importa es sacar la polla y hundirme tan dentro de ella que vea las estrellas.

Abro la puerta de su dormitorio de una patada y la lanzo sobre la cama; sus piernas se abren para revelarme una vez más su coño húmedo.

—Quítate la ropa —mi voz es un susurro ronco por el deseo mientras me quito la camisa a toda prisa.

Bianca se arrodilla, coge el bajo del vestido y se lo quita por la cabeza.

Aprieto los dientes al ver esos pechos perfectos, la suave piel de su vientre... Estoy desesperado por tenerla debajo de mí.

—Túmbate y ábrete de piernas para mí, *solnyshka*.

Bianca traga saliva y baja la mirada para observarme mientras empiezo a desabrocharme los pantalones.

—Ahora.

Me obedece y, mientras me bajo los pantalones y los calzoncillos por los muslos, ella separa esos deliciosos muslos para exhibirse ante mí.

Mi polla salta libre, con la punta ya brillante por la excitación. Al instante la cojo con la mano y me la meneo con fuerza y rapidez mientras me deleito con la visión que tengo delante.

—Joder, qué preciosidad —gruño.

Bianca se apoya en los codos y jadea cuando su mirada se posa en mi polla. Empieza a cerrar los muslos, sin duda desesperada por frotárselos para aliviar el deseo, pero no pienso permitírselo.

—Mantenlos abiertos, *solnyshka* —me quito del todo los pantalones y voy hasta el borde de la cama, sin dejar de menearme la polla.

Se muerde el labio inferior, pero separa los muslos, suplicándome con la mirada que alivie su deseo.

—Buena chica.

La observo un momento, me encanta lo excitada que se está poniendo mientras me ve empuñar mi miembro dolorido.

—¿Estás lista para mí, *ptichka*? —mi voz es pura grava mientras intento estabilizarme.

—Sí —jadea, frunciendo las cejas mientras me subo a la cama y me coloco entre sus muslos.

Le rodeo la nuca con la mano izquierda y apoyo todo mi peso en ese lado mientras cojo mi polla y la alineo con su entrada, frotando la punta de forma juguetona contra su clítoris.

—¡Oh! —se arquea hacia mí, de modo que sus pezones rozan mis pectorales.

Dejando que una sonrisa asome a mis labios, observo cómo sus ojos se cierran con el poco placer que le permito.

Repito el movimiento una vez más antes de deslizar la punta por su centro y penetrar lentamente en su calor apretado.

—Joder —siseo mientras cambio mi peso a ambos codos y embisto lentamente con las caderas, gimiendo cuando Bianca me aprieta con tanta fuerza que casi me corro.

—Así es como debería haberte follado anoche —murmuro, inclinándome para darle un beso en la boca mientras deslizo mi polla

lentamente hasta el fondo—. Lento y profundo.

—Alexei —el coño de Bianca se contrae alrededor de mi polla.

Hundo la cara en su cuello, el sonido de mi nombre saliendo de sus labios es casi demasiado para soportarlo.

Pero mantengo el ritmo lento, dejando un rastro de besos en su mandíbula y cuello, mis manos moviéndose para amasar sus pechos turgentes mientras nos movemos juntos.

Cuando mis pelotas empiezan a contraerse, le paso el brazo por detrás de la rodilla y le levanto la pierna por encima del hombro para poder embestir aún más profundo. Por la forma en que Bianca me araña la espalda con cada estocada, sé que su clímax se está acumulando, pero no quiero que se corra todavía.

—¿Qué quieres, *solnyshka*? —le muerdo la delicada piel de debajo.

—Más fuerte —jadea, hincando las uñas en mis hombros.

—¿Dónde están tus modales, *ptichka*? —saco la polla hasta que la punta apenas roza su entrada.

Bianca se retuerce debajo de mí, intentando desesperadamente empujar las caderas hacia arriba, pero la mantengo quieta con las manos.

—Por favor —gime.

Paseo la nariz por su mandíbula, inhalando su dulce aroma a vainilla—. ¿Por favor...?

—Por favor, fóllame *duro* —gime ella.

—Será un placer, *solnyshka* —me río entre dientes mientras voy a cubrir su boca con la mía y la embisto con tanta fuerza que el cabecero choca contra la pared.

No hay nada dulce ni tierno en mis movimientos y, por los sonidos entrecortados que se escapan de Bianca, sé que está a punto de caer por el precipicio.

Está tan mojada que mi polla me ruega que me derrame dentro de ella.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla mientras lucho contra el impulso de correrme.

Todavía no. Tiene que correrse conmigo.

Quiero que se contraiga alrededor de mi polla y me ordeñe hasta la última gota de semen.

—Oh, sí. ¡Joder, estoy cerca! —grita.

La base de mi columna empieza a hormiguear y sé que esto está a punto de acabarse, sobre todo cuando Bianca se mete la mano entre nosotros y empieza a frotarse el clítoris.

—Oh, *ptichka* —gimo.

Veo cómo los ojos de Bianca se ponen en blanco, sus hermosos pechos rebotando con cada embestida de mi polla. Y cuando su boca se entreabre y su orgasmo la golpea, grita mi nombre, y al instante me derramo dentro de ella mientras su coño palpita a mi alrededor.

—Mierda —mis caderas se sacuden mientras le doy hasta la última gota.

Cuando los muslos de Bianca se aflojan a mi alrededor, salgo lentamente mientras la beso con suavidad.

—Voy a coger una toalla —murmuro.

Suspira feliz, con los ojos cerrados y las mejillas sonrojadas mientras me bajo de la cama y entro corriendo en el cuarto de baño contiguo.

No puedo evitar soltar una risita al ver lo agotada que está Bianca mientras la limpio entre los muslos, cuidando con especial esmero su carne sensible. Termino con un beso en cada muslo y otro en su hinchado manojo de nervios antes de subirme a la cama a su lado y atraerla hacia mí.

—¿Te arrepientes de algo, esposa? —le paso la mano por el pelo alborotado.

—En absoluto —suspira, rodeándome la cintura con los brazos y cerrando los ojos.

Bianca no tarda en quedarse dormida en mis brazos, y la sostengo así un rato, disfrutando de la sensación de su cálido cuerpo contra el mío.

Pero sé que debería volver al trabajo.

El objetivo de este matrimonio no era pasar todas las noches en su cama.

Puede que llegue a arrepentirme de haber cruzado esta línea con Bianca, pero no ahora mismo. Ahora mismo no deseo otra cosa que seguir enredado con ella, despertarla lentamente con besos en el cuello antes de subirme encima y follármela hasta que vuelva a gritar mi nombre.

Pero este matrimonio era para proporcionar protección a nuestra nueva aliada mientras continuábamos nuestro trabajo para acabar con Mario Gilanto, lo cual no ocurrirá si no salgo de la cama y me pongo a trabajar.

Una vez vestido, cojo una manta del sofá y la extiendo sobre su cuerpo desnudo.

—Dulces sueños, *solnyshka* —le doy un beso en el pelo antes de salir sigilosamente de su habitación.

Decido ir a prepararme una taza de café antes de dirigirme a mi despacho.

Es tarde, casi medianoche, y es probable que me queden unas cuantas horas más de trabajo antes de poder meterme yo también en la cama.

No es que vaya a dormir mucho.

Lo que no me espero encontrar al entrar en la cocina es a mis tres hermanos de pie alrededor de la isla, todos con un aire especialmente avergonzado.

—¿Qué coño hacéis aquí?

Dimitri se mete las manos en los bolsillos. —Tenemos que hablar.

Lleva una camisa y un pantalón negros, su aspecto característico, aunque su pelo oscuro está un poco más alborotado de lo habitual... Rezo para que no haya seguido a Zara al salir de aquí y se haya metido en un lío del que no pueda escapar.

Además, creo que Bianca podría castrarlo de verdad si se enterara de que ha mancillado a su mejor amiga.

—Creía que habíais vuelto al ático —digo, meneando la cabeza mientras me paso las manos por el pelo.

Danil me mira y me dedica una sonrisa cómplice.

¿Tan obvio es a lo que he dedicado la última hora? ¿Han estado abajo todo el tiempo? Joder, espero que no.

—Lo he hecho, aunque habría preferido mil veces volver a casa de Zara —se ríe Dimitri.

Le lanzo una mirada de advertencia y la diversión desaparece al instante de sus ojos.

—Tengo que cambiar las putas cerraduras —murmuro entre dientes.

—También es nuestra casa —dice Mikhail. Parece que viene directo del gimnasio; lleva unos pantalones cortos negros y una camiseta todavía húmeda de sudor que deja ver sus brazos completamente tatuados.

—No cuando Bianca Bellucci está durmiendo arriba, no lo es. No me fío de ni uno de vosotros, capullos.

—Me ofendes —resuella Danil fingidamente.

—¿Podemos volver a por qué estamos aquí? —interviene Mikhail —. *Brat*, creo que deberíamos hablar en tu despacho.

Niego con la cabeza, no me gusta lo cerca que estarían todos del cuerpo desnudo de Bianca. —Podemos hablar en el salón.

Salimos de la cocina y cruzamos el gran vestíbulo hasta llegar al salón, en el otro extremo de la casa.

Me enorgullece saber que es lo más lejos que podíamos estar de Bianca, así que me relajo un poco mientras mis hermanos se sientan en los dos sofás de cuero y yo me pongo a servirnos una copa a todos del carrito de las bebidas de la esquina.

—¿Cuál es el problema que os hace entrar en mi casa pasada la medianoche? —les llevo una copa a Mikhail y a Danil.

—Hemos recibido un correo hace una hora —frunce el ceño Dimitri—. Cosa que sabrías si te molestaras en mirar el móvil.

—Estaba ocupado.

Le doy un vodka a Dimitri y me siento frente a él, al lado de Mikhail.

Miro a cada uno de mis hermanos.

Tanto Danil como Mikhail evitan mi mirada. Incluso el habitual aire juguetón de Dimitri se ha vuelto sombrío.

—Soltadlo ya.

—La persona que creíamos responsable de lo de *Mamochka* y *Papochka*... Resulta que era inocente.

Todos guardamos silencio un momento mientras asimilo lo que está diciendo Dimitri.

¿Cómo es posible?

—¿Quién lo dice? —le doy un largo sorbo a mi copa.

—Hemos recibido un chivatazo anónimo con información sobre el verdadero asesino.

Danil se estremece al oír las palabras de Dimitri, y odio que ya tenga edad para participar en estas conversaciones de negocios.

El juego al que tenemos que jugar es brutal, y he intentado proteger su inocencia todo el tiempo que he podido.

Pero, en última instancia, es un Koslov, y eso tiene un precio.

—¿Qué credibilidad tiene ese chivatazo? —miro a Mikhail.

—Le he pedido a uno de mis hombres que lo investigue. Le reenvié la información en cuanto llegó a mi bandeja de entrada.

—Bien —me bebo el resto de la copa de un trago, siseando cuando el alcohol me quema la garganta.

—¿Y si es Mario, solo para jodernos? —pregunta Danil.

Dimitri se gira para mirar a Danil, y su corpulento cuerpo ocupa la mayor parte del sofá de dos plazas.

Danil parece tan joven, con la cara bien afeitada y las extremidades más delgadas, en comparación con la complexión robusta de Dimitri.

—Quizá sea su forma de intentar jodernos la cabeza.

Frunzo el ceño. —Es una forma bastante retorcida de hacerlo.

—Es el estilo de Gilanto —gruñe Dimitri—. Juega aún más sucio que nosotros.

Danil me mira con nerviosismo. —¿Mordemos el anzuelo?

Niego con la cabeza. —No hasta que podamos confirmar si esta información es legítima.

Dimitri resopla. —¿No es propio de ti no ir a por Gilanto? ¿Desde cuándo necesitamos un motivo?

—No lo necesitamos. —Me levanto para volver a llenar el vaso—. Pero no quiero correr riesgos innecesarios.

Mikhail se remueve en su asiento. —Por Bianca.

—Sí, por Bianca. Le prometí a su padre que la mantendría a salvo y, mientras viva bajo mi techo, ten por seguro que no voy a

meterme de cabeza en la boca del lobo sin un motivo justificado. Así que, hasta que tu hombre pueda confirmar algo, ninguno de nosotros moverá un dedo contra Mario Gilanto. ¿Ha quedado claro?

Todos asienten, aunque no se me escapa la mirada que se echan entre ellos.

Estoy dejando que mis sentimientos por Bianca se interpongan en los negocios, que es exactamente lo contrario de lo que quería que pasara.

Solo espero que Mario Gilanto no decida usar eso en mi contra.

Capítulo Trece

BIANCA

Alexei está sentado en un taburete a mi lado mientras pinto. —¿Fuiste a la universidad?

Creo que, en secreto, le gusta verme pintar, sobre todo cuando el modelo es su cuerpo desnudo.

—Sí, allí fue donde conocí a Zara.

—¿Estudiaste Arte?

No puedo evitar reírme de su pregunta mientras mojo el pincel en el tarro de agua.

—¿Qué es tan gracioso?

—Mi padre nunca me habría dejado estudiar Arte —niego con la cabeza—. Pensaba que era un buen pasatiempo para mantenerme alejada de los líos, pero a la hora de elegir la carrera, tuve que estudiar Márquetin y Publicidad para poder entrar en el «*negocio familiar*».

Le dedico a Alexei una sonrisa cómplice y él asiente.

—Es una pena que no te animaran a dedicarte al arte cuando está claro que tienes talento para ello.

Me encojo de hombros. —Hace mucho tiempo que renuncié a mi sueño de dedicarme profesionalmente al arte. Siempre estuve destinada a trabajar para mi padre, al ser su única hija y todo eso.

Alexei se queda en silencio un momento, observándome mientras empiezo a añadir algo de sombreado a sus abdominales.

Siento que se me calientan las mejillas cuando se inclina, rozando su muslo contra el mío mientras observa mi trabajo.

—Es muy detallado —me mira de reojo.

Ignoro su mirada y me concentro en mezclar el tono de rosa perfecto para añadir algo de dimensión a su tono de piel.

—Te has fijado muy bien.

—Deja de ser grosero.

Alexei se ríe y no puedo reprimir la sonrisa que se dibuja en mis labios.

Es agradable la naturalidad que hemos alcanzado el uno con el otro en estas últimas semanas. Aunque supongo que, cuando estás atrapada en una casa sin nadie más con quien hablar, es probable que acabes forjando algún tipo de relación.

Y el sexo alucinante también es una ventaja añadida que no esperaba de este acuerdo.

Alexei vuelve a mirar el cuadro. —¿Te has planteado apuntarte a una clase de arte por las tardes en alguna universidad de aquí?

—La verdad es que no. Mi padre me hacía trabajar muy duro, así que nunca tenía mucho tiempo libre. —Frunzo el ceño al usar el tiempo pasado.

Parece que estoy hablando de la vida de otra persona en lugar de la mía. Una vida que para mí ya no existe.

—Mmm…

Frunzo el ceño cuando Alexei se pone en pie, saca el móvil del bolsillo trasero del pantalón y empieza a teclear.

—¿Qué haces?

Ignora mi pregunta mientras sigue desplazándose por la pantalla del móvil, con los ojos entornados y moviéndose de un lado a otro.

—¿Alexei?

—Hay una clase de arte en la universidad Queen’s dos veces por semana por la tarde.

—¿Y?

Alexei levanta la vista y señala con la barbilla el cuadro que estoy pintando.

—Y creo que deberías cultivar este talento, Bianca.

—¿Quieres que vaya a una clase de arte?

—Sí, creo que te vendría bien.

—Eh… —Me ha pillado tan por sorpresa la sugerencia de Alexei que no sé cómo responder.

No estoy acostumbrada a que la gente me anime así. Claro que tanto mi padre como Zara creen que tengo talento, pero mi padre ya me ha trazado el camino de mi vida, y Zara es realista, y, para ella, una vida como artista no es sostenible.

—Me… me lo pensaré.

—Es esta noche y empieza en una hora.

Es como si ni siquiera me hubiera oído.

—Alexei —suspiro, dejando el pincel—. Agradezco que quieras ayudar, pero…

—Esto te vendrá bien, Bianca. —Se vuelve a guardar el móvil en el bolsillo—. Y está cerca, así que puedo llevarte yo mismo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Nos vamos en treinta minutos. Eso debería darnos tiempo suficiente para arreglar lo de las tasas de matrícula y los documentos antes de la clase.

Sé que debería estar emocionada por salir de casa por primera vez en casi cuatro semanas, pero la verdad es que no lo estoy. Porque, una vez más, las condiciones de esa libertad no las he decidido yo.

Sigo siendo una prisionera. Solo que una prisionera con correa a la que llevan en coche a lo que supongo que será un carísimo seminario de pintura de bodegones con un guardaespaldas que, además, es mi marido.

—Ojalá me hubieras dejado mirar el programa de estudios antes de tomar una decisión —murmullo mientras Alexei entra en el aparcamiento del edificio de la facultad de artes.

Ha estado en silencio todo el camino hasta el campus y yo estaba demasiado ocupada enfurruñada como para que me importara.

Miro a mi alrededor y veo a varios estudiantes saliendo del edificio con sus porfolios de trabajos y maletines de material. No se me escapa que le echan un vistazo al coche de Alexei.

Se había empeñado en coger un superdeportivo ridículo, pero me negué a subir.

Ya me siento fuera de lugar, y aparecer en clase en un coche que cuesta más que las tasas de la matrícula hacía que me entraran ganas de que me tragara la tierra.

Al final acordamos ir en un Range Rover negro con los cristales tintados que no es mucho mejor, pero la mirada que me lanzó Alexei implicaba que me echaría al hombro y me llevaría al campus si hacía falta.

—A veces, es mejor que simplemente te den un empujón —dice Alexei—. Mucha gente se queda paralizada por la indecisión y nunca da un paso adelante.

—¿Y has supuesto que yo sería así? No es por nada, Alexei, pero no me conoces en absoluto.

—Te conozco lo suficiente.

Aprieto los puños y miro al frente, con un nudo en el estómago al ver el letrero en la fachada del edificio que tenemos delante.

Departamento de Arte de la Universidad Queen's.

Esto es todo lo que siempre he querido: estudiar arte y pasarme los días pintando. Entonces, ¿por qué no me hace más ilusión?

Quizá se deba a que es Alexei Koslov quien ha visto cómo soy en realidad, y eso me aterra.

Apenas me conoce desde hace cuatro semanas y, sin embargo, se está desviviendo por fomentar mi talento.

Noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas.

Esto es algo que debería haber hecho mi padre, pero, en su lugar, también me arrebató esta elección.

—Si solo haces esto por culpabilidad, entonces no te molestes —digo, tragando el nudo que tengo en la garganta.

—¿A qué te refieres? —Alexei se desabrocha el cinturón y se gira en el asiento para mirarme, pero yo mantengo la vista al frente, porque no quiero que me vea tan afectada.

—Te sientes culpable por haberte casado conmigo, por haberme alejado de mi vida. Así que intentas tranquilizar tu conciencia dándome la oportunidad de pintar.

—Te estoy dando la oportunidad de fomentar tu talento. Algo que no te permitieron desarrollar porque tu padre decidió lo contrario. Creía que te alegrarías más.

Bajo la cabeza, odiando sentirme *yo* culpable por siquiera cuestionar sus motivos.

Ojalá pudiera ser más distante, pero eché por tierra cualquier posibilidad de serlo en el momento en que me senté ante el caballete que me compró.

—Tienes razón. Lo siento. Nos vemos después de la clase. —Me desabrocho el cinturón y abro la puerta del coche.

Alexei no me quita los ojos de encima mientras camino hacia el edificio de ladrillo rojo, pero no le dedico una segunda mirada antes de abrir las puertas dobles y entrar.

Todo está bastante tranquilo, ya que son casi las siete de la tarde y la mayoría de las clases del día ya han terminado. Pero hay una puerta entreabierta al fondo del pasillo y dentro hay bastante gente deambulando.

Se me hace un nudo de nervios en el estómago mientras recorro el pasillo y contemplo las obras de arte que cuelgan de las paredes a ambos lados. Hay una mezcla de obras abstractas, bodegones y retratos, y el nivel de destreza es envidiable.

Ojalá Alexei me hubiera dado más tiempo para pensarlo.

El arte siempre ha sido algo solo para mí, una vía de escape creativa que me ayuda a procesar mis emociones cuando siento que caigo en un pozo oscuro.

Aunque ya me había planteado estudiarlo, no es algo por lo que necesariamente quiera que me pongan nota.

Parece que Alexei ha llamado antes y ha hablado con la jefa de admisiones, porque en cuanto llamo a la puerta y asomo la cabeza en el aula, una mujer de unos treinta y tantos años se acerca corriendo hacia mí con una enorme sonrisa en la cara.

Lleva un amasijo de rizos oscuros recogidos en lo alto de la cabeza y viste un mono cubierto de pintura y una camiseta blanca.

—Tú debes de ser Bianca —dice, tendiéndome la mano.

Lleva al menos un anillo en cada dedo y gruesos brazaletes le cuelgan de ambas muñecas—. Soy Ella, yo voy a dar esta clase.

—Hola —fuerzo una sonrisa mientras miro por encima de su hombro las hileras de caballetes dispuestos.

La mayoría de los demás alumnos ya están sentados en uno sacando sus materiales, con sus proyectos ya empezados.

Se me encoge el estómago.

¿Se suponía que tenía que traer mis propias pinturas?

Ella parece leerme el pensamiento, porque me suelta la mano y me pasa un brazo por los hombros, haciéndome entrar.

—Te proporcionaremos todos los materiales, no te preocupes. Pero siempre puedes traer los tuyos si prefieres tus propios pinceles o pinturas. —Me lleva a un taburete vacío al fondo del aula—. Solo te has perdido la primera semana, así que no vas con retraso.

Miro a la persona que tengo al lado, una chica de mi edad con el pelo rubio y rizado. Está trabajando en un cuadro que parece muy desgarrador, con muchos colores oscuros y sangre goteando por los bordes.

—El tema de las primeras semanas es el duelo —explica Ella.

Casi pongo los ojos en blanco.

Qué apropiado para mí.

—Puedes usar la técnica que quieras, solo pido que la obra refleje tu propia experiencia con el duelo. No lo que *crees* que es el duelo, sino lo que *sabes* que es.

—Suena genial.

—¡Diviértete!

Me siento en mi taburete y miro el lienzo vacío.

A mi lado hay un carrito de materiales con de todo, desde tizas hasta acuarelas.

Paseo los dedos por los tubos de pintura, mientras mi mente ya bulle con ideas para mi obra.

Me decido a llenar la paleta con varios tonos de amarillo, con la intención de crear una especie de contraste entre la vida que se suponía que debía tener y la que he acabado viviendo.

Aquella en la que acabé casándome con Alexei Koslov...

Me aclaro la garganta y mojo el pincel en la pintura, dejándome llevar por el ritmo, disfrutando del ajetreo a mi alrededor mientras los demás alumnos trabajan.

Es un contraste tan grande con la tranquilidad del estudio de casa. De repente, estar rodeada de gente después de no haber visto prácticamente a nadie más que a Alexei durante las últimas cuatro semanas hace que me ponga nerviosa a la hora de hablar con alguien.

La chica de mi lado se inclina un poco.

—Eres nueva, ¿verdad?

La miro y asiento, notando que se me sonrojan las mejillas.

—¿Tanto se nota?

Ella se ríe y sacude la cabeza, llena de rizos rubios.

—Lo siento, no quería decirlo así —dice entre risas, y las arruguitas alrededor de sus ojos marrones se acentúan al mirarme —. Soy Marnie.

—Bianca.

—Encantada de conocerte —sonríe.

—Igualmente. ¿Estudias en esta universidad o...?

—Estudio Historia del Arte, pero estoy cogiendo algunas clases de arte extra por la tarde para conseguir más créditos. Espero graduarme unos semestres antes.

—Haces bien. —Miro su lienzo.

—¿Y tú?

—Me gradué en la Universidad de Nueva York la primavera pasada. Me especialicé en Márquetin y también estudié Publicidad.

—Vaya, eso es muy distinto al arte.

Suspiro y cojo un pincel limpio. —Lo es. Pero esta es mi verdadera pasión.

—Haces bien en sacarle tiempo. Mucha gente no lo hace. Se dejan absorber por el mundo empresarial y abandonan todo lo que los hace felices a cambio de un sueldo a fin de mes.

—Supongo…

—¿Sobre qué va a ser tu obra?

Dudo, dejo el pincel y miro mi obra. He hecho un esbozo de las formas, aunque ni siquiera para mí tiene mucho sentido todavía.

—Mi madre murió al dar a luz. —La pena me invade—. Por eso quiero pintar un contraste entre dos vidas. Una con ella y otra sin ella.

—Te entiendo.

La miro y veo sus ojos llenos de compasión.

—Mi madre murió cuando yo tenía ocho años. Tuvimos un accidente de coche y yo sobreviví.

—Dios mío, lo siento muchísimo.

Ella me hace un gesto para que no le dé importancia. —Fue hace mucho tiempo, pero desde entonces me he sentido culpable por seguir viva.

Es como si Marnie se hubiera metido en mi mente y hubiera compartido en voz alta lo que encontró.

Nadie había entendido nunca lo que significaba cuando expresaba esos sentimientos, y saber que alguien siente lo mismo es reconfortante.

—Sé exactamente a qué te refieres.

Entablamos una conversación fluida mientras trabajamos durante el resto de la hora; decidimos compartir un poco de nuestro pasado, pero sobre todo nuestro amor por el arte.

Cuando la clase empieza a terminar, Ella nos da instrucciones sobre dónde poner los lienzos a secar y nos ponemos manos a la obra, recogiendo nuestros materiales.

—Ha sido genial tener a alguien con quien charlar. —Marnie sonríe mientras ordenamos los carritos con los materiales—. ¿A lo mejor podríamos intercambiarnos los números o algo?

—Eh… —Ya no tengo móvil. Alexei me lo quitó después de la boda y no me han dado uno nuevo.

Intento ignorar la ansiedad que siento en la boca del estómago al pensar en la poca autonomía y libertad que tengo en realidad.

—No pasa nada si no quieres…

—¡No! No es eso. Lo siento, es que perdí el móvil y todavía no tengo uno nuevo. Así que, ¿por qué no me escribes el tuyo y te envío un mensaje cuando tenga mi número?

—Me parece bien —sonríe Marnie. Garabatea su número en un trozo de papel y me lo guardo en el bolsillo del vestido—. ¿Nos

vemos la semana que viene?

—Aquí estaré —le devuelvo una sonrisa sincera.

Quizá no haya sido tan mala idea, después de todo...

Capítulo Catorce

BIANCA

En cuanto salgo, Alexei baja del coche y lo rodea para abrirme la puerta.

Luce una expresión de suficiencia mientras me acomodo en mi asiento, y lo observo mientras vuelve a su lado, intentando no admirar lo bueno que está con esos pantalones negros que lleva siempre.

Gilipollas.

Me hundo en el asiento y me cruzo de brazos mientras Alexei sale del aparcamiento.

Se ha remangado hasta los codos, dejando al descubierto sus musculosos antebrazos mientras sujeta el volante con una mano.

Rechino los dientes y mantengo la vista al frente, molesta porque una cosa tan insignificante pueda alterarme tanto.

Tras unos minutos de silencio incómodo, su mirada se desvía hacia mí y vuelve a la carretera. —¿Vas a contarme qué tal ha ido?

—No.

Se ríe por lo bajo y me mira de reojo, pero yo mantengo la vista al frente.

—¿Me estás castigando?

—Sí.

—*Solnyshka*…

—No me llames así.

—¿Prefieres que te llame esposa?

Ay, está tentando a la suerte.

—Preferiría que te mantuvieras bien lejos de mi vida.

Por una vez, Alexei se queda callado y, en cuanto aparca delante de la casa, abro la puerta de golpe y salgo del coche.

No me molesto en esperarlo mientras cruzo la grava con paso decidido y subo los escalones hasta la puerta principal.

Sus pies crujen en la grava detrás de mí. —¿En serio me estás ignorando?

Abro la puerta principal de un tirón y entro.

Mis pasos resuenan en el espacioso vestíbulo y pronto los de Alexei se unen a los míos mientras me dirijo a la cocina.

—Creo que alguien se lo ha pasado bien y no quiere admitirlo.

Al llegar a la puerta, me doy la vuelta, me cruzo de brazos y lo miro fijamente.

Sus labios se curvan en una sonrisa y la diversión baila en sus ojos oscuros.

Odio lo guapo que está cuando sonríe así, porque me dan ganas de olvidar que estamos enfadados y arrastrarlo escaleras arriba hasta mi cama.

—No hace falta que te comportes como un capullo sabelotodo todo el tiempo.

La sonrisa de Alexei se ensancha.

Me doy la vuelta para irme. —Que te jodan.

—No puedo evitar tener siempre la razón.

Resoplo, le lanzo una mirada fulminante por encima del hombro y entro en la cocina para prepararme una infusión.

—Tu modestia es admirable.

Alexei se ríe por lo bajo, un sonido que me provoca un escalofrío mientras abro uno de los armarios y saco la caja de té de menta y una taza.

—Sabía que te haría feliz.

Siento un aleteo en el estómago ante sus palabras.

¿Cómo es posible que este hombre parezca conocerme mejor que yo misma?

—Sé qué más te haría feliz.

—¿Ah, sí? —Desenvuelvo la bolsita de té y la dejo caer en la taza —. ¿Qué es?

Unas manos cálidas me rodean la cintura, atrayéndome hacia ese cuerpo deliciosamente duro, y no puedo reprimir el suspiro que se me escapa de los labios cuando Alexei me da un beso suave en el cuello.

—Esto. —Su aliento me hace cosquillas en la piel.

Sus manos ascienden por mi estómago hasta ahuecar mis pechos, y al instante arqueo la espalda hacia su contacto, apretando el culo contra sus caderas.

Gimo cuando su bulto se clava en mí.

Quiero apartarlo con todas mis fuerzas. Quiero que se dé cuenta de que no puede ganarme con clases de arte y sexo, pero joder, cuando se restriega contra mí de esa manera, pierdo todo el control. —Siento haberte presionado —me susurra al oído mientras sus manos siguen amasando mis pechos a través del vestido, y sus pulgares rozan mis sensibles pezones—. Pero tienes mucho talento, *solnyshka*. Y no me importa si eso me convierte en un cabrón egoísta, pero quiero que seas feliz.

Sus palabras hacen que me derrita.

No tiene ninguna razón para preocuparse por mí. Nuestro matrimonio no es de amor ni de afecto y, sin embargo, los límites son cada vez más difusos. Cada vez me cuesta más seguir enfadada con él.

—Alexei —suspiro.

Aparta la mano derecha de mi pecho y la desliza por debajo de mi vestido para ahuecarme entre los muslos.

Jadeo, arqueándome contra él mientras me muerde el cuello, succionando con fuerza al tiempo que aparta mis bragas e introduce dos dedos en mi interior.

—¿Y si entra alguien? —pregunto sin aliento cuando sus dedos se curvan dentro de mí—. Tus hermanos…

—Tendrán el buen juicio de marcharse si oyen los sonidos que están a punto de salir de tus labios, *ptichka*.

Gruñe, y sé que es porque se da cuenta de lo preparada que estoy para él.

—Quiero que seas feliz, *solnyshka*.

Mis ojos se cierran mientras él empieza a bombear sus dedos dentro de mí. Su pulgar comienza a trazar círculos perezosos en mi ya hinchado clítoris, y sé que no puedo luchar contra ello.

Sabe exactamente qué hacer para que me corra.

Así que me rindo.

Llevo las manos hacia atrás para sujetarle el cuello y ladeo la cabeza para poder besarlo. Paso los dedos por el suave pelo de su nuca, gimoteando cuando su lengua se abre paso en mi boca.

—Sé lo que necesitas, *ptichka* —murmura contra mis labios mientras aprieta su erección contra mi espalda.

Gimo entrecortadamente; mi orgasmo ya empieza a crecer con solo unas pocas caricias de sus dedos.

—Joder, siempre estás tan húmeda por mí.

—Alexei —jadeo, reclinándome contra su sólido pecho mientras él aumenta el ritmo.

Retira la mano de mi pecho y me la pone en la cintura, atrayéndome con más fuerza contra él.

—Lo sé, *solnyshka*. —Recorre mi mandíbula y mi cuello con besos, dejando la piel de gallina a su paso.

Su tacto no se parece a nada que haya experimentado antes, y me aterroriza lo mucho que lo anhelo.

Pero no puedo alejarme, no cuando sienta tan bien.

—Ya estoy tan cerca —gimo, mis caderas meciéndose contra su mano mientras trabaja mi clítoris.

—Cuanto antes te corras, antes podré enterrar mi polla dentro de ti.

—Oh, *Dios*.

Mi coño empieza a contraerse alrededor de sus dedos.

Alexei gruñe mientras restriega su polla contra mí, y saber que él también me desea tanto me hace estallar.

Grito y me arqueo contra él mientras sus dedos me acompañan con pericia en mi orgasmo. Un torrente de humedad inunda mis

muslos y el sonido que se escapa de la boca de Alexei hace que me fallen las rodillas.

—*Joder*. —Saca los dedos de mí—. Te necesito, Bianca.

Me doy la vuelta para mirarlo, y mis manos recorren su ancho pecho hasta acunar su hermoso rostro.

Sus cejas oscuras se juntan mientras sus ojos de color chocolate escudriñan mi cara.

A pesar de todas sus facciones duras y sus músculos marcados, estoy empezando a descubrir que Alexei Koslov tiene una faceta muy diferente, una que estoy segura de que no ha compartido con muchas personas, si es que lo ha hecho con alguna.

Me pongo de puntillas y lo beso, rodeándole los hombros con los brazos mientras sus labios se separan para mí.

En el momento en que su lengua roza la mía, pierdo el control una vez más, mi cuerpo se derrite contra el suyo mientras exploro su boca.

Su sabor es embriagador y necesito más, por mucho que desearía que no fuera así.

—Fóllame, Alexei —murmuro contra sus labios—. Por favor.

Un sonido profundo y gutural se escapa de sus labios mientras baja las manos para rodearme la parte posterior de los muslos y levantarme.

Su boca se estrella contra la mía, reclamándome como suya mientras nos hace girar y, antes de darme cuenta, mi espalda está contra la pared y él restriega su erección contra la humedad de mis muslos.

—Me alegro mucho de haber comprado tantos vestidos de estos. —Su mano me ahueca a través de las bragas.

—Yo también —jadeo mientras muevo las caderas.

—El único problema es que insistes en llevar bragas.

—¿Preferirías que no las llevara?

—*Solnyshka* —gime Alexei, rozándome el clítoris con el pulgar.

Mis bragas están empapadas, y el calor de sus dedos mezclado con la tela húmeda contra mi clítoris me hace gemir tan fuerte que Alexei tiene que taparme la boca con la suya.

—¿Serías capaz de concentrarte si supieras que voy por ahí sin nada que me cubra el coño?

Alexei aprieta el brazo alrededor de mi cintura y restriega sus caderas contra mí para demostrarme exactamente lo que opina al respecto.

—No podría pensar en otra cosa. Estaría siempre listo para ti —gruñe—. ¿Te gustaría eso, cariño?

—Oh, sí.

—¿Vas a dejar que te ponga sobre la encimera y te folle por detrás?

Mi coño se contrae ante sus palabras y gimo por la punzada de deseo que siento entre los muslos.

Estoy tan desesperada por que me llene que desenrosco las piernas de su cintura.

Frunce el ceño, pero me baja suavemente al suelo y me aparto de su agarre para caminar hacia la isla de la cocina.

—*Solnyshka*… —Alexei se queda paralizado en el momento en el que meto la mano bajo el vestido para bajarme las bragas, sacármelas por los pies y tirarlas sobre la encimera.

Se le entrecorta la respiración mientras levanto el bajo del vestido por encima del culo y me inclino sobre la encimera, abriendo bien las piernas para ofrecerle una buena vista de mi coño empapado.

—*Joder*.

Apoyo la mejilla sobre la fría superficie de mármol, reprimiendo una sonrisa mientras balanceo lentamente las caderas de un lado a otro.

El gemido de Alexei resuena en la cocina, seguido por el sonido de la hebilla de su cinturón.

Miro por encima del hombro y lo veo avanzar hacia mí, con la mano ocupada en liberar su polla mientras me devora con la mirada.

Estoy desesperada por frotarme los muslos cuando su grueso miembro queda libre, tan duro y listo que se me hace la boca agua.

Cuando sus manos encuentran mis caderas y la punta de su polla roza mi entrada, mis ojos se cierran y me echo hacia atrás contra Alexei, sin querer que se tome su tiempo.

Me deslizo sobre su grueso miembro hasta que se entierra en mí hasta la base y ambos gemimos.

—Bianca.

—Fóllame.

Ya respiro con fuertes jadeos y estoy tan húmeda que la excitación empieza a gotearme muslos abajo.

Alexei saca su polla del todo antes de volver a clavármela, gruñendo mientras me estira a la perfección.

Sus embestidas son brutales, pero nunca tengo suficiente.

Hunde los dedos en mis caderas para mantenerme quieta mientras me folla, su polla rozándome el punto G cada vez que se clava dentro de mí.

No sabía que podía entrar tan profundo, y cada vez que se retira, grito por la necesidad de que me llene.

—Joder, *ptichka*, no voy a aguantar mucho más —dice Alexei con los dientes apretados.

Gimo, empujando hacia atrás contra él para corresponder a sus embestidas.

—Quiero sentir cómo goteas por mis muslos, Alexei.

—¿Quieres que un Koslov te reclame como suya, verdad, *solnyshka*? —sus embestidas se vuelven torpes y desesperadas mientras persigue su propio orgasmo.

—Sí. —Apenas puedo pensar con claridad, siento que todo mi cuerpo está a punto de explotar de placer.

—¿A quién le perteneces, *solnyshka*?

—A t-ti.

—Di mi nombre. Dime quién es tu dueño.

—Tú, Alexei.

—Joder, sí. Eres *mía* —gruñe Alexei mientras se clava una vez más dentro de mí, haciéndonos estallar a ambos.

Las piernas me fallan cuando me golpea el orgasmo y Alexei gime mientras me contraigo alrededor de su polla, exprimiéndole hasta la última gota mientras se corre dentro de mí.

Oleada tras oleada de un placer tan intenso recorre mi cuerpo que apenas puedo respirar, una fina capa de sudor me cubre la piel mientras cabalgo mi orgasmo.

—Me has aguantado muy bien, *solnyshka* —murmura Alexei, inclinándose para besarme el hombro mientras saca lentamente su polla.

Me levanto de la encimera y me doy la vuelta, con las piernas aún temblorosas por el orgasmo. Las mejillas de Alexei están sonrojadas y sus ojos, cargados de lujuria mientras me mira.

—Un orgasmo no hace que te perdone automáticamente, ¿sabes?

—¿Y dos? —se ríe entre dientes mientras se guarda la polla en los pantalones.

No le quito los ojos de encima, porque sé que en cuanto le eche un vistazo a su magnífico miembro querré que vuelva a hacerme suya.

—Con eso te quedas a medias. —Me muerdo el labio inferior.

—Eres difícil de complacer, ¿sabes? —Niega con la cabeza y una sombra de sonrisa asoma a sus labios.

—Me lo tomo como un cumplido. —Cojo las bragas y salgo de la cocina sin mirar atrás.

Capítulo Quince

ALEXEI

—Sabes que no tienes que llevarme a la clase en coche. Apenas está a quince minutos andando.

—Me gusta pasar tiempo contigo —digo mientras reduzco la velocidad al acercarnos a una señal de stop.

—Eres insufrible.

Contengo una carcajada al mirar a Bianca y verla fulminándome con la mirada, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Y eres increíblemente sexi cuando te enfadas.

Mis ojos bajan hasta su pecho, donde puedo ver la suave curva de sus senos bajo la camiseta de tirantes.

Me paso la lengua por los labios, deseando más que nada parar el coche y llevármela al asiento de atrás.

—Los ojos en la carretera, Koslov.

Sonrío mientras vuelvo a centrar mi atención en la carretera, moviéndome ligeramente en el asiento para que mi polla, cada vez más dura, no me roce contra la cremallera de los pantalones.

—Bueno, cuéntame qué tal la clase. Ha pasado una semana y todavía no me has contado nada.

Bianca me pone al día sobre la obra en la que está trabajando y sobre una nueva amiga que ha hecho, una chica llamada Marnie.

Se me eriza la piel al oír su nombre. Habiéndome criado en el mundo en el que me he criado, no soy ni de lejos tan confiado como Bianca, y tomo nota mental de pedirle a Feliks que investigue a esta chica.

No puedo correr ningún riesgo cuando se trata de Bianca.

—Eso me recuerda que quiero que me devuelvas el móvil.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Porque le dije a Mikhail que lo tirara al Hudson.

—¿Que has *hecho qué*?

—Bianca —suspiro—. Te venías a vivir a mi casa familiar. No podía arriesgarme a que alguien te rastreara o te hackeara el móvil para conseguir información. Esperaba que lo entendieras.

—Cada día te pareces más a mi padre —dice, haciendo un puchero.

—¿Para qué necesitas un móvil?

—¿Para hablar con mis amigos, con mi padre, para mirar Instagram? Esperaba que entendieras *eso*.

Me paso una mano por el pelo antes de poner el intermitente para tomar el desvío hacia la casa.

Aprecio lo bien que Bianca se ha adaptado a su nueva vida, a *mí*.

—Vale, te conseguiré un móvil nuevo. Pero le voy a poner un localizador y voy a aprobar previamente a todas las personas a las que les des tu número.

—Como ya te he dicho, insufrible.

Le aprieto el muslo y ella se retuerce bajo mi mano. Siento la tentación de subir los dedos para sentir su delicioso coño, pero al entrar en el camino de entrada de mi casa, veo dos todoterrenos negros aparcados delante.

—Necesito que subas directamente a tu habitación, ¿entiendes? —digo mientras acelero por el camino, con la gravilla salpicando alrededor del coche al girar las ruedas.

—Lo entiendo, pero no pienso hacerte caso.

Respiro hondo, intentando mantener la calma mientras aparco detrás de los todoterrenos.

—Bianca, por favor...

Abre de golpe la puerta del coche y sale.

Golpeo el volante.

—¡Joder!

Para cuando salgo del coche, ella ya ha subido los escalones y está abriendo la puerta principal de par en par.

El corazón me martillea en el pecho mientras corro tras ella, metiendo la mano derecha dentro de la chaqueta para comprobar mi pistola mientras subo los escalones.

Bianca es rápida. Atraviesa el vestíbulo a toda velocidad, sus zapatillas rojas chirriando contra el suelo de madera mientras corre hacia la cocina.

—¡Bianca!

Pero ya es demasiado tarde.

El sonido de las voces de mis hermanos resuena en el pasillo, y maldigo en voz baja al doblar la esquina y ver a Danil atrayéndola hacia sí para abrazarla.

Lo veo todo rojo cuando sus dedos le rozan los hombros desnudos.

—Aléjate, Danil.

Dimitri echa la cabeza hacia atrás y se ríe mientras Danil me guiña un ojo.

Cruzo la habitación en un instante, rodeando la cintura de Bianca con mis brazos y tirando de ella hacia mí.

—¡Eh! —me da un codazo hacia atrás, pero le sujeto los brazos, manteniéndoselos pegados a los costados.

—Todos a mi despacho, *ahora*.

Bianca resopla.

—¿Por qué no me dejas hablar con tus hermanos?

Mikhail sonríe de medio lado.

—Porque se siente amenazado por nuestro físico ridículamente atractivo.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero ni siquiera se inmuta.

—Más os vale tener una buena razón para aparecer por aquí sin avisar, *otra vez*.

Dimitri asiente con la cabeza y su expresión se vuelve seria al mirarme.

—Quizá sea mejor que hablemos en tu despacho, *hermanito*.

Sus ojos se desvían hacia Bianca, a quien todavía sostengo en mis brazos.

Me inclino hacia delante, mis labios casi rozando su oreja.

—Si vas a tu habitación, te prometo que te lo compensaré.

—No soy una puta cría. —Se libera de mi agarre y se gira para encararme—. Quiero quedarme.

Aprieto los dientes, pero sé por la forma en que está de pie con las manos en las caderas y el ceño fruncido, que la única manera de alejarla de esta reunión es echármela al hombro y llevarla a su habitación.

Danil se encoge de hombros.

—Deja que se quede.

Lo fulmino con la mirada.

—Esa no es una decisión que te corresponda tomar.

—Alexei, ahora soy parte de esta familia. Tengo derecho a saber si estoy en peligro, si mi familia está en peligro.

Oírla referirse a mi familia como si fuera la suya hace que se me hinche el pecho.

Miro a mis tres hermanos y todos asienten.

—De acuerdo, ¿qué tenéis que decir?

Dimitri se mete las manos en los bolsillos.

—Mario está planeando algún tipo de ataque contra nosotros. Nos enteramos de la amenaza por Micah. Estaba siguiendo a unos tipos que se sabe que están a sueldo de Mario, y se les escapó que tiene algo planeado con respecto a, como él lo dijo, *«esos cabrones de los Koslov»*.

—¿Qué tipo de ataque?

La cabeza me va a mil pensando en todas las maneras en que podría hacer daño a mi familia.

Aprieto los puños, intentando que no me tiemblen mientras trato de reprimir la creciente sensación de pánico que amenaza con anular mi pensamiento racional.

Danil niega con la cabeza. —Podría ser cualquier cosa, desde la interceptación de un cargamento de droga hasta un posible atropello con fuga. No lo sabemos.

Los ojos de Mikhail se desvían hacia Bianca. —Pero no deberíamos correr ningún riesgo.

—Estoy de acuerdo —frunzo el ceño.

Tengo que proteger a mi familia a toda costa.

Bianca nos mira alternativamente. —¿Se puede persuadir a esos tíos para que «jueguen a dos bandas», como solía decir mi padre? Por el precio adecuado, se puede convencer a la mayoría de que cambien de lealtad. Al fin y al cabo, lo único que les importa es la pasta, no de quién venga.

Mis hermanos miran a Bianca atónitos.

Se me escapa una risa, impresionado por su seguridad.

—Es cierto, y es algo que seguramente tendremos en cuenta. Mientras tanto, sugiero que reforcemos la seguridad.

Esta vez, a Bianca no se le escapa la mirada que le echan mis hermanos.

—Ah, no, ni hablar. Si creéis que vais a quitarme algo más, vais listos.

—¿Podéis darnos un minuto? —Miro a mis hermanos.

Bianca me fulmina con la mirada, sus ojos azules cargados de odio.

Mantengo mi mirada fija en la suya mientras mis hermanos, sorprendentemente, salen de la habitación sin rechistar.

—Voy a tener que cancelar tu clase de arte por el momento, y Zara tampoco debería venir...

—No.

—Esto no se discute, Bianca. Mi decisión es definitiva.

Ella abre los ojos como platos y se echa a reír. —¿Tu decisión? Eres tú el que me metió en la puta clase para empezar, ¿y ahora quieres quitármela?

—Por el momento.

—No —niega con la cabeza.

Unos mechones de su pelo oscuro se le escapan del moño que lleva en lo alto de la cabeza, y siento un picor en las manos por colocárselos detrás de la oreja.

—Alexei, siempre va a haber algún tipo de amenaza sobre cualquiera de nosotros. Es la naturaleza de nuestra familia, así que

tenemos que encontrar una manera de vivir con ello, o de lo contrario me voy a volver loca.

—¿Puedes cooperar en esto, por favor? ¿Por mí?

—No.

—Bien. Puedes ir, pero haré que Feliks o Micah te acompañen a la clase, e incluso que se sienten dentro mientras estés allí.

Ella niega con la cabeza, apretando la mandíbula mientras me desafía con la mirada.

—No necesito un canguro.

Me cuesta hasta la última gota de mi energía mantener la calma.

¿Acaso se cree que disfruto quitándole la libertad?

—Tu padre confió en mí para mantenerte a salvo.

Parpadeo al oír reír a Bianca.

—¿Te refieres al padre del que no he sabido nada desde mi boda? A la mierda lo que diga él.

Intento mantener mi rostro inexpresivo. No deseo nada más que asegurarle que le importa, pero no puedo arriesgarme a que sepa la verdad que se esconde tras su silencio.

Suspiro, buscando una manera de calmar la situación.

—Si te dejo seguir con tu clase, ¿eso te hará feliz?

—Es lo único que tengo que es mío ahora mismo.

—De acuerdo —cedo—. Pero yo te llevo, yo te recojo y espero fuera de la clase. Sin discusiones.

—¿Y mi móvil?

—Conseguiré un móvil para ti —niego con la cabeza mientras una sonrisa comienza a dibujarse en su rostro.

—Te estás ablandando, Koslov.

—Pero eso es todo.

—¿Puedo ir a visitar a Zara si ella no puede venir aquí?

—Lo siento, pero eso es un no rotundo.

—¡Alexei, me estoy cansando de estar encerrada en esta maldita casa!

—Por si no lo entiendes, ahora mismo pende una amenaza sobre nuestras cabezas, y puede que a ti no te importe lo que te pase, pero a mí sí.

—Pero...

—Mira, tienes un estudio de arte nuevo e increíble para mantenerte ocupada. Además, se me ocurren muchas otras cosas para mantenerte ocupada, ni siquiera te darás cuenta de que no has salido de casa.

—¿Como cuáles? —pregunta Bianca, arqueando las cejas.

—¿Qué tal si vienes aquí y te lo enseño?

Bianca pone los ojos en blanco, pero baja las manos de las caderas y camina con paso decidido hacia mí.

Mi cuerpo se relaja al instante mientras la rodeo con mis brazos por la cintura y acerco mis labios a los suyos, suspirando ante su dulce sabor.

Dejo que mis manos desciendan hasta ahuecarle el culo a través de los pantalones cortos, y ella gime, hundiendo las manos en mi pelo.

Una voz llega desde la puerta. —¡Mierda, lo siento!

Bianca se aparta, con las mejillas sonrojadas, mientras nos giramos para encontrar a Dimitri en el umbral, tapándose la cara con las manos.

—Vaya —ríe ella, mordiéndose el labio inferior mientras me lanza una mirada furtiva.

Le guiño un ojo, aunque sé que mi hermano me va a dar la tabarra por lo que acaba de presenciar.

—Os sugiero que os guardéis las muestras de cariño para el dormitorio, a no ser que queráis que todo el mundo se entere de vuestros asuntos.

—No te preocupes, a Bianca le encanta tener público —sonrío.

—¡Oye! —Bianca me da una palmada en el brazo.

—Puedes montarme un numerito cuando quieras, *golubushka* — se ríe Dimitri.

—Vale, retiro lo dicho —me mira—. El insufrible es él.

—¿Qué he hecho yo?

—¿Necesitabas algo, Dimitri?

—Necesitaba hablar contigo —me dedica una mirada cómplice. De esas que dicen que esta información es solo para los hermanos mayores.

Aunque Mikhail y Danil desempeñan un papel crucial en nuestro negocio familiar, todavía son jóvenes y es mejor mantenerlos al margen de ciertas cosas.

—Bianca, ¿por qué no vas a que Mikhail te consiga un móvil nuevo? Seguro que tiene unos cuantos nuevos a mano en su habitación.

Ella me pone los ojos en blanco, pero, por una vez, no me lleva la contraria. Sale furiosa de la habitación y no puedo evitar admirarle el culo con esos pantalones cortos vaqueros mientras sus caderas se contonean a cada paso.

Dimitri carraspea y me saca de mi ensimismamiento lujurioso.

Enarca una ceja, riéndose por lo bajo. —Alguien ha cruzado claramente una línea.

—¿Este es el asunto del que tenías que hablarme?

Dimitri esboza una sonrisa socarrona y se cruza de brazos sobre su ancho pecho. —No, este soy yo metiéndome con mi hermano mayor.

—No tienes ninguna razón para meterte conmigo. No estoy cruzando ninguna línea.

—La forma en que le miras el culo me dice lo contrario.

—¿Es que no puedo admirarla?

—Puedes... ¿Pero supongo que también te la has follado? —Los ojos de Dimitri brillan con diversión y yo lo fulmino con la mirada.

—Casarme con Bianca era algo que tenía que hacer para conseguir información sobre Gilanto. Lo nuestro es puramente un negocio, nada más. —Siento una opresión en el pecho por la mentira.

Dimitri se limita a encogerse de hombros.

—Pues no es lo que parece, pero si quieres vivir negando la realidad, es problema tuyo. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—Supongo que tienes más información sobre ese correo electrónico, ¿no?

Dimitri asiente con un gesto grave.

—Suéltalo, entonces.

—Lo envió un tipo llamado Matteo Ricci.

—¿Ricci? —Me paso las manos por el pelo, intentando recordar de qué me suena ese nombre.

Mi hermano se apoya en la pared. —¿Te suena el nombre de Igor Ivanov?

Joder.

—¿Ese Pakhan de Rusia?

—Sí. El que fue exiliado hace poco y pasó a la clandestinidad. Nadie lo ha visto ni ha sabido de él desde entonces. Resulta que este tal Ricci trabajaba para él.

—Mierda.

—Le he pedido a Feliks que intente localizarlo, pero he pensado que debía avisarte. Por alguna razón, es probable que este tipo tenga información sobre lo que pasó con nuestros padres.

—Pon a Micah en ello también. No quiero perder ni un segundo.

Me empiezan a pitar los oídos al oír mencionar a mis padres.

Me meto las manos en los bolsillos para ocultar que me están temblando. —Yo mismo investigaré a Igor.

—¿Estás seguro?

—Sí. Esto es algo que tengo que hacer solo.

Capítulo Dieciséis

BIANCA

Casarme con Bianca era algo que tenía que hacer para obtener información sobre Gilanto. Era el precio que tenía que pagar, Dimitri. Lo nuestro es puramente un negocio, nada más.

No soy estúpida. No es que Alexei y yo estemos enamorados, pero oírle hablar con tanta frialdad hace que se me revuelva el estómago.

Pensaba que quizá empezaba a florecer un afecto mutuo entre nosotros. La forma en que ha alimentado mi pasión por el arte, cómo se ha sentado a escucharme hablar sobre mi madre... Creía que de verdad empezaba a importarle.

¿De verdad he estado tan ciega? ¿Me he engañado a mí misma haciéndome creer que había algo más entre nosotros porque la alternativa era demasiado dolorosa como para planteársela?

No debería haber escuchado a escondidas la conversación de Alexei y Dimitri.

Aunque, pensándolo bien, no debería haber hecho muchas cosas, como acostarme con Alexei Koslov, pero parece que últimamente solo tomo malas decisiones.

Tener aquí a los hermanos de Alexei y oír las noticias sobre Mario Gilanto parece haber reventado la burbuja de sexo en la que he estado metida estas últimas semanas.

Se suponía que iba a ser cosa de una sola vez. Para quitarme el gusanillo y nada más. Pero una sola probada de lo que era tener a Alexei Koslov enterrado tan dentro de mí, que su lengua me devorara, me hizo perder por completo el control.

Quizá quería olvidar lo peligroso que era Alexei, y lo que suponía estar relacionada con su familia, ser *parte* de su familia, para aliviar parte de mi culpa por haber cruzado la línea.

Pero eso no significa que pueda bajar la guardia. Haría bien en no olvidar que la primera lealtad de Alexei es hacia su familia, sin importar la promesa que le hizo a mi padre.

Contengo las lágrimas mientras vuelvo al salón, donde Mikhail y Danil están recostados en uno de los sofás de cuero.

—¿Mikhail? —fuerzo una sonrisa—. Alexei ha dicho que quizá usted podría conseguirme un teléfono.

Mikhail no tarda mucho en prepararme un teléfono nuevo. Alexei tenía razón, tenía una pila de iPhones nuevos en el cajón de su escritorio.

Sé que no tenía sentido pedirle que no le pusiera un rastreador. Su lealtad es para con su hermano, no conmigo. Así que lo observo trabajar en silencio, tratando de tragarme el nudo que tengo en la garganta mientras las palabras de Alexei se repiten en mi cabeza.

—Mi hermano es un buen hombre —dice Mikhail mientras enciende el teléfono nuevo—. Independientemente de lo que haya dicho o hecho, tendría sus motivos.

¿Tan fácil soy de leer?

No digo nada, esforzándome al máximo para no llorar delante de Mikhail. No quiero que le llegue a oídos de Alexei. Así que me muerdo el interior de la mejilla y clavo las uñas en las palmas de las manos para concentrarme en algo que no sea el dolor incesante que siento en el pecho.

Mikhail no insiste más, así que, una vez que me entrega mi flamante iPhone, murmuro un «gracias» y subo corriendo a mi

dormitorio, cerrando la puerta con llave.

Cruzo la habitación hasta el cuarto de baño y cierro también esa puerta con llave. Sé que no bastará para mantener a Alexei fuera, pero quiero poner algo de distancia entre nosotros, intentar poner en orden el desastre que es mi cabeza.

Solo hay una persona capaz de devolverme a la realidad cuando empiezo a entrar en una espiral como esta, y esa es Zara. Ella es mi voz de la razón, y está lo suficientemente desvinculada de este mundo como para poder hablarme con racionalidad. Para ayudarme a entender qué está pasando entre Alexei y yo.

Abro rápidamente la ducha, con la esperanza de que el agua corriendo ahogue el sonido de mi voz mientras desbloqueo el móvil y marco el número de Zara.

Contesta al segundo tono.

—¿Diga?

El sonido de la voz de mi mejor amiga hace que mis últimas defensas se derrumben.

—¿Zara? —se me quiebra la voz, y se abren las compuertas.

Me dejo caer al suelo del baño, apoyándome en la bañera mientras mis emociones toman el control total, y el sonido del agua corriendo apenas me calma. Apenas puedo tomar aliento mientras las lágrimas corren por mi cara.

—¿B? ¿Eres tú?

—S-sí —me seco las mejillas con el dorso de la mano.

—Cariño, ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?

Se oye un movimiento al otro lado del teléfono y la tele se queda en silencio.

—De todo —un sollozo se me escapa y me tapo la boca con la mano para intentar ahogarlo.

—¿Es Alexei? ¿Te ha hecho daño?

Siento la garganta apretada y cada vez que abro la boca se me escapa otro sollozo ahogado.

—¡Ya está! Voy para allá.

—N-no, no puedes —me jadea el pecho mientras intento recuperar el aliento—. E-está... Estoy bien.

—Bianca, ¿qué demonios ha pasado? Porque no pareces estar nada bien.

Cierro los ojos un momento y me concentro en el sonido de la ducha.

No hay forma de que pueda explicar lo que me pasa sin contarle a Zara la verdad sobre mi matrimonio. Y si lo hago, ella correrá peligro.

Cuanta menos gente sepa la verdad, mejor.

Pero el peso de mi realidad está empezando a aplastarme, y necesito a mi amiga más de lo que necesito mantener la promesa que le hice a Alexei.

—Bianca, me estás asustando.

—Si te cuento algo... —me pongo una mano en el pecho para calmarme—. Necesito que me prometas que no se lo dirás a nadie. No se lo puedes contar a *nadie*. Lo digo en serio, Zara.

—Te lo prometo, ahora dime qué demonios está pasando.

Una vez que abro la boca, parece que no puedo parar. Todo sale a borbotones, y apenas puedo seguir el ritmo de mis propios pensamientos acelerados.

Zara me deja explicarle la verdad detrás de mi matrimonio con Alexei.

Paso por alto la mayoría de los detalles sobre nuestras dos familias y por qué nuestra unión era necesaria, pero le cuento la verdad de lo que pasó el día de mi boda. Cómo mi propio padre me engañó para casarme con un hombre que nunca había conocido, y cómo en las últimas semanas había llegado a sentir algo por él.

—Pensaba que él estaba empezando a sentir lo mismo. Y sé que no debería haberme acostado con él, pero me sentía tan sola, y él siempre estaba ahí. De verdad actuaba como si le importara. Soy tan *estúpida*.

Zara se queda en silencio un momento cuando termino.

Mi baño se ha llenado de vaho por la ducha, y una fina capa de sudor empieza a cubrirme el labio superior por el calor. Pero no quiero cerrarla todavía.

Zara se aclara la garganta. —Esto es... mucho.

—Lo sé. Siento no haberte dicho la verdad. Creía que lo tenía controlado, pero... —Se me quiebra la voz.

—¿Cómo ha podido hacerte eso Emilio? —espeta Zara—. ¿De verdad que no te avisó?

—No.

—¿Y no conocías a Alexei de antes?

—Nunca.

—Joder. Ay, B, lo siento muchísimo. Sabía que debería haberte obligado a volver conmigo después de verte. Algo no me cuadraba, pero no dije nada. Siento mucho haberte fallado.

—Le prometí a mi padre que cumpliría con mi parte, pero entonces las cosas se complicaron...

—Cuando os acostasteis.

—Sí..., joder. Tendría que haber sido más lista.

—¿De verdad le dijo a Dimitri que vuestra relación es puramente un negocio?

—Eso es lo que oí por casualidad —murmuro mientras una nueva oleada de lágrimas me cae por las mejillas—. ¿Tan ilusa he sido? O sea, ¿todo el rollo del arte era solo una forma de mantenerme ocupada y callada para que no hiciera ninguna tontería?

—Quizás... —suspira Zara—. Pero el hecho es que ha estado a tu lado prácticamente todos los días desde que te mudaste, cuando no tiene por qué... ¿No tiene seguridad para vigilarte?

—Sí...

—¿Los has visto alguna vez?

Frunzo el ceño.

—No han hecho falta porque Alexei siempre está conmigo...

—¡Ahí lo tienes! Parece que de verdad siente algo por ti —dice Zara—. Creo que lo más probable es que se esté cubriendo las espaldas restándole importancia ante Dimitri, sobre todo si se supone que vuestra relación es puramente de negocios. A ver, se tomó toda esa molestia para construirte un estudio increíble, y ahora hasta te ha apuntado a clases, que es algo que has soñado con hacer desde que eras una cría. Eso no suena a alguien que no esté implicado, B.

—No sé... Yo... ya me he equivocado mucho antes.

—Bianca —suspira Zara—. No es Jack.

Me estremezco al oír el nombre de mi ex.

Creía que era el amor de mi vida, hasta el día en que lo encontré follando con otra mujer en nuestra cama. Siempre había pensado que la gente que decía que se podía morir de pena era ridícula y dramática. Hasta que presencié la peor de las traiciones y sentí ese dolor en carne propia.

Jack no solo me estuvo engañando durante meses con una de nuestras amigas en común, sino que también la dejó preñada.

Mi padre acabó por enterarse y se encargó de Jack él mismo, pero no sirvió de nada. Habían traicionado mi confianza y nunca he sido capaz de recomponerla.

—Sé que tienes tendencia a pensar lo peor.

—Así estás preparada, Zara. No quiero que me vuelvan a pillar desprevenida de esa manera nunca más.

—Mira, no puedo decirte lo que tienes que sentir. Al fin y al cabo, esta es una situación muy particular, y ahora se ha complicado aún más porque hay sentimientos de por medio.

—Lo sé...

—¿Qué te dice el corazón?

Quiere a Alexei.

La idea me asusta más de lo que debería porque demuestra lo mal que se me ha dado proteger mi corazón.

Supe desde el principio que involucrarme con Alexei sería un terreno peligroso, pero lo hice de todas formas, y ahora voy a tener que sufrir las consecuencias.

—No importa lo que me diga —intento con todas mis fuerzas levantar de nuevo el muro alrededor de mi corazón—. No puedo tenerlo, al menos no de ninguna forma que de verdad importe. Tengo que recordármelo a mí misma en lugar de saltar a la cama con él a la primera de cambio. Solo consigue que me confunda más.

—Lo entiendo, pero escúchame, B. La forma en que te miraba Alexei... Esa no es la mirada de alguien que está en esta relación solo por negocios. Confía en mí, creo que Alexei Koslov se está enamorando de ti.

—No te imaginas cuánto desearía poder creerlo.

Capítulo Diecisiete

ALEXEI

Mi *SOLNYSHKA* me está evitando.

Apenas me ha dirigido la palabra desde la otra noche, cuando a mis hermanos les dio por aparecer sin avisar.

Creía que habíamos establecido una especie de tregua al incluirla en la conversación sobre Gilanto, pero parece que ha surtido el efecto contrario.

Cada vez que entro en una habitación, ella se marcha, da igual si está sentada a la mesa, comiendo o pintando en su estudio. Es como si de repente no soportara mi presencia.

Debería alegrarme. Estrechar lazos con Bianca nunca formó parte del plan porque sería un riesgo demasiado grande para los dos. He permitido que mi concentración flaquee y me he olvidado de la promesa que le hice a Emilio, la promesa que me hice a mí mismo.

Proteger a Bianca a toda costa.

La encuentro sentada ante su caballete, de espaldas a mí mientras trabaja en una nueva obra.

Todavía está haciendo el boceto, así que aún no distingo qué es.

Llamo suavemente a la puerta con los nudillos y noto cómo se tensa. Intento ignorar el nudo que se me forma en el estómago cuando ni siquiera se molesta en mirar.

—Esta noche tengo que ir a la ciudad. Micah está abajo —digo—. *Para vigilarte*. No pronuncio la segunda parte en voz alta; solo conseguiría que se enfurruñara más.

Me quedo un instante, a ver si intenta plantarme cara, si exige venir conmigo para recordarme que ahora es parte de esta familia.

Pero no lo hace.

Se limita a coger el pincel, lo moja en la pintura roja y la extiende por el lienzo en blanco como si fuera sangre.

Bajo a donde me espera Micah.

Es un tipo grande, de casi dos metros, con la cabeza rapada y ambos brazos cubiertos de tatuajes.

—Está en su estudio.

Él asiente, cruzándose de brazos sobre el pecho.

—Probablemente se quede ahí hasta que yo vuelva.

Otro asentimiento mientras Micah se apoya en la barandilla y yo compruebo por segunda vez las armas que llevo ocultas en la chaqueta.

—¿Alguna noticia de Ricci?

Rechino los dientes al oír su nombre.

Aunque resulte que el hombre que yo creía responsable de la muerte de mis padres no lo fuera, dista mucho de ser inocente. Ese cabrón es un monstruo vengativo y sádico, y merece morir de todas formas.

Pero lo que más deseo es justicia. Por mis padres. Por mis hermanos, que tuvieron que crecer solo conmigo para guiarlos.

Y por mí, que tuve que pasar por todo esto y madurar de la noche a la mañana.

—Cuento con que mis hermanos tengan nueva información para mí esta noche.

Aparte de mis hermanos y nuestro primo Anton, Micah y Feliks son las dos únicas personas en las que confío para guardar los secretos de mi familia. Tener una diana en la espalda constantemente significa que es difícil encontrar gente en la que puedas confiar, que no te traicione a cambio de dinero o protección.

—Voy a reunirme con Asim esta noche.

—¿A solas? —pregunta Micah, frunciendo sus oscuras cejas.

—Puedo con él —digo con una risa ahogada, volviendo a guardar la pistola en la sobaquera derecha.

—Es una serpiente.

—Hasta las serpientes tienen su utilidad —le recuerdo—. Hemos quedado en el Russian Tea Rooms.

—¿Está trabajando Aleksandr?

—Sí, me he asegurado.

Micah asiente.

—Espero tus informes —digo, mirando hacia lo alto de la escalera.

Asiente.

—*Da, Pahkan*. Espero que hagas sudar a Asim.

Llego al Russian Tea Rooms y me encuentro con que Asim ya me está esperando.

Es uno de los pocos sitios de la ciudad donde me siento lo bastante cómodo como para tener reuniones. Muchos de los empleados están en mi nómina y puedo confiar en que serán discretos.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunto mientras me deslizo en el reservado de cuero rojo frente a Asim y me desabrocho la chaqueta.

La iluminación es tenue, con una única vela en la mesa entre nosotros que proyecta un resplandor anaranjado sobre el rostro de Asim.

Toma un sorbo de su vodka solo mientras me observa.

Sé exactamente cuánto tiempo lleva esperando. Aleksandr me envió un mensaje en cuanto Asim llegó.

—No mucho —responde. Casi me dobla la edad, tiene el pelo canoso y tatuajes desvaídos que le asoman por el cuello de la camisa blanca. Sus ojos oscuros tienen un aire atormentado que conozco demasiado bien.

Llevo trabajando con Asim desde que mis padres murieron hace diez años. Era uno de sus aliados de mayor confianza y, cuando asumí el mando de la familia, decidió quedarse.

Muchos no lo hicieron, pero no los culpo. Apenas había cumplido los veinte y tenía la tarea de criar a tres hermanos menores, además de dirigir todos los negocios de mi padre.

Muchos querían verme fracasar. Lo que no hizo más que alimentar mis ganas de triunfar.

—¿Qué tal tu nueva... situación? —Una sonrisa burlona se dibuja en los labios de Asim mientras toma otro sorbo de su bebida—. ¿La chica Bellucci se está adaptando bien en casa de los Koslov?

Me inclino hacia delante en mi asiento, apoyando los antebrazos en la mesa mientras echo un vistazo a mi alrededor.

El local está abarrotado, así que no hay posibilidad de que nos oigan, pero eso no alivia mi incomodidad.

—Preferiría que nos ciñéramos al asunto que nos ocupa.

—Por supuesto —asiente Asim.

Aparece una camarera y deja un vaso bajo delante de mí.

—Un vodka doble para usted, señor Koslov.

Lleva los labios pintados de rojo sangre y el pelo rubio platino recogido en una coleta tirante. Sus ojos no se apartan de mí mientras me llevo el vaso a los labios.

Antes de Bianca, le habría prestado mi atención con gusto. La habría llevado a mi ático y le habría hecho pasar un buen rato. Pero ya no.

Aunque me asuste, la repugnancia que me produce la idea de acostarme con otra persona no me sorprende. En el momento en que probé a Bianca Bellucci, supe que ya no había vuelta atrás.

—*Spasiba*. —Despacho a la camarera.

Asim sonríe con arrogancia mientras la ve alejarse.

—Ahora, te sugiero que empieces a hablar antes de que lleguen mis hermanos.

Asim se lleva la copa a los labios y se bebe el resto de un trago, haciendo una mueca cuando el vodka le quema la garganta.

Me preparo para lo que sea que esté a punto de contarme.

—Hace treinta años, tu padre le cedió a Ivanov dos de sus propiedades en Rusia. —Deja el vaso sobre la mesa.

—¿Que se las cedió?

—No hemos encontrado ningún rastro de intercambio de dinero.

—¿Las entregó sin más? —Esto no tiene ningún sentido.

—Eso parece.

—Esas propiedades debían de valer una fortuna. ¿Por qué coño iba a entregarlas sin más? ¿Lo estaban chantajeando?

Mi padre era el Pakhan más poderoso de Nueva York. Habría hecho falta un hombre muy poderoso para chantajearlo.

—Todavía estoy investigando eso. Conocía bien a tu padre, y esto no cuadra.

—Necesito que averigües todo lo que puedas sobre ese tal Igor Ivanov.

Asim asiente antes de levantarse.

—Me alegro de volver a verte, Alexei. —Me tiende la mano para que se la estreche antes de salir del reservado.

Me bebo de un trago lo que queda de mi copa y pido una ronda completa para cuando lleguen mis hermanos.

Diez minutos después, Dimitri ocupa el sitio que ha dejado libre Asim.

—Uh, oh, pareces cabreado.

Danil se desliza a mi lado y Mikhail ocupa el asiento junto a Dimitri.

Todos llevamos trajes negros idénticos, con el pelo peinado con una raya impecable. Aunque Mikhail y Danil están bien afeitados, Dimitri y yo lucimos más barba de lo habitual.

No se puede negar que los genes Koslov son fuertes.

—Asim se acaba de ir.

Mikhail asiente.

—¿Tenía algo útil que decir?

Les pongo al día rápidamente con la información que Asim ha compartido conmigo.

Dimitri parece cabreadísimo; se recuesta en el reservado y apoya las manos en la mesa, flexionando sus grandes bíceps bajo la camisa.

Danil nos mira a Dimitri y a mí.

—¿Qué significa esto?

—Está claro que Igor tenía algo contra *Papochka*, algo gordo.

Dimitri frunce el ceño.

—No tiene sentido, nunca mencionó a este tipo.

Hago un gesto de indiferencia mientras remuevo el vodka en mi vaso para mantener las manos ocupadas.

—Nos ocultó muchas cosas —le recuerdo—. Éramos críos.

—Un aviso habría estado bien.

—Ya, bueno, el asesinato es una putada. La gente no puede planificarlo.

Dimitri se lo toma como una señal para dejar el tema.

—¿Alguna noticia de Ricci?

Mi hermano niega con la cabeza.

—*Joder*.

—Pero tengo otra pista que estoy siguiendo, así que pronto tendré nueva información para ti, *brat*.

Le hago un gesto para que pare, de repente demasiado cansado para hablar de negocios.

Parece que no hacen más que darme más y más hilos que aparentemente no llevan a ninguna parte. Sin embargo, no puedo permitirme ignorar ninguno de ellos, no cuando la vida de las personas que más me importan podría estar en el otro extremo.

Me quedo a tomar una copa más con mis hermanos antes de volver a casa.

Podría haberme quedado en el ático de la ciudad, pero me inquieta la idea de dejar a Bianca. Confío plenamente en Micah, pero quiero estar cerca de ella. Incluso cuando no me habla, me siento más tranquilo solo con saber que está cerca.

Así que vuelvo a toda prisa a Queens en mi Maserati, hacia mi *solnyshka*. Mi solecito. La única luz en mi vida ahora mismo, aparte de mis hermanos.

Relevo a Micah en cuanto entro y le lanzo las llaves de mi coche para agradecerle que haya cuidado tan bien de Bianca.

Las coge al vuelo y asiente.

—Está dormida.

Le doy una palmada en el hombro al pasar a su lado para dirigirme al piso de arriba.

La puerta de su dormitorio está cerrada, así que camino con cuidado por el suelo de madera.

Siento un cosquilleo en los dedos por abrir la puerta, por echarle un vistazo mientras duerme.

—Solo un vistazo…

Giro lentamente el pomo y empujo la puerta para abrirla.

La tenue luz del pasillo ilumina la cama, y me muerdo el labio para reprimir un gemido ante lo que encuentro.

Está desnuda, con las sábanas de seda enrolladas alrededor de su torso y entre sus muslos, ofreciéndome una vista perfecta de sus suaves curvas.

Sus pechos generosos suben y bajan con cada respiración, sus pezones suaves y rosados son tan tentadores que se me hace la boca agua y la polla se me empieza a endurecer.

Lo único que queda oculto a la vista es su coño, y estoy desesperado por mi dosis.

Me quedo en el umbral un momento, observándola dormir.

Como si sintiera mi presencia, arquea ligeramente la espalda y se frota los muslos, con la sábana de seda aprisionada entre ellos.

—*Solnyshka*… —gimo en voz baja mientras me aprieto la polla palpitante.

Un suave quejido se escapa de sus labios, y tengo que frotarme la erección a través de los pantalones, pasando la palma de la mano arriba y abajo por mi miembro para intentar aliviar el dolor.

Sé que si apartara la sábana y dejara al descubierto su coño desnudo, lo encontraría reluciente por su excitación, tan listo para que me hundiera en él…

Cruzo la habitación antes de poder detenerme.

Arrodillándome al borde de la cama, retiro la sábana que cubre su torso y la desenredo con cuidado de entre sus piernas, con cuidado de no despertarla.

En el momento en que le quito la sábana de entre los muslos, se estira, separando bien sus suaves muslos y dejando al descubierto su sexo rosado y reluciente.

—Oh, *ptichka* —gimo en voz baja.

Está tan lista para mí, pero no quiero despertarla. Así que le daré lo que necesita y ya me encargaré de mí más tarde.

Me muevo lentamente para apoyar los antebrazos a cada lado de sus muslos y bajo con cuidado la boca hasta su coño, pasándole la lengua suavemente por el centro.

Ella gime y sus caderas se arquean al instante contra mí, así que lo hago de nuevo, conteniendo un gemido mientras ella se retuerce bajo mi contacto.

La lamo con pasadas largas y lentas para no despertarla del todo.

Ya está empapada, como si sus propios sueños estuvieran plagados de pensamientos sobre nosotros.

Contengo un gemido mientras hundo la lengua en las profundidades de su coño, saboreando sus dulces jugos mientras ella se frota suavemente contra mí, suspirando.

Es jodidamente perfecta.

Mi polla presiona contra la cremallera, desesperada por que la libere, pero no puedo.

Mi placer llegará más tarde. Ahora mismo quiero asegurarme de que mi *solnyshka* tenga los sueños más dulces.

Meto y saco la lengua lentamente de su interior antes de arrastrarla hacia arriba por el centro.

Gime con fuerza mientras rodeo su clítoris con los labios y succiono con suavidad.

Cuando sus dedos se hunden en mi pelo, me estremezco al ver que empieza a mover lentamente las caderas contra mi boca.

Me jode lo mucho que me gusta que Bianca se corra tanto cuando es duro y rápido como cuando me tomo mi tiempo y construyo su liberación tan lentamente que la pongo a chorrear. Levanto la vista y veo que su pecho sube y baja, su respiración es un jadeo acelerado, y sé que está cerca.

Córrete para mí, solnyshka.

Un torrente de humedad se acumula entre sus muslos mientras llega al clímax; sus piernas tiemblan a cada lado de mi cara mientras se deja llevar por el orgasmo.

—Mmm... —Sigue frotando las caderas contra mí.

Sigo lamiéndole el coño muy despacio, saboreando su excitación mientras se relaja lentamente sobre la cama y vuelve a caer en un sueño profundo.

Con un último beso en su clítoris, me pongo en pie y vuelvo a cubrir su cuerpo con la sábana. Tiene un precioso rubor rosado en la piel y una leve sonrisa en el rostro mientras el sueño vuelve a vencerla.

—Buenas noches, *solnyshka* —susurro mientras salgo de la habitación sigilosamente.

Estoy desesperado por descargarme, así que cruzo el pasillo hasta mi habitación y voy directamente al baño. Después de abrir la ducha, me quito la ropa; mi erección se libera de golpe y se endurece aún más con el espacio extra.

Miro hacia abajo y la punta ya brilla con líquido preseminal.

Joder, no deseo otra cosa que volver al otro lado del pasillo y enterrarme entre los suaves muslos de Bianca.

Pero necesito que ella venga a mí.

Sea lo que sea que le atormenta la mente, ha hecho que quiera mantener las distancias conmigo.

Si no fuera tan egoísta, la dejaría marchar. Pero ahora que la he probado, no creo que pueda renunciar a ella nunca.

Gimo mientras agarro mi palpitante miembro con el puño y lo bombeo con fuerza al entrar en la ducha.

Apoyando la mano izquierda en los fríos azulejos para estabilizarme, empiezo a masturbarme dura y rápidamente con la mano derecha mientras el agua cae en cascada sobre mis músculos tensos.

Con el sabor de su coño todavía en mi lengua, no tardo en sentir que se me tensan los huevos y que me empieza a hormiguear la base de la columna.

Mis caderas se arquean mientras follo mi mano, mi agarre es doloroso mientras hago rodar el pulgar sobre la ranura de la punta.

—Bianca. —Mis párpados se cierran mientras la imagino en la ducha conmigo, inclinada mientras la follo por detrás.

Me aceptaría tan bien, gritando de placer mientras mi polla golpea sus paredes internas una y otra vez.

La sensación de su coño apretándose a mi alrededor mientras ella se corre...

—Joder. —Acelero el ritmo, imaginándola al otro lado del pasillo, todavía húmeda entre los muslos. ¿Se ha despertado después de que me fuera? ¿Sigue deseando más y teniendo que meterse los dedos entre las piernas para satisfacerse ella misma?

Semejante pensamiento hace que mis ojos se pongan en blanco mientras mi liberación me golpea.

Su nombre se escapa de mis labios mientras me corro; mi cuerpo se estremece mientras bombeo mi polla una y otra vez para sacar hasta la última gota.

Ni siquiera puedo convencerme a mí mismo de que esta relación fue solo por negocios. Creo que desde el momento en que puse los ojos en Bianca Bellucci en aquel ascensor del Waldorf, mi suerte ya estaba echada.

Ahora solo tengo que averiguar cómo voy a jugar mis cartas.

Capítulo Dieciocho

BIANCA

Me despierto poco a poco con los rayos del sol que entran por la ventana y me calientan el rostro.

Suelto un suspiro de satisfacción mientras me estiro, y mis muslos se rozan al recordar el sueño más increíble que tuve anoche.

Un suave gemido se escapa de mis labios al notarme húmeda por la excitación.

No me sorprende que en el sueño apareciera cierto Koslov....

Lo recuerdo vívidamente.

Alexei entraba mientras yo dormía y se arrodillaba entre mis muslos, pasándome la lengua por mi sexo anhelante. Me hizo correrme muy despacio, tomándose su tiempo mientras me lamía el coño, y fue uno de los orgasmos más intensos que he experimentado.

Ojalá hubiera sido real...

Ignorando la tensión que se acumula entre mis muslos, sin querer darle a Alexei la satisfacción de bajar la mano para frotarme el clítoris palpitante, aparto la fina sábana de seda que apenas me cubría el cuerpo desnudo y salgo de la cama, solo para darme cuenta de que la puerta está entreabierta.

—Qué raro... —Me apresuro a cruzar la mullida alfombra para cerrarla de un portazo.

Recuerdo haberla cerrado anoche porque Micah estaba al final del pasillo, en el despacho de Alexei, y yo quería algo de intimidad lejos de mi «niñero».

¿Acaso Alexei entró al final?

Se me encienden las mejillas al pensar que fuera real.

Puede que esté cabreadísima con él, pero no puedo negar que la idea de que me hiciera correrme mientras dormía hace que mi cuerpo cobre vida con deseo.

—Necesito una ducha fría...

Marnie y yo recogemos nuestras cosas después de clase.

—Hay una pequeña exposición de arte aquí cerca, por si te apetece ir. Es el viernes. Muestran a algunos artistas prometedores que se acaban de graduar. También será una buena oportunidad para hacer contactos. Creo que va a ir casi toda la clase.

—Suena divertido. —Apoyar a los artistas noveles y tener la oportunidad de conocer a gente nueva de la zona es una gran oportunidad.

Joder. No puedo tomar esta decisión por mi cuenta, tengo que preguntarle a Alexei primero.

Marnie parece darse cuenta de que se me ha agriado el humor.

—No pasa nada si estás ocupada.

—No, es que... tengo que consultarlo... —Omito la parte de «con mi marido» para que Marnie no piense que soy rara.

—Mándame un mensaje y ya está. —Se echa el bolso al hombro.

—Lo haré. —Fuerzo una sonrisa.

Me saluda con la mano antes de dejarme sola para que recoja mis cosas.

Al salir del edificio de arte, la visión de Alexei apoyado en el parachoques del Range Rover con los brazos cruzados sobre el pecho debería haberme hecho derretirme de deseo.

Está guapísimo con sus pantalones negros y su camisa blanca, que se ha remangado hasta los codos para dejar al descubierto esos

musculosos antebrazos.

No se me escapa cómo algunas de las chicas de mi clase pasan a nuestro lado, con los ojos fijos en Alexei.

Les lanzo una mirada fulminante, lo que hace que Alexei se ría entre dientes.

—Me sorprende que no estuvieras esperando en la puerta de la clase. —Me aliso el vestido de verano con las manos.

—Lo he pensado.

—El viernes hay una exposición de arte aquí cerca a la que quiero ir.

—No. —Se despega del capó del coche para caminar hacia mí.

—Se celebra literalmente en un local pequeño a diez minutos de aquí. Va a ir casi toda la clase...

—Mi respuesta es no.

—¿Por qué? —Me cruzo de brazos.

—Es demasiado peligroso. —Él imita mi postura.

Niego con la cabeza, intentando quitarme las ganas de pasarle las yemas de los dedos por esos poderosos antebrazos.

—¿Y si vienes conmigo? ¿O Micah? O toda la puta familia Koslov, me da igual. Pero, *por favor*, déjame ir.

—No.

—Ni siquiera te lo has pensado.

—No hay nada que pensar. Es demasiado peligroso y no voy a poner en riesgo tu seguridad.

—¡Es una puta exposición de arte! —levanto las manos.

Alexei me fulmina con la mirada mientras sus ojos recorren los alrededores.

Me importa una mierda si estoy montando una escena.

—No es como si te pidiera ir a la ciudad contigo. ¡Es en Queens, joder!

—Podemos hablar de esto cuando lleguemos a casa. —Intenta cogerme del brazo, pero yo retrocedo—. Bianca, súbete al coche.

—No.

Sus ojos relampaguean.

—Si tengo que echarte al hombro y meterte en el coche, lo haré.

Me encojo de hombros, negándome a ceder.

—Déjame ir a la exposición.

Doy otro paso atrás.

La paciencia de Alexei parece agotarse, y no soy lo bastante rápida para escapar de su agarre.

Me rodea la muñeca con la mano y tira de mí hacia él, inclinando la cabeza para susurrarme al oído:

—Deja de comportarte como una puta cría y sube al maldito coche.

Su aliento me hace cosquillas en el cuello y tengo que reprimir el impulso de inclinarme hacia él, deleitándome con el poder de su voz.

¿Cómo es posible que este hombre consiga que en un momento lo odie con toda mi alma y al siguiente quiera derretirme en un charco a sus pies?

—Vale. —Me libero de su agarre y voy furiosa hacia el lado del copiloto.

Él me sigue, esperando a que esté en el asiento antes de alcanzar el cinturón.

—Sé ponerme el puto cinturón sola.

Alexei me ignora y se inclina para abrochármelo.

Se me corta la respiración en la garganta cuando su mano me roza el muslo desnudo, y percibo el aroma de su colonia almizclada.

Cierra la puerta y lo observo rodear el coche por delante y subir al asiento del conductor.

—Deja de refunfuñar. Deberías considerarte afortunada de que te deje salir. —Cierra la puerta de un portazo.

No puedo reprimir la risa histérica que se me escapa de los labios.

—¿*Afortunada*?

—Creo que no te estás tomando esta amenaza contra nuestra familia lo bastante en serio —se abrocha Alexei el cinturón—. De lo contrario, no me estarías cuestionando sobre esto.

—¿Así va a ser la vida a partir de ahora? ¿Voy a tener que pedirte permiso para todo?

Alexei no dice nada, mantiene la vista al frente.

—Oh, que te jodan.

Se desabrocha el cinturón y se gira en el asiento para encararme.

Nunca lo había visto tan cabreado. Tiene la fuerte mandíbula prieta y rechina los dientes; sus ojos me recorren como si no terminara de decidir cómo quiere tratarme.

Cada centímetro de este hombre irradia poder y control.

Por un momento, ignoro la ira y dejo que mi mirada se recree en esos hombros deliciosamente anchos. La tela de la camisa se tensa sobre sus bíceps y no deseo otra cosa que arrancársela del cuerpo.

—Si crees que mirándome así vas a conseguir que te deje ir, te equivocas —dice Alexei, moviéndose en su asiento.

Mis ojos bajan hasta sus fuertes muslos, que ha separado para dar cabida al bulto más que visible de sus pantalones.

El calor se acumula en mi bajo vientre y convierte mi ira en lujuria mientras imagino que me inclino y me lo meto en la boca aquí mismo, en el aparcamiento.

—Habla conmigo, Bianca.

—No, no quiero hablar más. —Me desabrocho el cinturón—. Parece que nunca nos lleva a ninguna parte.

Los ojos de Alexei se abren de par en par cuando empiezo a pasar por encima de la consola central.

Joder, esto es lo último que debería hacer, pero me da igual.

Llevo todo el día dolorida por el sueño de anoche, y está claro que él también lo quiere, pues sus manos encuentran mi cintura para ayudarme a colocarme en su regazo, con mis muslos a cada lado de los suyos.

—¿Qué haces? —gruñe.

—Tomar el control. —Busco los lazos de mi vestido de verano.

—Bianca —gime él mientras desato los lazos, dejando que el vestido se amontone en mi cintura.

Mis pechos están pesados y doloridos, pero él mantiene las manos en mis muslos.

Así no vale.

Me inclino hacia delante para darle un beso en el cuello; su incipiente barba me roza la mejilla.

—Las ventanillas están tintadas, ¿verdad?

—Sí. —Hunde los dedos en la suave carne de mis muslos.

—Bien, porque no llevo bragas —le susurro al oído.

Alexei gime mientras sus fuertes manos me recorren los muslos y desaparecen bajo mi vestido.

—Y estoy muy lista para ti, Alexei.

Me echo hacia atrás para observar la cara de Alexei mientras mete los dedos entre mis pliegues para descubrir exactamente lo lista que estoy.

Su mirada se vuelve vidriosa mientras hunde dos dedos en mi coño, hasta los nudillos.

Bamboleo las caderas mientras los bombea lentamente dentro de mí, trabajándome justo como me gusta.

—Ven aquí. —Se inclina para meterme un pezón en la boca.

Grito cuando roza con los dientes el sensible botón y arqueo la espalda para darle aún más.

—¿Esto es lo que hacemos ahora? —jadeo mientras me coge el otro pecho con la mano y amasa con suavidad la carne hinchada—. ¿Pelear y luego tener sexo cuando no podemos llegar a un acuerdo?

Alexei se ríe entre dientes, su aliento me hace cosquillas en el pezón.

—Por mí, perfecto. —Saca los dedos.

Grito ante el vacío, pero observo con asombro cómo se lleva esos dedos a la boca y los chupa.

—¿Quieres follarme, Bianca? —Sus ojos están tan llenos de deseo que un calor se acumula entre mis muslos.

—Sí. —Manoseo su cinturón, tan desesperada por llegar a su polla que me cuesta desabrochar la hebilla.

—Deja que yo lo haga, *solnyshka* —murmura Alexei.

Gimoteo mientras apoyo las manos en sus bíceps, observando con impaciencia cómo se desabrocha el cinturón con una mano y baja rápidamente la cremallera.

Cuando mete la mano y saca su polla, un sonido ahogado se escapa de mis labios.

Es tan gruesa que una gota de líquido preseminal ya brilla en la punta.

Mi coño se contrae, desesperado por hundirme sobre él.

Extiendo la mano y le agarro el miembro.

—Joder, Bianca —gime mientras se la meneo con fuerza, pasándole el pulgar por la punta.

Sonrío, encantada por la forma en que sus ojos se vuelven vidriosos mientras observa mi mano trabajar su polla.

—Mmm… —suelto su miembro para llevarme el pulgar a los labios.

Lo limpio con la lengua, gimiendo por su sabor salado—. Sabes tan bien.

—Hay mucho más de donde ha salido eso, *ptichka* —se ríe entre dientes—. Puedes chuparme la polla cuando quieras.

—Eres tan grande. —Lo alcanzo una vez más.

Mis dedos apenas le rodean el miembro, y la idea de metérmelo en la boca y chupárselo hace que me palpite la entrepierna—. No creo que quepas en mi boca.

—Iríamos despacio, *solnyshka*.

Mis ojos se cierran mientras le trabajo la polla; mi mente se llena de imágenes mías de rodillas mientras él se bombea lentamente dentro de mi boca.

Lo deseo más que nada, pero necesito satisfacer el creciente dolor entre mis muslos. Necesito que me llene, que me reclame.

—Te… te necesito. —Me inclino para estrellar mis labios contra los de Alexei.

Separo los labios y él me reclama la boca, chupando y lamiendo mientras yo cojo su polla y la alineo con mi entrada.

—Tú marcas el ritmo, *ptichka* —murmura Alexei contra mis labios, sus dedos hundiéndose en mis caderas mientras me bajo lentamente sobre su polla.

Intento relajarme, pero tengo los muslos tan abiertos y Alexei me está estirando tanto mientras acepto otro centímetro que hago una mueca de dolor.

—Relájate, *solnyshka*.

Alexei me pasa suavemente las manos por la espalda mientras me tomo mi tiempo, sujetándome a sus hombros para apoyarme.

—Eso es —me alaba mientras me hundo por completo sobre él.

Gimo, inclinándome hacia delante para apoyar la frente en su hombro, respirando con fuertes jadeos mientras mi cuerpo se adapta

a su tamaño.

Me rodea con sus fuertes brazos y me sujeta contra su cuerpo, esperando a que me mueva.

Odio lo bien que me hace sentir, lo mucho que ansío su contacto.

Quizá sea porque me hace sentir muy protegida. Sé que este hombre haría cualquier cosa por mantenerme a salvo, por mucho que eso me joda.

Me da igual que dijera que esto eran solo negocios, porque estoy empezando a pensar que Zara tenía razón.

Se está engañando a sí mismo, porque yo nunca he disfrutado tanto del sexo, y él lo ansía tanto como yo.

Me aferro a su cuerpo y rodeo sus hombros con los brazos mientras me levanto lentamente de su polla antes de dejarme caer de nuevo con fuerza.

—¡Oh, *joder*! —grito cuando me llena una vez más.

Los labios de Alexei encuentran mis pezones y empieza a chupar y lamer los sensibles botones mientras yo encuentro mi ritmo, subiendo y bajando sobre su gruesa verga.

En este ángulo la sensación es increíble, me golpea tan profundo que es casi demasiado para soportarlo.

—Eso es, *ptichka*, cabalga mi polla. —Lleva las manos a mi cintura para ayudarme a levantarme de su polla.

Sube las caderas, embistiéndome con tanta fuerza que no puedo reprimir el grito que se me escapa de los labios.

Estoy empapada, y el sonido de él entrando y saliendo de mí hace que mi clítoris palpite con tanta fuerza que tengo que meter la mano entre los muslos para calmar el dolor.

—Deja que lo haga yo. —Me devuelve la mano a su hombro antes de meter la suya entre nosotros para empezar a estimularme el clítoris.

Gimo mientras muevo las caderas contra su mano. Estoy jodidamente cerca de caer por el precipicio; los muslos me tiemblan mientras aumento el ritmo.

—Lo estás haciendo muy bien, *solnyshka*.

—*Alexei* —gimo, echando la cabeza hacia atrás cuando mi coño empieza a contraerse.

Alexei gruñe y mueve las caderas más fuerte y más rápido mientras me frota el clítoris.

—Oh, joder, me corro —gruñe, agachándose para cogerme un pecho con la boca.

—¡Sí! —grito mientras el orgasmo me golpea.

Me desplomo contra el pecho de Alexei mientras una ola de placer tras otra recorre mi cuerpo.

Mi coño palpita alrededor de su polla mientras él se corre, derramándose dentro de mí con tanta fuerza que lo siento gotear por mis muslos.

—Mierda. —Su cuerpo se estremece—. Ha sido jodidamente increíble.

Levanto la cabeza y veo que las ventanillas del coche se han empañado.

—Creo que he ganado este asalto.

Capítulo Diecinueve

ALEXEI

Follarme a Bianca en el asiento delantero de mi Range Rover ha sido excitante de cojones. No creo haberme corrido nunca tan fuerte.

Soy muy consciente de que no es sano evitar las peleas a base de follar, pero si Bianca quiere subirse a mi regazo en el asiento delantero de mi coche para cabalgar sobre mi polla, ni de coña le voy a decir que no.

Ya me estoy poniendo duro de nuevo dentro de ella, desesperado por el segundo asalto.

Pero sé que no es seguro bajar tanto la guardia en público.

Cualquiera podría haber tendido una emboscada al coche y me las habría visto y deseado para detenerlos.

Así que, por mucho que me cueste apartarla de mí, lo hago, solo para conducirnos a casa y llevármela a mi cama.

Donde la pongo mirando hacia el borde y la follo tan duro que grita mi nombre mientras nos corremos los dos.

Lo que lo hace aún más perfecto es que después se acurruca entre mis brazos y se queda dormida a mi lado en mi cama.

Nunca he dejado que una mujer se quede a pasar la noche. Normalmente, una vez que he terminado con una chica, la despacho, o soy yo el que se va.

Pero despertarme y encontrar los brazos de Bianca rodeándome la cintura, con su muslo sobre los míos, hace que una calidez se extienda por mi cuerpo.

La acerco más a mí, inhalando el dulce aroma de su pelo, que está extendido sobre mi pecho.

—Mmm... —Se acurruca más contra mí.

—Buenos días, *solnyshka* —le doy un beso en el pelo—. ¿Has dormido bien?

Suelta un suspiro de satisfacción y yo me río entre dientes, acariciándole con los dedos la suave piel de la espalda.

Ya estoy duro; la polla me palpita mientras Bianca frota sus pezones contra mi pecho. Estoy desesperado por ponerla encima de mí, pero sé que primero tenemos que hablar de algunas cosas que no podemos seguir evitando con sexo.

—Me sorprende que hayas querido quedarte —murmuro.

Se remueve un poco más, moviéndose para apoyar la cabeza en mi pecho y poder mirarme.

—¿Qué quieres decir? —Su voz es un susurro ronco por el sueño.

Joder, qué sexi de cojones.

—Has estado evitándome estos últimos días y luego, ayer, lo de la exposición de arte...

Frunce el ceño.

—Ah, claro... —Se aparta de mi abrazo y se desliza fuera de la cama.

Echo de menos al instante el calor de su cuerpo, aunque la observo en silencio mientras coge la camisa blanca que he dejado tirada en la cómoda y se la pone por la cabeza.

Me contengo un gemido mientras se menea, sus pechos rebotando mientras se esfuerza por ponérsela. Le llega a medio muslo y las puntas duras de sus pezones se marcan a través de la tela.

—¿Quieres contarme qué pasa? —Me incorporo hasta quedar sentado.

La sábana apenas cubre mi cuerpo desnudo y no hace mucho por ocultar mi más que prominente erección, pero Bianca mantiene la vista en el suelo.

Odio que no me mire, que intente ocultar sus emociones como si le preocupara lo que yo pudiera decir.

Si tan solo se diera cuenta de que lo único que me importa es hacerla feliz.

—Te oí hablar con Dimitri la otra noche. —Juguetea con los botones de mi camisa.

La miro con el ceño fruncido, intentando recordar de qué conversación habla. Pero entonces caigo en la cuenta. —¿Estabas escuchando nuestra conversación?

Sus ojos se clavan en los míos, furiosos. —Iba al salón a hablar con Mikhail sobre mi móvil y oí mi nombre. Si quieres privacidad, a lo mejor deberías cerrar la puerta la próxima vez.

—Habría pensado que se daba por sentado que no se escuchan las conversaciones privadas de los demás.

—Y yo pensaba que se daba por sentado que hay que ser sincero con la esposa. Pero, claro, este no es exactamente un matrimonio al uso.

—Tienes razón, no lo es.

Permanece en silencio un momento, con las mejillas sonrojadas mientras me mira.

Suspiro. —Siento que oyeras lo que oíste.

—No quiero una disculpa de mierda, Alexei. No debería haberme sorprendido lo que dijiste.

—No dejo de pensar que si consigo convencerme de que esto es solo un negocio, entonces no podrán usarte en mi contra.

—¿Es solo eso?

—No sabes lo que estos hombres están dispuestos a hacer para conseguir lo que quieren, Bianca. Si te hacen daño...

—Me crie en este mundo, Alexei, por eso tus palabras me importan una mierda. —Toma aire, pasándose las manos por el pelo.

Puedo notar que se esfuerza por no llorar, y se me encoge el pecho al pensar que está disgustada.

Niega con la cabeza. —Odio haberme dejado atrapar por esto.

—Confía en mí, ni por un momento pensé que cruzaría la línea contigo, pero parece que no puedo evitarlo. Sea lo que sea *esto*. —Hago un gesto entre nosotros.

—Yo tampoco.

—Le mentí a Dimitri. —A la mierda todo. No quiero volver a ser la razón por la que Bianca llore—. Quería quitármelo de encima. Tanto tú como yo sabemos que este matrimonio ya no es puramente un negocio. Al menos, no lo es para mí. No lo ha sido desde hace mucho tiempo.

Me mira bajo sus oscuras pestañas mientras se muerde el labio inferior.

—Para mí tampoco lo es.

Me muevo hasta el borde de la cama, sin importarme cubrirme con la sábana. Solo la quiero cerca, sentir su piel bajo mis dedos.

La alcanzo y ella se acerca a mí, colocándose entre mis muslos, con los brazos alrededor de mi cuello.

—Me importas, Bianca. —Le recorro la parte de atrás de los muslos con las manos—. Es solo que todo esto es nuevo para mí. Quiero decir, eres la primera mujer con la que he pasado la noche de verdad.

Parpadea. —¿De verdad?

—De verdad. Me aterra acercarme a alguien y que luego me lo arrebaten. Ya he sentido ese dolor antes y no sé si podría sobrevivirlo de nuevo.

—Lo entiendo. Mi última relación... Me engañó y dejó embarazada a la chica. Nunca he sentido un dolor igual, y no quiero volver a sentirlo nunca más. —Se estremece—. Cuando oí lo que dijiste, entré en pánico pensando que me había metido hasta el fondo y que ibas a desecharme como hizo él...

Se le quiebra la voz y al instante la siento en mi regazo, acunándola contra mi cuerpo mientras le acaricio la espalda una y otra vez.

—Nunca te haré daño de esa manera, Bianca. Te lo prometo.

—Vale... —Tiene la mirada baja.

—Y siento mucho haberte disgustado tanto. Nunca fue mi intención. Espero que me dejes demostrarte cuánto lo siento. —Le doy un suave beso en la clavícula.

—Creo que puedo sentir cuánto lo sientes. —Se ríe, acurrucándose en el hueco de mi cuello.

—Confía en mí, *zhizn´ moya*, en esto solo vas a importar tú.

Me muevo para recostarme sobre las almohadas.

Bianca chilla mientras se sienta a horcajadas sobre mi regazo.

—Ahora, ven aquí. —La cojo por la parte posterior de los muslos y la hago subir por mi cuerpo hasta que queda sentada sobre mi pecho.

—¿Qué haces? —Se ríe, y el sonido me va directo a la polla.

—Agárrate al cabecero.

Bianca hace lo que le digo mientras me deslizo entre sus muslos hasta que queda suspendida sobre mi cara.

—Alexei —jadea cuando se da cuenta de lo que quiero.

—Déjame demostrarte cuánto lo siento. —Le doy un beso en la cara interna de cada muslo.

Llevo las manos hacia su trasero y amaso la carne blanda mientras ella baja lentamente hasta que mis labios envuelven su clítoris.

Gimotea cuando la atraigo hacia mí, succionando y mordisqueando el capullo hinchado.

—¿Vas a cabalgar sobre mi cara, *zhizn´ moya*?

—Oh, Dios, sí.

—Buena chica. —Me río entre dientes mientras deslizo mi lengua por su hendidura y la hundo en su interior.

Sus caderas se contonean, restregando su coño con más fuerza contra mi cara, y a mí me está encantando cada puto segundo.

Está tan húmeda que su excitación me gotea por la barbilla mientras la devoro, bombeando mi lengua dentro y fuera de su ardor mientras ella persigue su placer.

Mi polla late, y no puedo evitar estirar la mano para cogerla con la derecha, masturbándome al ritmo de mi lengua. Pero me detengo cuando levanto la vista y la veo desabrochándose la camisa.

—Déjatela puesta —gruño contra su piel.

—Qué posesivo. —Se ríe, pero hace lo que le pido.

La camisa se abre y me ofrece una vista perfecta de la parte inferior de sus pechos.

—Quie-quiero que te corras tú también —gime—. Por favor.

—Lo haré, *zhizn´ moya* —gruño mientras sigo tocándome la polla.

Levanto la vista para verla perseguir su placer, esos hermosos y turgentes pechos rebotando mientras se restriega contra mi lengua.

Alterno entre follárselo con la lengua y recorrer su feminidad antes de pasar a succionarle el clítoris.

Su respiración es agitada y sus muslos se tensan a ambos lados de mi cara.

—Córrete para mí —le ordeno antes de envolver su clítoris con mis labios.

—¡Sí, *sí*! —grita, sus caderas arqueándose mientras un torrente de humedad me cubre la barbilla mientras cabalga su orgasmo.

Los dulces sonidos que brotan de sus labios son suficientes para llevarme al límite.

Se me contraen los huevos y me masturbo la polla con furia mientras lamo la excitación de Bianca hasta que me derramo sobre el estómago, estremeciéndome por la intensidad de mi liberación—. Joder.

—Nu-nunca había hecho eso —jadea.

—Es una de mis posturas favoritas. —Le doy suaves besos en el coño.

Se retuerce contra mi caricia, pero no me canso de ella. —¿No se nota?

Se gira para mirar el estropicio que he hecho conmigo mismo.

—¿Puedo ayudarte a limpiarte si quieres? —se ríe Bianca.

De verdad que está intentando matarme.

Pierdo la cuenta de las veces que me follo a Bianca en mi cama.

Nos turnamos para explorar nuestros cuerpos, como si el hecho de admitir por fin que sentimos algo el uno por el otro nos hubiera dado permiso para tomárnoslo con calma.

Yo hundo felizmente la cara entre sus muslos hasta que está roja e hinchada, y luego ella me devuelve el favor, tomándome en su boca por primera vez. No creo haber conocido nunca un placer igual.

Pero al final, nos meto a la fuerza en la ducha y luego la dejo para que pase el resto del día pintando mientras yo vuelvo a la ciudad.

Mikhail y Danil se han ofrecido a venir para hacerle compañía a Bianca y, por una vez, se lo permito, sabiendo que las reuniones que he programado no los incluyen.

Parece que a mis hermanos pequeños les ha caído en gracia mi mujer, y ambos están ansiosos por pasar un rato con ella.

—¿Qué tenéis planeado para hoy? —Me pongo la chaqueta mientras estamos todos de pie en el vestíbulo.

Danil sonríe. —Bianca va a pintarnos un retrato.

Frunzo el ceño.

—Totalmente vestidos —aclara ella.

Mikhail y Danil se miran, y no puedo ocultar la risa al verles las caras.

—Asegúrate de esconder el mío —murmuro en voz baja mientras le doy un beso en la frente antes de irme.

Sus mejillas se tiñen de rojo.

—Eh, ahora vuelvo —les dice a mis hermanos antes de subir corriendo las escaleras.

Ellos niegan con la cabeza, sonriendo.

—Cuidad bien de ella. —Les doy una palmada en la espalda antes de salir de casa.

Dimitri, Feliks y nuestro primo Anton ya me están esperando en el salón del ático cuando llego treinta minutos después.

Son poco más de las doce, y el sol entra a raudales por la pared de ventanales, ofreciéndonos una vista perfecta del horizonte de Manhattan.

No me malinterpretéis, me encanta la casa familiar que tenemos en las afueras, pero echo de menos la ciudad.

Dimitri sonríe con suficiencia. —¿Qué tal lo llevan nuestros hermanos haciendo de niñeras?

Le lanzo una mirada fulminante mientras me acerco al carrito de las bebidas y nos sirvo un vaso de bourbon a cada uno.

—Les va a dar guerra, eso por seguro.

—¿Alguna noticia de Emilio? —pregunta Feliks.

Cojo los cuatro vasos y los pongo en la mesa de cristal entre los dos sofás. Tomo asiento junto a Anton, me recuesto en el mullido cuero y cruzo un tobillo sobre la rodilla.

—Ni una desde la boda.

Feliks frunce el ceño. —¿Estás preocupado?

Su pelo rubio oscuro está oculto bajo una gorra puesta del revés, y va vestido con ropa de gimnasio. El tío es una máquina, y por eso precisamente lo tengo cerca. Puede que pese ciento quince kilos, pero es rápido de pies y tiene una puntería endiablada.

—Todavía no. —Le doy un trago largo a la copa—. Pero no estamos aquí para hablar de Emilio. Quiero hablar de Mario Gilanto.

Dimitri asiente. —Seguimos sin noticias sobre ese soplo anónimo.

Aprieto con más fuerza el vaso, intentando contener la ira.

—Eso no es lo que quería oír.

Anton se inclina hacia delante. —Yo digo que ataquemos a Gilanto primero.

Miro a mi primo de reojo.

Tiene la misma edad que Mikhail y también ha heredado los rasgos afilados y angulosos de los Koslov, aunque su pelo es de un castaño más claro y sus ojos son de un intenso color avellana.

Dimitri mira el interior de su vaso. —Creemos que intenta provocarnos con este correo que ha enviado sobre Ricci.

Anton se encoge de hombros. —¿Quizá. Pero no sería mejor atacar primero, ser quien controle el ataque, en lugar de esperar a ver si mueve ficha?

Remuevo el bourbon en el vaso mientras miro a mi hermano. —Estoy de acuerdo con Anton. Atacaremos primero. Pero esta vez, haremos lo que haga falta para eliminar a Mario. Conseguid a alguien dentro, encontrad su punto débil. Siempre hay uno.

Dimitri asiente. —Haré que Mikhail se ponga con ello también.

—Haced lo que tengáis que hacer. Dadles a cambio lo que quieran. Dinero, protección, me da igual.

—Entendido.

—Anton, quiero que vigiles a Gilanto en todo momento. Si caga, quiero saberlo. ¿Entendido?

Anton asiente.

Feliks suspira. —Esta va a ser una lucha muy fea.

Asiento. —Esta vida se paga muy cara.

Capítulo Veinte

BIANCA

Creía que el sexo con Alexei no podía mejorar, pero me alegra mucho haberme equivocado.

Después de la conversación en la que ambos admitimos lo que sentíamos el uno por el otro, no solo el sexo se ha vuelto todavía más intenso, sino también todo lo demás.

Me he dado cuenta de que anhelo el tiempo que paso en mi estudio con él mientras me cuenta historias sobre él y sus hermanos mientras pinto. Resulta fácil, cómodo.

Estoy empezando a ver una faceta diferente de Alexei Koslov, un lado más tierno que no estoy segura de que él mismo supiera que tenía.

Aprecio su sinceridad sobre sus relaciones pasadas, o la falta de ellas.

En parte, estoy sorprendida. Siendo tan increíblemente guapo como es, podría tener a la chica que quisiera. Pero también puedo entender sus dudas a la hora de intimar con alguien cuando se vive una vida como la nuestra.

Por eso yo apenas había salido con nadie, y por eso me dolió aún más cuando Jack me traicionó como lo hizo.

No solo rompió la confianza que yo tenía en él, sino que rompió la confianza que tenía en mí misma. Me abrí a él de una manera que

nunca antes lo había hecho con nadie, y al final tuvo que pagar el precio.

Pero con Alexei es diferente. Él lo entiende. Él *me* entiende.

Y me gusta pensar que yo estoy empezando a entenderlo a él.

Quizá, después de todo, éramos la pareja perfecta…

Estará fuera un tiempo y, aunque nunca me lo habría esperado, la verdad es que lo echaré de menos.

ALEXEI LLEGA A CASA después de unos días en la ciudad y me encuentra con la cabeza metida en el inodoro, vomitando todo lo que había conseguido retener en las últimas horas.

—Vete —grazno mientras él entra a la fuerza en mi cuarto de baño.

—Te he traído un poco de agua. —Se apoya en la encimera.

Me reclino contra la bañera y cierro los ojos.

Una toalla fría me da toquecitos en la frente y suspiro mientras Alexei me limpia el sudor.

—Micha me ha dicho que llevas unos días mala. Siento no haber venido antes.

—No pasa nada. Probablemente sea mejor que no me veas así.

—Quiero verte de todas las formas posibles, *ptichka*.

Quiero apreciar sus dulces palabras, pero en lo único que puedo concentrarme es en las ganas de vomitar mientras trago la bilis que me sube por la garganta. —La intoxicación alimentaria es una mierda.

—Me voy a la ciudad unas noches y te haces pedazos sin mí.

—Oye, que soy buena cocinera.

—Claramente. ¿Sabes que tengo contratado a un cocinero perfectamente cualificado para que te prepare la comida?

Mis ojos se abren con un aleteo y hago una mueca cuando se me revuelve el estómago.

—Bebe un poco de agua, *ptichka*.

—Quería sentirme útil. —Cojo el vaso frío y bebo lentamente un poco del líquido—. Espero poder quitarme esto de encima durmiendo esta noche. Han pasado más de cuarenta y ocho horas.

—Podría ser un virus, pero estoy de acuerdo. Necesitas descansar. —Alexei me pone la toalla limpia en la nuca. Sienta bien —. ¿Quieres que llame a un médico?

—No, estoy bien. Se me pasará pronto.

Cuando estoy segura de que no voy a volver a vomitar, dejo que Alexei me lleve en brazos a la cama y me arrope, dejando el agua en la mesilla de noche y dándome un beso suave en mi frente húmeda.

Se ofrece a quedarse, pero sé que tiene trabajo en la ciudad. Últimamente tiene cada vez más reuniones, y sé que esta situación con Mario Gilanto le pesa. Parece cansado, pero no se queja ni una sola vez.

—Volveré esta noche. Duerme bien, *zhizn´ moya*.

No para de usar esos términos rusos.

Sé que *kisa* significa «gatita» y *ptichka*, «pajarito». Al principio los odiaba, pero han terminado por encantarme. No tengo ni idea de lo que significa este nuevo, pero ahora mismo no tengo fuerzas para preguntar.

Al final, me vuelvo a dormir y me despierto unas horas después con el sonido de mi teléfono.

Está escondido entre las sábanas, así que tardo un momento en encontrarlo.

El nombre de Zara parpadea en la pantalla. Me ha estado llamando todos los días desde que tengo mi nuevo móvil, y ha sido muy reconfortante oír su voz. Tener un trocito de mi antigua vida conmigo.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mi padre, que aún no me ha devuelto ninguna de mis llamadas.

Estoy empezando a preocuparme, aunque sé que si se lo comento a Alexei, se limitará a decir que todo está bien. Quizá tenga que empezar a tomar las riendas del asunto…

Rápidamente, deslizo el pulgar por la pantalla para contestar la llamada.

—Hola —grazno con la garganta seca y rasposa.

—Suenas fatal, ¿estás bien?

—Intoxicación alimentaria.

—¿Todavía? ¡Si eso lo tenías hace días!

—No se me va. —Cojo el vaso de agua de la mesilla y bebo un sorbo.

Zara se queda en silencio un momento mientras bebo hasta que suelta una especie de grito ahogado que casi hace que me derrame el agua encima.

—¿Qué pasa?

—Eh, nada.

—¿Zara? ¿Qué ocurre?

—T-tengo que irme. ¡Hablamos pronto!

Zara cuelga el teléfono, dejándome con el ceño fruncido mirando la pantalla.

¿A qué demonios ha venido eso?

Una hora más tarde, la puerta de mi habitación se abre de golpe para revelar a una Zara muy nerviosa en el umbral.

—¡Oh, Dios mío, Zara! —Me siento en la cama.

Está sin aliento, con mechones de su pelo rubio pegados a la cara mientras entra corriendo en la habitación y cierra la puerta tras de sí.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has entrado en la casa?

—He saltado la valla de la parte de atrás de la casa. —Jadea para recuperar el aliento.

—¿Qué *has hecho* qué?

Cruza la habitación y se sube a la cama a mi lado, dejando una bolsa de CVS entre las dos.

—Y luego el tío grandullón y aterrador de abajo me ha dejado entrar.

—¿Micah te ha dejado entrar?

—Sí. Parecía saber quién era —dice Zara, encogiéndose de hombros—. Supongo que Alexei ha puesto mi cara en una lista de

visitantes autorizados. He dicho que venía a hacerte compañía mientras estabas enferma.

—Oh, Dios mío —gimo—. Alexei se va a enfadar muchísimo.

—¿Por qué? No he hecho nada malo.

—Te has colado, más o menos...

—*Técnicamente*, Micah me ha dejado entrar. Cómo he entrado en la propiedad es información confidencial. Si me hubiera dado el código de la verja principal, me habría ahorrado un montón de problemas.

Se mira la mano. Tiene rasguños sangrantes en las palmas y las rodillas de los vaqueros rozadas.

—Zara, ¿qué era tan importante como para que sintieras la necesidad de colarte en mi casa?

Arruga la nariz y evita mi mirada mientras coge la bolsa de la farmacia. —He pensado que podrías necesitar uno de estos.

Vacía el contenido sobre la cama.

Miro las cajas. —¿Tests de embarazo? ¿Por qué iba a necesitarlos? Tomo la píldora...

Tomaba la píldora.

Pero eso fue antes de que me trajeran a mi nueva casa, donde todo lo que consumo, desde la comida hasta los medicamentos, me lo proporciona Alexei. Ni siquiera se me ocurrió pedirle que me consiguiera la píldora anticonceptiva...

—Oh, no. ¡Oh, no, no, *no*!

—B, no pasa nada.

—¡Claro que pasa! —Me paso las manos por el pelo—. Soy una completa *idiota*. ¡Ni siquiera lo he pensado!

—¿Alexei no ha usado nada?

—No. ¡Porque soy una *idiota*!

—O simplemente querías follártelo a pelo.

—¡Eso no ayuda! —Me levanto de la cama—. Estoy muy jodida, Zara. Me he dejado llevar tanto por el sexo increíble y el cuerpo estúpidamente bueno de Alexei que nunca se me ocurrió que ya no estaba tomando la píldora.

—Hagamos una prueba y veamos si de verdad tenemos algo de qué preocuparnos, ¿vale?

—Zara, vamos, he estado teniendo sexo sin protección durante semanas. Es imposible que ninguno de esos palitos dé negativo.

—Haz pis en uno y ya veremos. —Recoge las cajas y me empuja hacia el baño—. Puede que no tengamos nada de qué preocuparnos y que esto solo sea una intoxicación alimentaria, después de todo.

Estoy temblando tanto que casi me meo en la mano al colocar el palito entre mis piernas.

Zara abre los cuatro tests y me obliga a usarlos todos para estar más seguras.

Ya tengo las mejillas húmedas por las lágrimas mientras alineamos los palitos en el borde de la bañera y nos sentamos una frente a la otra en el suelo.

Zara me coge la mano y me la aprieta con fuerza.

—Distráeme. Necesito pensar en otra cosa. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He conducido hasta el parque de Forest Hills —dice Zara, encogiéndose de hombros—. ¿De verdad se cree Alexei que puede meterme en la parte de atrás de un coche con los cristales tintados y no voy a averiguar el camino a su ridícula mansión? Se llama Google Maps, capullo.

—Se va a enfadar muchísimo.

—Por mí como si quiere pelearse conmigo. Ni de coña va a conseguir separarnos.

—Está claro. Tenías que ser tú la que encontrara la forma de burlar la seguridad de Alexei.

—Subestima hasta dónde es capaz de llegar una chica para estar con su mejor amiga.

Asiento y me muerdo el labio para intentar contener las lágrimas.

Solo puedo pensar en lo mucho que Alexei y yo hemos avanzado estos últimos días.

Se ha abierto a mí y me ha dejado entrar, y me ha encantado ver esa otra faceta suya.

Antes de ponerme enferma, pasaba las noches envuelta en sus brazos mientras me hacía el amor, y la mayoría de las mañanas me despertaba con su cara enterrada entre mis muslos, devorando mi coño hasta que yo gritaba su nombre.

Empezaba a pensar que podríamos ser felices.

—Además, me has librado de tener que ir hoy a tomar un café con un chico que conocí en el supermercado. Solo le dije que sí porque me supo mal. Nos hemos cruzado casi todas las semanas durante los últimos dos meses, y es mono y todo eso, y está claro que tardó un tiempo en armarse de valor para pedírmelo. Así que dije que sí, pero no ha parado de escribirme desde entonces. En serio, debo de recibir al menos diez mensajes por hora. Qué suerte tienes de no tener que preocuparte por nada de eso. ¡Quién sabe, a lo mejor has encontrado tu final feliz sin ni siquiera buscarlo!

—Quizá... —Apenas la escucho.

Suena el temporizador del móvil de Zara.

—Eh, B. Ya están.

Respiro hondo mientras miro los tests y se me revuelve el estómago al ver las dos rayas.

Cierro los ojos y niego con la cabeza. —Lo sabía...

—¿Esto es bueno o malo?

—Malo. —Un tipo de náuseas completamente diferente me invade—. Muy malo.

—¿Crees que a Alexei no le alegrará la noticia?—El otro día me dijo que soy la primera persona a la que deja dormir en su cama, y noté que eso le asustó un poco. ¿Crees que le parecerá bien si le digo que estoy embarazada?

—Parece un hombre de familia...

—Zara, seamos realistas. Nos casamos porque mi padre hizo un trato. Él no se apuntó al pack completo de «y fueron felices para siempre con casita y valla blanca».

—Vale... Quizá deberíamos esperar a confirmarlo con un médico. A veces, estos tests pueden fallar, sobre todo si es muy pronto. No le demos un susto de muerte a Alexei sin motivo.

Sé que tiene buenas intenciones, pero también sé que esto es real.

—Y mira el lado bueno. Al menos no tendrás este bebé fuera del matrimonio. Emilio estará contento.

—No ayudas. —Me quedo mirando la fila de tests positivos.

¿Cómo demonios voy a conseguir una cita con el médico sin que Alexei se entere?

Capítulo Veintiuno

ALEXEI

Bianca sigue en la cama cuando vuelvo a Forest Hills esa misma noche.

Son casi las diez de la noche y me he pasado el día en reuniones consecutivas en uno de los clubes que mi familia tiene en la ciudad.

La cabeza me está matando y tengo la mecha muy corta.

Parece que, si quieres que algo se haga bien, es mejor que lo hagas tú mismo.

He perdido la cuenta de las veces que he metido la mano en la chaqueta para coger la pistola, tentado de apretar el gatillo a los gilipollas a los que les gusta hacerme perder el tiempo solo para que se callaran la puta boca.

Sé que con solo ver a Bianca un instante se me despejará la cabeza y me pondrá los pies en la tierra. Tiendo a dejarme atrapar por los negocios, permitiendo que el lado más oscuro de mi vida nuble lo bueno.

Bianca me recuerda que ahí fuera hay cosas buenas, y quizás le demuestre lo agradecido que estoy...

Dimitri sale tranquilamente del salón, con un vaso de whisky en la mano, cuando estoy a mitad de la escalera.

Frunzo el ceño.

Se ríe entre dientes. —¿Qué le has hecho a Bianca? La he oído echar las tripas.

—Una intoxicación alimentaria —me doy la vuelta para bajar las escaleras—. ¿Sigue enferma?

Siento una opresión en el pecho. Debería haberme quedado con ella hoy.

—¿Así es como lo llaman ahora?

—¿Llaman así a qué?

—Olvídalo —una sonrisa burlona se dibuja en los labios de Dimitri.

Me frustro más por segundos. Quería ir a ver cómo estaba Bianca, ya que apenas la he visto estos últimos días, pero parece que los negocios tienen que ser lo primero, *otra vez*.

—¿Por qué estás aquí? —me acerco a mi hermano y le arrebato el vaso de whisky de la mano.

—Para ver a mi hermano favorito, por supuesto.

Me bebo el líquido ambarino de un trago largo, haciendo una mueca mientras el alcohol me quema la garganta.

—También he pensado que querrías saber que han visto a Ricci.

—¿Ah, sí?

—Anton ha llamado mientras venía para acá. Está siguiendo el todoterreno ahora mismo.

—¿Dónde?

—En Chinatown.

Me pellizco el puente de la nariz con el pulgar y el índice mientras respiro hondo para calmarme.

—¿Cómo quieres manejar esto, Alexei?

Le devuelvo el vaso vacío a Dimitri y compruebo mis armas.

—Necesito que te quedes aquí con Bianca.

Dimitri abre la boca, pero le lanzo una mirada que le hace callar.

—Necesito encargarme de esto yo mismo. Puede que solo tengamos una oportunidad con este cabrón, y necesito ser yo quien acabe con esto.

Dimitri se pasa la mano libre por su pelo oscuro. —Al menos llévate a alguien de refuerzo. No sabes en qué te estás metiendo.

Asiento mientras me abrocho de nuevo la chaqueta.

Mi hermano se mete la mano en el bolsillo y saca las llaves. —Coge el Hummer. Está recién abastecido.

—No le quites ojo de encima a Bianca, ¿me oyes? —me guardo las llaves en el bolsillo.

—La vigilaré como un halcón —por una vez, mi hermano no se opone a mis instrucciones, lo cual agradezco—. Dale un infierno a ese cabrón.

Dejo a Dimitri y bajo al garaje subterráneo que hay bajo la casa. La puerta está oculta tras una de las estanterías del salón, y solo pueden entrar quienes tienen acceso por huella dactilar.

Bianca no es una de esas personas.

Por mucho que confíe en que hará lo que le pida, también debo ser realista. Si le doy acceso a un garaje lleno de coches, es imposible que no tiente a la suerte, como mínimo.

El Hummer negro está aparcado en la esquina más alejada, junto al ridículo G Wagon de Mikhail, que insistió en comprarse por su vigésimo primer cumpleaños.

Tras abrir el coche, me deslizo en el asiento del conductor y enciendo el motor.

Mi móvil se conecta automáticamente a la pantalla central y marco rápidamente a mi hermano pequeño.

Lo coge cuando estoy saliendo del garaje y rodeando la casa. La música de discoteca retumba por los altavoces y hago una mueca por lo alta que está.

—Joder, Danil.

—¿Alexei? —grita Danil por los altavoces.

—¿Dónde coño estás?

—En el *Neon*.

Maldigo en voz baja. Por supuesto, Danil está de fiesta en la ciudad.

—Te recojo en treinta minutos.

—¿Por qué?

—Porque tenemos un puto trabajo que hacer, por eso. Y tráete a Mikhail también. Supongo que está contigo, ¿no?

Danil se ríe. —Sí, está aquí.

—Intenta despejarte.

Cuelgo el teléfono.

Quizás hubiera sido mejor traer a Dimitri para este trabajo, pero me siento culpable por no pasar más tiempo con Danil. La vez que más tiempo hemos pasado juntos fue en el aniversario de la muerte de nuestros padres, que no fue precisamente una ocasión feliz.

Después de que murieran, asumí el papel de figura paterna para mis hermanos, pero sobre todo para Danil. Apenas tenía dieciséis años cuando murieron, y tenía que asegurarme de que no se fuera por el mal camino.

Lo que es difícil de hacer cuando te has criado rodeado de drogas y alcohol.

Danil y Mikhail me están esperando fuera del *Neon*, ambos con camisas y pantalones negros. Perfecto.

El sitio está abarrotado, con una cola que da la vuelta a la esquina y la música tan alta que juraría que el edificio tiembla por los bajos.

Bajo la ventanilla al llegar a la acera. —Subid al coche.

Danil pone los ojos en blanco mientras abre de golpe la puerta del coche y se sube al asiento del copiloto.

—¿De verdad hay un trabajo?

—Sí. Ya no eres un niño, Danil, tienes que dar un paso al frente y empezar a asumir más responsabilidades en lo que respecta a esta familia.

—Por fin te estás haciendo un hombre, Danil —se ríe Mikhail desde el asiento trasero—. Tío, has estado a punto de pillar esta noche. Si Alexei no te hubiera cortado el rollo.

—Cállate, Mikhail —Danil se gira en su asiento para fulminar con la mirada a nuestro hermano en el asiento trasero—. No soy un puto virgen.

—La forma en que le mirabas las tetas a esa tía hacía parecer que nunca habías visto unas.

—He tenido un montón de mujeres…

—Callaos la puta boca, los dos. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Abro los mensajes en la pantalla y encuentro el nombre de Anton.

Ha compartido su ubicación, así que la importo a mis mapas antes de arrancar. Por una vez, mis hermanos guardan silencio mientras atravieso la ciudad a toda velocidad, siguiendo el punto rojo que me indica que Ricci se dirige a un antiguo complejo de almacenes en Chinatown. Es una zona de mala muerte, lo que me dice todo lo que necesito saber sobre el tipo de negocios en los que se mete Ricci.

Porque resulta que soy el dueño de uno de esos almacenes cercanos, y desde luego no lo uso para guardar putos muebles.

Me aseguro de apagar los faros al acercarnos; la única luz que nos guía proviene de unas pocas farolas viejas y destartaladas.

Veo el BMW negro de Anton a un lado de uno de los almacenes y aparco detrás de él.

Nos quedamos en silencio mientras vemos a Anton salir sigilosamente de su coche y acercarse a mi ventanilla.

—Lleva ahí dentro una hora —dice, apoyándose en el marco de la ventanilla—. Le he metido un rastreador en el coche, para curarme en salud.

Asiento.

—¿Está solo?

Anton asiente.

Vuelvo a asentir.

—Bien, yo me encargo a partir de ahora.

Anton duda un momento, pero luego decide dejarlo estar. Comprende que mis hermanos y yo tenemos que ser los que nos ocupemos de Ricci.

—Mantenme informado —dice, y vuelve a su coche con paso decidido.

La adrenalina me corre por las venas mientras veo a Anton alejarse lentamente, dejándome una vista perfecta del almacén en el que se esconde Ricci.

Su coche está aparcado delante, así que, en cuanto aparezca, estaré listo.

Veinte minutos después, aparece una figura vestida completamente de negro, con la capucha calada sobre la cabeza, que lleva una mochila a rebosar.

Danil se inclina hacia delante.

—Tiene una pinta sospechosa de cojones.

Ricci abre el maletero de su coche y mete la mochila dentro.

Me giro en mi asiento para mirar a mis dos hermanos; sus rostros, envueltos en sombras, esperan mis instrucciones.

—Tenemos que hacerlo rápido, chicos. —Me estiro por encima de Danil para abrir la guantera y les entrego a cada uno una pistola cargada—. Intentad no matarlo antes de que tengamos la oportunidad de conseguir algunas respuestas.

Mikhail se ríe entre dientes.

—Pero podemos herirlo, ¿verdad?

Resulta que un solo golpe seco en la cabeza con la culata de mi pistola es suficiente para poner a Ricci de rodillas. Que se joda el cabrón por llevar la capucha puesta y tener los ángulos muertos al descubierto.

Mikhail no tarda nada en atarle las manos y los pies mientras Danil le tapa la cabeza con una bolsa.

Hacemos falta los tres para llevarlo hasta el Hummer, donde lo lanzo al maletero.

No tenemos que conducir mucho, pero quizá aproveche ese tiempo para pensar en las ventajas de cooperar con nosotros.

No tengo remordimientos cuando se trata de proteger a mi familia. Si tengo que quitar otra vida para proteger a los que quiero, que así sea.

Ya tengo las manos manchadas de sangre; un poco más no importará.

Mikhail y Danil permanecen en silencio mientras maniobro con el Hummer por el complejo de almacenes. Son muy conscientes de que quienes son traídos aquí nunca vuelven a ver la luz del día.

Detengo el coche frente a las persianas metálicas enrollables.

Muchas de las ventanas se han tapiado y he mandado poner barrotes en todas ellas para un nivel extra de protección.

Danil se baja del coche y corre hacia las persianas, introduce el código de seguridad y escanea sus huellas dactilares para desbloquearlas.

Mikhail se inclina hacia delante en su asiento mientras esperamos a que suban las persianas.

—¿Crees que hablará?

—Estamos a punto de averiguarlo.

Conduzco el Hummer hasta el centro del almacén, pues quiero mantenerlo fuera de la vista de cualquiera que pudiera pasar por allí, y lo pongo en punto muerto.

Danil ya está cerrando las persianas y Mikhail sale del asiento trasero y se apresura a rodear el vehículo hasta el maletero.

Salgo del Hummer, cerrando la puerta de un portazo a mis espaldas.

—Atadlo a la silla.

El almacén es húmedo y frío, con solo unas pocas luces parpadeantes en el techo para iluminar el espacio. Pero así es como me gusta.

Puede que parezca abandonado desde fuera, pero el lugar está repleto de armas y celdas subterráneas que han resultado muy útiles a lo largo de los años.

Preferiría mantener la conciencia tranquila y las manos limpias, pero estos cabrones nunca quieren cooperar. Así que tengo que ponerme *creativo*.

Danil arrastra dos sillas plegables oxidadas por el suelo de hormigón y Mikhail obliga a Ricci a sentarse en una de ellas.

Echo los hombros hacia atrás y me crujo los nudillos mientras mis hermanos lo atan a la silla, con la bolsa aún firmemente atada sobre su cabeza.

Cuando terminan, Danil me mira y yo asiento una vez.

Danil sonríe con suficiencia mientras desata los cordones y le quita la bolsa de la cabeza a Ricci.

Entrecierra los ojos mientras estos se adaptan a la penumbra. Tiene la cabeza manchada de sangre. Parece tener más o menos la edad de Emilio, con el pelo canoso y marcadas arrugas alrededor de los ojos. Pero, a juzgar por la anchura de sus hombros, está cachas.

Esto va a ser divertido.

—Tienes información para mí. —Acerco la otra silla plegable y me siento frente a Ricci, rodilla con rodilla.

Sus ojos registran el espacio con furia, lo que solo me hace sonreír.

—No hay salida. Me he asegurado de ello.

Me inclino hacia delante y agarro el borde de la cinta aislante que le cubre la boca y se la arranco, llevándome un puñado de su vello facial canoso con ella.

Ricci grita de dolor.

—Créeme, eso no es *nada* comparado con lo que te voy a hacer si no cooperas. Ahora, canta.

Meto la mano en la funda de mi tobillo y saco una navaja de quince centímetros.

Sus ojos se abren de par en par mientras forcejea contra sus ataduras.

Mikhail y Danil se colocan a cada lado de él, con las pistolas cargadas y listas, mientras nos observan en silencio.

—¿Sabes dónde estás, Ricci? —Me recuesto en mi silla, apoyando la navaja en mi muslo.

Sus ojos permanecen fijos en la navaja, pero él no dice nada.

—Te he hecho una pregunta.

—N... no. —Le empiezan a caer gotas de sudor por la frente.

—Compré este almacén hace nueve años. Pensé que sería el lugar perfecto para torturar al cabrón que mató a mis padres.

Ricci palidece y baja la mirada, dándome toda la confirmación que necesito.

Permanezco inmóvil. Necesito respuestas antes de librar al mundo de esta escoria. —¿Estás de acuerdo?

—S-sí.

Entrecierro los ojos mientras me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en los muslos.

—Bien, porque, según tú, su asesino sigue suelto.

—¿Q-qué? Yo... yo no...

Miro a Danil, que le estampa la boca del cañón de su pistola en el otro lado de la cabeza a Ricci.

El sonido del metal al chocar contra el hueso retumba a nuestro alrededor, seguido de un gemido profundo.

Ricci deja caer la cabeza, jadeando pesadamente.

—Sus balbuceos empiezan a tocarme los cojones.

Suspiro, miro a Mikhail y asiento. Él le quita el seguro a la pistola.

Vuelvo a fijar la mirada en Ricci. —¿Disparas con el brazo derecho, verdad?

Mikhail presiona la pistola contra el hombro derecho de Ricci.

—No, no. S-se lo juro. —Levanta la cabeza lo suficiente para mirar de reojo a Mikhail.

Levanto la mano y Mikhail baja un poco la pistola, sin apartar los ojos del rostro de Ricci.

—¿Que me juras qué, exactamente? —recorro el filo de mi cuchillo con el índice. Está muy afilado, y no pienso sangrar por este cabrón.

—Q-que no sé n-nada.

—Respuesta equivocada.

Muevo la muñeca con un gesto rápido y le hago un corte en la mejilla con el filo del cuchillo.

Ricci sisea de dolor, pero la sangre que le corre por la cara apenas alivia la rabia que empieza a bullir bajo mi piel.

—Por favor. No tengo... i-información.

Miro a mis hermanos, que se encogen de hombros.

Sabemos que miente, pero tengo que jugar bien mis cartas. Necesito mantenerlo con vida el tiempo suficiente para que hable, pero parece que se le ha trabado un poco la lengua.

No pienso perder el tiempo esperando a que se le suelten los labios, tengo una esposa a la que volver a casa.

—¿Sabes qué? Quizá el golpe en la cabeza te está haciendo olvidar cosas.

Miro a mis hermanos. —Creo que un par de noches en régimen de aislamiento cambiarán su respuesta.

Capítulo Veintidós

BIANCA

No he visto a Alexei más que unos pocos minutos seguidos en los últimos días. Ha estado llegando a casa a cualquier hora de la madrugada, distraído y cansado. Y juraría que una noche le vi sangre en la camisa blanca...

Pero me callo, sobre todo porque sigo vomitando.

La excusa de la intoxicación alimentaria no funcionará para siempre, y no tardará en darse cuenta, y yo no estoy preparada para tener esa conversación.

No hasta que esté cien por cien segura de que es una que tenemos que tener.

Estoy sentada junto a la ventana de mi dormitorio, mirando el camino de entrada mientras Alexei, Mikhail y Danil se suben al Hummer. Soy muy consciente de que Dimitri está abajo, sin duda para vigilarme. Pero creo que los vómitos le dan grima, así que se queda en el salón y yo me quedo aquí, esperando a que se me pasen las náuseas.

En el momento en que Alexei sale del camino de entrada y se dirige a las puertas del linde de la propiedad, saco el móvil para hacer un FaceTime con Zara.

—¿Qué tal está la futura mamá? —me sonríe a través de la pantalla, con un brillo travieso en sus ojos verdes.

—Zara —gimo, frotándome las sienes.

—Perdona —se ríe—. Ya sabes que la única forma que tengo de lidiar con las cosas es con humor. En fin, ¿qué pasa?

—Voy a pedirte el favor supremo de mejor amiga.

—Dispara.

—Necesito que me pidas cita con un ginecólogo.

—Eso es bastante fácil —se deja caer en la cama, tumbándose boca abajo mientras apoya el móvil en las almohadas.

—Sí, el problema va a ser llegar hasta allí. Sobre todo con Dimitri abajo.

—Supongo que tienes un plan para eso, ¿no?

Suelto un largo suspiro, consciente de que a Zara no le va a gustar mi idea. —Sobre eso...

—A ver si adivino. ¿Quieres que vaya y finja que me gusta para mantenerlo distraído? —Zara arruga la nariz en señal de desaprobación.

—No es para tanto.

—Pero preferiría ir contigo a la cita.

—Alguien tiene que quedarse a distraer al niñero. Y a Dimitri pareciste gustarle bastante el otro día. —Aunque no quiero dejar a Zara sola con Dimitri, no se me ocurre una opción mejor para asegurarme de que no se dé cuenta de mi ausencia.

—Sí, no creo, pero da igual. Te ayudaré. Sin embargo, me debes una muy gorda por esto.

—Distraer a Dimitri es la parte fácil, lo complicado va a ser llevarme a la consulta.

—Tengo una idea —una lenta sonrisa se extiende por su rostro.

Los ojos de Dimitri están fijos en mí mientras entro en el salón después de ducharme y arreglarme. —¿Te encuentras mejor?

Zara me ha mandado un mensaje para decirme que me ha conseguido una cita de última hora con una doctora en el Upper East Side. Una tal Dra. Waite que tiene muy buenas recomendaciones.

—Por fin consigo retener unas cuantas galletas saladas, así que algo es algo.

—Parpadea dos veces si crees que Alexei te está envenenando —Dimitri se ríe.

Es la viva imagen de la tranquilidad, recostado en el sofá con un tobillo sobre la rodilla. Ha cambiado sus habituales pantalones negros y camisa blanca por unos vaqueros oscuros y una camisa de botones azul pálido.

Debo de estar mirándolo fijamente porque sonríe. —Estoy fuera de servicio.

—Ah, ¿así que ese es tu uniforme de niñero? —me dejo caer en el sofá de enfrente.

—Oh, creo que las dos sabemos que puedes cuidarte sola.

—Intenta decírselo a tu hermano —doblo las piernas debajo de mí.

—A veces es un cabrón sobreprotector. Hacía lo mismo con Mikhail y Danil después de que nuestros padres murieran. Bueno, hasta cierto punto todavía lo es.

Intento ocultar mi sorpresa ante la mención de los padres de Alexei, pero parece que a Dimitri no se le escapa nada.

—No habla mucho de ellos.

—No.

—No es muy hablador en general —Dimitri niega con la cabeza —. Pero no puedes negar que se preocupa. Quiero decir, la forma en que está contigo... Nunca le había visto así...

Unos fuertes golpes en la puerta principal hacen que ambos miremos hacia ella.

Se me hace un nudo en el estómago mientras miro a Dimitri, intentando leer su expresión.

—Qué cojones... —Dimitri se pone en pie—. Se supone que Alexei no volvía todavía.

Intento mantener una expresión neutra mientras me desenredo del sofá y lo sigo.

—¿Hola? —Zara vuelve a golpear la puerta.

Dimitri se queda helado, con los anchos hombros en tensión. Poco a poco, me mira por encima del hombro, con las cejas

arqueadas.

—¿Puede abrirme alguien, por favor?

Me encojo de hombros y hago lo posible por fingir sorpresa ante la repentina aparición de mi mejor amiga.

Los hombros de Dimitri se sacuden con una risa silenciosa mientras abre la puerta principal y se hace a un lado para dejar entrar a Zara.

—Ya era hora —se echa la coleta por encima del hombro. Arruga la nariz al mirar a Dimitri—. ¿Tú estás siempre aquí?

—Qué alegría volver a verte, Zara —se ríe él.

—Mmm, no puedo decir lo mismo.

—Supongo que Alexei no está al tanto de nuestra pequeña invitada, ¿verdad? —me mira.

—Puedo explicarlo... —miro a Dimitri.

—Oh, esto va a ser bueno —Dimitri se cruza de brazos sobre su ancho pecho.

—He venido en Uber —Zara se encoge de hombros.

—¿Has venido en Uber? —un profundo ceño aparece entre sus cejas mientras la observa.

Tiene raspones visibles en las manos y las rodillas de los vaqueros están rozadas y manchadas.

Se da cuenta de que la está mirando y se cruza de brazos, metiéndose las manos heridas bajo las axilas. La forma en que ni siquiera se inmuta ante la imponente complexión y los músculos interminables de Dimitri hace que me muerda el interior de la mejilla para ocultar mi sonrisa.

Ella asiente. —Sí.

—No he visto ningún coche bajar por el camino de entrada.

—Me ha dejado en las puertas.

—No he recibido ninguna notificación en la cámara.

—Debe de estar rota.

Los ojos de Dimitri recorren a Zara, y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—Con todo este dinero, deberías invertir en mejor seguridad.

—Tomo nota. —Los ojos de Dimitri siguen entrecerrados.

—¿Has terminado con el interrogatorio o ya puedo pasar el rato con mi amiga?

—Zara. —La cojo del brazo—. ¿Por qué no vamos a prepararnos un té?

Consigo apartar a Zara y la arrastro a la cocina, donde me pongo a preparar un té.

Zara, en cambio, va directa a la nevera y empieza a sacar todos los aperitivos que encuentra.

—Por favor, sírvete. —Dimitri se ríe entre dientes y entra unos instantes después.

No me cabe duda de que le ha enviado un mensaje a Alexei para informarle de la llegada de Zara, y sé que tendré que inventarme una buena explicación de cómo ha llegado hasta aquí, pero ahora mismo tengo cosas más importantes en las que centrarme.

—Estás forrado, así que creo que puedes permitirte darme algo de comer. —Zara se sienta en la isla y empieza a devorar unas galletas saladas con hummus.

Le robo una galleta, con la esperanza de que me asiente el estómago.

—Oh, hay muchas cosas que podría darte de comer, *pcholka*.

Casi me atraganto con la galleta, y Zara se queda con la boca abierta mientras mira a Dimitri.

Zara resopla. —¿Eres increíble, sabes?

—Me lo han dicho un par de veces.

—¿No tienes nada mejor que hacer que quedarte aquí con nosotras? Porque, que yo sepa, no he venido a pasar el rato contigo.

—Vaya. —Dimitri se lleva la mano al pecho.

Miro a Dimitri. —¿Te importa darnos un minuto?

Zara pone los ojos en blanco antes de meterse en la boca una galleta untada de hummus.

—Se supone que no debo perderte de vista.

—Yo no te delataré si tú no lo haces.

Dimitri mira una vez más a Zara y entrecierra los ojos hacia mi amiga cuando ella le saca la lengua.

—Creo que empiezo a dudar de tu gusto para las amigas, Bianca… —Se levanta del taburete—. Estaré en el salón.

Ni Zara ni yo hablamos hasta que los pasos de Dimitri empiezan a desvanecerse. Me tiemblan las manos, así que las envuelvo alrededor de mi taza de té para intentar mantenerlas quietas.

—Esto no va a funcionar. —El pánico empieza a apoderarse de mí —. Es imposible que no se entere.

—¡Chis! —Zara mira por encima del hombro—. Está todo bajo control.

—No tengo forma de pagarlo.

—Yo me encargo.

—Zara, no. Serán cientos de dólares. —Me paso las manos por el pelo, intentando ignorar mis pensamientos acelerados.

—Necesitas esa cita, así que ya está arreglado. La he puesto a mi nombre para intentar borrar nuestras huellas.

—Cuando se lo diga a Alexei, yo… te lo prometo… —Se me quiebra la voz y tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Lo sé. —Zara me coge la mano—. Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Ahora, deberías irte ya.

—Hablando de eso, ¿cómo demonios salgo de la casa?

Una vez que Zara me ha explicado con todo lujo de detalles los pasos que debo seguir para llegar a su coche, respiro hondo y me seco debajo de los ojos. No quiero que Dimitri sospeche aún más.

Me aprieta la mano. —¿Lista?

Asiento y la cojo de la mano al salir de la cocina para dirigirnos hacia el salón.

—¿Tienes algo un poco más fuerte para beber? —pregunta Zara mientras cruzamos el umbral del enorme salón—. Con el té no me llega.

Dimitri levanta la vista de su móvil, con los ojos entrecerrados al mirarnos.

—Tienes pinta de ser el tipo de hombre que tiene por ahí una botella de whisky escocés más vieja que mi abuela.

Me aguanto la risa cuando Zara me suelta la mano para dirigirse directamente al carrito de las bebidas que hay en un rincón de la sala.

Está repleto de botellas de líquido ambarino e innumerables vasos de cristal que probablementen cuestan más que el alquiler de la mayoría de la gente.

—Deja que lo haga yo. —Dimitri se pone en pie.

—Qué caballeroso.

—Creo que simplemente no se fía de ti con los vasos.

Dimitri me dedica una sonrisa.

Zara frunce el ceño, pero se aparta para dejar que Dimitri prepare las bebidas. Se deja caer en el sofá, sin apartar la mirada de Dimitri mientras este se pone a servir tres vasos de whisky.

Me llega el olor y se me revuelve el estómago.

—Sabes, tengo un dolor de cabeza horrible. —Hago una mueca mientras me froto la sien—. Creo que voy a tumbarme un rato.

Zara me mira, pero no se levanta. —¿Ah, sí? ¿Estás bien?

Dimitri deja lo que está haciendo y me mira por encima del hombro.

Me preocupaba no parecer convincente, pero el olor del alcohol está haciendo maravillas para provocarme náuseas, y una fina capa de sudor empieza a cubrirme la frente.

—Sí, estaré bien. Puedes quedarte si quieres.

—¿Quieres que me quede aquí sola?

—Yo puedo hacerte compañía —dice Dimitri con vozarrón, cogiendo dos vasos de whisky y acercándose al sofá.

—Pórtate bien —le advierto a Dimitri, que solo sonríe más ampliamente mientras ocupa el sitio junto a Zara.

—Nunca —se ríe Dimitri entre dientes.

Zara inclina ligeramente la barbilla para hacerme saber que está bien.

Me lo tomo como la señal para irme, sabiendo que no tengo mucho tiempo para ir a la ciudad y volver antes de que a Dimitri se le ocurra venir a ver cómo estoy.

Aunque espero que su gran interés por mi amiga lo mantenga ocupado el tiempo suficiente para que no se dé cuenta de nada.

Mantengo un paso tranquilo hasta que llego a la puerta principal.

No hay una forma fácil de salir de la casa sin ser vista. Todas las puertas tienen cámaras, y algunas incluso acceso por huella dactilar.

No he tenido tiempo de probar cuáles son a prueba de Bianca, así que voy a ser valiente y he decidido salir a hurtadillas por la puerta principal.

Solo espero que, una vez fuera de la propiedad, sea difícil seguirme la pista si me mantengo entre los árboles.

Zara ha dejado su coche en el otro extremo del parque que da a la parte trasera de la casa, así que solo tengo que escalar la valla.

Si Zara pudo hacerlo, yo también.

Si todo va según lo previsto, volveré en dos horas y nadie se dará cuenta de nada.

A menos que a Alexei le dé por revisar las grabaciones de seguridad...

Quizá sería un buen momento para soltarle la noticia del embarazo.

No tengo elección. Necesito ver a un médico y confirmar mis sospechas.

Así que, ignorando los martillazos de mi corazón y el pitido en los oídos, salgo sigilosamente por la puerta principal y empiezo a correr hacia los árboles.

La falta de alimento de la última semana no tarda en pasarme factura. Estoy débil y mareada mientras corro entre los árboles.

Es media tarde y el sol de principios de mayo cae a plomo; los árboles que me rodean apenas dan sombra.

Estoy sudando y agotada, pero al final la valla aparece ante mí. Mide casi el doble que yo y tiene alambre de espino por toda la parte de arriba.

—¿Pero qué coño, Zara?

Me advirtió sobre la valla, pero no me di cuenta de que era tan alta y peligrosa.

Miro a mi alrededor. —Supongo que voy a tener que trepar a un árbol.

Nunca fui una niña atlética, y desde entonces no he cambiado.

Tengo las uñas sangrando y las rodillas llenas de arañazos y sangre mientras trepo por el que me pareció el árbol más propicio. Resulta que da igual una mierda. Todos los árboles son un asco, y ojalá pudiera pasarme el día escondida bajo las sábanas.

Lo que es aún peor es la caída que hay al otro lado. Es imposible que me mantenga en equilibrio sobre la valla por el alambre de espino. Voy a tener que dar un salto de fe.

—Bueno, si no me mata Alexei, puede que lo haga esto. Allá voy.

Respiro hondo y me impulso desde el árbol.

El suelo se precipita hacia mí y suelto un gruñido de dolor al chocar contra la hierba.

Me fallan las rodillas y caigo con todo el peso sobre el hombro derecho, rodando una y dos veces hasta que quedo tumbada boca arriba, mirando al cielo.

Se me escapa una risa histérica cuando me doy cuenta de que esa era la parte fácil.

Sé que debo de tener una pinta horrible mientras estoy sentada en la sala de espera del ginecólogo.

Mis vaqueros tienen una enorme mancha de hierba en el culo, tengo las manos destrozadas y mi pelo se parece más a un nido de pájaros que a un peinado chic desenfadado.

Todas las demás embarazadas tienen ese brillo del que todo el mundo habla.

¿Lo tendré yo?

Al contemplar sus barrigas perfectas, se me revuelve el estómago.

¿Y si no estoy embarazada?

La punzada de decepción me pilla por sorpresa, pero no tengo tiempo de darle más vueltas porque el médico aparece y me mira directamente.

—¿Zara Mullens?

Tardo un segundo en darme cuenta de que el médico se refiere a mí.

—Sí. —Me pongo en pie.

—Hola, señorita Mullens, soy el Dr. Waite. —Me tiende la mano para que se la estreche.

Me encojo cuando se da cuenta de los arañazos ensangrentados de mis palmas.

Pero no hace ningún comentario al respecto. —Por aquí, por favor.

Me guía por un pasillo estrecho y me hace entrar en una sala de exploración.

—Si quiere ponerse esta bata y acomodarse en la camilla, podemos empezar. Volveré en un par de minutos.

Me cambio rápidamente y me pongo la fina bata de papel.

Me siento ridícula por haberme metido en este lío, pero ya no hay nada que pueda hacer.

El Dr. Waite aparece unos minutos después, con una cálida sonrisa en el rostro mientras toma asiento a mi lado.

—Entonces, ¿quiere ver a su bebé hoy?

—Yo... Eh... Quería confirmar si estoy embarazada.

—Claro, no hay problema. La había citado para una ecografía, pero si lo que necesita es un análisis de sangre, puedo organizarlo. Los resultados pueden tardar unos días, y entonces podemos citarla para una ecografía temprana...

—Oh, no, yo... —Hago todo lo posible por parecer tranquila, pero no puedo arriesgarme a escaparme otra vez. Necesito saberlo *ahora* —. Lo siento, me he liado. La ecografía está bien. E-estoy embarazada seguro.

—¿Sabe de cuánto podría estar?

—No estoy segura. ¿Quizá seis semanas? He perdido la cuenta...

—No se preocupe. Debería poder decírselo cuando tenga una imagen clara en la ecografía. Si no le importa poner los pies en los estribos, podemos empezar. —Acerca un carrito con un pequeño monitor y se pone unos guantes.

El corazón me retumba en los oídos y los ojos se me llenan de lágrimas al recostarme.

Ojalá Alexei estuviera aquí.

Hago todo lo posible por quedarme quieta mientras introduce lentamente la sonda ecográfica. El Dr. Waite tiene el ceño fruncido, lo que me está poniendo nerviosa.

—A veces, el feto tarda un momento en aparecer... —Mueve la sonda un poco—. Intente relajarse.

Intento hacer lo que me dice y cierro los ojos con fuerza, tratando de ignorar la extraña sonda hurgando en mi interior.

—Ah, aquí está. Hola, pequeñín.

—Oh, Dios mío. —Abro los ojos para mirar la pantalla—. ¿Lo dice en serio?

—Aquí está. —Señala una mancha en la pantalla—. Ese es su bebé, justo ahí.

Ya no hay forma de negarlo. ¿Qué voy a hacer ahora?

Capítulo Veintitrés

ALEXEI

—Es tu última oportunidad, Ricci, porque se me ha acabado la puta paciencia.

—Por favor.

—Ya me da igual que vivas o mueras, así que tú decides cómo quieres dejar este mundo. O me das la información que sé que tienes o te quedas aquí para pudrirte y morir de hambre.

—Yo…, yo… —Escupe sangre por la boca mientras forcejea contra las ataduras.

Me le encaro. —Sabemos que enviaste ese correo.

Apesta a sangre y a meados. Es jodidamente patético. Lleva tres días en esta celda y todavía no ha soltado prenda, así que mi paciencia se ha agotado oficialmente.

—Así que dime lo que sabes y podré protegerte. Porque, créeme, Ricci, te conviene estar de mi lado. Esos cabrones creen que pueden joderme, pero no tienen ni idea de con quién se están metiendo.

Él niega con la cabeza, pero permanece en silencio.

—Muy bien. Adiós. —Me levanto y salgo de la celda, cerrando la puerta tras de mí.

Antes de que se cierre de golpe, grita: —Vale.

Sonrío para mis adentros, pero me compongo antes de volver a entrar.

—¿Qué has dicho?

La nuez de Ricci sube y baja mientras me mira; su ojo izquierdo ya está completamente cerrado por la hinchazón del golpe que le di hace una hora.

—Te lo diré. —Hace una mueca de dolor con cada palabra.

—Veamos si esta información vale lo que tu vida.

—Ivanov. Está más metido en esto de lo que crees.

—¿Qué coño significa eso? Mi familia no tiene nada que ver con la *bratva* de los Ivanov.

En los ojos de Ricci brilla algo parecido a la diversión y me hierve la sangre.

Saco la pistola y le apunto a la entrepierna. —Habla. ¡Ahora!

—Hay muchas cosas que no sabes. Muchas que tu padre no te contó.

Mi pecho sube y baja con cada respiración, mi cuerpo es un manojo de rabia y adrenalina mientras intento descifrar de qué coño está hablando.

—¡No me gustan los putos acertijos! ¡O me dices lo que sabes o te vuelo la puta polla y te dejo aquí para que te desangres!

—Tu padre… —La voz de Ricci es ahora apenas un susurro—. No era tan fiel como crees.

—¿Qué quieres decir?

Ricci me mira, y su expresión ya no es de miedo, sino de placer.

—Digamos que Alexei Koslov sénior no se la guardaba en los pantalones —ríe Ricci entre dientes.

¿Mi padre engañó a mi madre?

Apenas soy consciente de que le estoy apuntando a la cara y aprieto el gatillo. No lo soy hasta que su cabeza se desploma sobre los hombros con una herida de bala en mitad de la frente.

—¿Cómo te atreves a hablar de mi padre? —Le meto otra bala en el pecho—. Que te jodan.

El capullo se lo ha buscado.

Yo no pongo las reglas. Si quería hablar mal de mi difunto padre, entonces voy a asegurarme de que su cuerpo quede irreconocible para cuando acabe con él.

¿Cómo se atreve a intentar manchar la reputación del hombre más fiel y noble que he conocido?

Le haré pagar por haber dicho semejantes mentiras.

Le doy un puñetazo en la cara. Otra vez. Y otra.

No paro hasta que me duelen los brazos y apenas puedo levantarlos. Jadeando, miro lo que queda del hombre que pensó que podía insultar la memoria de mi padre.

Se oyen unos pasos y miro por encima del hombro para encontrar a Mikhail mirando a Ricci con una mezcla de horror y asombro en los ojos.

—¿Qué coño ha pasado?

—Al final ha demostrado que solo decía gilipolleces. —Me limpio la cara con el dorso de la manga.

He elegido el puto día equivocado para vestir de blanco.

Mikhail se acerca a Ricci con paso decidido y le da un empujoncito con el pie.

—Has querido asegurarte bien, ¿eh? —ríe entre dientes—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada que valga la pena repetir. Limpia este estropicio y deshazte del cuerpo. —Mi propia voz me suena extraña.

—En ello. —Mikhail se remanga la camisa.

Ni siquiera le dedico una última mirada a Ricci mientras subo las escaleras con paso furioso hacia la planta principal del almacén, donde Danil está ocupado reponiendo las armas en el Hummer.

—He oído los disparos. ¿Ha cantado Ricci por fin? —Lanza unos cuantos rollos de cuerda al maletero.

No digo nada, no quiero ni volver a pensar en Matteo Ricci.

Necesito salir de este puto sitio y despejarme.

¿Por qué coño diría algo así de mi padre?

A no ser que Gilanto le tuviera echadas las garras a Ricci desde el principio y quisiera que yo perdiera los estribos…

Tiene que ser eso. No hay otra alternativa que pueda considerar.

Danil me pone una mano en el hombro. —¿Alexei? ¿Todo bien?

Me zafo de su agarre de un tirón.

—Todo bien.

El móvil me vibra en el bolsillo, así que lo saco y lo uso como excusa para alejarme de Danil.

—Qué *coño*.

Parpadeo. Esto tiene que ser un error. ¿Pero qué coño está pasando?

Desbloqueo el móvil y marco el número de Dimitri.

—*¡Brat!* No esperaba tu llamada…

—¿Dónde coño está Bianca?

Dimitri se queda en silencio un momento. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que acabo de recibir una notificación en el móvil que dice que está en una clínica ginecológica del Upper East Side.

¿Por qué iba a estar en la ciudad cuando le dije *específicamente* a mi hermano que la mantuviera en la *puta casa*?

—¿Qué?

—Registra su puta habitación, *ahora*.

Dimitri resopla al otro lado de la línea y tengo que apretar los dientes para no perder los estribos por completo.

—Solo tenías un puto trabajo.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme sentado delante de su puerta a todas horas?

—¡Eso es exactamente lo que quería que hicieras!

—Eres jodidamente ridículo.

—No dirás lo mismo si Gilanto le ha puesto las manos encima. —Se me hiela la sangre solo de pensarlo—. Como le haya pasado algo, Dimitri...

No quiero terminar la frase. No puedo.

Dimitri respira con dificultad al otro lado. —¿Has venido por eso?

Parpadeo. —¿Qué?

Una voz femenina ahogada dice algo que no logro entender al otro lado del teléfono.

—¿Quién es? Te lo juro por Dios, Dimitri.

—Es Zara.

—¿Zara? ¿Qué *coño* hace Zara en casa?

—Ha venido ella.

Casi aplasto el móvil en la mano. Por si no tuviera ya bastante, va Bianca y hace lo único que le pedí que no hiciera.

Dimitri pregunta: —¿Por qué coño está Bianca en un ginecólogo?

—¿Tú por qué crees? —se burla Zara.

La voz de Dimitri se apaga. —¡Oh, *mierda*!

—No me jodas. —Cuelgo el teléfono.

Me tiembla el cuerpo entero y lo que más deseo es estamparle el puño en la cara a Dimitri.

Tenía un puto trabajo y ni siquiera ha sido capaz de hacerlo.

—Danil, necesito que tú y Mikhail volváis a casa con Anton. Tengo que hacer un recado.

Llamo al móvil de Bianca mientras conduzco a toda velocidad por la ciudad, pero comunica una y otra vez, lo que me cabrea todavía más.

La cabeza está a punto de estallarme con todo lo que tengo que resolver. Pero mi máxima prioridad tiene que ser Bianca.

El hecho de que haya sentido la necesidad de ocultármelo me revuelve las tripas.

Creía que nuestra relación era mejor que eso, pero puede que, al final, todo estuviera en mi cabeza.

Si de verdad está embarazada...

Los nudillos se me ponen blancos al agarrar el volante y pisar a fondo el acelerador.

No puedo permitir que esté sola por la ciudad si podría estar esperando un hijo mío. Un hijo que ahora sería considerado el heredero de la bratva Koslov.

Si esto llegara a oídos de Gilanto, sé que no pararía hasta meterle una bala directa en el vientre.

Puede que incluso la haya interceptado de camino al médico.

Sé a ciencia cierta que la gente como Gilanto tiene a la mayoría de los profesionales médicos de la ciudad cogidos por los huevos. Una llamada y todo podría haber terminado.

Es como si otra persona se hubiera apoderado de mi cuerpo y yo lo observara desde arriba. No siento las manos cuando desvío el

Hummer y lo subo a la acera, frente a la consulta del ginecólogo. No siento los pies cuando subo corriendo los escalones de la entrada e irrumpo por la puerta de dos hojas, casi chocando con una mujer en avanzado estado de gestación.

—¡Eh!

Ya la he pasado de largo y me dirijo al mostrador de recepción.

—¿Dónde está? —pregunto, dando un golpe con las manos sobre el mostrador.

La joven que hay detrás salta, llevándose las manos al pecho mientras me mira de arriba abajo. —¿Q-quién?

Sé que tengo un aspecto horrible, con la ropa manchada de sangre y apestando a sudor y meado, pero ya me da igual. Necesito ver a Bianca con mis propios ojos.

—Bianca —replico bruscamente.

—Yo... Eh, no hay ninguna Bianca...

—A la mierda. —Me aparto del mostrador y me dirijo a las salas de exploración.

—¡Señor! Señor, no puede...

La ignoro mientras giro a la derecha y avanzo por un pasillo estrecho.

La mayoría de las puertas a ambos lados están abiertas y echo un vistazo en cada una, sintiendo que un nudo se me forma en el estómago a medida que las encuentro todas vacías.

Por favor, que esté viva.

Solo queda una puerta más, al final de este pasillo. Si no está aquí, entonces no hay duda de que he llegado demasiado tarde. A saber qué podría estarle haciendo Gilanto ahora mismo.

Un sudor frío me recorre la nuca cuando alargo la mano hacia el pomo y abro la puerta de golpe.

—¿Alexei?

Mis ojos se clavan en Bianca, tumbada en la camilla de exploración con las piernas levantadas sobre los estribos. Sus brillantes ojos azules se abren como platos al verme.

—¿Alguien quiere decirme qué coño está pasando? —Miro al médico que en ese momento le está pasando una especie de sonda entre las piernas.

Me mira por encima del hombro, impasible ante mi aspecto ensangrentado, como si no fuera nada fuera de lo normal en su trabajo.

—Lo siento, señor, pero no puede estar aquí...

—No pasa nada, doctor Waite. —Bianca respira hondo y me mira —. Es el padre.

Oh, joder.

Capítulo Veinticuatro

BIANCA

No hay más que dolor y traición en los ojos de Alexei cuando me mira.

Una parte de mí no se sorprende de que me haya encontrado. Lo que sí me sorprende es que haya aparecido cubierto de sangre y apestando a saber Dios qué.

—Alexei...

Como si el hecho de que pronunciara su nombre lo sacara de un trance, parpadea y mira al doctor Waite.

—¿Está embarazada?

La vista se me empieza a nublar al observar la furia en su rostro. Apenas puede soportar mirarme.

No quiere esto.

—Sí, lo está.

Alexei asiente, frunciendo el ceño profundamente.

Contengo la respiración mientras cierra la puerta tras de sí.

Mis dedos arden en deseos de alcanzarlo, de sentir la calidez de su contacto.

—Déjeme ver —dice, y cruza la habitación con paso decidido hasta situarse junto al doctor Waite.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras el doctor Waite ajusta la sonda y muestra la imagen en el monitor.

—Ahí tiene a su bebé.

Un sollozo ahogado se me escapa de los labios mientras desvío la mirada de la pantalla al rostro de Alexei, a la frialdad de su expresión.

—¿De cuánto está?

—De unas siete semanas.

Alexei asiente.

Deseo más que nada en el mundo que me mire.

Siete semanas situarían la concepción del bebé en la noche de mi estudio de arte. La primera vez que nos acostamos y vi una faceta de Alexei que empezaba a adorar. Quizá incluso a amar...

Esa faceta parece ahora tan lejana.

Se cruza de brazos sobre el pecho.

—¿Hemos terminado aquí?

Tengo que apartar la mirada, humillada y dolida por su forma de actuar.

El doctor Waite asiente y retira lentamente la sonda.

—Sí. Le pediré a Rebecca, en recepción, que programe otra ecografía para cuando esté de doce semanas.

—Bien.

—Alexei...

Sacude la cabeza.

—Vístete. Estaré fuera.

Se va y cierra la puerta a su espalda.

En el momento en que la puerta hace clic, no puedo contener más las lágrimas.

El doctor Waite me limpia en silencio y luego me deja para que me vista a solas.

Me tiemblan los dedos mientras me pongo los vaqueros y la camiseta de tirantes.

Sabía que se enfurecería cuando finalmente se enterara de mi escapada. Pero tenía la esperanza de que ver al bebé, a *nuestro* bebé, suavizaría el golpe, y que entendería por qué lo hice.

Lo que no esperaba era esta frialdad. En el peor de los casos, pensé que discutiríamos y nos gritaríamos hasta desahogarnos.

Pero Alexei apenas soporta mirarme, y ahora tengo que volver a casa con él. Y ahora ambos sabemos que llevo un hijo suyo.

No hay forma de que pueda escabullirme y huir, y, en el fondo, no quiero. *Quiero* hablar de esto. Quiero que lleguemos a un punto en el que podamos tener una conversación en condiciones sobre lo que vamos a hacer, pero es difícil hacerlo cuando Alexei me está aplicando la ley del hielo.

Me seco las lágrimas de debajo de los ojos y me aliso el pelo, respiro hondo para calmarme y abro la puerta del despacho del doctor Waite.

Alexei está apoyado en la pared de enfrente, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el suelo.

Su camisa blanca está cubierta de sangre, y distingo moratones de un color morado oscuro en el dorso de sus nudillos.

—¿Qué te ha pasado?

Se separa de la pared.

—Vámonos.

Vacilo, con ganas de insistir, pero entonces me tiende una mano para que la coja. El gesto basta para hacer añicos los últimos muros que rodeaban mi corazón.

—Lo... lo siento.

Me coge de la mano y me arrastra a su lado mientras caminamos por el pasillo hacia la recepción.

Sus dedos están fríos y no hay ternura alguna en su contacto.

Intento soltarme, pero él solo aprieta más fuerte.

—Alexei, me haces daño.

—Hemos terminado aquí.

No se me escapa cómo la chica rubia se encoge cuando Alexei la mira.

Este no es el hombre que conozco.

Este no es el hombre que me construyó un estudio de arte y se sentó conmigo durante horas mientras yo pintaba.

Este no es el hombre que me hizo el amor en su cama durante horas hasta que ambos nos quedamos dormidos, enredados en los brazos del otro.

Este hombre no es más que un desconocido.

—Alexei...

Me arrastra fuera, hasta donde el Hummer está medio abandonado sobre la acera.

—He... he venido en el coche de Zara...

—Ya me ocuparé de eso más tarde —me interrumpe. Abre de un tirón la puerta del copiloto y me mete dentro.

Apenas puedo ver a través de las lágrimas mientras me subo al asiento.

Alexei se inclina y me abrocha el cinturón, y me llega una ráfaga de su olor.

Es su habitual olor almizclado, pero tiene un regusto cobrizo por la sangre que casi me da una arcada.

¿Es esto lo que ha sido todo el tiempo? ¿He estado demasiado ciega para darme cuenta?

Contengo la respiración mientras termina de abrocharme el cinturón y cierra la puerta de un portazo, haciéndome respingar. Mientras que antes me habría rozado, deslizado los dedos por mi muslo o presionado los labios contra mi pelo, es como si hubiese accionado un interruptor y ahora no sintiera más que repulsión por mí.

Es como una puñalada en el corazón. Cien veces peor después de acabarme de enterar de que llevo un hijo suyo.

Alexei rodea el coche por delante y se sube al asiento del conductor.

Mantengo la vista baja y las manos en el regazo mientras el motor ruge y cobra vida.

Espero la explosión. La ira y la decepción. Que me diga lo traicionado que se siente por mi imprudencia, sobre todo después de todo lo que ha hecho para garantizar mi seguridad.

Pero nunca llega.

Alexei permanece en silencio.

El único indicio de que está enfadado es la forma en que sus nudillos amoratados se vuelven blancos al agarrar el volante.

Estamos casi en casa y no quiero tener esta conversación delante de Dimitri o Zara. Tiene que ser ahora.

—Alexei… —Se me quiebra la voz mientras me giro en el asiento. Contemplo las hermosas líneas de su rostro, su pelo oscuro y esa insinuación de barba incipiente que he llegado a anhelar contra mi piel—. Di algo.

El músculo de su mandíbula se contrae, pero permanece en silencio.

—*Por favor.*

Gira para entrar en el camino de la casa, y la visión de la enorme mansión hace que se me haga un nudo en el estómago.

No puedo quedarme encerrada en esa casa con él, no cuando está así.

—¡Alexei! —golpeo el salpicadero con la mano.

El coche se detiene con una sacudida y Alexei apaga el motor, con la vista aún fija al frente.

—Dime qué estás pensando, por favor.

Su pecho sube y baja al coger aire y me preparo para lo que está por venir.

Aceptaré lo que sea que me eche en cara. No me importa. Cualquier cosa es mejor que este silencio.

—Entra en la casa —su voz es apenas un susurro.

Casi me río.

—¿Eso es todo? ¿No tienes nada más que decirme?

—Créeme, Bianca. Tengo mucho que decir —su voz es grave y fría, y sigue sin mirarme a los ojos.

—¡Pues dilo de una puta vez!

Le tiembla la mandíbula y por un momento creo que va a estallar, pero se limita a apretar con más fuerza el volante.

—Entra. En casa. Ahora.

Me le quedo mirando un segundo más. A lo lejos que está, a pesar de estar sentado aquí mismo, a mi lado.

Mi Alexei se ha ido. Lo he perdido.

Con el corazón hecho añicos, me desabrocho el cinturón de seguridad y salgo del coche.

Subo los escalones de la entrada y abro la puerta principal, con las lágrimas cegándome mientras intento escapar a mi dormitorio.

—¿Bianca?

Levanto la vista y veo a Dimitri bajar corriendo las escaleras hacia el vestíbulo, seguido por una Zara con cara de angustia.

—Dimitri, a mi despacho, *ahora* —exige Alexei a mis espaldas, con voz gélida.

—¿Bianca? —Dimitri nos mira alternativamente a Alexei y a mí.

—Ya os pondréis al día luego —gruñe Alexei—. Pero primero tenemos que hablar.

Zara abre la boca para decir algo, pero niego con la cabeza y miro hacia la cocina. Ella fulmina a Alexei con la mirada, pero baja corriendo las escaleras, pasando de largo a Dimitri para seguirme. Ninguna de las dos habla hasta que el sonido de sus pasos desaparece escaleras arriba.

Zara me coge de la mano.

—¿Qué demonios ha pasado?

No puedo respirar. El peso que siento en el pecho es abrumador y la bilis empieza a subirme por la garganta.

Corro directa al fregadero y echo las tripas, el estómago se me revuelve al vomitar las galletas saladas que he conseguido mantener dentro durante las últimas horas.

—B… —Zara se acerca corriendo—. ¿Estás bien?

Me dibuja círculos tranquilizadores en la espalda.

—Estoy bien. —Abro el grifo y me echo un poco de agua fría en la cara.

Cierro los ojos un segundo, respiro hondo.

Más que nada, quiero saber de qué están hablando Alexei y Dimitri, qué piensa él realmente de este bebé, pero sé que si subo corriendo allí, volverá a cerrarse en banda.

Espero que Dimitri pueda llegar a él mejor que yo.

—No sé cómo se ha enterado. Ha llamado a Dimitri de repente y le ha dicho que estabas en el ginecólogo. ¿Cómo lo sabía?

Me doy la vuelta y me apoyo en la encimera, limpiándome la boca con el dorso de la mano.

—Mi móvil.

—¿Qué?

—Mikhail puso un rastreador en mi móvil y no se me ocurrió dejarlo. Debería haberme dado cuenta. —Casi me río de lo ridículo

que suena todo—. No puedo ir ni al puto médico sin que me sigan.

—Bianca, esto no es normal. No puedes quedarte encerrada en esta casa el resto de tu vida.

—Intenta decirle eso a Alexei. —Suspiro.

Miro de reojo a Zara, y sus ojos verdes brillan por las lágrimas.

Le cojo la mano y se la aprieto con fuerza.

Zara me devuelve el apretón.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No… no soporto estar cerca de él cuando está así. Tenías que haberlo visto cuando me estaban haciendo la ecografía, Zara. Era como si fuera una persona completamente diferente. Me… me asustó.

—Vente a casa conmigo, B. —Zara tira de mi mano.

—Sabes que no puedo hacer eso. Independientemente de si está contento o no, si antes pensaba que era sobreprotector, ahora la cosa se va a poner diez veces peor.

Ambas guardamos silencio un momento. Puede que esta sea la última vez que vea a Zara en quién sabe cuánto tiempo.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida de pensar que podría alegrarse por esto?

—A lo mejor solo está en shock. Es mucha información que asimilar. No es que excuse su comportamiento, pero puede que necesite que Dimitri lo calme. Convertirse en padre es algo muy importante, y puede que solo necesite algo de tiempo.

—¿Pero y yo qué? —se me quiebra la voz, y tengo que parpadear para contener las lágrimas que amenazan con derramarse por mis mejillas—. No tengo ni idea de cómo ser madre. ¡Joder, ni siquiera conocí a la mía! Hoy lo necesitaba. No a la versión fría y distante, sino al Alexei al que he llegado a… querer. Estoy jodidamente aterrorizada, Zara.

Sé que no estuvo bien hacer todo esto a sus espaldas. Sé que me equivoqué al ocultarle mi embarazo, pero aun así lo necesitaba.

Puede que esto sea en parte culpa mía, pero… nunca pensé que reaccionaría como lo ha hecho. Que me rechazaría así. Que podría perderlo para siempre por esto.

Creo que lo quiero. No puedo perderlo ahora. No por esto.

¿Pero y si ya lo he perdido?

—Ya lo sé. —Lara (sic) me rodea la cintura con un brazo—. Ojalá pudiera hacer algo más.

—Has hecho más que suficiente. Gracias… por todo.

—Para eso están las mejores amigas.

La miro y casi me derrumbo al ver la sonrisa en su cara.

Es como un rayo de luz que atraviesa mi nube de oscuridad.

Y no sé cómo voy a superar esto sin ella.

Capítulo Veinticinco

ALEXEI

—Te pedí que hicieras una p*ta cosa, Dimitri. *Una cosa*, ¡y ni siquiera has podido hacerla bien! —grito en el momento en que Dimitri cierra la puerta de mi despacho de un portazo a sus espaldas.

Me tiembla el cuerpo entero.

Bianca ha salido. Podrían habérsela llevado. Podrían haberla secuestrado delante de mis narices y podría haberla perdido.

Podría haber perdido a mi hijo.

Se me corta la respiración y las piernas casi se me doblan.

Voy tambaleándome hasta mi escritorio y apoyo las manos en él, cerrando los ojos con fuerza mientras imágenes de Bianca desangrándose en mis brazos me asaltan la mente.

—No. No. No. *No*.

—Ha sido un p*to error sin mala intención, Alexei.

—¡Que podría haberle costado la *vida*! —rujo, dándome la vuelta bruscamente para encarar a mi hermano—. ¡Te dije que la vigilaras! Te dije que no la perdieras de vista.

—¡Dijo que le dolía la p*ta cabeza! ¿Qué se suponía que hiciera?

—¡No distraerte como un j*dido idiota con la idea de tirarte a su amiga y seguirla escaleras arriba!

Dimitri resopla mientras se acerca al mueble bar. —En serio, Alexei, pareces loco. No iba a quedarme sentado delante de su

puerta todo el día y toda la noche. Es una mujer hecha y derecha.

—Que tiene una p*ta diana en la espalda.

Se encoge de hombros mientras coge un vaso de cristal tallado, como si la seguridad de Bianca no significara nada para él.

El gesto hace que me ciegue la ira, y saco la pistola antes de tener la oportunidad de calmarme.

Dimitri se sirve un dedo de whisky y se lo bebe de un trago, golpeando el vaso de cristal contra la barra antes de volverse hacia mí.

Mira la pistola que apunta directa al centro de su pecho y una sonrisa burlona empieza a asomar por sus labios.

—Vamos allá, j*der, *brat*. —Mete la mano en la parte trasera de sus vaqueros, saca su propia pistola y me apunta al pecho, quitando el seguro.

Nos quedamos quietos, mirándonos el uno al otro, con nuestras respiraciones agitadas llenando el espacio entre nosotros.

Apenas puedo mantener las manos firmes. Siento que todo mi cuerpo rebosa de rabia y no sé cómo sacarla.

—Dispárame, te reto, j*der —me provoca Dimitri.

—Podrían habérsela llevado. —Mi voz suena extraña.

—No lo han hecho...

—¡Pero podrían haberlo hecho! —Le quito el seguro a mi pistola.

Dimitri ni siquiera se inmuta.

Enarca las cejas. —¿No creo que sea eso lo que te tiene tan alterado. Así que, ¿por qué no me dices qué es lo que te molesta de verdad?

¿Por dónde empiezo siquiera...?

—Has dejado que Bianca se escapara...

—¿Qué co*o ha pasado con Ricci? —Los ojos marrones de Dimitri se entrecierran mientras recorren mi ropa manchada de sangre—. Porque apuesto a que eso es lo que te tiene tan cabreado de verdad. ¿Qué ha dicho?

—Ha sido una pérdida de tiempo, eso es todo.

—¿No tenía información útil? ¿O te lo has cargado antes de que tuviera la oportunidad de hablar?

Tengo que apartar la mirada de Dimitri mientras intento ignorar las últimas palabras de Ricci.

¿Cómo se atrevía a acusar a Papochka de engañar a Mamochka?

—Ha hablado, vaya si ha hablado. Nada más que gilipolleces, así que sí, me he cargado al cabr*nazo.

—Creo que has hecho algo más que eso. Mikhail me ha enviado una foto del cadáver. Parece que lo hubieran pasado por una picadora de carne.

—¿Desde cuándo cuestionas mis métodos?

—Desde que no pareces pensar con p*ta claridad. Así que te lo preguntaré de nuevo, *brat*, ¿qué es lo que te molesta de verdad?

Nos miramos el uno al otro, con las pistolas apuntadas y listas, mientras intento armarme de valor para pronunciar las palabras, porque en cuanto lo haga se volverán reales.

—Bianca está embarazada. —Bajo mi pistola y me siento, con la cabeza entre las manos.

Dimitri se queda con la boca abierta mientras baja su propia pistola. —¿De verdad está embarazada?

—Sí, por eso se ha escapado. Para ir a ver a un ginecólogo.

—¿Lo ha confirmado el médico?

—Sí.

—¿Y es tuyo?

—Claro que es mío, j*der. —Incluso antes de que el médico confirmara de cuánto estaba, sabía que era mío.

—Esto es... Vaya, esto es gordo. No me di cuenta de que queríais tener eso de una «relación». Quiero decir, era obvio que estabais f*llando, pero... —Dimitri se calla al ver mi expresión.

El agotamiento me consume, pero no tengo tiempo para rendirme.

—Créeme, esto no formaba parte del plan. —Me paso las manos por el pelo—. Nada de esto formaba parte del plan.

Esto es exactamente el tipo de cosa que temía.

Nunca debería haber cruzado la línea con Bianca. Debería haberlo sabido, y aun así lo hice, y ahora las consecuencias son aún mayores.

La vida de nuestro hijo está en juego.

—Un bebé. —Dimitri guarda su pistola y se acerca para sentarse en el sillón de al lado—. J*der, esto es...

Se recuesta en el sillón y se pasa las manos por el pelo, con los ojos muy abiertos.

—Como si no tuviera ya una diana en la espalda. Si esto se sabe... —No puedo terminar la frase.

—Alexei, por una vez, ¿no puedes tomarte esto por lo que es? —Dimitri se inclina hacia delante para apoyar los antebrazos en las rodillas—. Es una buena noticia, *brat*. ¡Vas a ser padre!

Cierro los ojos con fuerza mientras las palabras de Ricci resuenan en mis oídos.

—No sé nada de ser padre.

—Papá estuvo ahí durante las dos primeras décadas de nuestras vidas, así que sabes perfectamente lo que hace falta. Y luego, cuando se fue, tú asumiste su papel y cuidaste de esta familia. Cuidaste de Mikhail y de Danil. Cuidaste de *mí*. Habría estado orgulloso.

¿Lo habría estado?

Me sacudo el pensamiento de la cabeza. Esto es exactamente lo que quería Ricci: meterse en mi cabeza y hacer que empiece a cuestionar a mi familia y su lealtad.

—Le prometí a Emilio que mantendría a Bianca a salvo, no que la dejaría preñada y le daría a Gilanto aún más motivos para ir a por ella.

—Gilanto no se enterará.

—No podemos confiarle esta información a nadie, Dimitri. El hecho de que un médico cualquiera lo sepa me tiene con los nervios de punta. Si al menos me lo hubiera dicho, podría haber traído a alguien de mi confianza.

Dimitri se encoge de hombros. —Podemos sobornarle.

—Sin duda, le venderá la información al mejor postor.

—Entonces solo tenemos que asegurarnos de que seamos nosotros. Tenemos los recursos para protegerla, Alexei.

—¿Y si no es suficiente? —Esa idea lleva atormentándome desde que vi la ecografía.

Lleva en su vientre a mi hijo, un hijo que vendrá a un mundo lleno de oscuridad, y no sé si yo seré suficiente para protegerlos.

—¿Qué te pasa? —Dimitri niega con la cabeza—. Este no eres tú.

Me paso las manos por la cara y las apoyo sobre el escritorio, haciendo una mueca de dolor al ver los moratones de mis nudillos.

No se me escapó el destello de miedo en los ojos de Bianca cuando irrumpí en la consulta del médico y vio mi camisa ensangrentada.

Me tenía miedo.

Bien. Quizá ahora me escuche de verdad.

—Podrían habérsela llevado...

Se me oprime el pecho al pensar en lo que podría haber pasado. Cualquiera de los hombres de Gilanto podría haberla interceptado de camino al médico y yo no habría podido llegar a ella a tiempo.

La habría perdido.

Cierro los ojos con fuerza mientras intento ignorar las imágenes que me asaltan la mente.

Ya no es mi padre. Es Bianca. Esos preciosos ojos azules están vacíos mientras me mira, su sangre empapándome la piel mientras la aprieto contra mi pecho.

—¿Alexei? —La voz de Dimitri me saca de la pesadilla.

—No tiene ni idea de lo que ha hecho. —Me inclino hacia delante para apoyar la cabeza en las manos.

—No creo que haya mentido a propósito. Creo que quizá quería hacerse a la idea del embarazo primero y confirmar sus sospechas antes de hablar contigo. No la culpo, teniendo en cuenta cómo has actuado...

—¿Cómo coño querías que actuara? Ignoró la única cosa que le pedí, ¡y ahora no solo ha puesto su vida en peligro, sino también la de nuestro bebé!

—Tienes que hablar con ella, *brat*. Sé que estás jodidamente enfadado, pero no puedes ignorarla para siempre. Está embarazada, joder, Alexei. Te necesita ahora más que nunca.

—Que es exactamente lo que pensará Gilanto. Usará esto contra nosotros, Dimitri. No puedo permitir que mi mujer y mi hijo sean utilizados como peones en su sádico jueguecito.

—¿Puedes dejar de pensar en el puto Mario Gilanto por un segundo? —Dimitri golpea el brazo de su sillón—. Tu mujer está embaraz...

Su teléfono suena, cosa que agradezco.

No he venido aquí para que mi hermano pequeño me sermonee.

Sé que no puedo ignorar a Bianca para siempre, pero ahora mismo estoy demasiado cabreado para poder tener una conversación constructiva con ella.

La verdad es que no confío en mí mismo, y no quiero decir o hacer algo que pueda alejarla para siempre.

Me paso las manos por los muslos, con el cuerpo hecho un manojo de nervios mientras Dimitri maldice entre dientes.

Frunzo el ceño. —¿Qué pasa?

Dimitri duda, apartando el móvil de la oreja y finalizando la llamada.

—Dimitri.

—Anton y yo hemos conseguido sobornar a uno de los hombres de Gilanto que interceptamos fuera de lo de Alessandro para que se ponga de nuestro lado. —Se frota la mandíbula—. Un tipo llamado Luca Caruso.

—¿Caruso? No me suena de nada.

—Y con razón. El tipo es un gilipollas integral, si quieres mi opinión. Cantó en cuanto tuvo un par de cientos en las manos, sin ninguna lealtad a Gilanto.

—Lo cual es bueno para nosotros.

—Lo es. Pero no te va a gustar lo que ha descubierto.

No se me escapa la lástima que brilla en los ojos de mi hermano, y tengo la sensación de que ya sé lo que va a decir.

—Suéltalo ya, *brat*.

—Gilanto planea ir a por Bianca para llegar hasta ti. Debe de saber que ella es algo más que un simple acuerdo de negocios con Emilio.

—¡Joder! —Golpeo la mesa con la mano, haciendo que mi pistola retumbe contra el cristal.

—No sabemos si sabe lo del bebé...

—Es solo cuestión de tiempo.

—¿Deberíamos llamar a Danil y a Mikhail? Creo que deberíamos sentarnos todos y trazar un plan.

—No tenemos tiempo para eso.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —Dimitri centra su atención en mí.

—Voy a sacarla de la ciudad. —Me pongo en pie—. Hazle una maleta, Dimitri. Nos vamos en una hora.

—Eso es ridículo, Alexei. Bianca está segura aquí.

Niego con la cabeza y le lanzo una mirada fulminante.

Odio la forma en que está repantigado en el sillón, la viva imagen de la tranquilidad, como si no acabara de recibir una llamada confirmando que Gilanto planea ir a por mi mujer.

—Está claro que no lo está. Si su amiga puede entrar, y Bianca puede salir, cualquier cabrón puede entrar. Tú, Mikhail y Danil podéis quedaros en el ático. Quiero que todo el mundo se mantenga alejado de esta casa hasta que la seguridad se haya revisado a fondo.

—Alexei...

—No voy a correr más riesgos cuando se trata de mi familia, Dimitri. Por favor, te lo ruego. Haz solo esto por mí.

—Vale, me aseguraré de que Mikhail y Danil se queden en la ciudad. ¿Adónde exactamente piensas ir?

—A un lugar donde a Gilanto no se le ocurra mirar.

Capítulo Veintiséis

BIANCA

Alexei baja las escaleras a toda prisa, recién duchado y cambiado, con una maleta en cada mano, seguido por un Dimitri con cara de circunstancias.

Los miro a ambos. —¿Alexei?

Se niega a hablar mientras me arrastra hasta el garaje y mete las maletas en el maletero de su Mercedes.

Mira a su hermano. —Ya sabe lo que tiene que hacer. No vuelva a decepcionarme, Dimitri. Necesito poder confiar en mi propia familia.

Me hierve la sangre al ver que ninguno de los dos se percata de mi presencia.

Me abrocha el cinturón, como siempre hace, pero no vuelve a tocarme. Se me rompe el corazón un poco más.

En cuanto entra en el coche, lo arranca y nos vamos.

—¿Adónde me llevas?

Guarda silencio y se limita a conducir.

Pronto vamos a toda velocidad por la autopista. Llevamos casi una hora conduciendo sin cruzar una palabra.

¿Cómo se ha torcido todo tan rápido?

—Alexei, ¿adónde vamos?

—A una cabaña cerca del lago Greenwood.

—¿Una cabaña?

—Sí.

—¿Por qué?

Silencio. Y no de ese tipo de silencio cómodo que solía encontrar con él cuando yo pintaba y él se sentaba a mi lado. Este silencio es denso, y con cada segundo que pasa es como si se añadiera otro ladrillo al muro que rodea el corazón de Alexei.

Estaba empezando a abrirse a mí. Estábamos empezando a convertirnos en algo más, en algo especial.

Y tuve que ir yo y estropearlo todo.

—Vas a tener que perdonarme en algún momento, Alexei. Por favor. —Trago el nudo que tengo en la garganta.

—Ahora mismo no tengo tiempo para pensar en eso. Estoy demasiado ocupado intentando manteneros con vida a ti y al bebé.

Parpadeo.

¿Mantenernos con vida?

—¿Gilanto sabe lo del bebé? —Me giro en el asiento para mirar a Alexei—. ¿Es por eso?

Alexei no dice nada. Su nuez sube y baja mientras mira fijamente la carretera, y esa es toda la confirmación que necesito.

—¿Y Zara? ¡Todavía está en la casa! ¿Va a encargarse Dimitri de ella?

—Zara no es mi prioridad.

—¡Pero es la mía, Alexei!

Dejé que mi mejor amiga se viera arrastrada a este mundo por mi egoísmo, y puede que eso le cueste la vida.

—Si estamos en peligro, tengo que asegurarme de que ella esté a salvo. Tengo derecho a saber qué está pasando.

—Curioso, yo podría decir lo mismo.

Siento que me arden las mejillas.

Debería haberle hablado del bebé en el momento en que me hice las pruebas, pero me aterrorizaba la idea de arruinar lo que teníamos.

Supongo que, al final, no ha habido ninguna diferencia.

—Si mi vida está en peligro, la vida de *mi* bebé, tengo derecho a saber por qué.

—Perdiste ese derecho en el momento en que desafiaste mis órdenes y te escapaste de la maldita casa —gruñe Alexei—. Y no es solo *tu* bebé, Bianca.

Contengo las lágrimas, me aparto de Alexei y miro por la ventanilla, observando cómo la ciudad desaparece por el retrovisor.

Tiene razón.

Todo esto es culpa mía. Y podría haber provocado que mataran a mi bebé. Fui una estúpida, no pensé.

Solo espero que esto no nos cueste la vida a ninguno.

Al poco rato, salimos de la interestatal y nos adentramos por carreteras sinuosas, rodeados de nada más que bosque. Es un lugar aislado y, en otras circunstancias, podría haber disfrutado la idea de una estancia tranquila en una cabaña.

Alexei gira bruscamente a la izquierda por un claro entre los árboles y mis ojos se abren como platos cuando la cabaña aparece a la vista.

Me había imaginado una vieja y destartalada cabaña de troncos sin electricidad ni agua corriente, pero este lugar no podría estar más lejos de eso.

Tiene un aspecto acogedor, con troncos perfectamente apilados que forman las paredes y el tejado, y un gran porche cerrado que rodea toda la propiedad. Incluso hay una mecedora junto a la puerta principal.

Pero no se me escapan las cámaras de seguridad de última generación en cada esquina de la propiedad.

Si Alexei me ha traído aquí en lugar de quedarnos en la mansión de Forest Hills o incluso en el ático de la ciudad, entonces la seguridad aquí debe de ser aún mayor.

Alexei aparca el coche junto a la cabaña y ambos salimos; el silencio sigue pesando entre nosotros mientras él saca las maletas del maletero.

Lo sigo por los escalones hasta la puerta principal y espero a que introduzca el código y escanee su dedo.

Empuja la puerta con el pie y entra con nuestras cosas, dejándome seguirlo como un perrito abandonado.

Las luces se encienden automáticamente al entrar, iluminando el amplio espacio habitable.

Hay una cocina americana a la izquierda y una zona de comedor y sala de estar a la derecha. Es rústica, con muebles en su mayoría de madera y alfombras gruesas que cubren el suelo. Una enorme chimenea es la atracción principal de la habitación, con dos sillones de tweed colocados frente a ella. Hay una puerta justo al lado de la pequeña cocina que supongo que lleva a los dormitorios y al baño.

Al menos espero que haya varios dormitorios...

Me dejo caer en el sofá de cuero marrón que está inmediatamente a mi derecha, recogiendo las piernas debajo de mí mientras miro a mi alrededor.

El teléfono de Alexei empieza a sonar y espero que desaparezca en una de las habitaciones, pero hace todo lo contrario. Contesta la llamada, murmurando por lo bajo mientras empieza a pasearse de un lado a otro delante de mí, como si no confiara en mí lo suficiente como para perderme de vista.

Mantengo la vista en el suelo, sin saber qué hacer.

¿Cuánto tiempo se supone que vamos a estar aquí?

Necesito asegurarme de que Zara esté bien, y estúpidamente dejé mi móvil en la casa, aunque no me sorprendería que Alexei lo hubiera destrozado.

—¿No te da miedo que quienquiera que intente matarme pueda rastrear tu llamada? —pregunto cuando por fin termina de hablar.

—Me he asegurado de que eso no pueda pasar. —Se sienta en el brazo de una de las sillas. No aparta la vista del móvil y el ceño se le frunce aún más.

—¿Así que no hiciste que Mikhail te pusiera un rastreador en el móvil a ti también?

A Alexei se le dilatan las fosas nasales, pero no levanta la vista.

—Creía que eso era parte del trato, ¿o es que tú tienes vía libre por ser la cabeza de familia?

—Bianca...

Se acabó lo de darle una oportunidad.

—No. Por favor, dime cómo va esto. ¿Solo yo tengo el privilegio de que me rastreen?

—Quizá si fueses de fiar, no sentiría la necesidad de ponerte un puto rastreador en el móvil. —Alexei por fin me mira.

—Durante meses, no he sido más que digna de confianza, aunque no estuviera de acuerdo con tus decisiones.

—Pues yo opino todo lo puto contrario.

—Salí de casa una vez, Alexei. Una puta vez.

—Una más de las que debías. Y fuiste una imprudente. Poniéndoos en peligro a ti y al bebé.

—¿Y eso no te dice nada?

—Me dice que no se puede confiar en ti.

—Pues debería decirte que estaba asustada. Preocupada de que actuaras *así*. —La garganta se me quiere cerrar, pero lucho contra ello. Lucho contra el escozor en los ojos—. Así que sí, me escapé. Pero solo porque sentí que no tenía otra opción.

Alexei se pone en pie y yo contengo la respiración un instante.

¿Va a decirme lo equivocada que estaba al pensar esas cosas? ¿Que está loco de contento con la idea de ser padre?

En lugar de eso, teclea en el móvil y se lo lleva a la oreja una vez más.

—Por favor, Alexei. Tenemos que hablar de esto. —Le tiendo la mano y le quito el móvil.

—Si sabes lo que te conviene, Bianca, me lo devolverás.

—Creo que he dejado meridianamente claro que no sé lo que me conviene. —Lo apago y lo tiro al sofá.

Alexei me fulmina con la mirada, pero no me echo atrás porque puedo ver más allá de su máscara.

Está tan aterrorizado como yo.

Así que doy un paso hacia él, y luego otro, y otro más.

Me detengo cuando apenas queda espacio entre nosotros y no tiene más remedio que mirarme a los ojos.

Nuestra respiración es entrecortada, nuestros cuerpos están tensos mientras luchamos en silencio el uno contra el otro.

Quiero ser la primera en ceder, en alargar la mano y pasarle los dedos por el pecho.

Miro hacia abajo y veo sus manos amoratadas cerradas en puños. Finjo que él siente lo mismo. Que está luchando contra el impulso de alargar la mano y tocarme.

—Alexei...

Levanto la vista y no hay más que desolación en sus preciosos ojos, así que me derrumbo.

Alargo la mano y hundo los dedos en su camisa, escapándoseme un sollozo ahogado mientras el calor de su piel se filtra a través de la tela. —Lo sien...

Sus labios se estrellan contra los míos.

Me hunde los dedos en el pelo, atrayéndome más hacia él mientras su lengua se abre paso a la fuerza en mi boca.

No hay nada dulce ni tierno en el beso, pero no me importa. Lo único que me importa es que está aquí, y su calor está bajo mis dedos.

Le rodeo el cuello con los brazos y me pongo de puntillas, apretándome por completo contra él.

Si esto es todo lo que puede darme, lo aceptaré, porque es mejor que este desconocido frío en el que se está convirtiendo.

—Te deseo —susurro contra sus labios—. De la forma que sea que me dejes tenerte.

Alexei responde agachándose para agarrarme por la parte de atrás de los muslos y levantarme del suelo.

Le rodeo la cintura con las piernas mientras hundo los dedos en su pelo, inclinándole la cabeza para poder explorarle la boca con la lengua.

Un profundo estruendo retumba en su garganta mientras nos lleva a través de la puerta que conduce al único dormitorio.

Aprieto las piernas alrededor de su cintura, intentando desesperadamente rozarme contra él, pero Alexei me agarra por la cintura y me obliga a bajar.

Me pongo en el suelo e intento no mostrar mi decepción cuando Alexei se aleja de mí.

—Quítate la ropa, Bianca.

Se me corta la respiración mientras agarro el bajo de la camiseta de tirantes y me la quito por la cabeza, sin apartar los ojos de Alexei en ningún momento.

Sus ojos se oscurecen al bajar la mirada a mi pecho, a la notable hinchazón de mis pechos por encima del sujetador.

Estoy prácticamente jadeando de necesidad mientras empiezo a quitarme los pantalones.

Mis mejillas se acaloran bajo la intensidad de la mirada de Alexei mientras me deslizo los vaqueros por el culo y los muslos.

Cuando me agacho para quitármelos por los pies, oigo a Alexei carraspear, y miro hacia abajo, dándome cuenta de que le estoy ofreciendo una vista increíble de mis pechos.

Aparto los vaqueros de una patada y me enderezo, observando a Alexei atentamente mientras sus ojos recorren mi cuerpo antes de centrarse en mi vientre.

Su nuez sube y baja una vez antes de que sus ojos se eleven para encontrarse con los míos.

Una sonrisa asoma a mis labios mientras me desabrocho el sujetador a la espalda y lo dejo caer al suelo.

Mis pechos están pesados e hinchados por el embarazo, y mis pezones se endurecen al instante por el ligero frío del aire.

—Mmm... —Me los cojo con las manos—. Están muy sensibles. —Jadeo mientras me froto los pulgares sobre las sensibles puntas.

Un calor empieza a extenderse entre mis muslos, y los froto para intentar aliviar el dolor.

—Quítate las bragas.

Se me corta el aliento cuando los ojos de Alexei bajan hasta mi sexo cubierto de encaje. Mi clítoris ya está palpitando y mis bragas están notablemente húmedas.

Hundo los dedos en la cinturilla y las deslizo lentamente por mis piernas, dejándome completamente desnuda ante él.

—¿Querías que te preñara, era eso, *zhizn´ moya*?

El apodo en sus labios hace que se rompa lo último que me quedaba de contención.

No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba de su cariño, y siento el cuerpo en llamas mientras me devora con la

mirada.

—Creo que te gusta la idea de llevar a mi hijo —se desabrocha la camisa a toda prisa—. Ahora todo el mundo sabrá a quién le perteneces.

—No soy tuya.

—*Kisa*, en el momento en que firmaste ese certificado de matrimonio, te convertiste en mía, y harías bien en no olvidarlo —se quita la camisa, dejando al descubierto ante mí su magnífico pecho bronceado.

La autoridad en su voz hace que el calor se me acumule en el bajo vientre.

Estas hormonas del embarazo deben de estar haciendo efecto, porque estoy prácticamente babeando al ver el abdomen musculoso de Alexei.

—Recuérdamelo, entonces. Muéstrame de quién soy.

La necesidad brilla en los ojos de Alexei y se lleva la mano a la hebilla del cinturón.

Mis ojos bajan hasta su entrepierna y gimo al ver su polla dura apretando contra la cremallera.

Sigo amasándome los pechos mientras veo a Alexei deshacerse del resto de su ropa; se me hace la boca agua al ver su polla liberarse, ya brillante por la excitación.

—Me perteneces, Bianca —su voz es grave e imponente.

Asiento, con el coño palpitante por la necesidad de que me reclame como suya.

—Demuéstramelo, Alexei.

Acorta la distancia entre nosotros, estrellando sus labios contra los míos mientras me levanta de nuevo sobre la cama y se acomoda entre mis muslos.

Su polla presiona mi entrada, y Alexei gime mientras entierra la cara en mi pelo.

—Estás empapada, *zhizn´ moya*.

—S-son las hormonas —rozo mis caderas contra él mientras su polla se hunde un par de centímetros más en mí.

Le rodeo la cintura con las piernas, clavándole los talones en la espalda para forzarlo a entrar más, pero Alexei se resiste.

—Paciencia, *zhizn´ moya* —me da un beso en la clavícula.

Me arqueo contra su contacto, mis pezones rozando su pecho y haciéndome gemir de placer.

—Qué receptiva, *ptichka*.

—N-no puedo evitarlo —mis párpados se cierran mientras intento calmarme.

—Me está encantando —se agacha para llevarse mi pezón derecho a la boca.

Grito ante el contacto, hundiendo los dedos en su pelo para atraerlo con más fuerza contra mí.

—Por favor, Alexei. Fóllame.

Alexei sonríe contra mi pezón antes de hundirse del todo dentro de mí.

—¡*Sí*! —me aferro a él mientras mi coño se estira alrededor de su enorme miembro.

La saca por completo y vuelve a embestirme con tanta fuerza que la cama golpea contra la pared.

—Oh, joder —Alexei me muerde el pezón mientras hunde su polla tan profundo en mí que pongo los ojos en blanco.

Había olvidado lo grande que era, lo bien que me llenaba, y no me canso de él.

—Más.

Alexei se ríe entre dientes mientras pasa a chupar mi otro pezón.

Tiro de él con las piernas, me retuerzo bajo su cuerpo para que se mueva.

—Por favor, necesito *más*.

—Estoy intentando durar más de unos minutos, pero no me lo estás poniendo fácil, *zhizn´ moya*.

—No me importa.

—Te gusta que me corra dentro de ti, ¿verdad, Bianca?

—Mmm… —giro las caderas para que su polla roce mis paredes internas.

Alexei se yergue sobre las rodillas y me echa una pierna sobre el hombro.

—Mírate, *ptichka*, tan hinchada y hermosa —baja la mirada hacia el punto donde estamos unidos.

Me arden las mejillas al mirar hacia abajo y ver su polla reluciente por mi excitación.

No puedo recuperar el aliento.

La forma en que Alexei me golpea en este ángulo me hace llegar al límite con mi orgasmo.

Grito su nombre, arqueándome contra las almohadas mientras mi coño se contrae alrededor de su polla, mi cuerpo convulsionándose mientras disfruto de mi orgasmo.

—*Bianca* —gime Alexei.

Sonrío mientras él cierra los ojos con fuerza por un momento para intentar calmarse.

—Córrete dentro de mí, Alexei —paso las yemas de mis dedos por los músculos hinchados de sus bíceps.

Una fina capa de sudor cubre su pecho, y su respiración es agitada y profunda mientras persigue su propio clímax.

Acelera el ritmo, follándome tan fuerte que sé que lo sentiré durante días.

Mi cuerpo se está volviendo flácido a medida que mi orgasmo se intensifica en lo más profundo de mi vientre.

Si antes creía sentir placer, no es nada comparado con lo que las hormonas del embarazo le están haciendo a mi cuerpo. No me canso de Alexei, y eso debería asustarme de muerte. Pero ahora mismo, lo único que me importa es aprovechar al máximo el estar cerca de él.

—Córrete conmigo, *zhizn´ moya*.

Sus dedos se clavan en mis caderas mientras sus embestidas se vuelven torpes, el sonido de su polla entrando y saliendo de mi humedad haciéndonos gemir a ambos.

—*Alexei* —gimo mientras una embestida más de su polla nos envía a ambos al abismo.

Alexei se estremece, mi nombre escapando de sus labios mientras se corre.

Observo con asombro cómo los músculos de su abdomen se contraen con cada empuje de su polla mientras se vacía dentro de mí, mi coño pulsando alrededor de su palpitante miembro mientras recojo hasta la última gota que me da.

Capítulo Veintisiete

ALEXEI

Bianca está desnuda y dormida en mis brazos una vez más. Donde debe estar.

Me apoyo en el codo para poder observarla mientras duerme y escuchar el suave sonido de su respiración.

Tengo el brazo sobre su cintura y trazo círculos lentamente con las yemas de los dedos sobre su vientre.

Tenerla pegada a mí, sentir cada una de sus respiraciones, calma mis pensamientos acelerados.

Está aquí y está a salvo.

Sé que acostarnos anoche no era la solución, pero estar tan cerca de ella otra vez me hizo olvidar el puto desastre que habían sido las últimas veinticuatro horas.

Lo superaremos, porque está claro que nada ha cambiado en cuanto a lo que sentimos el uno por el otro.

Bianca se remueve y aprieta el culo contra mí, lo que hace que mi polla se ponga firme al instante. Rueda hasta ponerse boca arriba y me mira; sus mejillas se sonrojan al darse cuenta de que la he estado observando.

—Buenos días. —Mis ojos se desvían hacia su boca.

Se muerde el labio inferior mientras levanta la mano para acunar mi mandíbula.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —Sus ojos escudriñan mi rostro.

—No el suficiente. —Me inclino para besarla.

Suspira y entreabre los labios para que yo pueda deslizar mi lengua en su boca.

—¿Esto significa que me perdonas? —murmura contra mis labios.

Me aparto para mirarla bien.

—Sí te perdono, *zhizn´ moya*. Pero necesito que me prometas que nunca más volverás a ocultarme nada.

Ella asiente.

Pero necesito que entienda la gravedad de esto. Es algo que puede unirnos o separarnos para siempre. —Lo digo en serio, Bianca. Necesito que seas abierta y sincera conmigo en todo momento.

—¿Eso también va por ti? —Enarca las cejas.

Suelto un largo suspiro. No puedo darle la respuesta que busca, pero tengo que llegar a un punto intermedio.

—Seré todo lo sincero que pueda, pero tienes que entender que hay cosas que podría ocultarte porque contártelas podría poner tu vida en peligro.

Bianca pone los ojos en blanco.

—Hablas igual que mi padre.

—Créeme, no me gusta ocultarte cosas.

—Eso es exactamente lo que él solía decir.

—¿Has hablado con tu padre? —Ignoro la inquietud en mi estómago al preguntar por Emilio, sabiendo perfectamente que Bianca no ha tenido ningún contacto con él desde la boda. Pero ella no sabe que yo lo sé.

—Ni una sola vez. —Bianca niega con la cabeza, y sus ojos se entristecen al mirarme—. A ver, no éramos los más unidos, así que tampoco esperaba una llamada diaria ni nada. Pero no haber sabido nada de él escuece más de lo que pensaba. Siempre tuve la sensación de que solo se interesaba por mi vida cuando quería algo de mí.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros y se muerde el labio para intentar reprimir las lágrimas que se le acumulan en los ojos.

La aprieto más contra mí y espero pacientemente a que continúe.

—Cuando fui a la universidad, hablábamos quizá una vez cada quince días, e incluso entonces era sobre todo él poniéndome al día del negocio. Apenas me preguntaba por mis clases o mis amigos ni nada. No le di mucha importancia porque estaba demasiado ocupada divirtiéndome. Pero cuando me gradué, no me dio más opción que ir a trabajar para él, siendo su única hija y todo eso. Y entonces, cada interacción que teníamos era él pidiéndome cosas. Nunca tuve voz ni voto, nunca tuve elección…

Hago una mueca. Quizá sí me parezco a su padre más de lo que creía.

—Siempre supe que estaba decepcionado por no haber tenido un hijo, y su ausencia ahora no hace más que demostrarlo.

—Bianca…

—Sinceramente, me sorprende que no hayas sabido nada de él. Porque ahora tú eres, técnicamente, el hijo que nunca tuvo.

Tengo que apartar la mirada, esperando que no haya visto la culpa en mis ojos.

¿Habría sido mejor decirle a Bianca la verdad sobre el silencio de su padre?

Quizá no. Habría hecho todo lo posible por protegerlo, sin importar el coste.

—No te rindas con él, Bianca. No sabes la suerte que tienes de tener un padre en tu vida.

—Lo sé, lo siento. —Se vuelve hacia mí y se acurruca contra mi pecho.

—Si ha desaparecido, seguro que hay una razón.

—Nunca había estado sin dar señales de vida tanto tiempo, me preocupa que le haya pasado algo…

Necesito que piense en otra cosa, porque si me mira con esos preciosos ojos azules, voy a derrumbarme. Y no puedo permitírmelo.

Aparto la sábana que apenas nos cubre, me coloco encima de Bianca y me acomodo entre sus muslos.

Sus ojos se abren como platos al sentir lo preparado que estoy para ella, pero primero quiero saborearla. *Zhizn´ moya*. Mi vida.

No sé cómo llegó a significar tanto para mí, pero mataré a este mundo y al siguiente para mantenerla a salvo y en mis brazos.—Creo que tenemos que seguir reconciliándonos. —Me inclino para besarle el punto exacto entre sus pechos.

Se retuerce bajo mi cuerpo y hunde las yemas de sus dedos en mi pelo mientras empiezo a besarle el vientre en un recorrido descendente.

—Me gusta tu idea de la reconciliación —se ríe—. Quizá empieces tú y me lo compenses todo.

La miro y ella sonríe.

Joder, qué guapa es.

—¿Ah, sí? —Clavo los dedos en sus caderas mientras sigo besando cada vez más abajo.

—Tienes mucho trabajo por delante, *marido*… —Le paso la lengua por el monte de Venus y ella jadea, arqueándose sobre la cama.

—¿Qué decías, *esposa*? —Vuelvo a lamerla.

Bianca solo gime, tirándome del pelo mientras se restriega contra mí.

Sé lo que quiere, pero no se lo voy a dar todavía.

En lugar de eso, hundo la lengua en su coño, y mi polla casi estalla ante su dulce sabor.

—Joder, Bianca. —Vuelvo a meterle la lengua—. Sabes increíble.

—Más…

Sonrío contra ella antes de depositar un suave beso en su clítoris.

Sus caderas se sacuden y sé que bastarían unas pocas pasadas de mi lengua sobre el botón hinchado para que se corriera.

La polla me palpita solo de pensarlo, loca por hundirse en ella, pero primero quiero saborear su placer.

Le pongo las manos en el culo y le levanto las caderas antes de envolverle el clítoris con los labios y chupar con fuerza.

Bianca grita mi nombre y sus muslos se aprietan alrededor de mi cabeza mientras le trabajo el clítoris más deprisa.

—Eso es, *zhizn´ moya*, córrete para mí.

Con un último lametón en su sexo, Bianca arquea la espalda sobre la cama en el momento en que le llega el orgasmo.

Me clava los dedos en el cuero cabelludo y se restriega contra mi boca mientras yo sigo dándole placer.

Cuando por fin se queda quieta, me apoyo en los codos y me tomo un momento para contemplarla.

Su suave piel está sonrojada y sus pechos suben y bajan con cada jadeo. Tiene el pelo oscuro desparramado a su espalda y no deseo otra cosa que pasar los dedos por esos mechones sedosos.

—Mírate. —Me inclino para depositarle un beso en el vientre.

Bianca se apoya en los codos y sonríe con dulzura, con los ojos vidriosos por el placer.

—¿Llevamos esto a la ducha? —Me pongo en pie. Los ojos de Bianca recorren mi torso desnudo y sonrío cuando bajan más.

Miro mi erección y me cojo la polla con la mano, gimiendo al masturbarme con fuerza.

Bianca sale de la cama y camina hacia mí, acechante, con sus hermosos pechos balanceándose a cada paso.

—Hay algo que quiero hacer primero. —Se arrodilla.

—Bianca —gimo cuando me coge la polla.

—Déjame. —Su mirada fija en mí mientras se arrodilla me desarma.

Pongo las manos a los costados y observo, asombrado, cómo rodea mi polla con su pequeña mano y me la mueve.

—Joder, *ptichka*, apenas te llegan los dedos.

Bianca me sonríe desde abajo, bajo esas pestañas oscuras.

—Estoy deseando que me folles la boca.

Un sonido ahogado se me escapa cuando Bianca se inclina y me pasa la lengua por la punta, lamiendo la gota de líquido preseminal.

—Mmm...

Tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para mantenerme firme mientras Bianca rodea el glande con los labios y chupa.

Las piernas casi me flaquean cuando empieza a metérsela más adentro, con la mano todavía envuelta en la base de mi polla, apretándome con fuerza justo como me gusta.

—Oh, joder.

Los labios de Bianca se curvan en una sonrisa alrededor de mi polla antes de volver a chupar una vez más.

La forma en que su lengua lame la parte inferior de mi polla hace que se me encojan los huevos.

—¿Puedes más, *zhizn´ moya*?

Asiente, y casi estallo cuando se la mete más.

Le hundo las manos en el pelo y empiezo a bombear lentamente las caderas, poniendo los ojos en blanco mientras ella ahueca las mejillas.

Bianca apoya las manos en mis muslos para estabilizarse mientras le doy otro centímetro, aumentando aún más el ritmo.

Cuando mi polla golpea el fondo de su garganta, mi autocontrol parece romperse.

Bianca me clava las uñas en la piel mientras bombeo mis caderas más rápido, con un hormigueo en la base de la columna vertebral a medida que mi orgasmo se acerca.

—¿Vas a dejar que me corra en tu boca, *ptichka*?

Bianca me mira y asiente, con sus ojos azules llorosos mientras le follo la boca con más fuerza.

—Buena chica.

Su boca es la gloria, y la idea de derramarme en su garganta, de que me saboree en su lengua durante horas, me hace apretar los dientes mientras intento aguantar un poco más.

Pero como si Bianca notara que me estoy conteniendo, mueve la mano para ahuecarme los huevos, apretándolos con fuerza justo cuando mi polla golpea el fondo de su garganta.

El orgasmo me golpea de la nada y mis piernas amenazan con ceder por el placer.

—*Bianca* —gimo mientras me derramo en su boca.

Ella gime mientras sigue chupándome la polla, lamiendo hasta la última gota que le doy.

Cuando finalmente se aparta, me agacho para limpiarle con el pulgar un poco de mi corrida de la comisura de sus labios.

—Qué guapa —murmuro mientras le meto el pulgar en la boca y la veo limpiarlo. Le tiendo la mano para ayudarla a ponerse de pie—.

Ven aquí.

—¿Hora de ducharse? —Sus ojos azules brillan.

—Me parece una idea maravillosa. —Me río, agachándome para coger a Bianca por la parte posterior de los muslos y levantarla en brazos.

Traer a Bianca a una cabaña aislada en el bosque no ha sido mi peor idea. Teniendo en cuenta que no hay mucho que hacer, hemos pasado la mayor parte de los últimos dos días follando en todas las superficies posibles. Es como si hubiéramos estado recuperando el tiempo perdido.

Las últimas semanas han sido agotadoras, y he odiado haber estado lejos de Bianca durante tanto tiempo. Quizá si hubiera estado más presente, ella no habría sentido la necesidad de ocultarme el embarazo...

La idea de ser padre todavía me aterra, pero a medida que Bianca y yo hablamos del tema, la forma en que se le iluminan los ojos hace que mi ansiedad se disipe.

Parece realmente entusiasmada con la idea de tener un bebé, y me alegro de que encuentre algo de felicidad en medio del caos.

Alejarnos de nuestra vida habitual y pasar tiempo de calidad juntos ha sido reconfortante. Es como si no existiera nada fuera de esta cabaña, y estoy empezando a temer el momento en que Dimitri llame para decirnos que la casa está lista.

Sé que la amenaza de Gilanto no va a desaparecer por sí sola, pero por unos días puedo fingir que la vida es normal.

Lo que no consigo quitarme de la cabeza es saber que mi padre podría no haber sido el hombre que yo creía.

Una parte de mí no quiere averiguar si lo que dijo Ricci es verdad y arriesgarse a empañar el recuerdo de mi padre.

Pero alguien tiene que pagar por sus muertes, y para averiguar quién fue, necesito saber la verdad.

En nuestra tercera mañana en la cabaña, Dimitri finalmente llama.

—He pensado que querrías saber que la casa está totalmente asegurada.

—¿Estás seguro? Porque eso ya lo pensábamos antes.

—He visto cómo instalaban las nuevas puertas y la valla que rodea la propiedad, y han blindado todas las puertas y ventanas. Las entradas tienen sensores de movimiento y cámaras nuevos, además de escáner de retina para abrir las puertas. Apenas he podido entrar por la puerta principal —se ríe entre dientes—.

—Bien. —Miro a Bianca, que está tumbada en el sofá—. No quiero que nadie entre ni salga sin que yo me entere.

—Nos vemos pronto, *mocoso*.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me dirijo al sofá para sentarme junto a Bianca; la siento sobre mi regazo y la acuno contra mi pecho.

—¿Nos vamos a casa? —clava los dedos en mi camisa.

—Sí, nos vamos a casa —le doy un beso en la cabeza.

Solo espero que la casa sea tan segura como Dimitri asegura. No sé qué pasará si le ocurre algo a Bianca o al bebé.

Capítulo Veintiocho

BIANCA

Alexei me mandó directo a la cama en cuanto llegamos a Forest Hills. El viaje en coche desde Greenwood Lake me provocó náuseas, y el pobre Alexei tuvo que parar constantemente para que yo pudiera echar hasta la primera papilla cada quince minutos.

Me acomoda en la cama con un paño húmedo y frío en la frente y una taza de infusión de jengibre para intentar asentar el estómago.

—Tengo que ir a la ciudad, *zhizn´ moya*. —Se sienta en el borde de la cama mientras me seca la frente.

—¿De verdad tienes que irte? —hago un puchero.

Alexei sonríe y se inclina para darme un beso en la punta de la nariz.

—Pronto te quedarás dormida y ni te darás cuenta de que me he ido.

—¿Habrás vuelto para cuando me despierte?

—Haré lo que pueda, *solnyshka*. —Me da un último beso rápido antes de ponerse en pie—. Te veo pronto.

No tardo en caer rendida. Los últimos días de sexo sin parar por fin me han agotado, no es que me queje.

Unos días a solas, lejos del estrés de la vida real, era justo lo que Alexei y yo necesitábamos.

El hecho de que esté de acuerdo e incluso ilusionado con el embarazo me ha tranquilizado, y no paro de ponerme la mano en el bajo vientre, con el corazón dándome un vuelco al pensar en el mini Alexei que crece dentro de mí.

El sonido de mi móvil me saca de un sueño profundo.

Abro los ojos a duras penas y veo que mi habitación está en completa oscuridad; la única luz proviene de la pantalla del móvil en la mesita de noche. Entrecerrando los ojos, lo cojo. Zara.

—¿S-sí?

—¿Bianca?

—¿Mmm? —reprimo un bostezo mientras aparto el móvil de la oreja para ver que es casi la una de la madrugada.

—¿Bianca? N-necesito que vengas a ayudarme. *Por favor,* B. H-hay un tío… —la voz de Zara se quiebra, y me incorporo de golpe en la cama al oír sus sollozos ahogados al otro lado del teléfono.

—Zara, ¿qué ha pasado?

—Ay, B. Ha sido horrible.

—¿Qué? Zara, ¿qué narices está pasando?

Tengo el corazón a mil por hora mientras espero a que responda. Hay música de fondo, pero no se oyen más sonidos. —¿Dónde estás?

—E-estoy en el *Neon.* Un tío ha intentado… ha intentado… —se le vuelve a quebrar la voz, pero no necesito que termine la frase para darme cuenta de lo que ha pasado.

—¿Estás en un lugar seguro? —Salgo de la cama y empiezo a encender las luces.

—Estoy encerrada en uno de los cubículos del baño de chicas. —Tiene la voz ahogada por las lágrimas—. Por favor, B. Necesito tu ayuda. C-creo que me está esperando.

—No te preocupes. —Corro hacia el armario—. Voy a por ti. ¿Prométeme que no te moverás de donde estás?

—Te lo prometo.

—Vale, bien. Te veo pronto.

Cuelgo el teléfono y me pongo a toda prisa unos leggings y una sudadera.

Me tiemblan las manos mientras me peleo con los cordones de mis Converse rojas, pero una vez vestida, decido llamar rápidamente a Alexei. Ya está en la ciudad, así que es probable que pueda llegar a Zara más rápido que yo.

—Cógelo, cógelo —mascullo mientras el teléfono no para de sonar—. Joder.

Quizá esté con Dimitri. Le llamo a él también, pero salta directamente el buzón de voz.

Supongo que tendré que hacerlo sola.

Camino de un lado a otro de la alfombra, mordiéndome el labio inferior mientras intento trazar un plan.

Alexei le habrá pedido a Micah o a Feliks que se queden en la casa para vigilarme, y ni de coña me van a llevar a la ciudad.

—Piensa, Bianca. —Me paso los dedos por el pelo.

Tengo que salir de casa, y solo se me ocurre una forma que podría funcionar. Corro hacia la puerta de mi habitación, la abro de golpe y grito a pleno pulmón.

—¡Socorro! —Caigo de rodillas, agarrándome el vientre—. ¡Socorro! ¡Es el bebé! ¡Ah…!

Ruedo sobre un costado, cerrando los ojos con fuerza.

En cuestión de segundos, unos pasos pesados retumban en las escaleras.

—¿Bianca? —llama Micah desde el piso de abajo.

—Ayúdame.

Sube corriendo el segundo tramo de escaleras y recorre el pasillo, donde se detiene en seco al verme doblada en el umbral de mi habitación.

—Mierda, Bianca, ¿estás bien? —Se arrodilla a mi lado.

—Llama a una ambulancia. —Me agarro a la manga de su camisa —. Algo va mal.

—Todo parece estar bien. —El doctor me limpia el exceso de gel de la ecografía del abdomen—. Pero me gustaría que se quedara esta

noche en observación solo para asegurarnos.

Me obligo a parecer aliviada, aunque no estoy más que intranquila mientras el doctor guarda el ecógrafo. Esperaba que me llevaran a urgencias para poder escaparme, pero no ha habido suerte. Resulta que Micah podría adelantar a Alexei en la carrera por ver quién es el más sobreprotector conmigo.

Después de llevarnos con las sirenas puestas hasta el hospital más cercano, me han subido a toda prisa a la unidad de maternidad para que me examinaran.

—Me encuentro mucho mejor.

Miro el reloj de la pared de la sala de exploración y hago una mueca.

Ha pasado casi una hora desde que me llamó Zara. Si no llego pronto a donde está, a saber qué podría pasar. Dudo que la puerta de un aseo sea suficiente para detener a un tío si de verdad quiere ponerle las manos encima.

Se me revuelve el estómago. Se me está acabando el tiempo.

—Aun así, me gustaría manteneros vigilados a los dos. —El doctor me dedica una cálida sonrisa.

Espero a que se vaya, preparándome para salir corriendo en cuanto la puerta se cierre tras él.

Pero justo cuando voy a apartar la manta que me cubre las piernas, Micah abre la puerta.

—¿Cómo te encuentras? —Se queda en el umbral. Parece que se está tomando muy en serio su papel de niñero.

—Mejor —me incorporo sobre los codos—. ¿Crees que podrías traerme un té de jengibre de la cafetería? Tengo un poco de náuseas.

—Eh...

—Me ayudaría mucho —le dedico una sonrisa dulce.

—Claro. Vuelvo enseguida.

Asiento con la cabeza, reclinándome en la almohada y cierro los ojos un momento mientras espero a que se marche.

En cuanto oigo el clic de la puerta al cerrarse, aparto las mantas de un tirón y corro hacia la silla del rincón donde han doblado mi ropa cuidadosamente, con mis zapatos y mi móvil encima.

Me arranco la bata del hospital y me pongo la ropa, con el corazón martilleándome en los oídos mientras miro el reloj.

Tendré unos diez minutos antes de que Micah vuelva, y tengo que estar de camino a la ciudad para cuando descubra que me he ido.

Cuando termino de vestirme, me apresuro hacia la puerta y la abro con cuidado, asomando la cabeza para buscar cualquier señal de un guardaespaldas tatuado de más de dos metros. Los pasillos están bastante silenciosos, ya que son como las dos de la madrugada, así que salgo a hurtadillas y cierro la puerta detrás de mí con el mayor sigilo posible.

Me dirijo al ascensor del fondo del pasillo, mirando por encima del hombro cada pocos segundos para asegurarme de que Micah no se lo ha pensado mejor y ha vuelto a ver cómo estoy después de dejarme sola.

—Venga, vamos —pulso el botón del ascensor unas cuantas veces más, sabiendo que no servirá de nada, pero necesito sentir que estoy haciendo algo.

Las puertas se abren con un pitido y entro, pulsando apresuradamente el botón del vestíbulo.

Mientras empieza a bajar, desbloqueo el móvil y aparece un mensaje de Zara con su ubicación, así que sé que por ahora está a salvo, pero no me gusta la idea de que esté sola y asustada.

Copio la ubicación en la aplicación de Uber y le aviso de que estoy en camino.

—¿Puede esperar aquí diez minutos mientras voy a por mi amiga? —le pregunto al conductor cuando paramos frente a la discoteca.

El conductor asiente y me bajo rápidamente del coche.

Todavía hay cola, mientras algunas personas salen tambaleándose de la discoteca.

Me abro paso a la fuerza en medio de un grupo de gente que está saliendo y me cuelo por las puertas, esquivando por completo a

los porteros.

Busco a mi alrededor el cartel que indica el baño de señoras.

El estruendo de los bajos de la música retumba sobre mi cabeza y el olor a alcohol rancio y a sudor me revuelve el estómago.

Me mantengo pegada a la pared para evitar a la multitud mientras me dirijo al baño de señoras, rezando para que quienquiera que se haya encaprichado de mi amiga se haya aburrido y se haya ido.

La entrada está despejada, así que entro.

—¿Zara? Zara, soy yo.

La puerta de uno de los cubículos se abre con un clic y Zara se tambalea hasta mis brazos.

—Oh, B. Tenía tanto miedo —solloza mientras la envuelvo con fuerza entre mis brazos, sujetando su cuerpo tembloroso mientras llora—. N-no me dejaba en paz.

—Ya está —le paso las manos por la espalda—. Estás a salvo.

—Estoy hecha un desastre.

Le aparto el pelo largo de la cara y le seco las lágrimas bajo los ojos, dedicándole una sonrisa tranquilizadora.

—Vamos, salgamos de aquí —le paso el brazo por la cintura—. Tengo un coche esperando fuera.

—Siento mucho haberte hecho venir hasta aquí —dice Zara, todavía alterada por el susto, mientras salimos de *Neon*—. Es que no me dejaba en paz.

—Cuando quieras. Me alegro de que estés bien —la llevo hacia el Uber que nos espera.

—¿Alexei sabe que estás aquí?

Me muerdo el labio y los ojos de Zara se abren como platos. —¡Bianca, te va a matar!

—Si no entiende que haré cualquier cosa por ayudar a la gente que me importa, entonces me da igual lo que haga. Venga, puedes venirte a casa conmigo.

Sigo sujetando la mano de Zara mientras el Uber empieza a sacarnos de la ciudad en dirección a Forest Hills. Cada vez que sorbe por la nariz, le aprieto la mano para que sepa que no está sola.

A estas alturas, Alexei debe de saber que he desaparecido, pero no me importa. De ninguna manera habría dejado de hacer todo lo que estuviera en mi mano para asegurarme de que mi mejor amiga estuviera a salvo.

—¿Pero qué coño hace este tío? —murmura el conductor.

Miro por la ventanilla trasera, y un par de faros se acercan a nosotros a una velocidad de vértigo.

—Apártese. Déjelo pasar.

—Seguro que es algún gilipollas borracho —Zara se hunde más en su asiento, cerrando los ojos.

El conductor resopla, pero pone el intermitente para cambiar al carril de al lado, dándole a ese gilipollas espacio de sobra para adelantarnos.

Mantengo los ojos fijos en los faros, frunciendo el ceño a medida que se acercan más y más. —No creo que esté borracho.

Zara se incorpora y se gira en su asiento, mirando por la ventanilla trasera. —Conduce de forma demasiado estable...

El corazón se me desboca en el pecho. —¡Joder, viene directo hacia nosotros!

Se me corta la respiración cuando el enorme todoterreno negro aparece a la vista, pasándonos a toda velocidad a lo que debe ser casi el triple del límite de velocidad.

El Uber traquetea a su paso, rozando el lateral del coche por muy poco.

—¡Hostia puta! —nuestro conductor da un volantazo, lo que casi nos hace chocar contra la barrera de seguridad.

—Oh, Dios mío —me llevo una mano al pecho.

Si se hubieran desviado tan solo un centímetro a la derecha, nos habrían dado.

—¿Estáis bien, chicas? —el conductor nos mira por encima del hombro.

Zara señala hacia delante. —¡Cuidado!

El todoterreno da un giro brusco y empieza a acelerar hacia nosotros, con las luces largas puestas para cegarnos.

—¡Frena! —grito mientras el conductor da un volantazo, pero es demasiado tarde.

El todoterreno embiste la puerta del conductor, haciendo que nos estrellemos contra la barrera de la autopista.

El sonido de metal contra metal me retumba en los oídos mientras me sacudo hacia delante, y el cinturón de seguridad me ahoga al chocar contra él.

Los neumáticos chirrían y miro por mi ventanilla.

El todoterreno está retrocediendo; la parte delantera del coche está destrozada, pero aún se puede conducir.

Por un momento, el tiempo parece detenerse y lo único que oigo es el sonido de mi respiración agitada.

—¿Zara?

—E-estoy bien.

Siento una oleada de alivio al oír su voz.

Temblando, me desabrocho el cinturón de seguridad, haciendo una mueca por el dolor de cuello mientras miro de reojo a Zara.

Tiene un corte grande en la frente y sangre en el pelo, pero, aparte de eso, parece que está bien.

Mira a su alrededor. —¿Y-y el c-conductor?

Me inclino hacia delante para buscar a nuestro conductor, cuya cabeza está hundida en el airbag. Su puerta está completamente aplastada y me temo que ya sé lo que encontraré cuando pase por la consola central y le ponga dos dedos en el cuello.

—N-no le encuentro el pulso.

—Oh, Dios mío.

—No pasa nada. Vamos a estar bien. —Vuelvo a mi asiento—. ¿D-dónde está tu móvil? Llama al 112.

Pero Zara abre los ojos como platos al volverse para mirarme. —¿B…? ¿Hueles a gasolina?

Respiro hondo y casi me ahogo cuando el olor a combustible me golpea.

Se está quitando el cinturón y mirando a su alrededor. —Tenemos que salir del coche. *Ahora*.

—Sal por la ventanilla de atrás. —Siento la garganta en carne viva por donde se me ha clavado el cinturón, pero al menos estoy viva.

Hay cristales rotos por todas partes, y tengo las palmas de las manos ensangrentadas y me escuecen mientras salgo a rastras por la parte trasera del coche hasta el maletero. —Tenemos que alejarnos del coche.

Me estiro para ayudar a Zara a salir.

Nos alejamos a trompicones de los restos, con los cristales crujiendo bajo nuestros pies.

Me duele cada músculo del cuerpo y la sangre me gotea por las manos, pero no me importa.

Lo único que me importa es que las dos nos alejemos de los restos del coche antes de que explote.

Un enorme *BANG* retumba en nuestros oídos y el coche estalla en llamas.

Nos tiramos al suelo, cubriéndonos la cabeza con los brazos.

Creo que grito cuando una ola de calor nos cae encima, pero el mundo a mi alrededor es un pitido gigante en mi cabeza mientras mis pensamientos se dirigen al conductor que hemos dejado atrás.

Zara solloza, rodeándome con sus brazos. Pero no puedo oírla, no puedo oír nada más que este molesto y fuerte pitido.

Niego con la cabeza mientras los labios de Zara se mueven. Está hablando.

Sacudo la cabeza, intentando despejarla.

—No oigo nada —grito, intentando sin éxito oírme a mí misma—. ¿Me he quedado sorda?

No puedo preocuparme por eso ahora. Le cojo la mano a Zara. —Vamos. T-tenemos que m-movernos.

Tengo la garganta en carne viva y no tengo ni idea de dónde estamos ni de cómo salir de aquí, pero entonces Zara se echa a llorar. Al principio suena como si viniera del final de un túnel, pero cada vez se oye con más claridad.

No estoy sorda. El alivio es momentáneo.

Hemos estado a punto de morir.

Me tiemblan las piernas y me está costando hasta la última gota de energía ponerme en pie.

—Tenemos que llamar al 112. —Tiro de Zara para que me acompañe.

Al girarnos, casi se me doblan las rodillas al ver a un hombre con una pistola apuntando directamente a mi pecho, con el todoterreno destrozado detrás de él.

—Yo de vosotras me subiría al coche.

Capítulo Veintinueve

ALEXEI

—Estoy intrigado por saber qué es eso que necesitas que investigue con tanta urgencia. —Frederik se reclina en su sillón.

Le doy un vaso de güisqui a mi investigador privado y tomo asiento frente a él.

He decidido tener esta reunión en la seguridad de mi despacho en el ático en lugar de en uno de mis locales habituales de la ciudad. No puedo arriesgarme a que esta información caiga en las manos equivocadas.

Todo el mundo es leal hasta que le ofrecen el precio adecuado.

—Antes que nada, doy por hecho que cuento con tu máxima discreción. No puedo permitir que ninguno de mis hermanos se entere de lo que voy a contarte.

Frederik frunce el ceño, pero asiente antes de darle un sorbo a su güisqui. —Por supuesto. —Se pasa una mano por el pelo—. Ahora estoy todavía más intrigado.

Me bebo la copa de un trago y dejo que el alcohol me queme la garganta mientras reúno el valor para pronunciar las palabras en voz alta.

No confío en mucha gente fuera de mi círculo familiar, pero en Frederik sí.

Lleva años trabajando para mi familia, pero es sabido que ha hecho trabajos extra para mí por su cuenta.

Odio la idea de que alguien más sepa del presunto adulterio de mi padre, pero no tengo tiempo para investigarlo yo mismo, así que pedírselo a Frederik es la mejor alternativa.

—Me han dado cierta información que quería que investigaras. Es sobre mi padre.

Frederik enarca las cejas, pero asiente.

—Continúa.

—Un hombre llamado Matteo Ricci me dijo que puede que mi padre no fuera tan fiel como creemos. Lo estábamos interrogando en relación con Ivanov.

—¿Ivanov? ¿Te refieres a…?

—Al paján, sí.

—Joder. —Frederik suelta un largo suspiro mientras las palabras resuenan en el aire entre nosotros.

Tengo la boca seca y no deseo otra cosa que beberme la botella entera de güisqui, pero necesito mantener la cabeza despejada.

—Necesito saber si hay algo de verdad en ello y cómo están conectados ambos.

Frederik se bebe el resto de su copa de un trago. —Los Ivanov son gente difícil de investigar. Puede que me lleve un tiempo encontrar fuentes fiables.

—Quiero que esto quede zanjado lo antes posible. La reputación de mi padre está en juego, Frederik. Aunque solo se corra el rumor, podría arruinar a mi familia.

—Haré todo lo que pueda para descubrir la verdad, Alexei. Tienes mi palabra.

—Espero un informe en unos días.

—Sin problema.

Asiento.

Mi móvil suena mientras acompaño a Frederik a la salida. Me lo saco del bolsillo.

—Discúlpame un minuto. —Frunzo el ceño y deslizo el pulgar por la pantalla—. Micah, más te vale que sea importante.

—Se han llevado a Bianca al hospital.

Se me hiela la sangre. ¿Bianca? ¿En el hospital?

—¿Está bien? —Me paso la mano por el pelo mientras mi mente se pone en lo peor.

Puede que me haya costado un poco más hacerme a la idea de ser padre, pero la idea de que algo le pase a mi hijo, a Bianca, me revuelve el estómago.

—Tenía dolores…

—¿Qué clase de dolores?

—Tenía calambres, pero el médico la ha explorado y ha dicho que todo parece estar bien. Quieren dejarla en observación esta noche.

—¿Y me llamas *ahora*?

—Bianca no quería que te lo dijera hasta que supiéramos con seguridad qué pasaba.

—Yo soy tu jefe, no ella. Pónmela al teléfono ahora mismo.

Intento respirar hondo para calmarme.

Micah solo tenía un trabajo, y ha dejado que Bianca le camelara para saltarse mis instrucciones.

¿Y si algo hubiera ido mal y no me lo hubiera dicho? ¿Y si algo hubiera pasado y no hubiera llegado a tiempo?

—Estoy volviendo a su habitación.

—¿Ni siquiera estás con ella?

—Quería un té…

—¡Me importa una *mierda* lo que quisiera!

Por el rabillo del ojo, veo que Frederik se estremece, pero me da igual.

—Déjame hablar con Bianca.

Se oye el clic de una puerta al abrirse.

Micah maldice.

Algo va mal. —*Micah*.

—No está aquí.

—¡*Joder*! —reprimo el impulso de lanzar el móvil al otro lado de la habitación—. Voy a rastrear su teléfono.

Al colgar, me doy cuenta de que tengo una llamada perdida suya de hace horas.

¡*Joder*!

Abro la aplicación de rastreo.

Frederik cambia el peso de un pie a otro. —¿Va todo bien?

No respondo.

Me tiemblan los dedos mientras se abre la aplicación de rastreo, y pulso en el móvil de Bianca.

Hago zoom en el mapa.

Su teléfono se dirige a la interestatal que sale de la ciudad.

Intento llamarla.

Nada.

—Tengo que irme.

No noto mi propio cuerpo mientras me siento al volante de mi Mercedes y salgo disparado de la ciudad, con la ubicación de Bianca cargada en el navegador.

Alguien se la ha llevado. Alguien se ha llevado a mi *sólnyshka* y a mi hijo nonato delante de mis narices, y no voy a parar hasta que la ciudad se tiña de rojo con la sangre de los cabrones que se la han llevado.

Micah nunca debería haberla perdido de vista. Me da igual cuánto le suplicara, debería haber sido más listo.

Solo espero que su error no le cueste la vida a Bianca.

Agarro el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. La adrenalina que me corre por las venas me mantiene alerta.

Cuando echo un vistazo a la pantalla del navegador, casi me salgo de la carretera.

Su ubicación ha dejado de moverse. Sigue en la autopista, pero el marcador rojo está quieto.

—¿Pero qué cojones?

Estoy a solo unos kilómetros, pero con cada segundo que pasa, empiezo a temerme lo peor.

Solo hay dos razones por las que su móvil podría haberse parado en medio de la autopista.

O lo han tirado del coche o ha habido un accidente.

Me trago la bilis que me sube por la garganta al pensar en la segunda opción.

No puede ser.

Después de todo lo que Bianca y yo hemos pasado, no puedo permitir que acabe así. Tiene que haber otra explicación, porque no puedo perderla ni a ella ni a nuestro hijo.

Mientras acelero por la autopista casi vacía, lo primero que veo es el humo.

Se me para el corazón.

—*Zhizn´ moya*...

Piso el acelerador a fondo, luchando contra las ganas de vomitar mientras los restos del accidente aparecen ante mis ojos.

El lado delantero izquierdo del coche está completamente destrozado, pero los daños son demasiado graves como para que se deban a una simple colisión con el quitamiedos.

Alguien se ha chocado contra ellos, pero el cabrón que fuera parece que ya se ha largado.

Apenas he parado el coche cuando ya me estoy bajando y corriendo hacia los restos, con los cristales rotos crujiendo bajo mis pies.

—¡Bianca!

Me asomo a la ventanilla delantera y veo lo que queda del conductor. Se me revuelve el estómago por el olor a carne quemada.

—¡Bianca! —Me asomo al asiento trasero, pero está vacío—. ¡Joder!

Doy la vuelta a los restos del coche y me fijo en unas manchas de sangre que se alejan de él y en unas marcas de neumáticos a pocos metros.

Las piernas amenazan con fallarme al darme cuenta de lo que esto significa.

Saco el móvil del bolsillo y marco el número de Dimitri mientras me quedo mirando las manchas de sangre. La sangre *de Bianca*.

—¿Qué pasa, *brat*?

—Bianca ha desaparecido. —Las palabras casi hacen que me doble por la mitad y eche las tripas.

—¿Qué?

—He rastreado su móvil, pero ha habido un accidente. —Tengo que cerrar los ojos con fuerza y respirar hondo mientras intento pensar con lógica sobre qué hacer.

—¿Un accidente? ¿Qué demonios ha pasad...? ¡Joder!

—¿Dimitri? —El corazón me martillea en el pecho.

—Zara acaba de enviarme un mensaje.

—¿Qué dice? ¿Está con Bianca?

—Mierda.

—¡Dimitri!

—Solo pone «ayuda».

Joder.

Necesito pensar, pero el corazón me late tan fuerte en el pecho que no puedo respirar hondo. Cada segundo que pasa es un tiempo precioso que no puedo permitirme malgastar.

—Alexei, ¿qué hacemos?

Cierro los ojos con fuerza, intentando ignorar el pánico que crece en mi interior. Necesito mantener la cabeza fría si quiero tener alguna posibilidad de llegar a Bianca a tiempo.

—Llama a Luc. Dile que piratee el móvil de Zara y que me envíe su ubicación. —Es lo único que se me ocurre que pueda servir de algo.

—Ya estoy en ello. ¿Crees que están juntas?

—Eso espero, joder.

—Alexei, estará bien.

—Eso no lo sabes. —Me giro para mirar los restos calcinados del coche en el que ha estado a punto de quedar atrapada—. Deberías ver el estado del coche en el que iba.

—¿Alguien lo ha sacado de la carretera?

—Eso parece. Joder, como llegue demasiado tarde...

—No puedes pensar así, Alexei. No ayuda a nadie.

—¡Está esperando un hijo mío, Dimitri! *Moy rebenok.* No puedo evitar ponerme en lo peor.

—Lo sé.

El móvil me pita junto a la oreja y lo aparto.

Luc me ha enviado una nueva ubicación.

—Dimitri, te pongo en altavoz.

Abro el mensaje y hago zoom en el marcador. —¡Joder!

—¿Qué pasa? ¿Sabes dónde están, Alexei?

Siento que se me va todo el aire de los pulmones mientras miro el móvil.

—Gilanto se las ha llevado.

—Joder. ¿Cómo lo sabes?

—Porque el móvil de Zara está en una de las propiedades de Gilanto en Chinatown, y me juego lo que sea a que Bianca está con ella.

Me pitan los oídos al pensar en lo que podría estarles pasando ahora mismo.

Le doy la espalda a los restos del coche y vuelvo a toda prisa al mío, donde conecto a Dimitri al altavoz.

—Alexei, podría ser una trampa. Podría estar intentando atraerte allí...

—Me importa una mierda. —Pongo el coche en marcha y meto primera—. No voy a correr ningún riesgo, Dimitri, no cuando se trata de Bianca y de mi hijo nonato.

Mi hermano se queda callado un momento y aprovecho para pensar mientras el rugido del motor me llena los oídos.

Gilanto tiene a Bianca y a Zara. Lo que más temía se ha hecho realidad.

Esta vez, no puedo llegar tarde. No permitiré que eso ocurra. No les fallaré como les fallé a mis padres.

El pecho se me oprime mientras intento respirar hondo.

No puedo permitirme cometer ningún error. Necesito mantener la cabeza fría mientras intento trazar un plan.

—¿Dónde quedamos? —La voz de Dimitri me devuelve al presente.

—Voy directo para allá. No tenemos tiempo que perder.

—Alexei…

—¿Estás dentro o no, Dimitri?

—Por supuesto que estoy dentro, joder. —De fondo se oyen sus pasos, seguidos por el rugido de un motor que cobra vida—. ¿Y qué hay de Mikhail y Danil?

—Los quiero a todos en esto. Lo más probable es que sea una puta carnicería, así que trae todos los refuerzos que puedas.

—Espéranos allí, Alexei, no quiero que te maten por no pensar con claridad.

—Si tengo que sacrificar mi vida para salvar la de Bianca, que así sea. Haré lo que haga falta para asegurarme de que ella salga de esta con vida.

Capítulo Treinta

BIANCA

Me martillea la cabeza y me duele cada músculo del cuerpo mientras intento estirar las piernas.

El suelo bajo mi cuerpo está frío y húmedo, y no puedo parar de temblar por el frío que hace.

¿Qué demonios ha pasado?

Abro los ojos con dificultad, haciendo una mueca por el dolor punzante en la cabeza, y me encuentro con que la habitación está sumida en la oscuridad.

El corazón se me acelera mientras miro a mi alrededor y no veo nada más que el contorno de una puerta a mi derecha.

—Oh, Dios mío —un sollozo se me escapa mientras me llevo la mano derecha al abdomen.

Tengo que levantarme. Tengo que largarme de aquí como sea.

Pero cuando intento ponerme en pie, con los dientes apretados por el esfuerzo, un dolor abrasador me recorre el brazo.

Grito y las piernas me flaquean.

—No.

Tiro del pesado grillete de metal que me aprisiona la muñeca.

El traqueteo de la cadena resuena en la oscura habitación.

Pero cuando el grillete me roza la herida de la muñeca, casi me desmayo del dolor.

Jadeando, me palpo suavemente el brazo y reprimo un sollozo al notar que mis dedos se manchan de sangre.

La herida debe de medir unos cuantos centímetros de largo y sigue sangrando. Tienen que limpiármela y darme puntos antes de que corra el riesgo de infectarme.

No es que importe. No creo que vaya a salir viva de este sitio.

Tengo todas las de perder, pero voy a hacer todo lo que pueda para largarme de aquí como sea. —Piensa, Bianca.

Necesito detener la hemorragia, pero lo único que llevo encima es el jersey, y no estoy segura de que sirva como torniquete.

Al menos tengo que intentarlo.

Me quito el jersey por el brazo derecho y me lo paso por encima de la cabeza, quedándome solo con una camiseta de tirantes.

Gimiendo mientras el grillete de metal me roza la herida del brazo, hago lo que puedo para enrollar la manga del jersey por encima de la herida y atarla con un nudo, rezando para que sea suficiente para detener la hemorragia.

Una fina capa de sudor me cubre la piel mientras cojo la tela con los dientes y tiro con fuerza, haciendo todo lo posible por ahogar los sollozos mientras el dolor me recorre el brazo.

No quiero arriesgarme a llamar la atención de quienquiera que me retenga aquí por gritar de dolor, así que aprieto los dientes mientras las lágrimas me corren por la cara al seguir apretando la tela.

Cuando estoy segura de que no puedo apretar más mi improvisado torniquete, me dejo caer contra la fría pared de ladrillo y cierro los ojos un momento, agotada por el esfuerzo.

Tengo la cabeza nublada y apenas puedo ordenar mis pensamientos mientras intento recordar qué pasó después del accidente de coche.

Recuerdo haber sacado a Zara del coche...

Oh, Dios mío.

—¿Zara? —susurro. No hay respuesta, y siento que el corazón se me va a salir por la boca al darme cuenta de que podrían habernos separado, o peor...—. ¡Zara!

Un suave gemido suena a mi izquierda.

Casi rompo a llorar al oírlo. —¿Estás bien?

—C-creo que sí.

—¿Estás herida?

—N-no estoy segura. Me duele todo, joder.

—A mí también.

El dolor del brazo izquierdo se ha reducido a un latido sordo, y rezo para que no se infecte.

—¿Dónde estamos? —gime Zara—. ¿Qué ha pasado?

Abro la boca para responder, pero el eco de unos pasos fuertes al otro lado de la puerta hace que se me corte la respiración. —No hagas ruido.

Hago una mueca cuando la luz inunda la habitación, mi cabeza me grita mientras la puerta se estrella contra la pared; el sonido me retumba en los oídos.

Abro los ojos con dificultad y levanto la vista hacia la imponente figura que está en el umbral.

Es tan alto como Alexei, y igual de corpulento. Cuando entra y la luz le da de lleno, me fijo en su pelo corto y oscuro y en un rostro surcado de arrugas. Su boca fina esboza una sonrisa burlona mientras me mira, y yo me encojo bajo su mirada.

—Me alegro de ver que sigue viva. Habría odiado haber hecho todo ese esfuerzo para que muriera antes de que pudiéramos divertirnos un poco.

Me tomo un segundo para mirar a mi alrededor.

Parece que nos ha traído a un sótano. No hay ventanas, y la única salida es la puerta por la que ha entrado.

Echo un vistazo a mi brazo y me invade una oleada de náuseas al ver el charco de sangre que ha manchado el hormigón bajo mis pies.

Miro a mi izquierda y reprimo un sollozo al ver a Zara desplomada contra la pared.

Tiene sangre seca en la cara y el cuello, y parece que apenas respira.

—Opuso bastante resistencia.

Miro con rabia al desconocido.

—¿Quién es usted? —me sorprende la fuerza de mi voz, pero no solo mi vida está en juego aquí. También la de Zara y la de mi bebé.

Necesito mantenerlo hablando el mayor tiempo posible. El tiempo que tarde Alexei en encontrarme.

—Me sorprende que no sepa ya la respuesta a esa pregunta, *Bianca*.

Mario Gilanto.

Debe de ser capaz de leer en mis ojos que me he dado cuenta.

—Sabía que lo adivinaría.

—¿Qué quiere de mí?

—¿No es obvio? Es usted la venganza perfecta, cariño.

—Yo no le he hecho nada.

Gilanto se encoge de hombros sin más, metiéndose las manos en los bolsillos mientras me mira con puro asco en los ojos.

—Quizás no, pero su padre es la razón por la que mi hermano está muerto. Vendió la información al mejor postor, que resultó ser Alexei Koslov. Así que no, puede que no me haya hecho daño directamente, Bianca, pero pagará por sus crímenes con su vida.

—Matarme no le devolverá a su hermano.

—No, pero mato dos pájaros de un tiro. No solo su inútil padre sufre por su muerte, sino también su *marido*.

Escupe la última palabra y yo me estremezco mientras se acerca a mí.

Intento arrastrarme para alejarme, pero no tengo adónde ir cuando la cadena de la muñeca se tensa del todo.

Mi muñeca grita de dolor mientras el grillete se me clava en la piel, pero eso solo parece complacer más a Gilanto.

—Alexei lo matará.

—Puede intentarlo —se ríe Gilanto—. Si acaso, estoy deseando pelear. Llevo mucho tiempo esperando esto. Verá, Bianca, Alexei Koslov me quitó muchas cosas y ya es hora de que pague por ello.

—No es usted rival para él.

—Admiro la fe que le tiene. Dígame, Bianca, ¿de verdad le ha cogido cariño a su marido?

No digo nada, no quiero revelar nada.

—Oh, lo sé todo sobre su pequeña aventura amorosa con el pakhan de los Koslov —suspira Gilanto mientras se agacha frente a mí—. Dígame, ¿va a tener un niño o una niña?

Se me corta la respiración y me doblo sobre mí misma con una arcada.

La risa de Gilanto resuena en el aire a nuestro alrededor mientras me trago la bilis que me sube por la garganta.

—¿De verdad creía que no me enteraría? —Alarga la mano para agarrarme del pelo antes de echarme la cabeza hacia atrás de un tirón.

Grito cuando un dolor agudo me recorre el cuero cabelludo, pero Gilanto solo aprieta más fuerte, acercándose tanto que puedo oler el alcohol rancio de su aliento.

—Ya es hora de que capullos como su padre dejen de subestimarme. ¿De verdad creía que podía casarla y olvidarse del tema? Pues la cosa no funciona así, joder. Créame, no me tomo a la ligera la traición de su padre, y está a punto de aprenderlo por las malas.

Me lanza hacia un lado.

Caigo contra el hormigón, aterrizando sobre el brazo herido, lo que me hace gritar de dolor.

No puedo contener las lágrimas que empiezan a correr por mis mejillas al mencionar a mi padre.

¿Le ha pasado algo? ¿Es por eso que no me ha devuelto las llamadas?

—¿Q-qué le ha hecho? —Mi voz es apenas un susurro y ya no tiemblo por el frío del aire, sino de miedo.

Mi padre no puede estar muerto.

Alexei prometió que lo mantendría a salvo. Prometió...

—Le ahorraré los detalles —se ríe Gilanto—. Parece que tiene usted el estómago bastante delicado, con lo del embarazo y todo eso. Hablando de lo cual, ¿cómo se tomó Alexei la noticia?

Aprieto los dientes mientras fulmino a Gilanto con la mirada.

Solo te está provocando.

—Espero que le encantara la idea de ser padre, de tener un heredero.

—¡Que le jodan!

—Estoy deseando que la encuentre aquí cuando haya acabado con usted. Se culpará por su muerte, por supuesto, y por la de su

hijo. La culpa se lo comerá vivo, y eso me hace tan... *feliz*. —Se lleva una mano al corazón.

—Es usted un monstruo...

—No más monstruo que su preciado Alexei. Haría bien en recordarlo.

Extiende la mano para apartarme el pelo de la cara.

Me estremezco al sentir sus dedos callosos contra mi piel.

—Oh, nos vamos a divertir mucho juntos —ronronea.

—¿Q-qué va a hacerme? —Me ha brotado el sudor sobre el labio superior y me siento mareada y con náuseas por la pérdida de sangre.

Necesito que me vea un médico, necesito asegurarme de que mi bebé está bien.

—Es una sorpresa —sonríe—. Pero no se preocupe, dejaré vivir a su amiguita de ahí solo para que pueda contarle a todo el mundo lo horrible que fue su muerte.

Miro a Zara.

—No se preocupe. También me divertiré un poco con ella.

—Por favor —niego con la cabeza—. Déjela en paz. ¡Por favor!

—No, no creo que lo haga. Me pierden las rubias.

—No se saldrá con la suya —jadeo; cada respiración hace que me duela el pecho por el esfuerzo.

Gilanto solo me sonríe con suficiencia, sus ojos llenos de un deleite salvaje mientras recorren mi cuerpo tembloroso.

—Ya lo he hecho, cariño, porque todo el mundo cree que estás muerta —se ríe entre dientes mientras se pone en pie.

Se me eriza el vello de la nuca y me trago la bilis.

—Intente no morirse antes de que pueda divertirme. —Sale de la habitación, dejando la puerta abierta de par en par como para provocarnos.

Se me encoge el estómago al pensar en Alexei.

¿Sabrá ya que hemos desaparecido?

Siento como si se me fuera a partir el pecho al pensar que podría llegar demasiado tarde, en lo que podría encontrar cuando lo haga...

Miro a Zara y me escuecen los ojos al ver cómo su pecho apenas se eleva con cada respiración trabajosa.

—Tienes que seguir viva por mí, Zara.

Intento acercarme a ella a trompicones, pero la cadena de mi muñeca no cede, así que ni siquiera puedo cogerle la mano a mi mejor amiga.

Sus labios no tienen sangre y su piel se ha vuelto casi gris.

Está muy mal y no hay nada que pueda hacer.

—Sigue viva. ¿Me oyes, Zara? Sigue viva.

—Todo saldrá bien... —murmura Zara—. Dimitri...

—¿Dimitri? ¿Qué pasa con Dimitri?

—Dimitri... ayuda.

—¿Cómo va a saber siquiera que hemos desaparecido? ¿Zara? ¡*Zara*!

Grito cuando Zara se desliza aún más por la pared, su cabeza cayendo hacia un lado.

Capítulo Treinta Y Uno

ALEXEI

Podría llegar demasiado tarde.

Puede que Bianca ya esté muerta.

Tengo el estómago revuelto.

Mi *solnyshka*.

Zhizn' moya.

No puedo perderla, no cuando apenas hemos empezado. Nos queda tanto por aprender el uno del otro, tanta vida por disfrutar juntos.

No permitiré que Mario Gilanto sea la razón por la que mi familia acabe destrozada.

El móvil me suena mientras corro hacia Chinatown, con la autopista convertida en un borrón a cada lado mientras piso el acelerador a fondo.

Cojo la llamada. —Anton.

—Ya estoy aquí. Dimitri acaba de llamar y me ha puesto al día. He traído refuerzos.

—¿Cuál es la situación?

—Hay al menos una docena cubriendo las salidas, pero no parecen tener ni puta idea de lo que hacen, así que debería ser una eliminación rápida. Apuesto a que dentro será lo mismo.

—¿Ni rastro de Gilanto? —Mi cuerpo se estremece al oír su nombre en mis labios.

El hecho de que haya conseguido ponerle sus sucias y asesinas manos encima a mi *solnyshka* hace que vea todo rojo.

Suplicará la muerte para cuando haya acabado con él.

—Todavía no, pero dudo que se marche si tiene a las dos chicas dentro. Quiere que vengas tú a por él.

—Lo sé. ¿A cuánto están los demás?

—Diez minutos. Quince como mucho.

Aprieto las manos contra el cuero del volante, sintiendo el estómago como una losa mientras miro el reloj del salpicadero.

—*¡Joder!*

—Podría enviar a algunos de mis hombres ahora, pero si Gilanto se huele que no estás aquí, podría darle por enviarte un mensaje.

—Que nadie entre en esa propiedad sin mi orden. No podemos permitirnos dar un paso en falso. Gilanto es impredecible.

—*Da, Pakhan*. —Anton cuelga el teléfono.

Mi cuerpo funciona con el piloto automático puesto mientras cruzo de vuelta a la ciudad.

Apenas me doy cuenta de los otros coches que vienen hacia mí ni de los semáforos poniéndose en rojo. Lo único que puedo visualizar es a mi *solnyshka* desangrándose en mis brazos mientras exhala su último aliento.

¿Estaba destinado a acabar así desde el principio? ¿Con la muerte tocándome el hombro en el momento en que sintió que empezaba a vivir de nuevo? ¿Lista para abrirme el corazón en canal una vez más y dejarme desangrar a mí también?

Miro el navegador. Estoy a cinco minutos de la fábrica abandonada donde Gilanto retiene prisioneras a Bianca y a Zara.

No me importa cuánta gente tenga vigilando la propiedad, no dudaré en meterles una bala a todos y cada uno en el cráneo si hace falta. Si eso significa salvar a Bianca, me mancharé las manos con su sangre de muy buen grado.

Mientras me acerco a la ruinosa propiedad de ladrillo rojo, me meto por un callejón lateral donde sé que mis hermanos y mis hombres estarán esperando.

Mi mirada se cruza con la de Anton mientras aparco el coche.

Asiente una vez.

Están listos para actuar.

Rebusco en la guantera, saco cuatro cargadores de balas y otra pistola que cargo.

Es probable que los vaya a necesitar todos.

Respiro hondo por última vez al salir del coche y camino con paso decidido hacia mis hombres. Mi familia.

El rostro de Dimitri es de piedra.

—¿Están todos?

Mi hermano asiente. —Están todos.

Sopeso la pistola en la mano, comprobándola dos veces mientras pienso en el mejor plan de acción.

—Rodead la propiedad. Eliminad a quien tengáis que eliminar para poder entrar.

Miro a cada uno de mis hermanos, y luego a Anton, a Feliks y a la docena de hombres que han traído con ellos.

—Mikhail, Danil, vosotros id por la parte de atrás. Dimitri y yo nos encargaremos del frente junto con Feliks y Anton.

Mis dos hermanos pequeños asienten, con los ojos llenos de determinación mientras preparan sus armas.

Es hora de salvar a mi mujer. —No dejéis a nadie vivo, y a Gilanto dejádmelo a mí.

—Vamos allá. —Anton se agacha pegado a la pared de ladrillo, con la pistola lista.

—¿Listo? —pregunta Dimitri, colocándose a mi lado.

Flexiono los dedos antes de quitar el seguro de mi pistola. —Listo.

—Nos vemos al otro lado, *brat*. —una sonrisa salvaje se extiende por su rostro mientras me da una palmada en el hombro.

Respiro hondo una última vez para calmarme, cerrando los ojos solo un segundo mientras la cara de Mario Gilanto inunda mi mente.

—Vamos a matar a este hijo de puta —gruño antes de doblar la esquina y matar al primer hombre.

Como cucarachas, los hombres de Gilanto salen en tropel de las sombras en cuanto se dispara el primer tiro, con las armas

apuntando mientras rodeamos el edificio.

Cada vez que aprieto el gatillo y se derrama sangre, mi mente parece serenarse, con la concentración centrada en la tarea que tengo entre manos.

Solo necesito llegar hasta Bianca.

Dimitri y los demás pueden encargarse del resto.

Asaltamos la entrada, dejando un reguero de cadáveres a nuestro paso mientras avanzamos hacia la nave principal de la fábrica.

El ambiente es frío y húmedo, la única luz proviene de unas cuantas bombillas fluorescentes en el techo. La maquinaria vieja y oxidada se alinea en el suelo de la fábrica, ofreciendo a los hombres de Gilanto un montón de sitios donde esconderse.

Algunos de los nuestros caen antes de que sepamos siquiera que están ahí.

Me lanzo detrás de un pilar de metal, jadeando mientras los disparos seguidos de gritos de dolor resuenan por todas partes.

Esto va a ser rápido y sucio.

Abato a dos más desde detrás del pilar antes de salir corriendo hacia la nave principal, casi chocando con Dimitri.

Se oyen disparos desde arriba y miro hacia el techo para encontrar a más hombres en el balcón superior.

—¡Al suelo! —grito, agarrando a Dimitri por la parte de atrás de la camisa y lanzándonos a los dos al suelo, donde nos cubrimos bajo una vieja mesa de trabajo.

—Joder, están por todas partes —dice Dimitri, limpiándose la frente con el dorso de la mano.

—Necesito llegar hasta Bianca. Creo que están debajo de nosotros.

—Te cubro las espaldas.

Asiento antes de ponerme en pie y echar a correr.

Danil está a mi derecha. Está luchando contra un tipo que casi le dobla el tamaño.

Danil le asesta un puñetazo en la mandíbula que le ladea la cabeza al tipo. En cuanto retrocede para estabilizarse, disparo.

Danil ya está en movimiento antes de que el tipo toque el suelo.

Veo una puerta de dos hojas al fondo de la nave de la fábrica.

Es la única puerta que parece que podría llevarme hasta Bianca y Zara, así que me dirijo hacia ella.

Un grito de dolor me hace girar en redondo y encuentro a mi penúltimo hermano desplomado junto a uno de los pilares, agarrándose el hombro.

—¡Mikhail!

Ese segundo de distracción es suficiente.

Un brazo se me enrosca en el cuello y me asfixia.

Le clavo el codo en el estómago al cabrón antes de estrellar la pistola contra su barbilla.

Cae al instante, gimiendo.

Le meto una bala en el pecho antes de correr hacia Mikhail.

—¿Es muy grave? —me agacho a su lado.

Me mira con los dientes apretados mientras la sangre se filtra entre sus dedos. —Estoy bien. Tienes que irte.

—No se te ocurra morirte. —Me tiembla la voz mientras miro a mi hermano pequeño—. No puedo perderlo a él también.

—Hará falta más que esto para acabar conmigo —dice entre dientes—. Ahora, vete. Salva a Bianca.

Le doy una palmada a mi hermano en el hombro bueno antes de ponerme en pie y correr por la nave de la fábrica.

Hay cadáveres esparcidos entre la maquinaria oxidada y el aire se impregna del olor cobrizo de la sangre mientras me dirijo a la puerta de dos hojas del fondo de la nave.

Una vez que atravieso las puertas, giro a la izquierda y bajo un tramo de destartaladas escaleras de hierro.

Corro por un pasillo estrecho hacia un segundo tramo de escaleras al fondo que lleva al sótano. Bajo los escalones de dos en dos.

El sonido de los disparos es cada vez más débil.

La pelea pronto terminará.

Me estoy quedando sin tiempo.

Avanzo sigilosamente por el húmedo pasillo, con la pistola apuntando y lista.

Unas pocas luces parpadean en el techo y mis pasos resuenan a mi alrededor.

—¡Gilanto! ¿Por qué no echas un par de cojones y das la cara?

—Me preguntaba cuándo ibas a aparecer.

Me doy la vuelta bruscamente.

Mario Gilanto sale de las sombras, arrastrando a Bianca frente a él, con el brazo izquierdo alrededor de su cuello.

—Es sencillo, Alexei —ronronea mientras saca una pistola de detrás de la espalda y se la apoya a Bianca en la sien—. Baja la pistola o Bianca muere.

Mis ojos se clavan en los de Bianca y se me corta la respiración al ver el terror en su mirada. Unas gotas de sudor le cubren la frente y su brazo derecho cuelga a medias del jersey.

Se ha atado la manga alrededor del antebrazo, la tela color crema manchada de rojo por su sangre.

Mi *solnyshka* está herida.

No tengo más remedio que hacer lo que dice. No arriesgaré su vida.

Levantando ambas manos, me inclino lentamente para dejar mi pistola a los pies.

—Todas —sonríe Gilanto con suficiencia.

Levanto la vista.

Ver sus manos sobre Bianca me da ganas de meterle una bala entre ceja y ceja.

Pero no puedo permitirme cometer ningún error, no cuando la vida de Bianca está en juego.

Meto la mano en el bolsillo de la chaqueta, desenfundo mi pistola de repuesto y la tiro al suelo.

Si llega el caso, mataré al cabrón con mis propias manos. Probablemente me daría más satisfacción ver cómo se le escapa la vida de los ojos mientras le aprieto el cuello con las manos.

—Me alegro de que haya venido, Alexei. No sería ni la mitad de divertido matar a Bianca sin público.

Mis labios se retraen y enseño los dientes mientras lo fulmino con la mirada.

—Suéltala, Gilanto. Podemos arreglar esto, solo nosotros dos.

—No lo creo. No ahora que sé que de verdad le importa. Estoy deseando matar a su mujer y a su hijo nonato delante de sus ojos, Koslov. Quizá entonces aprenda lo que se siente al perder algo querido.

Las aletas de mi nariz se ensanchan al mencionar al bebé.

—Siento curiosidad por saber cómo la ha encontrado tan rápido. —Mario ladea la cabeza—. Ilústreme.

—El teléfono de Zara. Lo rastreé hasta aquí.

Mario resopla.

—Menudo pedazo de mierda inútil. Debería haberla tirado a los restos en llamas.

¿Era?

¿Ha matado a Zara?

—¡Zara! —grita Bianca.

El tiempo parece ralentizarse mientras Mario lucha por mantener a Bianca en pie.

Las piernas le fallan y su rostro se contrae mientras empieza a desplomarse en el suelo.

Me lanzo, rezando por poder cogerla antes de que caiga al suelo, pero Gilanto se percata de mi movimiento.

Cree que voy a por mi pistola.

Mis ojos se abren de par en par cuando suelta a Bianca y me apunta directamente al pecho.

Un disparo resuena en el aire.

—No... —Mi mano intenta alcanzar a Bianca mientras espero a que la bala dé en el blanco.

Pero nunca llega.

El cuerpo de Gilanto se sacude una vez antes de desplomarse en el suelo, revelando a Dimitri detrás de él.

—Buen tiro, ¿eh? —Dimitri avanza para dar un empujoncito con el pie al cuerpo sin vida de Gilanto, pero apenas registro lo que dice.

Corro al lado de Bianca, rodeando su cuerpo tembloroso con mis brazos y atrayéndola contra mi pecho.

—*Solnyshka*.

—Z-Zara —solloza ella.

Miro a Dimitri y su rostro palidece al leer mi expresión. Antes de que pueda decir nada, sale corriendo.

—¿Estás muy herida, *zhizn´ moya*?

—E-el brazo —gime.

Se me oprime el pecho al mirar el torniquete improvisado que se ha hecho con su jersey.

Se aprieta el brazo izquierdo contra el pecho y mis ojos se posan en los moratones que empiezan a aparecerle alrededor de la muñeca.

¿Acaso Gilanto la esposó?

Aprieto los dientes mientras miro el cuerpo inerte en el suelo, el charco de sangre que se forma alrededor de su cabeza.

Su muerte fue demasiado rápida, demasiado fácil.

No sufrió lo suficiente.

—Tenemos que llevarlas al hospital, Alexei —me dice la voz apremiante de Dimitri a mi espalda—. Zara está bastante mal.

Me giro bruscamente y veo el miedo en los ojos de mi hermano mientras mira el cuerpo inerte de Zara, que sostiene en brazos.

Tiene la piel cenicienta, cubierta de sudor, y una brecha enorme en la cabeza de la que todavía mana sangre.

—Zara. —La voz cascada de Bianca me devuelve a la realidad.

—La tiene Dimitri, no te preocupes —le beso la frente—. Tenemos que llevarte al hospital, *solnyshka*.

Bianca cierra los ojos con fuerza y pierde el poco color que le quedaba en la cara.

—Por favor. No dejes que Zara muera.

—No voy a dejar que ninguna de las dos muera. Te lo prometo.

Capítulo Treinta Y Dos

BIANCA

—*Zhizn' moya*.

Echo tanto de menos a Alexei que casi puedo oírlo llamarme con esa extraña palabra cariñosa. ¿Qué significa? Todavía no lo sé.

¿Lo averiguaré alguna vez? ¿Volveré a verlo? ¿Volveré a sentir su piel bajo las yemas de mis dedos o sus labios sobre los míos?

El hombre con el que me obligaron a casarme es ahora el hombre al que amo.

Antes, ese pensamiento me habría asustado, pero ya no.

Me estoy muriendo en este agujero, así que me permito amarlo por completo.

Alexei Koslov lo es todo para mí.

Unos labios se posan en mi frente y dejo escapar un suspiro de satisfacción, imaginando que es Alexei mientras mis párpados se abren con un aleteo.

Vaya, debo de estar ya muerta…

Alexei está inclinado sobre mí, con el ceño fruncido mientras me escruta el rostro.

—Bienvenida de nuevo —sonríe.

Unos pitidos me llenan los oídos y tengo que parpadear un par de veces para que mis ojos se enfoquen bajo las duras luces fluorescentes.

Miro a mi alrededor.

Esto es la habitación de un hospital.

Me miro el brazo y hago una mueca al ver las vendas en mi antebrazo izquierdo y el moratón de color morado oscuro alrededor de la muñeca, provocado por el grillete de metal.

Siento las articulaciones entumecidas y la cabeza nublada, pero estoy viva.

¿Estoy viva?

Mis ojos vuelan hacia Alexei.

He sobrevivido. Y él está aquí conmigo.

Pero espera…

—El… bebé —me llevo las manos al abdomen.

—El bebé está bien —Alexei posa una mano cálida sobre las mías —. Los dos vais a estar bien.

—¿Y… y Zara?

Alexei duda, sus ojos castaños se llenan de pena al mirarme, pero no tiene la oportunidad de explicarlo, ya que la puerta de mi habitación se abre y entra una joven con un pijama sanitario rosa.

Me dedica una cálida sonrisa mientras se acerca a los pies de la cama.

—Me alegro de verla despierta, Bianca. Soy la doctora Keller, la ginecóloga de guardia. Solo quiero hacerle una ecografía rápida.

Asiento, ansiosa por ver por mí misma que mi bebé está bien.

Mientras la doctora Keller prepara el monitor junto a la cama, me giro hacia Alexei.

—¿Dónde está Zara?

Alexei alza la mano para ahuecarme la cara y su pulgar se desliza de un lado a otro por mi mejilla.

Su silencio solo consigue ponerme más nerviosa. ¿Qué es lo que no me está contando?

—Está en el quirófano. Tenía bastantes lesiones internas, además de un brazo roto.

—Oh, Dios mío —me llevo la mano a la boca—. Necesito verla — echo la manta hacia atrás, pero Alexei me pone una mano en el hombro y me obliga a recostarme contra las almohadas.

—Bianca. Ahora mismo no hay nada que puedas hacer por ella. Dimitri está allí, ¿vale?

—No puedo perderla, Alexei —un sollozo se me escapa del pecho.

—No la vas a perder —me rodea los hombros con sus brazos y me aprieta contra su pecho.

La doctora Keller prepara la sonda de la ecografía. —Voy a necesitar que se calme, por favor, Bianca. Por el bien de su bebé. Todo este estrés es malo para él.

—¿Podemos dejar que la doctora examine a nuestro bebé, *zhizn´ moya*?

Me aparto para mirar los ojos oscuros de Alexei y me concentro en el sonido de su respiración para intentar calmar mi corazón desbocado.

Mi bebé ya ha pasado por mucho en las últimas veinticuatro horas y no quiero causarle más estrés, pero estoy aterrorizada por la idea de perder a Zara.

La doctora Keller me mira, con la sonda lista. —¿Está preparada, Bianca?

Alexei me dedica una sonrisa de ánimo y yo asiento.

—Estoy lista.

En el momento en que la doctora Keller señala la pequeña mancha que es nuestro bebé, no puedo contener las lágrimas.

Tengo las mejillas húmedas y la cosa empeora cuando un suave *tump tump* llena el silencio.

—Increíble —susurra Alexei.

Lo miro y sus ojos están llenos de asombro mientras observa la pantalla, el pequeño milagro que es mitad él, mitad yo.

—Todo parece estar bien. Pero tiene que vigilar sus niveles de estrés.

Asiento. —Lo haré.

—Le imprimiré esta imagen y volveré a verla en unas horas —la doctora Keller retira la sonda de la ecografía después de pulsar unos cuantos botones y nos entrega la imagen impresa.

Cuando ya me han limpiado, Alexei se mete en la cama a mi lado y me acerca a su pecho mientras ambos contemplamos la primera

foto de nuestro bebé.

—Vas a ser la madre más increíble —me besa la coronilla—. Y estoy deseando ser padre.

Siento que el corazón me va a estallar ante sus palabras.

—¿De verdad?

—De verdad. Ahora intenta dormir un poco, *zhizn´ moya*. Zara debería salir pronto del quirófano.

No sé cuánto tiempo duermo, pero cuando por fin vuelvo a abrir los ojos, Dimitri y Alexei están hablando en susurros en un rincón.

Intento incorporarme en la cama. —¿Es por Zara?

Dimitri se gira hacia mí y me regala una sonrisa débil.

—Ha salido del quirófano —parece agotado, con sombras de color morado oscuro bajo los ojos y sangre seca en la camisa—. Le queda un largo camino por recorrer, pero está estable.

—Oh, gracias a Dios —es como si me quitaran un peso enorme de los hombros y pudiera volver a respirar—. Tengo que verla.

Alexei mira a Dimitri, que se encoge de hombros.

—Voy a buscar una silla de ruedas.

Hago todo lo posible por mantener la calma mientras Alexei y Dimitri me llevan en la silla de ruedas a la habitación de Zara.

Está conectada a varias máquinas y tiene el brazo escayolado. Parece tan pequeña en comparación con la chica fuerte y franca que conozco y quiero.

—Estaremos justo ahí fuera —Alexei me deja junto a la cama y me da un beso en la cabeza.

No le quito ojo a Zara, y el sonido de la puerta al cerrarse hace que sus párpados se abran con un aleteo.

Se me corta la respiración mientras le cojo la mano y le aprieto los dedos con suavidad. —Estás despierta.

Zara me dedica una sonrisa débil, con los ojos todavía entrecerrados, mientras se gira para mirarme.

—Oh, Zara. Estaba tan preocupada por ti.

—N-no te vas a d-deshacer de mí tan f-fácilmente. —Me aprieta los dedos sin fuerza.

—No puedes dejarme nunca, ¿me oyes?

—Nunca.

Las lágrimas me nublan la vista mientras me aferro a mi amiga.

—Lo s-siento mucho, Bianca. —Una lágrima se le derrama por la mejilla—. Si no te hubiera... hecho salir... aquella noche...

—Habrían encontrado otra forma de llevarme. —Le aprieto la mano con más fuerza—. No es culpa tuya. En todo caso, a ti te arrastraron a mi lío. Soy yo la que tiene que disculparse.

—No pasa nada, B. Pero... ¿qué ha pasado? Apenas... recuerdo nada.

Miro a mi mejor amiga, y mis ojos recorren la escayola de su brazo y los puntos de su frente.

Se me llenan los ojos de lágrimas al darme cuenta de lo cerca que he estado de perderla.

—Lo único que necesitas saber es que ahora estamos bien. —Le sujeto la mano con fuerza—. Alexei y Dimitri nos han sacado a tiempo.

—¿Y... y el hombre que...? —A Zara le tiembla la voz al tragar saliva y yo le doy un apretón en los dedos.

—Dimitri se ha encargado de él. Fue quien te sacó de allí.

No se me escapa el ligero rubor que tiñe las mejillas de Zara al mencionar a Dimitri.

—Creo que a alguien le está empezando a gustar, después de todo... —intento aligerar el ambiente.

Zara resopla y me mira entrecerrando los ojos.

—Ni de broma. No es... mi... tipo.

Me encojo de hombros, pero no puedo reprimir la sonrisa que se extiende por mi rostro mientras me llevo la mano al ligero bulto de mi vientre.

—Alexei tampoco era mi tipo...

La doctora Keller me mantiene en el hospital dos días más para vigilar el latido del corazón del bebé.

Hago todo lo posible por mantener a raya el estrés, aunque es difícil cuando estoy tan preocupada por Zara.

Es probable que ella necesite quedarse unas semanas más mientras se recupera, y pienso estar a su lado todo lo que pueda.

Aunque, según Alexei, me va a poner en reposo absoluto en cuanto me lleve de vuelta a Forest Hills.

A Mikhail también lo han dejado en observación unos días más.

Me horrorizó saber de su herida, pero Alexei me ha asegurado que la bala solo le rozó el hombro y que se recuperará por completo. En todo caso, está un poco decepcionado por no haber tenido una herida más dramática, lo que, según Alexei, es «muy de Mikhail».

Estoy recogiendo mis cosas mientras Alexei firma los papeles del alta cuando llaman a la puerta de mi habitación del hospital.

—Adelante. —Doblo mi pijama.

El pobre Alexei envió a Danil a casa a por cosas para Zara y para mí, y me reí a carcajadas cuando volvió con ropa suficiente para todo el año.

La puerta se cierra con un clic, levanto la vista y suelto un gritito. —¿*Papino*?

—*Bambina*. —Se le ve delgado y sus ojos azules tienen oscuras sombras violáceas debajo.

—*Papino*. —Corro hacia él y le echo los brazos al cuello—. ¡Creía que estabas muerto! Gilanto... él insinuó... —No puedo ni pronunciar las palabras.

—Lo siento mucho, *bambina* —susurra mi padre mientras me estrecha entre sus brazos, abrazándome como cuando era niña—. No tuve más remedio que desaparecer.

—Podrías habérmelo dicho. —Me aparto para mirarle a los ojos.

—No podía arriesgarme a que lo supieras, *bambina*. Gilanto es... *era* un hombre peligroso, y me convertí en su enemigo en el momento en que le vendí a Alexei información sobre su familia. Pero tenía que asegurarme de que cuidaran de ti.

A mi padre le brillan los ojos de lágrimas mientras me coge la cara entre las manos. —Espero que puedas entender que lo hice por

ti, Bianca.

—Nunca he necesitado protección, *papino*.

Mi padre suelta un suspiro y aparta las manos de mi cara.

Niego con la cabeza. —Sobre todo cuando el precio era tan alto.

—Creí que no había otra manera. Siento haberte causado dolor, *bambina*. Cargaré con la culpa el resto de mi vida. —Se le hunden los hombros.

—Lo entiendo. —Me pongo una mano en el vientre—. Ahora sé lo que se siente al querer hacer todo lo que está en tu mano para proteger a tu hijo. Así que te perdono, *papino*. Por todo.

Los ojos azules de mi padre brillan de lágrimas al abrirse de par en par. —¿*Bambina*...?

—Al final todo ha salido bien, *papino*. —Una sonrisa asoma a mis labios—. Espero que te quedes por aquí el tiempo suficiente para conocer a este *piccolino*.

—No me lo perdería por nada del mundo, *bambina*.

—¿Estás lista para irte? —me pregunta Alexei una hora más tarde.

Mi padre se ha quedado conmigo mientras recogía mis cosas y hemos hablado de mi nueva vida con Alexei.

Le he contado lo del estudio que ha construido y el retrato de *mamma* en el que había estado trabajando.

Cuando se ha marchado, había en sus ojos un brillo que antes no estaba.

Espero que, a pesar de todo lo que ha pasado, mi padre y yo podamos trabajar en tener una relación más cercana, no solo por mí, sino también por mi hijo.

Miro a Alexei y se me hace un nudo en el estómago.

Debe de notar un cambio, porque un ceño fruncido aparece entre sus cejas.

—¿Qué pasa? —Cruza la habitación y me coge las manos.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Sabías que mi padre se iba a esconder?

Alexei deja escapar un largo suspiro, y veo cómo sus ojos se llenan de pesar.

—Sí, lo sabía. —Inclina la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No me correspondía a mí.

—¡Alexei, es mi padre!

—Y habértelo dicho habría puesto en peligro su seguridad. También prometí mantenerlo a salvo, Bianca, y esta era la única manera.

—¿Cuándo aprenderemos que los secretos no nos hacen ningún bien?

—Te prometo que, de ahora en adelante, no habrá más secretos. —Alexei se lleva nuestros dedos entrelazados a los labios y me da un suave beso en los nudillos—. Ahora, vamos a llevarte a casa.

—No quiero dejar a Zara aquí sola. ¿Y si alguien viene a por ella? ¿Y si...?

—Chisss... —Alexei me rodea con su brazo y me acuna contra su pecho—. Dimitri ha prometido quedarse con ella. Así que déjame llevarte a casa, *solnyshka*, para que puedas descansar.

Alexei coge mi bolso de la cama.

—Siento que no he hecho más que descansar durante días.

—Y seguirás descansando durante las próximas semanas. —Alexei me da un beso en la frente.

Duermo durante la mayor parte del trayecto de vuelta a Forest Hills; el peso de los últimos días por fin me pasa factura. Ojalá Zara se viniera conmigo, pero sé que estará en buenas manos con Dimitri.

Cuando por fin abro los ojos, la visión de la casa familiar dibuja una sonrisa en mis labios. —Hogar, dulce hogar.

Alexei aparca el Mercedes y rodea el coche hasta mi puerta, inclinándose sobre mí para desabrocharme el cinturón de seguridad.

Hago el amago de salir, pero él se agacha rápidamente y me coge en brazos.

—¡Alexei! ¡No tienes por qué llevarme en brazos hasta la cama!

—Órdenes del médico. —Alexei se ríe entre dientes y se agacha para rozarme el cuello con la nariz.

Me retuerzo contra él, pero lo único que consigo es que me sujete con más fuerza contra su pecho.

Resoplo. —Soy más que capaz de caminar por mí misma.

—Esto es algo que no pienso negociar, *zhizn´ moya*. —Alexei empieza a subir los escalones de la entrada.

Me acurruco en su pecho, saboreando el calor de su cuerpo contra el mío mientras me lleva en brazos hasta mi habitación, donde me acomoda en la cama y se mete a mi lado.

—Me has tenido preocupado un buen rato. —Me aprieta contra su pecho—. Si te hubiera pasado algo... Al bebé...

Se le corta la respiración y siento como si el pecho se me partiera en dos.

—Estamos a salvo, Alexei. —Alzo la mano para acariciarle la cara.

Él se apoya en mi mano y cierra los ojos como para saborear mi caricia.

—No vas a perderme nunca. Te lo prometo.

—Eso me recuerda... —Gira el rostro para darme un beso en la palma de la mano—. Tengo algo para ti.

Observo con intriga cómo Alexei se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una caja de anillos.

Mis ojos se abren como platos cuando la abre y revela un anillo de compromiso de diamantes y dos alianzas a juego.

—Alexei... —Me quedo mirando los anillos—. Son preciosos.

—Pensé que ya era hora de ponerte un anillo en el dedo. —Se ríe entre dientes—. *Zhizn´ moya*, ¿me concederías el grandísimo honor de ser mi esposa, otra vez?

—¡Sí! —Me llevo la mano a la boca mientras Alexei saca mis dos anillos y me los desliza en el dedo.

—Te quiero, *zhizn´ moya*. Más de lo que jamás creí posible. Muchas gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo cada día. —Me besa el dedo anular en cuanto termina.

—Ahora, ¿quieres hacer los honores? —Alexei me tiende la caja con su alianza.

—Te quiero tanto, Alexei. —Apenas puedo ver a través de las lágrimas cuando cojo el anillo y se lo deslizo en el dedo—. Cuando empezó todo esto, estaba muy enfadada. Contigo, con mi padre, con el mundo. Muchas gracias por ser paciente conmigo y por apoyar mis sueños incluso cuando te hice la vida imposible. Te querré para siempre.

No hace mucho, lo que más deseaba era recuperar mi antigua vida. Pero al mirar a Alexei a los ojos, sé que una vida sin él no es una que quiera vivir.

Sonrío. —Esta vez, ¿significa esto que puedo planear una boda en la que de verdad quiera estar?

Capítulo Treinta Y Tres

BIANCA

Cinco meses después

Llaman a la puerta de mi dormitorio y, cuando levanto la vista del maquillaje, me encuentro a Alexei apoyado en el umbral.

Se me corta la respiración al contemplarlo.

Es todo mío.

—¿Estás lista? —Se aparta del marco de la puerta y cruza la habitación hacia mí.

Mis ojos recorren su cuerpo y mis hormonas se disparan mientras observo su imponente figura.

Lleva su característica camisa y pantalones negros, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, dejando al descubierto esos deliciosos antebrazos.

—Casi —arrugo la nariz mientras me miro.

—¿Qué pasa?

—Me siento como una ballena varada —me paso las manos por mi enorme barriga.

He elegido un vestido turquesa ajustado para lucir la barriga, pero ahora que estamos a punto de irnos, lo único que quiero es esconderme bajo un chándal holgado.

—Estás… —Alexei me pone las manos en la cintura y me atrae hacia él—. Jodidamente guapa.

Se inclina para besarme el cuello y yo dejo escapar un suspiro de satisfacción, apoyándome en él.

Se me pone la piel de gallina y se me escapa un gemido cuando se aparta.

—Si no fuera porque cincuenta de nuestros amigos y familiares más cercanos están llegando ahora mismo abajo para la fiesta de bienvenida del bebé, te estaría follando contra el tocador —Su mirada se desvía hacia mis pechos, muy llenos, que casi se salen del vestido.

Un calor se acumula en mi bajo vientre mientras me lo imagino inclinándome sobre la mesa y follándome por detrás.

—¿De verdad se daría cuenta alguien si llegáramos unos minutos tarde…? —recorro su pecho con las manos, hundiendo los dedos en la suave tela.

—*Zhizn´ moya* —ríe entre dientes.

Me encanta cuando me llama así. Mi vida. Sonrío. —¿Qué? Es nuestra fiesta, podemos llegar tarde si queremos.

Me pongo de puntillas para darle un beso en la mandíbula. —Podemos ser rápidos.

Los dedos de Alexei se clavan en mi cintura y chillo cuando me hace girar.

—Entonces, más vale que me ponga manos a la obra —Agarra la tela sedosa de mi vestido y me la levanta por encima del culo—. Ponte a cuatro patas, *solnyshka*.

Me muerdo el labio inferior mientras me apoyo con los codos en el tocador, levantando el culo en el aire.

Es la única forma en la que hemos podido tener sexo desde que mi barriga se ha puesto tan enorme, pero no me importa.

En esta postura, Alexei me penetra tan profundo que, mezclado con las hormonas, mis orgasmos son los más intensos que he experimentado jamás.

Alexei no tarda en bajarme las bragas y yo ya estoy gimiendo de expectación cuando se desabrocha los pantalones.

Para cuando su polla roza mi entrada, estoy tan mojada y deseosa de él que empujo hacia atrás, forzándolo a hundirse en mí hasta el fondo.

—Joder —Las manos de Alexei se aferran con fuerza a mi cintura.

Gimo tan fuerte que me preocupa que todos nuestros invitados puedan oírme, pero pronto me olvido de ellos cuando Alexei se retira y vuelve a embestirme.

Aprieto el pecho contra la superficie del tocador, mis doloridos pezones se frotan contra la dura superficie con cada embestida.

—Qué gustazo —gimo.

—¿Quieres más, *solnyshka*?

—Dios, *sí*.

Alexei me embiste con más fuerza mientras sus dedos me rodean para empezar a juguetear con mi clítoris.

Mi cuerpo se afloja a medida que mi orgasmo empieza a crecer con cada embestida de su gruesa polla.

—Me estás recibiendo tan bien, *zhizn´ moya*.

Mis párpados se cierran cuando él estimula mi clítoris más rápido, y sé que no falta mucho para que me haga correr.

—Más fuerte —gimo.

Alexei ríe entre dientes, pero me rodea la cintura con la mano libre para estabilizarme mientras aumenta el ritmo.

Mis piernas empiezan a temblar a medida que el calor se acumula en mi bajo vientre y mis muslos se humedecen de excitación.

—Joder. Me corro —gruñe Alexei, y con una última embestida, nos hace correr a los dos.

—Siento que todo el mundo se va a dar cuenta de que acabamos de tener sexo —suspiro mientras me arreglo el vestido una vez que nos hemos limpiado.

Alexei me aprieta contra él y estampa sus labios contra los míos, dejando que su lengua recorra mi labio inferior.

—Me gusta la idea de que todo el mundo sepa a quién perteneces —murmura Alexei contra mis labios.

—Para —lo empujo contra el pecho—. O nunca llegaremos a la fiesta.

Alexei sonríe con suficiencia y me guiña un ojo.

—Vamos a celebrarte —Me tiende la mano para que la coja.

Me agarro al brazo de Alexei para apoyarme mientras salimos de la habitación.

—¡Oh, Dios mío! Se me olvidaba decirte una cosa.

Sus ojos vuelan hacia los míos. —¿Qué es? ¿Estás bien? ¿El bebé…?

Agito la mano. —No, no. El bebé está genial. Es solo que… Adivina quién se casa.

Frunce el ceño, sacudiendo la cabeza. —No tengo ni idea. ¿Quién?

—Rosanna.

Su ceño se frunce aún más. —¿Y quién demonios es esa? ¿Se supone que debo conocer a esa Rosanna?

Le doy un golpe en el brazo. —Yo diría que más que deberías. Era su supuesta boda la que estaba organizando cuando llegué y descubrí que, en cambio, era yo quien se casaba.

Enarca las cejas, con la boca entreabierta, y luego estalla en una carcajada. —¿Eso significa que estás organizando otra boda?

—Ni de coña.

Cuando empezamos a bajar las escaleras, una enorme sonrisa se extiende por mi cara al ver a todos nuestros amigos y familiares reunidos en el vestíbulo.

Sonriendo, veo a Mikhail, Danil y Dimitri.

Realmente he empezado a sentirlos como mi familia en los últimos meses, y estoy muy agradecida de que mi hijo vaya a crecer con tanta gente que lo quiere.

Mis ojos se desvían un poco más allá de Dimitri, y suelto un gritito al ver a Zara.

—Cuidado, *solnyshka* —Alexei me ayuda a bajar los últimos escalones.

Zara ya se está abriendo paso entre la multitud, así que, en el momento en que mis pies tocan tierra firme, me echa los brazos al cuello y me abraza con fuerza, o todo lo fuerte que puede considerando el tamaño de mi barriga.

Me aparto para ponerle las manos en los hombros a Zara y la examino con la mirada para asegurarme de que está bien de verdad. —¿Te he echado de menos! No me puedo creer que hayas venido.

Después del ataque, pasó semanas en el hospital recuperándose de la operación y de las heridas internas que había sufrido. Se me partía el corazón al verla sufrir tanto, pero pasé a su lado cada momento que pude hasta que le dieron el alta hace unas semanas.

—Claro que he venido —se ríe Zara—. ¡Es la fiesta de tu bebé!

—Lo sé, pero no quería que te esforzaras demasiado.

—Creo que soy yo la que debería decírtelo a ti, B —se ríe Zara entre dientes, pasándome un brazo por la cintura—. Ya te queda poco.

—Ocho semanas. —Me pongo una mano en mi creciente barriga.

—¡Ha pasado muy rápido! Te juro que siempre pasa lo mismo cuando son los bebés de los demás. Cuando esté embarazada yo, seguro que los meses se me harán años.

—Merecería la pena, porque nuestros hijos podrían criarse juntos, así que más te vale ponerte manos a la obra. —Choco mi cadera contra la suya—. Estoy segura de que Dimitri estaría más que encantado de ofrecer sus servicios.

—Ay, Dios mío —gime Zara.

—Solo digo...

—No creo que esté preparada para renunciar al champán todavía. Y hablando de eso, necesito que me rellenen la copa. Ve a socializar, ya hablaremos luego.

Zara me da un beso en la mejilla y, en cuanto se aleja, un brazo me rodea la cintura y un cuerpo cálido se pega a mi espalda.

—Hola, *zhizn´ moya*.

Mis ojos se cierran un instante mientras dejo que me envuelva el aroma almizclado de Alexei.

—Mmm... —Llevo las manos hacia atrás para pasar los dedos por el pelo de Alexei.

Su aliento cálido me roza la oreja. —¿No estarás lista para el segundo asalto, o sí?

Me meneo contra él y ahogo un gemido al notar que ya está duro. —Échale la culpa al embarazo. Será lo único que eche de menos.

—Por mucho que me gustaría llevarte de vuelta arriba, probablemente deberíamos ir a saludar al resto de nuestros

invitados.

—Solo si después puedo abrir los regalos —pongo un puchero, inclinando la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

Cada vez que lo miro, me deja sin aliento. Nunca pensé que podría tener tanta suerte, y el hecho de que estemos tan cerca de traer un niño a este mundo hace que mi corazón quiera estallar.

Estuvimos a punto de perderlo todo, y nunca dejaré de estar agradecida de que al final todo saliera bien.

Alexei me da un beso rápido en los labios y, cuando me aparto, veo a Dimitri dirigiéndose hacia nosotros.

—La paternidad te sienta bien, *brat*. —Dimitri le da una palmada en el hombro a Alexei—. Vas a ser un padre genial.

—Gracias, Dimitri.

—¿Y tú qué, Dimitri? ¿Te ves con hijos algún día? Este pequeñín necesitará algunos primos con los que jugar.

Dimitri echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—No nos precipitemos. De momento, me conformo con ser el tío guay.

—Siempre podrías ser el padrino guay... —contengo una sonrisa al cruzar la mirada con Alexei.

—¿En serio? —Dimitri nos mira alternativamente.

Alexei asiente. —Ha sido idea de Bianca.

—Yo... ¡Sería un honor! —Una enorme sonrisa se extiende por su rostro mientras se inclina para abrazarme—. Vaya, esto significa mucho.

Las lágrimas empiezan a asomarme a los ojos mientras Dimitri le da un abrazo a Alexei.

Danil se ríe al acercarse a nuestro pequeño grupo. —Vaya, vaya, Bianca ya está llorando.

—Son lágrimas de felicidad. —Me seco los ojos.

Alexei me coge de la mano. —¿Por qué no vamos a socializar un poco más?

Me aleja de sus hermanos antes de que me ponga aún más sensible.

Cuando todo el mundo lleva ya unas cuantas copas de champán, el tintineo de una cuchara contra un vaso hace que la sala se

silencie.

—¡Discurso! —exclaman Danil y Mikhail.

Me doy la vuelta de golpe y encuentro a Dimitri de pie a mitad de la escalera, con una copa de champán en la mano mientras nos sonríe a todos desde arriba.

Gimo. —Por favor, dime que no va a dar un discurso borracho en la fiesta de mi bebé.

Alexei se ríe entre dientes. —Supongo que estamos a punto de descubrirlo.

—¡Buenas noches a todos! —exclama Dimitri—. Solo quería tomarme un momento para felicitar a mi hermano y a su maravillosa esposa por el inminente nacimiento de su hijo. Cuando os miro, es difícil negar que habéis encontrado ese tipo de amor verdadero que solo creíamos posible en los cuentos de hadas.

Conteniendo las lágrimas, miro a Alexei, que me sonríe con tal admiración que podría explotarme el pecho.

Le aprieto la mano con fuerza antes de volver a mirar a Dimitri, cuya atención ya no está en nosotros, sino en Zara.

—Si alguna vez tengo la oportunidad de experimentar siquiera una fracción de lo que ambos compartís, me consideraré un hombre afortunado.

Miro a Zara a hurtadillas, pero mi mejor amiga arruga la nariz ante las palabras de Dimitri.

—¡Sigue soñando! —grita ella, y la sala estalla en carcajadas.

Dimitri inclina la barbilla, con los hombros sacudidos por una risa silenciosa.

Niego con la cabeza. —Pobre Dimitri.

Alexei sonríe de oreja a oreja. —Zara se lo va a poner difícil, eso seguro.

—Aunque harían una pareja tan mona...

—No te entrometas. —Alexei me da un beso en el pelo.

Voy a inclinar la cabeza para capturar sus labios, pero su móvil empieza a vibrar en su bolsillo.

—No te muevas. —Me roza la nariz con la suya antes de meter la mano en el bolsillo y sacar el móvil.

En cuanto mira la pantalla, su mandíbula se tensa.

Esto no es bueno.

Capítulo Treinta Y Cuatro

ALEXEI

Odio separarme de Bianca, pero no puedo ignorar esta llamada de mi investigador privado.

Frederik ha estado investigando el supuesto adulterio de mi padre durante las últimas semanas, y he estado ansioso por confirmar si lo que dijo Ricci es verdad.

Escabulléndome de la fiesta, subo a mi despacho. No puedo arriesgarme a que mis hermanos oigan esta conversación. Todavía no he compartido las acusaciones con ellos, y no pienso hacerlo hasta que sepa con seguridad si es verdad.

—Dime, Frederik —digo mientras cierro la puerta de mi despacho a mi espalda.

—No hay una forma fácil de decirte esto, Alexei.

—Dímelo sin más, Frederik. Sea lo que sea, puedo con ello.

Siento una opresión en el pecho mientras Frederik respira hondo al otro lado de la línea.

—Alexei, Ricci decía la verdad. Tu padre tuvo una aventura secreta antes de que nacieras.

Se me encoge el estómago y lucho contra el impulso de estampar el móvil contra la pared.

—¿Con quién?

—Con la mujer de Igor Ivanov.

—*Joder* —mascullo, pasándome la mano libre por el pelo—. ¿Estás seguro?

—Sí.

Se me cae el mundo encima y tengo que dejarme caer en uno de los sillones antes de que me fallen las piernas.

Todo era verdad.

Todo este tiempo había considerado a mis padres el ejemplo perfecto de matrimonio. Uno al que esperaba aspirar con Bianca.

Eran la viva imagen de la felicidad, o eso creía yo.

—¿Está esto relacionado con las propiedades rusas que mi padre le dio a Igor?

—Es muy probable.

Cierro los ojos con fuerza mientras intento ignorar todos los pensamientos que se abren paso a la fuerza en mi cabeza.

—Vale, gracias por informarme, Frederik.

Tras colgar el teléfono, suelto un largo suspiro mientras echo un vistazo al despacho que una vez fue de mi padre, el hombre que ponía a la familia por encima de todo.

—Joder —mascullo, pasándome las manos por la cara.

¿Cómo se supone que voy a decirles a mis hermanos que nuestro padre engañó a nuestra madre?

Pero eso no va a pasar hoy.

Si me ausento mucho más tiempo, Bianca empezará a preocuparse por dónde estoy, y hoy todo gira en torno a ella, y voy a hacer que así siga.

Esta noticia sobre mi padre tendrá que esperar.

Vuelvo a la fiesta y finjo una sonrisa mientras voy en busca de Bianca.

Está rondando la mesa de la comida, picoteando de un plato de fruta.

La forma en que se le iluminan los ojos cuando me ve casi hace que me caiga de rodillas.

¿Cómo he podido tener tanta suerte?

—¿Está todo bien, Alexei?

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y me inclino para besarla en los labios.

—Contigo a mi lado, las cosas no podrían ser más perfectas.

Al menos algo en mi vida va bien. Si tan solo el resto fuera igual de fácil...

EPÍLOGO

ALEXEI

Bianca está radiante. —No me puedo creer que por fin esté aquí. Es perfecto.

Le doy un beso en el pelo y sonrío al ver al bebé dormido en sus brazos.

—Lo has hecho de maravilla, *zhizn´ moya*.

Ella se gira para mirarme, sus ojos azules brillan.

Mi dedo le acaricia la mejilla. —¿Eres feliz?

—Tan feliz que siento que podría explotar —dice entre risas.

Me empiezan a escocer los ojos por las lágrimas mientras observo a mi hijo recién nacido dormir plácidamente en los brazos de mi mujer.

Nunca supe que podría amar así. Sabía que convertirme en padre me cambiaría, pero me había centrado mucho en lo negativo. En que le fallaría de todas las formas posibles, que no sería capaz de protegerlo del mundo.

Pero al mirar a Bianca, sabiendo que está a mi lado en este viaje, me da la confianza de que puedo hacerlo, y hacerlo bien.

—Quién hubiera pensado hace un año que hoy estaríamos aquí —digo entre risas mientras acaricio el pelo oscuro y revuelto de la cabeza de mi hijo.

Bianca se ríe. —Desde luego, yo no.

—¿No te lo imaginaste en el momento en que me perseguiste hasta ese ascensor? —sonrío con suficiencia.

Bianca resopla y me da un manotazo en el pecho. —Yo no te perseguí.

—Si tú lo dices…

—¿Y tú te lo imaginaste? —me mira por debajo de sus oscuras pestañas.

Le cojo la cara, pasándole el pulgar por el labio inferior mientras la contemplo.

—En el momento en que intercambiamos los votos, supe que esto iba a ser mucho más que un acuerdo de negocios. Eras todo lo que no me había dado cuenta de que estaba buscando, Bianca.

—Alexei… —se le quiebra la voz.

—Sabía que no iba a ser un camino de rosas —me río—. Pero nunca hubo un momento en que pensara que no merecería la pena.

Ella se ríe, aunque sus ojos brillan con lágrimas. —Mírate, qué sentimental te has puesto.

—Te quiero, Bianca. Más de lo que jamás creí posible. —Me inclino para besarle las lágrimas que le han corrido por las mejillas—. Gracias por traer tanta luz a mi oscuridad, *solnyshka*.

Bianca alarga la mano para ahuecarla en mi nuca y presiona sus labios contra los míos.

Dimitri llama a la puerta. —¿Se puede pasar ya?

Me río contra los labios de Bianca mientras Danil y Mikhail murmuran de fondo.

—¿Estás lista para recibir visitas? —Le escudriño la cara a Bianca para asegurarme de que está bien—. Puedo decirles que se vayan.

—No pasa nada —sonríe—. Me hace ilusión que este pequeñín conozca a la familia.

Le doy a Bianca un último pico en la boca antes de bajarme de la cama y cruzar la habitación para dejar entrar a mis hermanos.

—Ya era hora —resopla Dimitri, pasando a mi lado como una exhalación para ir junto a Bianca—. Enhorabuena, Bianca. —Le da un beso en la coronilla.

—¿A mí no me felicitas? —cierro la puerta detrás de Mikhail y Danil, que están merodeando.

—Ni de coña, tú literalmente no has hecho nada del trabajo. Todo esto es obra de Bianca.

—Cierto —me río mientras vuelvo a la cama y me siento en el borde, mirando a Bianca—. ¿Quieres decirles su nombre?

Ella sonríe antes de mirar a cada uno de mis hermanos.

—Chicos, este es Leonid Emilio Koslov. Pequeño Leo, te presento a tus tíos. —Le acaricia la mejilla.

—Le daremos una educación muy completa cuando llegue el momento —le sonríe Dimitri a Bianca.

Niego con la cabeza. —Que Dios ayude a esta criatura.

Bianca me mira y sonríe. —Ahora solo tenéis que daros prisa y darle algunos primos. Si no, el pobre Leo se sentirá solo en una casa tan grande.

Me aguanto la risa al ver cómo palidece Dimitri.

Me río. —Le vas a dar un infarto a Dimitri.

—Acabo de dar a luz a un bebé. Déjame divertirme un poco.

Miro por encima del hombro a mis dos hermanos pequeños, que siguen rondando junto a la puerta.

Mikhail parece que querría estar en cualquier otro sitio, pero Danil mira a Leo con puro asombro en los ojos.

Sonrío y le hago un gesto con la cabeza. —¿Sabes que puedes cogerlo, no?

—¿De verdad? —Danil mira a Bianca.

—¡Por supuesto!

—Deja que te ayude —cojo a Leo y se lo llevo a Danil, que lo toma en sus brazos—. Se te da de maravilla, Danil.

Mi hermano pequeño se encoge de hombros y un ligero rubor le tiñe las mejillas.

Niego con la cabeza. —Recuerdo cuando eras así de pequeño.

—¿En serio?

Dimitri se ríe. —Parecías un extraterrestre.

Danil lo fulmina con la mirada. —Que te jodan.

Niego con la cabeza. —La verdad es que te parecías mucho a Leo. Mucho pelo y la frente arrugada.

Dimitri se ríe y me da una palmada en el hombro. —Lo siento, *brat*, pero creo que se parece a Bianca.

Mikhail se asoma por encima del hombro de Danil para ver mejor al bebé. —Menos mal.

Bianca resopla. —¿Estás diciendo que tengo la frente arrugada?

—Eh… —Dimitri me busca con la mirada pidiendo ayuda, pero me encojo de hombros.

—Yo no me meto en esto.

Mikhail me mira. —Definitivamente, tiene la barbilla Koslov. No se puede negar quién es el padre.

Danil suspira. —Pobre niño, tener que acabar pareciéndose a Alexei.

Niego con la cabeza, sonriendo. —Sois todos gilipollas.

Mikhail se encoge de hombros. —Solo digo la verdad, *brat*. Que tengas un hijo no te da vía libre para que no nos metamos contigo.

Dimitri se ríe. —Si acaso, va a ir a peor.

Mikhail sonríe con suficiencia. —Mucho peor. Venga, déjame coger a mi sobrino.

Mientras ayudo a pasar a Leo de los brazos de Danil a los de Mikhail, se oyen unos sollozos detrás de nosotros.

Me doy la vuelta y veo a Bianca secándose los ojos.

—¿Qué te pasa? —me siento en la cama a su lado.

Niega con la cabeza y me dedica una sonrisa llorosa.

—Es solo que… —mira a Leo, a quien Mikhail sujeta ahora como si fuera un balón de rugby—. Siempre he querido tener una familia numerosa, y ahora la tengo.

Me río.

—Créeme, no dirás lo mismo cuando estos idiotas estén aquí metidos cada puñetero día. No volverás a tener un momento de paz.

—No quiero una casa tranquila. Así que quiero que sepáis que, aunque Alexei y yo hayamos decidido vivir allí la mayor parte del tiempo, la mansión sigue siendo vuestro hogar, así que quedaos todo el tiempo que queráis. Pero si estáis allí, ayudáis a cambiar pañales.

—Sí, claro. Yo paso —Mikhail me devuelve el bebé.

Me río.

—Bueno, esa es una forma de librarse de ellos.

Dimitri sonríe.

—Deberíamos dejaros descansar. Enhorabuena de nuevo.

Cuando todos se han ido, le devuelvo a Leo a Bianca y me acerco para atraerla hacia mi pecho.

Mientras le acaricio el pelo, observo a Leo dormir y siento que el corazón me va a estallar.

—Gracias por ser mía —susurro contra el pelo de Bianca—. Me haces el hombre más feliz del mundo y quiero que sepas que, aunque los votos que intercambiamos se pronunciaran en circunstancias «inusuales», cada una de mis palabras era sincera. Te amaré, te apreciaré, cuidaré de ti y de nuestro hijo mientras vivamos, y ni siquiera la muerte nos separará.

Me mira y sonríe mientras una lágrima se le desliza por la mejilla.

—Aunque nos falten los testigos, yo también juro amarte, apreciarte, cuidar de ti y de nuestro hijo mientras vivamos. Te quiero muchísimo, Alexei Koslov.

—Yo también te quiero, *zhizn´ moya*. Vida mía.

Continúa leyendo la historia de Dimitri y Zara «»

Si te gusta el romance de mafiosos con embarazo sorpresa, no te pierdas «». Sigue leyendo para ver un avance…